VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ



LOS SUSURROS DEL PASADO

Thriller policíaco

SERIE TRIANA CASTILLO

Nº1

LOS SUSURROS DEL PASADO

Verónica Caballero Sánchez

Los susurros del pasado.

© Verónica Caballero Sánchez. 2025.

© Ana Orgaz, por la corrección.

Mayo 2025.

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Todos los personajes, situaciones y sucesos que aparecen en el libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

LOS SUSURROS DEL PASADO

(Serie Triana Castillo Nº1)

Gracias a mis lectores por hacer el sueño posible.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37

1

En cuanto entraron en el despacho supieron que el asesino le odiaba. Hay varios tipos de crímenes, eso es lo que siempre le decía Antón, los que son por casualidad, aleatorios, y aquellos en los que el asesino tiene un motivo personal. Los seres humanos se mueven por emociones, y en este caso había sido por una de ellas intrínseca en las personas, una de las peores: el odio.

Antón se acercó con paso firme pero lento. Los policías locales fueron los primeros en llegar y le miraban en silencio desde la distancia. Ni él ni Triana dijeron nada. Con un simple movimiento de cabeza se tuvieron que dar por saludados. Reinaba el silencio en el despacho. Un ligero murmullo era lo único que lo interrumpía. Los agentes locales recibieron el aviso y, al comprobar la escena del asesinato, llamaron a homicidios. En menos de una hora, Triana y Antón se habían desplazado hasta allí.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Antón observando la escena.

—Un trabajador —respondió el agente local.

Triana asintió sin dejar de escribir en el pequeño cuaderno.

—¿Es el hombre que está en la puerta? —Antón le miraba de reojo, sin dejar de analizarle.

—Sí, eso es.

—Triana, que no se vaya hasta que hablemos con él —ordenó Antón con gesto serio y creando un aura de sospecha sobre el individuo.

—Vale —afirmó mirando hacia el mismo punto que su compañero, con gesto de comprensión ante las palabras que no había dicho.

Antón era el inspector de policía que llevaría el caso. Triana era subinspectora y se había convertido en su pupila desde el primer día. La acogió bajo su ala y no la soltaría hasta que explotara el potencial que tenía escondido por miedo a destacar y a recibir un aluvión de críticas sin sentido. Tenía un carácter difícil de soportar. Según palabras del propio Antón, «tiene la mecha corta», y era la verdad. Se solía enfadar con bastante facilidad, a lo que se sumaba el hecho de que era incapaz de trabajar en equipo. Aunque para el inspector eso no era ningún problema, ya que él tampoco sabía hacerlo. La carencia de diálogo era común en ambos, lo que les había hecho sincronizarse. Se repartían las tareas y después las ponían en común. No tenían necesidad de hacer sus funciones en pareja como el resto de los agentes. Era una pareja bien avenida.

—A ver, Triana, deja la libretita y acércate. Aquí hay mucha mala leche —ordenó Antón de cuclillas al lado del asesinado.

La subinspectora se acercó al mismo tiempo que guardaba la libreta en el bolso. Se colocó al lado e imitó su postura.

—¿Has visto eso? —preguntó Antón en un ligero susurro.

—Sí, tiene un mordisco en el brazo. —Le miró de soslayo.

—Esto es raro de narices, ¿no te parece? —Arrugó la nariz con la pregunta.

—Más que eso, me parece que le odiaba y que llevaba tiempo planeando el momento de matarle.

El inspector se levantó y caminó hacia los agentes. Le molestaba que estuvieran allí. La presencia de personal ajeno al caso estaba de más. No le gustaba la compañía. Los desconocidos suelen ser los primeros en filtrar información sobre los detalles de la investigación. En los labios de Triana afloró una sonrisa. «Mucho ha tardado en querer echarlos».

—Les agradezco lo que han hecho, pero les rogaría que se fueran. No queremos que se contamine la escena del crimen —

justificó—. Si pueden custodiar la puerta para que solo entren los compañeros de la científica, se lo agradezco.

—Por supuesto.

Ambos se miraron y salieron, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Menos mal! Ya me estaban agobiando con las miraditas de reojo —suspiró Triana.

—Y a mí —confirmó él, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, comencemos. ¿Qué opinas?

Antón siempre la dejaba hablar primero para luego matizar y poder ir enseñándole posibles detalles que se le escaparan. La experiencia es un grado y con el inspector se cumplía esta premisa. Le encantaba la frase «más sabe el diablo por viejo, que por diablo».

—Le conocía —comenzó a hablar Triana—, ha entrado en el despacho sin levantar sospechas y el motivo del asesinato es muy personal. Se ha ensañado con él.

—Bueno, los hemos visto peores. —Se encogió de hombros.

—Lo sé, pero le ha humillado antes de matarle —insistió la subinspectora.

—¿Por? —preguntó para que continuara, haciendo un ademán con la mano.

—Veamos… —Tomó aire—, le ha sentado en la silla de su despacho, le ha atado las manos con la corbata, y le ha colocado mirando hacia la fábrica para que los propios trabajadores cuando llegaran le vieran de esta guisa. —Señaló al asesinado de arriba abajo.

—Perfecto. ¿Qué me dices de la causa de la muerte?

—A simple vista, parece que la causa ha sido asfixia. Le ha dejado hasta el cojín en la cara —señaló Triana.

—Entonces, ¿podemos concluir que ha habido humillación, pero no ensañamiento? —preguntó con retintín y ladeó la cabeza, esperando la respuesta de Triana.

—Creo que sí. —Se colocó la mano en la barbilla, pensativa. No sabía si se trataba de una pregunta trampa que indicaba que se le había escapado algún detalle.

—Vamos a echarle otro vistazo. —Le guiñó el ojo.

Triana entrecerró los suyos y volvió a mirar a la víctima, esta vez con más detenimiento y observando cada uno de los detalles.

—A ver, ensañamiento como tal, no. Pero si le ha mordido en el brazo es porque debió haber un pequeño forcejeo, ¿no?

—Exacto. No creo que el hombre se dejara atar las manos con su corbata y permitiera que le ahogara con el cojín —argumentó con decisión.

—Puede que encontremos ADN en las uñas —dijo esperanzada.

—Puede —repitió acercándose hacia la cristalera del despacho.

—¿Y el mordisco? ¿No se puede hacer nada con él?

—¿A qué te refieres?

—No sé, nadie tiene los dientes igual. Le metió un buen mordisco, quizá se pueda sacar una especie de molde o algo así.

Antón la miró, asintiendo con una sonrisa.

—Creo que algo podremos hacer. Solo hay que encontrar a la persona adecuada para ello.

—No creo que eso sea fácil.

—No, pero todo lo que vale la pena en la vida no lo es.

2

Como era habitual no se irían de allí hasta que llegara Juanjo, de la científica. En ocasiones, no se habían respetado los protocolos y algún que otro despistado había contaminado la escena del crimen perdiendo pruebas irrecuperables. Por lo que Antón nunca se iba hasta que Juanjo llegaba con su equipo para evitar que alguien tocara algo.

Triana se acercó a la posición de su compañero. Antón se balanceaba de manera sutil hacia delante y atrás, con las manos entrelazadas en la espalda. La posición del despacho les llamó la atención. Se encontraba en lo alto de la instalación y estaba acristalado. Desde el despacho, se podía controlar la producción de la fábrica.

—Dice mucho de una persona que haya instalado el despacho aquí, ¿no te parece?

—Ya lo creo. Tiene una personalidad narcisista y controladora —añadió Triana, que volvía a apuntar en el cuaderno.

Llamaron varias veces a la puerta. Era Juanjo. Siempre daba tres reconocibles golpes.

—Pasad —gritó Antón, y Triana se tapó los oídos—. Lo siento, no me he dado cuenta.

La subinspectora levantó las cejas, visiblemente molesta.

—Vamos, chicos, hay que darse prisa. —Juanjo movía la mano sin parar para que entrara el equipo y comenzar a recopilar las pruebas.

Se acercó a la pareja, que seguía en la misma posición, mirando las instalaciones desde un ángulo inmejorable.

—Lo tenía que conocer, estoy segura. Me he fijado cuando hemos entrado y no hay otro camino para llegar hasta aquí. El

asesino tuvo que pasar por ahí. —Señaló la fábrica que estaba a sus pies.

—Estoy de acuerdo contigo, Triana. Ahora que ha venido Juanjo, vamos a hablar con el trabajador que lo encontró. —Asintió y comenzó a andar.

El equipo de la Científica ya se había embutido en los monos blancos y tenían las mascarillas puestas. Juanjo conocía a los dos y no se había molestado en saludarlos. Lo bueno de conocerse tanto es que hay unos códigos no escritos y los tres sabían que no era mala educación, sino una total confianza.

—Juanjo, daos la máxima prisa que os sea posible —ordenó Antón—. Desde aquí se ve todo, y no quiero que la empresa se vea afectada por la producción y que luego nos demande la familia por pérdidas o historias de esas que se inventan los abogados.

—Claro, pero hoy por lo menos nos tenéis que dejar sacar huellas —contestó Juanjo a modo de queja.

—Sin problema, pero con brío, esto está a la vista y los trabajadores estarán mirando y especulando. —Antón echó un vistazo a lo que hacía el resto de los agentes para recopilar pruebas.

—Podemos clausurar y tapar la cristalera de la zona hasta mañana —propuso Triana con una fina sonrisa.

—Sí, es lo mejor —confirmó con un asentimiento.

—Por mí perfecto. Así trabajamos más tranquilos y rápido. Las miradas indiscretas son bastante molestas. —Les guiñó el ojo.

—Ale, pues todos contentos. Cuando acabes me das un toque y me dices —le recordó Antón con tono apurado.

—Por cierto, Juanjo, la víctima tiene un mordisco. ¿Hay alguna manera de sacar un molde o algo por el estilo? Podíamos compararlo con los posibles sospechosos —intervino Triana.

—¿Te refieres… como huella dactilar, pero con los dientes? —quiso confirmar que había entendido la petición.

—Sí, eso es —confirmó con grandes expectativas en el interés de Juanjo.

Antón miraba impaciente por su respuesta.

—Sí, se puede, eso no es problema. Lo único que no tengo claro es si luego el juez os lo admitirá como una prueba válida en un juicio, ¿sabes? —Levantó los hombros en muestra de su desacuerdo con las opiniones de los jueces.

—¡Malditos jueces! —murmuró Antón con palabras imperceptibles al oído humano.

Triana no le había escuchado, pero sabía lo que había dicho. El inspector siempre decía la misma frase cuando se trataba de jueces.

—Venga, no hay que entretenerse más. Seguro que la viuda es una estirada de cojones que nos va a hacer la vida imposible —se quejó Antón.

—Si todavía no sabes quién es —matizó Triana.

—Eso da igual, todas las mujeres lo son. Menos tú, claro. —Giró la cabeza y le dedicó una sonrisa.

—Desde que te dejó tu mujer estás un poco más insoportable. —Triana le miró con desdén.

Antón se paró antes de abrir la puerta para comenzar el interrogatorio al trabajador que dio el aviso.

—Ya volverá con el rabo entre las piernas —respondió, seguro de sí mismo.

—No va a volver, Antón. Te dejó por otro porque eres insoportable y la tratabas fatal —le recordó con los ojos bien abiertos y un tono áspero y seco.

—¡Nunca la traté fatal! ¡Eso es mentira! —exclamó, enfadado por la sentencia de su compañera.

—Lo que tú digas, pero tenerla aparcada en casa, no preocuparte de tus hijos y llegar de madrugada borracho… No es precisamente tratarla bien. —Se cruzó de brazos—. A mí me da igual que grites, que patalees o te enfades, es la verdad.

—Métete en tus asuntos —bufó.

—Tus asuntos son los míos, que luego la que te aguanta soy yo. —Resopló molesta.

—Psé. Paso de ti. Tus padres te hicieron para amargarme la vida, eso lo tengo claro. Ahora cállate, que tenemos trabajo. —La miró con los ojos entrecerrados.

—Tú sí que sabes tratar a una mujer, de eso no hay duda. —Sonrió aposta para enfadarle un poco más.

Antón cogió aire profundamente para llenarse los pulmones y no contestar. Tenían la suficiente confianza para decirse la verdad a la cara y no enfadarse. El inspector sabía que se lo decía para que abriera los ojos de una vez, pero el problema era que él no quería abrirlos. Era más fácil vivir echando la culpa a los demás y no asumiendo sus propios errores. Abrió la puerta y echó un ligero vistazo antes de abandonar el despacho. Se detuvo unos segundos a observar a Juanjo, que continuaba sonriendo por el rapapolvo que le acababa de dar Triana.

Se acercó al hombre de alrededor de unos cuarenta años que estaba sentado en el sillón de al lado de la máquina de café en la sala de espera. Al comprobar que se acercaban hacia él, se levantó.

—Hola, me llamo Herminio. —Extendió la mano y saludó a los dos agentes.

—Gracias por avisarnos. Somos los agentes que nos encargaremos del caso. Yo soy Antón, y ella es mi compañera Triana

—especificó con la intención de que les pudiera ayudar con el máximo de detalles que pudiera recordar.

El inspector llevaba años interrogando a testigos y sabía que siempre era mejor crear una atmósfera de confianza. Hacerles sentir cómodos era la mejor manera de que colaboraran. Los detalles más insulsos podían ser una pista que los llevara a la resolución de un crimen. Nunca había que desestimar las declaraciones de los testigos, y menos de uno tan importante como era el primero que llegó a la escena del crimen.

—Tenemos entendido que es trabajador de la empresa, ¿es así? —dijo rascándose la cabeza de modo repetitivo.

—Sí, eso es. —Herminio se aclaró la garganta.

—¡Genial! ¿Nos puede indicar un lugar donde podamos hablar tranquilos?

—Bueno —dudó—, no sé. Aquí no soy nadie importante o que tenga autoridad para entrar en ningún sitio sin permiso, ya saben, no quiero meterme en problemas. —La voz le temblaba de la misma manera que las manos.

—Entiendo, pero es una situación excepcional. Si te preguntan, di que es cosa nuestra. ¿Te parece mejor así? —Sonrió levemente para tranquilizarle.

—Está bien. Al final del pasillo está la sala de reuniones, ¿servirá?

—Claro que sí. Muy amable —recalcó Triana con voz dulce, continuando con el mismo tono de Antón.

Caminaron detrás de Herminio, que comprobó que la sala estaba vacía antes de entrar. Se sentaron en la mesa cerca del hombre ligeramente perturbado por las últimas horas que había vivido. Las gotas de sudor comenzaban a asomarse por la amplia frente del trabajador. Triana sacó la libreta sin dejar de mirar la sala en la que tendría lugar el improvisado interrogatorio. El inspector se

acomodó con una postura distendida y apoyó los brazos en la mesa para cruzar las manos. Herminio le observaba rígido y sin moverse.

—¿Empezamos? —preguntó Antón para romper el hielo y transmitir a Herminio una falsa sensación de control sobre la situación.

—Sí, por favor, me quiero ir a mi casa. No me encuentro bien. Encontrar *así* a don Emiliano me ha dejado con muy mal cuerpo. ¿Han llamado a su familia?

—Intentaremos que el interrogatorio sea lo más breve posible, pero es importante que respondas a las preguntas con el máximo rigor, ¿vale? —Esperó a que asintiera para continuar hablando—. En cuanto a tu pregunta sobre la familia: sí, están avisados.

—Gracias. —Sintió cierto alivio al escuchar aquellas palabras. No le gustaban los problemas y no quería que la familia le pudiera echar en cara su comportamiento ante lo ocurrido. Sin embargo, continuaba con la sensación amarga de que le echarían tarde o temprano.

—¿A qué hora le encontraste? —Antón solía comenzar los interrogatorios con preguntas de respuesta sencilla para comprobar si la persona era de fiar o mentía como un bellaco.

—De noche. No sé la hora exacta. —Movió los ojos hacia ambos lados en un intento fallido de recordar y poder responder con exactitud. A continuación, negó con la cabeza al no conseguirlo—. Al entrar en la fábrica, me pareció extraño que estuviera encendida la luz del despacho y no ver a don Emiliano mirando, así que decidí subir. No sé, me pareció extraño no verle. Normalmente cuando llego está ahí plantado, dándome los buenos días. Tuve un mal presentimiento, pero aun así me imaginé que me encontraría a don Emiliano en la silla, trabajando. Desde abajo no vemos el despacho entero. Se tiene que acercar a la cristalera para que le veamos. Pueden comprobarlo ustedes mismos si no me creen.

—¿Lo hacía todos los días? —preguntó Triana, que tomaba pequeñas notas de lo que decía el interrogado.

—¿El qué? —Herminio torció el gesto, no estaba convencido de si aquella pregunta era una trampa.

—Ir a ver a don Emiliano.

—A ver —Carraspeó—, si se refiere a si iba a su despacho, la respuesta es no. Al entrar a la fábrica siempre estaba ante la cristalera —repitió mediante balbuceos—, observando, como un rey a sus plebeyos.

—Pero esta vez sí subió, ¿no? —Triana intentó confundirle para ver la reacción que tenía.

—Sí, siempre me daba los «buenos días». Ese el motivo por el que me extrañó no verlo. Siempre estaba ahí arriba, esperándome. —Volvió a carraspear, nervioso.

—Continúa —le animó Antón, curioso por el relato.

—Entonces fue cuando le vi sentado con el cojín en la cara. —Los ojos se le comenzaron a poner rojos al contener el llanto.

—Tranquilo —le palmeó la espalda el inspector con un signo de aprobación en su rostro—, nos está ayudando más de lo que piensa.

—Muchas gracias, inspector. Estoy un poco nervioso, y a veces me quedo un poco atascado al recordar lo que ha pasado.

—Venga, continuemos —intervino Triana, que no quería ralentizar la declaración—. ¿Cuál es su trabajo en la empresa?

—Es una empresa farmacéutica. La zona donde trabajo es la de producción. Soy el encargado, y entro antes que el resto para revisar que las máquinas están preparadas para comenzar el día.

—¿No vio algo raro? Piense algún detalle, como un coche en el aparcamiento o alguien que saliera o entrara —indicó Triana.

—¿Se refiera a un trabajador?

—No tiene por qué ser un trabajador. Simplemente alguien que no tuviera que estar en la fábrica.

—Bueno, cuando yo entraba en el aparcamiento de la empresa, el de delante, que es donde tengo la plaza asignada, salía un coche de color blanco. Pero no sé decirles ni modelo ni nada. Lo que sí puedo confirmarles es que no era de los trabajadores de la fábrica.

Antón miró a Triana y, con un movimiento leve de cabeza, le indicó que continuara.

—¿Por qué no te llamó la atención si sabías que no era un trabajador?

Herminio se calló y bajó la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Triana, extrañada por el cambio de actitud.

Antón comenzó a reírse y la subinspectora le dio un codazo por la falta de empatía. Sin embargo, él sabía que el secreto que guardaba el pobre trabajador era de los que no se pueden decir en alto. El inspector solo sumó dos más dos y le dio cuatro en un instante. Triana se quedó perpleja porque hubiera llegado tan rápido a una conclusión y que la hubiera soltado a bocajarro.

—¿Putas? —preguntó entre carcajadas.

Herminio le miró con los ojos abiertos como platos para a continuación asentir.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba. Tenemos que localizarla. ¿No sabrás por casualidad de dónde las sacaba? —preguntó el inspector.

—No, lo siento. Lo único que les puedo decir es que no era usual que saliera tan tarde. Lo normal es que quedara con ellas unas horas antes de que yo entrara. Supongo que para que no las viera salir y no engordar el rumor, creo yo… —añadió enseñando las palmas de las manos.

—¿Tanta confianza tenías con el dueño de la empresa? —Triana estaba escéptica por la declaración del hombre.

—No, que va. Aparte de saludarnos al entrar, no había ninguna relación. Yo vengo, hago mi trabajo y me voy. Cualquier problema que exista en la empresa se trata con Reyes, la mujer —aclaró Herminio.

—Entonces, ¿cómo sabes lo de las prostitutas? —El tema le chirriaba a Triana.

—Es lo que se murmura en el turno de noche. —Se encogió de hombros—. No sé de dónde habrá salido el rumor ni si es verdad o no. Lo que les aseguro es que verlas, nunca las he visto. Precisamente, al ver el coche, confirmé que el rumor era cierto. Nunca lo había creído, pero ahora ya no sé si era una prostituta o un asesino —dijo cabizbajo.

—¿Eres el primero que llega al trabajo? —quiso saber Antón para hacerse una idea de la línea temporal antes del asesinato.

—Sí, los operarios trabajan en turnos de ocho horas, lo que quiere decir que los de noche no vienen los viernes y entran el domingo. ¿Me entienden? —puntualizó Herminio, nervioso.

—A ver, a ver, que yo me entere: Entró el domingo por la noche y cuando le encontró era el lunes de madrugada, ¿es eso? —Triana quiso asegurarse de que lo había entendido.

—Sí, y las señoritas vendrán los domingos por la noche, digo yo… —dijo con miedo al no estar seguro de que no estaba hablando de más—. Supongo que lo hará para que su mujer, Reyes, no sospeche.

—Bueno, vamos a dejar el tema de las *señoritas*, puede ser un simple rumor. —Triana no le daba credibilidad al bulo.

—Yo solo sé que, cuando el río suena, agua lleva. —Volvió a encogerse de hombros—. El coche blanco salió cuando yo entraba, si era una prostituta o no, no lo sé —afirmó, como si ver aquel coche

fuera una prueba irrefutable de los cuchicheos que animaban las conversaciones entre los trabajadores a la hora de comer.

—¿Hay cámaras en las entradas y salidas? —preguntó Antón.

—En la principal, sí.

—¿No tienen sistema de fichajes al entrar y salir? —recordó Antón que les podría ser útil, por si hubiera sido un trabajador.

—Sí, en la entrada principal. —Herminio carraspeó y se recolocó en el asiento. Cada vez se sentía más incómodo con tantas preguntas.

Triana apuntó. Debían pedir las imágenes de las cámaras y los fichajes.

—Antón, ¿le quieres preguntar algo más? —Quería terminar el interrogatorio lo antes posible. Los sudores de Herminio delataban que quería irse de allí, por lo que podría comenzar a mentir, y Triana odiaba las mentiras. Prefería que no respondieran antes de que mintieran.

Negó con la cabeza.

—De acuerdo, se puede ir. Si le necesitamos, le llamaremos —dijo Triana a modo de despedida.

Herminio salió por la puerta con rostro compungido y cabizbajo. Tenía la sensación de que se le había soltado la lengua más de la cuenta. Habría sido más prudente mantenerse al margen y contestar con monosílabos, pero no pudo contenerse.

Miró el reloj cuando cerró la puerta. Había perdido parte de su jornada laboral con aquel asunto. Ahora solo esperaba que no tuviera que quedarse a recuperar horas, o peor aún, que le llamaran los agentes y perder la tarde en comisaría. Respiró hondo y miró a ambos lados antes de enfilar el pasillo para dirigirse a su zona de trabajo. Esbozó una pequeña sonrisa. Durante un largo período de tiempo, cada uno de los trabajadores querría hablar con él para enterarse de lo que había ocurrido y de cómo había encontrado a

don Emiliano. Sería el centro de atención de las miradas y de las conversaciones dentro de la empresa. Pensar en ello le produjo una oleada de orgullo.

«Seré lo más parecido a un héroe».

3

Habían avisado a la familia del difunto desde comisaría. Triana odiaba esa tarea y, como en la mayoría de las funciones, Antón le dejaba hacer lo que quería. Así que dejó orden en comisaría para que lo hiciera otro agente.

Cuando Herminio se fue, Triana cogió a Antón del brazo y lo apartó para que nadie los pudiera escuchar. No estaba segura de que no hubiera cámaras, micrófonos, o de que las paredes fueran tan finas que se escuchara lo que hablaban desde la sala contigua.

—¿Qué te pasa? —preguntó el inspector, que ya había sacado la pipa de fumar de uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Ahora vendrá la viuda, es mejor que te vayas. Seguro que la cabreas y la lías. —Triana se anticipó a un suceso plausible.

—¡Vete tú si quieres! Lo que no voy a hacer es bailarle el agua, si viene de *señoritinga* rica y nos mira por encima del hombro —respondió visiblemente enfadado.

—Antón, los dos sabemos que no deberías ni siquiera estar aquí. Tendrías que haberte cogido unos días para pensar y recuperarte del divorcio. —La subinspectora le habló con cariño y empatía mientras le acariciaba el antebrazo.

—Estoy bien. Me repongo de los golpes con facilidad. —Alzó una ceja y una media sonrisa transmitió lo contrario que sus palabras.

Triana soltó un sonoro suspiro de resignación. Sabía que estaba de cualquier manera menos bien.

—No quiero ser cruel contigo, pero no estás bien. —Le miró sin parpadear para comprobar el brillo opaco que eclipsaba la alegría que solía acompañar al inspector.

—Te agradezco tu preocupación, pero sí lo estoy. Además, no sé qué quieres, ¿que esté llorando en casa sin hacer nada y

comiéndome aún más la cabeza? —La miró a los ojos y le cogió la mano—. Ayúdame a ayudarme, ¿vale? No me aparques como un mueble tú también —suplicó con voz lastimera.

La mirada brillante de su mentor fue directa y le atravesó el corazón. Sabía lo que quería decir con aquella frase. Conocía el sentimiento de no encontrar su lugar, y después de la muerte de sus padres fue en aumento.

—De acuerdo, pero no hables. ¿Me lo prometes? —Sonrió y asintió a la vez.

Antón imitó la sonrisa e hizo como si se tapara la boca con una cremallera para acto seguido tirar la llave.

—Estás en un momento en que odias al género femenino porque una mujer te ha hecho daño, pero no quiero que parezcas un machista, porque yo sé que no lo eres —afloró una sonrisa—. Al contrario, nos adoras.

—Tienes razón, os adoro, y más de lo que os pensáis. Entonces, ¿me puedo quedar? —quiso confirmar, a pesar de que él era quien mandaba en la investigación.

—Me lo has prometido, que no se te olvide. No sueltes ningún improperio o una palabra hiriente por muy repelente que sea esa mujer —le recordó el compromiso que había adquirido.

Antón asintió. Hubiera vendido su alma al diablo con tal de que no le apartaran del caso, de no estar solo en su casa. Necesitaba estar activo para que su mente no se detuviera en banalidades que tuvieran que ver con Remedios y comenzar a compadecerse de sí mismo.

Escucharon unos tacones que se acercaban con premura por el pasillo minimalista en el que se encontraba la sala que estaban ocupando. Salieron para descubrir de quién se trataba.

Las instalaciones estaban cuidadas, limpias, y la decoración era exquisita. Habían invertido grandes cantidades de dinero para

que cada uno de los rincones dijeran que merecía la pena invertir en la empresa. Triana se dio la vuelta y su mirada se cruzó con la que supusieron que sería la viuda del asesinado: Reyes.

—Tiene pinta de tener un carácter fuerte, ¿no crees? —murmuró Antón cerca del oído de Triana.

—Eso a nosotros nos da igual. —Le apartó con el codo para que no continuara con los prejuicios—. Solo queremos saber sí ella es la asesina o no.

—Cornuda, seguro —continuó con los adjetivos que se le pasaban por la cabeza al recordar la declaración de Herminio.

Triana se giró con los ojos abiertos de par en par y los labios apretados.

—¡Antón! ¡Ya! Desde el divorcio parezco tu madre más que tu compañera —le recriminó.

—Los dos sabemos que esta relación nunca fue de jefe a subordinada. Terminamos juntos porque nadie nos aguanta. —Encogió los hombros y agitó la pipa de fumar que tenía en la mano —. Creo que este interrogatorio me va a cabrear, así que te espero en el comedor de la empresa.

Triana puso los ojos en blanco.

«Primero me da la murga con que se quiere quedar, y ahora se va sin más. Cada día le entiendo menos».

—Intenta sacar información útil de tu visita —dijo Triana irónica.

—Es a lo que voy. Soy un policía con muchos kilómetros y el salseo de verdad siempre está en los ambientes informales. Cuando se piensan que nadie los escucha, sueltan lo más grande. —Asintió con plena convicción en sus palabras.

Empezó a andar mientras rellenaba la pipa manteniendo un ritmo lento para que el tabaco no terminara en el suelo. Estaba tan

pulcro que hasta daba pena caminar por él. Al inspector le encantaba aquella pipa de fumar, le tenía un cariño que no le tendría jamás a ninguna persona.

Triana observó los andares pesados y tristes de su compañero. Los últimos años no habían sido los mejores para ninguno de ellos, pero al menos se tenían el uno al otro, tanto en lo personal como en lo profesional. Eran amigos de verdad. Lo que empezó siendo una relación insoportable se convirtió en una amistad imposible de romper.

Al girar la cabeza, Triana vio cómo la supuesta Reyes estaba intentando entre gritos y forcejeos entrar a la escena del crimen. Juanjo la agarraba de los brazos mientras ella lo dejaba sordo de un oído. Varios agentes con mono salieron a su ayuda hasta que Triana llegó y la agarró de la cintura para tirar de ella.

—Tranquila, por favor. No puede entrar —alzó la voz y la agarró por las muñecas. La miró fijamente a los ojos—. Es la escena del crimen. Es mejor que no lo vea, no le va a hacer ningún bien, y no creo que le quiera recordar así —su voz era áspera y contundente, la intentó apaciguar con un ligero roce en una de las manos—. Es lo mejor.

—Por favor, agentes, quédense en la puerta y que nadie la cruce, por muy dueña que sea de la empresa —gritó Juanjo mientras daba un portazo acompañado de un cabreo monumental.

Los agentes locales se miraron sin darle mucha importancia al grito final y siguieron hablando en la máquina de café, tranquilamente.

Triana, con los ojos en blanco, volvió a mirar a la mujer.

—¿Eres Reyes, la mujer de don Emiliano? —Triana quiso asegurarse.

Ella asintió y se secó los lagrimales con la punta de los dedos.

Era una mujer menuda, con una complexión fina y atlética que dejaba patente su dedicación diaria al deporte. El vestido negro ajustado le confería una figura envidiable que Triana observó por unos segundos. Los tacones eran tan altos que le pareció imposible que se hubiera dado semejante carrera hasta el despacho sin haberse matado, o al menos, haberse torcido un tobillo.

—Soy la subinspectora que llevará el caso de su marido. Mi nombre es Triana. ¿Qué le han contado por teléfono? —Le preguntó para comprobar la información que tenía, antes de comenzar a hablar.

—Que han encontrado muerto a mi marido —jadeó con un llanto entrecortado.

—Lo siento. —Las palabras se le atragantaron.

Reyes continuaba llorando. Su pecho subía y bajaba de manera constante con fuertes jadeos al inhalar aire bruscamente. Parecía realmente afectada. Ambos estarían entorno a unos cincuenta años y, por lo que había leído en internet, la empresa llevaba constituida desde hacía más de sesenta. Los agentes habían llegado a la conclusión de que uno de los dos cónyuges había heredado aquel imperio con más de cien trabajadores.

—Sé que es un mal momento, pero necesito que hablemos para comenzar con la investigación. —Triana le acarició el brazo para que comenzara a serenarse lentamente.

La viuda tenía los ojos acuosos y se secó las lágrimas de las mejillas para comenzar a rebuscar un pañuelo en el bolso. Triana miró la marca con recelo, aquel minúsculo bolso de mano costaba su sueldo de un año. Sin embargo, no sintió envidia, sino pena, porque aquella mujer jamás podría tener la vida holgada que tenía ella. Por unos segundos, recordó su infancia repleta del amor de sus padres, que hacía unos meses habían fallecido. Primero, su madre murió de cáncer, y a los pocos meses, su padre. A ella le gustaba pensar que murió de amor, ya que siempre habían estado unidos y enamorados. Después de la muerte de su madre, su padre se quedó sin ganas de

vivir, se le fue yendo la vitalidad cada uno de los días hasta que la pena le consumió. Ahora estaba sola. Bueno, tenía a su hermana, Aura. Sin embargo, desde que empezó con Lucas, su relación se fue deteriorando hasta que le absorbió la personalidad. Hablar con Aura era como hablar con su marido Lucas. Triana sentía náuseas al recordarlo.

—Vamos a hablar a otro sitio. Supongo que seré la principal sospechosa. —El tono de su voz dejó ver su desdén hacia la policía.

—Ahora mismo todos son sospechosos —respondió Triana con el mismo tono.

Se secó los ojos con el pañuelo y se colocó el bolso en el antebrazo para después ladear el labio.

—Sígame, vamos a mi despacho.

—¿Está en esta planta?

—No, en la planta de arriba, con la sala de reuniones de gerencia. La sala de aquí es para entrevistas y reuniones con proveedores, visitas en general. —Reyes la miró de arriba abajo.

—Entiendo, gente de otro nivel adquisitivo. —Levantó las cejas con desaprobación.

—Sí, más o menos. No es hora de andarnos con tonterías —respondió serena, como si hubiera olvidado lo que había pasado en una fracción de segundo.

«Será estúpida».

Después de subir a la planta de arriba por unas escaleras laterales de emergencia, llegaron a una puerta distinta al resto con un gran letrero en color dorado y letras negras que indicaban de quién era el despacho: Gerencia.

«Ya sabemos quién heredó la empresa».

La puerta estaba cerrada con llave. Durante el trayecto de un par de minutos, Reyes no habló. Era más lista de lo que parecía,

Triana estaba segura de ello. Si venía de una gran familia de gente adinerada y heredó la empresa, quería decir que no tenía un hermano mayor, así que su padre se esmeró en su educación. Triana había aprendido a lo largo de su carrera que en pocas ocasiones los seres humanos se salen de los roles y los prejuicios que la sociedad impone. Por lo que, durante el camino, se hizo una idea de la personalidad de Reyes. Cuando se sentó ya le caía mal, pero como le había dicho a Antón, no estaban ahí para juzgar, sino para encontrar al asesino. La subinspectora estaba convencida de que ella no lo era, o al menos no la autora material de los hechos. Si tenía algo que ver, lo descubriría. Pero tenía claro que ella no habría asfixiado a su marido con algo tan vulgar como un cojín.

Reyes se sentó con movimientos delicados en su gran silla presidencial, que le sobresalía varios centímetros por encima de la cabeza, y juntó la punta de los dedos. El cuadro de grandes dimensiones que sobresalía tras ella le daba un toque aún más feroz. Triana intuyó que le había costado más que el bolso. Miró a ambos lados, sin reparos, y sacó la libreta. Pensó por un momento en su compañero y en la suerte de que no estuviera allí. Con total seguridad habría soltado alguna frase fuera de tono.

—No me gusta perder el tiempo, y espero que a vosotros tampoco. Yo no he sido. En primer lugar, quiero dejar claro, que todo esto es mío y solo mío. Él era un agregado a la familia, ni más ni menos —hablaba con total desprecio hacia la víctima—. Nos teníamos cariño porque llevamos toda la vida juntos. Al principio nos queríamos mucho, como todas las parejas, pero luego… Bueno, ya sabes, después no queda nada. Si el amor no se cuida, se va. —Continuaba moviendo las puntas de los dedos. Las juntaba y en momentos de rabia las separaba—. Entiendo que le llamará la atención, y querrá saber el motivo por el que continuaba con él. —Triana asintió—. Bueno, eso es porque no tiene ni idea del mundo de los negocios. Mi empresa cotiza en bolsa, y cualquier resquicio de inestabilidad me hace perder dinero, y a mí me encanta el dinero.

—¿No le quería? —preguntó, desconcertada.

—Claro que le quería, pero como a un amigo y compañero de vida. Ya no éramos marido y mujer en la realidad, aunque sí en los papeles.

—Entiendo. —Asintió Triana, escéptica por las palabras de la viuda.

—No me malinterprete. Puedo parecerle altiva, o incluso prepotente, porque lo soy. Pero Emiliano fue el amor de mi vida y eso siempre será así —intentó aclarar que sus lágrimas eran verdaderas y sus sentimientos también.

—¿Tienen hijos? —preguntó con tono seco y sin expresión en su rostro.

—Sí, dos —respondió ladeando la cabeza y escudriñando lo que intentaba saber Triana en realidad con esas preguntas.

—¿Por qué no han venido?

—Bueno, Moisés será quien herede la empresa cuando me retire, y Roque tiene unas condiciones especiales por las que es mejor no involucrarle —respondió cortante.

—¿Quiere decir que Moisés está de camino? —intentó dar con la respuesta correcta.

—Exacto. —Se cruzó de brazos con delicadeza.

—De acuerdo, esperaremos. Quería hacerle una pregunta un poco privada. —Carraspeó.

Reyes sonrió ampliamente, como si supiera de qué se trataba.

—Cuando quieras —dijo con una sonrisa perenne en el rostro que dejó ver las arrugas de la edad a la luz del sol que entraba por la ventana.

—Verá, no sé cómo hacerle una pregunta tan personal. —Notó que se le subían los colores a los mofletes.

Reyes parpadeó un par de veces y con un gesto de la mano derecha le quitó importancia.

—Tranquila, sabía lo de las prostitutas, ¿es eso? —Triana asintió y tragó saliva—. Le he dicho que esta empresa es mía —recalcó con retintín—. No existe ni un solo movimiento de dinero del que yo no tenga conocimiento. Esta empresa la fundó mi padre y le costó mucho esfuerzo, sudor y lágrimas. No pienso perder el control nunca. Nadie se hace rico derrochando y malgastando dinero.

Se levantó de la silla. Comenzó a andar con un leve movimiento de caderas. Triana se fijó en que tenía unas piernas largas y bonitas. Reyes caminó hasta el ventanal del despacho.

—Comprendo que no me entienda. —Le daba la espalda a Triana, donde tenía entrelazadas las manos—. Nunca renuncié a mi dinero por amor. Puedo parecer fría, pero lo cierto es que nunca tuve claro si Emiliano me quería a mí, o a mi dinero. —Se giró—. Ante la duda, nos casamos en separación de bienes. Lo que era mío, seguiría siendo mío hasta el día que me muera, ya me entiende. El amor se desvanece demasiado rápido como para perder recursos en algo que tiene fecha de caducidad. —Hizo un breve silencio que a la inspectora le pareció eterno, pero que esperó sin abrir la boca como si se tratara de un juego para ver quién aguantaba más sin hablar—. Tenía una tarjeta y podía gastar lo que quisiera, pero teniendo claro que lo que se gastaba era mío.

—Ajá —fue lo más inteligente que se le ocurrió decir.

—Se estará preguntando por qué le cuento todo esto. Es fácil. Para que pierda tiempo investigándolo, se lo cuento yo de primera mano. Estoy aquí para que me pregunte lo que necesite para encontrar al asesino —señaló Reyes con decisión.

—Gracias. De momento creo que tenemos bastante información para empezar.

—¿Necesitan hablar con mi hijo? —Se sentó en la mesa, junto a la silla de Triana.

—Tiene dos —afirmó con brusquedad. No entendía por qué a uno de ellos le excluía como si no existiera.

—Bueno, quería decir con Moisés. A Roque, a no ser que sea imprescindible, prefiero que no lo alteren. Además, no les va a poder decir mucho.

—No entiendo qué quiere decir. —Triana sentía cierta curiosidad por lo que le ocurría a Roque y el motivo de tanta protección.

—Mi hijo Roque tiene una discapacidad mental y no sale de casa solo. Así que, bueno, no creo que le pueda aportar nada que yo no pueda. Prefiero evitarle el mal trago. Puede desestabilizarle y entrar en crisis. Le pido, como favor, que le deje al margen. Es más complicado de lo que usted piensa. —Tragó saliva y dejó ver un atisbo de que tenía corazón por primera vez desde que comenzaron a hablar.

—De acuerdo. Hablaremos más adelante con su hijo Moisés. —Se levantó de la silla con dolor de cabeza—. Lo único que necesito son las imágenes de las cámaras de seguridad y los fichajes de los trabajadores.

—Sin problema, intentaré que las tenga lo antes posible. —Se dio la vuelta y se volvió a sentar en la gran silla presidencial con las piernas cruzadas.

Reyes no dijo nada más. Agachó la cabeza hacia los papeles que tenía sobre la mesa, dando de esta forma por zanjada la conversación. Era una mujer ocupada que dirigía una empresa, lo cual le había llevado a mostrar lo menos posible sus sentimientos. Aquella frialdad fue interceptada por Triana antes de salir. Había hablado auténticas barbaridades de su marido, pero estaba convencida de que no era quien le había asfixiado. Lo más plausible es que fuera la cabeza pensante del asesinato.

«Puede que el numerito de viuda llorando delante de la policía fuera una farsa para salir del círculo de sospechosos. No sé

qué puede pasar por una mente tan metódica y carente de empatía. ¿Cada uno de los pasos que da son auténticos? No lo creo».

La viuda se convirtió en una sospechosa principal. Si aquella conversación llena de confesiones estaba cargada de intención de desaparecer de la lista de investigados, se había equivocado. La subinspectora la hizo ascender al número uno. «Al menos, de momento».

4

Reyes esperó a que Triana saliera por la puerta para desplomarse en la silla. Recolocó la cabeza varias veces hasta que su cuello encontró una posición cómoda. Era una mujer fuerte y temida por el gran poder adquisitivo que le había conferido su progenitor. Era rica por castigo, sin embargo, sabía lo que costaba cada uno de los céntimos que tenía en la cuenta del banco. Su padre la había mandado a Londres durante los veranos, con la clara intención de que aprendiera lo que era el esfuerzo y el trabajo duro. Lo había conseguido con creces. No era derrochadora, aunque Triana lo hubiera pensado al contemplar el bolso o la decoración de su oficina. Aquel era su estatus social, lo que conllevaba a tener que adquirir algunos artículos de lujo que lo simbolizaban. Cada uno de sus movimientos tenía una intencionalidad. Ningún paso era en balde. Sin embargo, al igual que su padre, tenía un punto débil: sus hijos.

Llamó a Moisés, intentando mantener la calma para no trasmitirle el nerviosismo que la invadía. Sacó el móvil del bolso con dedos temblorosos. El corazón le bombeaba demasiado deprisa para pensar con claridad. Intentaba deshacerse de la idea de que ella sería la siguiente, pero estaba convencida de que los asesinatos no terminarían con Emiliano. Reyes tenía sesenta años, pero su apariencia era la de alguien de menor edad. Seguramente la subinspectora pensaría que tenía unos cincuenta años y cuando viera a su hijo se sintiera desconcertada. No sería la primera persona que se quedaba perpleja al contemplar a Moisés, que tenía más de treinta años.

—Hola, mamá, estoy de camino.

—Hijo, estoy nerviosa y triste. Tienes que andarte con cuidado, ¿vale? —dijo Reyes con un tono maternal cargado de tristeza.

—¡Mamá, ya no soy un niño! —exclamó Moisés.

—Para mí siempre lo serás —contestó conteniendo las lágrimas.

Se escuchó un suspiro por parte de Moisés.

—Venga, ahora te veo, estoy conduciendo —cortó para evitar continuar con sentimentalismos y que su madre terminara en un llanto imposible de parar.

—Están aquí los inspectores y no quiero que te señalen como sospechoso, ni a ti ni a tu hermano —susurró.

—¿Y por qué vamos a ser sospechosos? A veces no te entiendo —dijo con pena—. ¿Cuándo podemos ver a papá? —preguntó con balbuceos.

—No lo sé. No me han dicho nada. Supongo que primero le harán la autopsia —elucubró con la mirada perdida.

—Ya he llegado. Ahora subo. —Colgó de manera inesperada.

Moisés se bajó del coche moqueando. Había estado llorando desde que supo la noticia. Quería a su padre. Siempre había sido bueno con él y fue un padre ejemplar. A veces sentía lástima por la manera en que su madre le trataba, pero sabía que era una relación pactada en la que él no podía meterse. Desde fuera cualquiera podría pensar que era un privilegiado, y lo era, pero su vida no había sido fácil. Las relaciones familiares no habían sido todo lo fluidas que le hubieran gustado y el cariño maternal quizá fue insuficiente. Sin embargo, Emiliano siempre estuvo al lado de sus hijos, enseñándoles a valerse por sí mismos para no depender de nadie. Justo lo contrario por lo que él había pasado como consecuencia de la dependencia que tenía de Reyes.

Antes de entrar en el despacho de su madre, se volvió a secar las lágrimas. No quiso ir a la escena del crimen. No quería pasar por un mal trago innecesario que le provocaría más dolor que paz.

Se colocó los pantalones y la chaqueta y llamó a la puerta para entrar acto seguido. Primero abrió un palmo y metió la cabeza para comprobar que su madre estaba sola. Tras cerciorarse, pasó y cerró tras de sí. Reyes, con pasos rápidos, fue hacia él. Se abrazaron y Moisés rompió en llanto una vez más. Durante varios segundos, estuvieron abrazados y llorando.

—No te preocupes, lo vamos a encontrar y va a pagar por lo que ha hecho —dijo Reyes con la cara de su hijo entre las manos.

—¿Cómo vamos a encontrarlo? —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas sonrojadas como consecuencia del llanto intermitente.

—La policía me ha pedido las imágenes de las cámaras y los fichajes. Pero antes de mandárselos, los veremos nosotros. Seguro que el asesino ha pasado por alguna de las cámaras antes de llegar al despacho de papá —susurró Reyes.

—¿Para qué vamos a hacer eso? Es un trabajo de la policía, no para nosotros. No voy a hacer el papel de sicario. Aunque supiera quién ha sido, lo pondría en manos de la justicia. Bastantes desgracias han pasado como para buscar más, ¿no crees? —Se detuvo un segundo en los ojos de su madre—. ¿Me estás hablando en serio? —preguntó aturdido por las palabras de Reyes. La quería, pero a veces le estremecía lo que era capaz de hacer.

—Claro que te estoy hablando en serio—respondió con brusquedad.

—Deja que la policía haga su trabajo. No quiero vivir mirando mis espaldas por si alguien me quiere matar. Les daremos los recursos que nos pidan para que encuentren al culpable lo antes posible —argumentó rudo—. No vamos a interferir en la investigación, ¿me has entendido? —Comenzó a andar por la sala con las manos metidas en los bolsillos. Sabía que la conversación con su madre no había terminado. Reyes siempre se salía con la suya, aunque para ello tuviera que mentir.

—No lo entiendes. Esto no ha acabado hasta que sepamos por qué le han asesinado. ¡Estamos en peligro! —Alzó la voz y se pasó la mano por la frente para comprobar que sudaba y no se lo estaba imaginando.

Moisés dio un paso atrás, incrédulo.

—Mamá, dime la verdad, ¿qué es lo que no me estás contando? —Se colocó enfrente de Reyes y la cogió por ambos brazos con las pupilas clavadas en las suyas.

—¡Nada! —Alzó la voz inconscientemente—, pero hay mucha gente que nos odia. Han empezado por él porque estaba solo, pero luego iremos nosotros.

Moisés se sentó abatido en una de las sillas de invitados. Se colocó una de las manos en la frente para empezar a masajearse de manera reiterada. Se sentía desamparado y engañado. Conocía demasiado bien a su madre para saber que mentía y que le ocultaría información a la policía. Era una controladora nata. Bajo ningún concepto expondría su vida privada a un escarnio público para encontrar al asesino. Prefería acabar muerta antes que dar a conocer los secretos más sórdidos de la familia.

—Tenemos que conseguir que el juez venga al levantamiento del cadáver —dijo Moisés, seguro de sí mismo.

—No creo que eso sea buena idea. —Reyes cruzó los brazos y anduvo alrededor de la mesa para intentar aclarar las ideas contradictorias que se le venían a la cabeza sin cesar.

—A lo mejor puede ayudarnos a que encuentren al asesino e impartir la justicia que necesitamos. No creo que tarde demasiado tiempo en filtrarse lo ocurrido a la prensa y quedemos en ridículo —recapacitó—. Me refiero al recuerdo de papá —quiso matizar.

Reyes estaba inquieta. El manojo de nervios en el que se convertía en momentos críticos era uno de los principales motivos por el cual, pese a su edad, seguía haciendo deporte a diario. Sudar era de vital importancia para mantener sus impulsos bajo control.

Sabía que a veces le era difícil contenerse si no estaba cansada. Convertir los nervios en templanza era uno de sus mayores logros.

—Esa parte tienes que asumirla cuanto antes y no dejar que te afecte… Los periodistas son sensacionalistas y les va a encantar la manera en la que ha aparecido. Mañana estará en la primera plana de cualquier tirada local. —Andaba por el despacho como pollo sin cabeza—. Nos van a machacar. Es nuestro fin, hijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado, sin comprender el mensaje oculto detrás de las palabras.

—Las acciones van a bajar. Vamos a perder millones, y eso poniéndonos en el mejor de los casos. —Resopló con pesadumbre.

Moisés se levantó y cogió a Reyes por el brazo para que se quedara quieta.

—¿Cuál es el peor de los casos? —inquirió con rigidez.

—¿Cuál va a ser? ¡Qué perdamos todo! Si perdemos inversores por la caída en bolsa, perderemos la empresa. —Contuvo el llanto.

—Tranquila, mamá, no vamos a adelantar acontecimientos. —La dirigió hasta la silla—. Vamos a ser prudentes e iremos tomando decisiones según vayan ocurriendo los hechos, ¿vale? —intentó tranquilizarla lo mejor que supo.

—Está bien, pero tenemos que estar pendientes de tu hermano. De que no se dé cuenta de nada. Ya sabes cómo se pone cuando se altera, y si le internamos será otro escándalo más. —Se secó una lágrima antes de que saliera.

—Le tenemos que decir que han asesinado a papá, no sé lo podemos ocultar. Le tratas como a un niño, pero no lo es.

—Ya lo sé, pero es mejor que le demos poca información. —Detuvo sus ojos brillantes en la mirada de su hijo.

—Mamá, habla claro, conmigo no tienes que andarte con rodeos —Estaba convencido de que tenía secretos que se llevaría a la tumba. Inhaló una bocanada de aire.

—No estoy segura de cuál es la mejor manera de decírselo. Eso es todo, no te estoy ocultando nada. —Le agarró la mano reclamando comprensión y confianza. No había sido la mejor madre del mundo, pero los quería desde el día en que llegaron a este mundo.

—Creo que es mejor que le digamos cómo le han asesinado. No le puedes aislar del mundo —le recriminó Moisés.

—Lo sé, lo sé, tienes razón. —Asintió mientras tragaba saliva.

—Vamos a casa y se lo decimos hoy. No quiero que ponga la televisión y se entere de que han asesinado a papá. —Cogió el bolso de Reyes para dárselo con cariño y salir del edificio de la empresa.

—Está bien —afirmó, abatida.

5

Triana bajó al comedor, tal y como había quedado con Antón. Esperaba que hubiera conseguido información relevante para la investigación. A medida que avanzaba por las instalaciones, observaba cada uno de los rincones. Le llamó la atención que solo hubiera cámaras en el exterior y que en el interior no hubiera ninguna. Dedujo que era factible, ya que la personalidad controladora de Reyes le haría ser celosa de su intimidad y de lo que ocurría dentro de su empresa. Aunque tenía la sensación de que habría un motivo de peso para hacerlo y no sería algo tan simple. Al torcer la esquina, se le pasó por la mente la hipótesis de que la hubiera intentado engañar. Si la empresa era tan grande, no habría recorrido ni un cuarto de las instalaciones y se le podían haber pasado sin darse cuenta.

«Puede haber cámaras en cualquier lado. Pero estoy casi segura de que quien lo haya hecho sabía dónde estaban. Aunque no creo que el asesino se haya paseado por el lugar antes de matar a Emiliano».

La muerte de sus padres iba a traerle problemas con su hermana. Estaba convencida de ello, y no dejaba de darle vueltas una y otra vez. Lucas no se cansaba de decir que quería una casa más grande, que vivir en un piso era poco para ellos. A Triana le llamaba la atención aquel tipo de comentarios, ya que no comprendía por qué le preocupaba la opinión de los demás. La percepción que el resto tenía de él le importaba bastante más que lo que opinara Aura. Por más que pensaba en cómo su hermana había terminado con aquel personaje, no lo comprendía. Cruzó la puerta del comedor con el ceño fruncido, reflejo de lo que estaba pasando por su mente. Antón levantó la mano. Lo encontró en una mesa, cotilleando alegremente con unas trabajadoras. Triana dirigió la mirada al techo sin dejar de caminar hacia el inspector. Tampoco vio cámaras.

—Hola —dijo Triana al llegar a la mesa.

Le contestaron con un tímido saludo.

—¡Venga, compañera, siéntate! Vamos a hablar con estas chicas. Trabajan en producción —aclaró bajando el tono y subiendo las cejas a modo de señal que Triana tenía que interpretar.

La subinspectora se sentó en una de las sillas vacías. Las comensales no parpadearon ni una sola vez y de sus labios afloraron sonrisas complacientes que en el fondo Triana agradeció. Supuso que Antón habría dedicado cada uno de los minutos a encauzar la conversación al tema que de verdad le interesaba. Después de todo, Antón solía tener razón y no era la primera vez que había sacado más información en los bares o lugares de encuentro que siguiendo los cauces habituales de la investigación. El inspector colocó parte de su cuerpo encima de la mesa para darle a la situación el toque de cotilleo que necesitaba y con el que Triana prestaría más atención.

—Esta —señaló a una de las señoras que estaba sentada con un gorro desechable en la cabeza—, es Maruja, y como su nombre indica, es una profesional en el campo de los cotilleos —dijo murmurando.

La afición de la mesa asintió con una sonrisa.

—Es la mano derecha de Herminio, el jefe de las chicas —subrayó Antón con una gran sonrisa.

—Ya, el señor que llamó a la policía —confirmó que sabía de quién hablaba.

—Sí, eso es.

—Apura, Antón, que es para hoy. —Triana se estaba desesperando con tanta introducción.

—Vale, vale. Pues ella dice que no eran prostitutas, que eso es lo que querían hacer creer a la plantilla para evitar más chismes —susurró el inspector, acercándose a donde se había sentado Triana.

—No entiendo qué es lo que quieres decir —le interrumpió Triana abrumada por estar rodeada de tanta gente desconocida.

—Tenía una amante —murmuró Antón tapándose la boca con una de las manos para que solo ella le pudiera ver los labios.

—¡Estás loco! ¿Cómo va a preferir que la gente piense que era prostituta? —Hizo una mueca de incredulidad.

—Porque la amante es una trabajadora —dijo con voz y gesto de satisfacción.

—¿En serio? —Resopló.

—Exacto, es la decisión que tomaron para que Reyes no se enterara —quiso aclarar el inspector, al ser la explicación que, según Maruja, era *muy obvia*.

Triana levantó el labio con perplejidad ante la situación.

—Está bien, vamos a dar por bueno el chisme, ¿quién es la amante? —Triana se rindió ante la perspectiva de que la respuesta iba a ser un gran hilo del que tirar en la investigación. Colocó el codo en la mesa y se acercó aún más para darle énfasis a la situación.

—Se llama Edurne, y es una jovencita de unos treinta y pico años —continuó Antón entre susurros y levantamiento de cejas.

—¿Y qué coche tiene? Tendremos que confirmar si era ella, ¿no? —La subinspectora intentaba acortar la conversación y poder comenzar la investigación. No estaba acostumbrada a un interrogatorio tan masivo como el que estaba teniendo lugar.

—Ya se ha encargado Herminio de decir que solo vio el color. Hemos estado hablando, ¿verdad, chicas? —Asintieron como en una coreografía ensayada—. Puede que esté enamorado de Edurne y por eso la proteja.

—Bueno, bueno, eso es harina de otro costal. Vamos a centrarnos, ¿de qué color es su coche? —Triana no quería que

saltaran de un tema a otro sin haber zanjado el tema del coche primero.

—Del mismo, blanco y grande. Mis amigas no han sabido darme marca ni modelo. No son mucho de coches —expuso el inspector después de mirarlas y que confirmaran al unísono.

—Está bien. ¿Ahora mismo está aquí? Quiero decir si ha venido a trabajar hoy.

En los labios del agente afloró una gran sonrisa y se metió la pipa en la boca como símbolo del descubrimiento realizado. Triana le conocía demasiado como para saber la respuesta a través de sus gestos.

—De acuerdo. Demasiada casualidad. Vamos a buscarla. —Se levantó.

—Tenemos un problema con la dirección —incidió el inspector con tono de angustia con el objetivo de que alguna de las comensales se ofreciera voluntaria a darle la dirección.

Maruja, que hasta entonces no había hablado, rompió el silencio.

—Yo se la daré. No es necesario que Reyes se entere de que tenía una amante, y menos de que era una de las trabajadoras —susurró con complicidad.

—No le vamos a poder guardar el secreto. Estamos ante una investigación de asesinato. Si al final está implicada, saldrá a la luz. Además, me extrañaría mucho que Reyes no lo supiera. Tengo la sensación de que aquí no pasa nada que ella no quiera que pase, y de que es una mentirosa —sentenció la subinspectora con firmeza.

Maruja suspiró al recapacitar sobre las palabras de Triana.

—Puede ser, pero si no fuera el caso, es mejor que no lo sepa —agregó Maruja para dejar clara su postura, ya que no quería parecer una chismosa.

—Bueno, creo que la verdad va a salir a la luz quiera Reyes o no. Hay secretos que no se pueden guardar para siempre. Al menos, si detienen al asesino, estaremos seguras cuando vengamos a trabajar —intervino la compañera de al lado de Maruja, que le acarició el brazo.

—Dales la dirección y el número de móvil. Son policías, no podemos esconder información, han matado a don Emiliano —intercedió otra de las compañeras, que parecía más preocupada que el resto.

—De acuerdo. —Maruja sacó el teléfono.

6

La prioridad era encontrar a Edurne. Quizás Herminio hubiera mentido para proteger a Edurne o a Reyes, pero estaban convencidos de que sabía la verdad y la había ocultado. Triana pensó en la idea fugaz de que estuviera implicado de alguna manera, pero no vislumbraba el motivo que podría tener. «Todo a su debido tiempo».

Era importante conocer a la víctima para trazar una lista de sospechosos. Después sería cuestión de ir descartando con coartadas y hechos contrastados.

Aún no habían llegado a la dirección que Maruja les había dado y Triana le daba vueltas a las posibles hipótesis que llevaba a un ser humano a matar. El humo de la pipa le revoloteaba en la cara incesantemente. Malhumorada, intentó que el humo cambiara de dirección con varios movimientos de mano arriba y abajo. No le molestaba el humo, ya se había acostumbrado a él, pero estaba enfadada por lo que se había convertido en el primer testimonio cargado de mentiras. Herminio les había mentido con gran descaro. Por lo que, de alguna manera, sabía lo que estaba haciendo y lo que había pasado. Puede que no fuera nada importante y que lo hiciera por una sensación de falsa lealtad a Edurne, ciego por el enamoramiento que sentía, pero, al fin y al cabo, había mentido a la policía en una investigación de asesinato.

Antón estaba pasando por un mal momento y sabía que estar con el artilugio en la boca le tranquilizaba en cierto modo. Triana creyó oportuno dejarle disfrutar de la pipa durante el trayecto mientras debatían las primeras impresiones de lo que habían visto.

—Creo que sería buena idea que los trabajadores fueran a declarar y les cogieran las huellas —sugirió Triana, a pesar de que sabía que era laborioso y que Juanjo se opondría por la cantidad de trabajo extra que tendría. Aunque ella había pensado en unos pocos minutos la solución al problema que suponía para él: contratarían

una empresa externa que les hiciera los análisis. Serían más rápidos al disponer de más personal, y casi con total probabilidad, máquinas más modernas.

—No podemos obligar a los trabajadores a hacerse las pruebas de ADN y a que nos den las huellas porque nos dé la gana —respondió Antón sin apartar la vista de la carretera.

—Lo sé, por eso será voluntario. Quien no haya tenido nada que ver, se las hará encantado. Además, así descartamos a quienes no estuvieron en el despacho de Emiliano y después interrogamos a las personas cuyas huellas estuvieran allí. —Triana carraspeó antes de comentar la idea que primero tendría que aprobar Antón—. He pensado que los análisis podrían hacerlos una empresa externa. Así no habría tanta queja en el departamento ni miradas de rencor por parte del resto de los agentes cuando pasemos por su lado, ¿qué te parece?

—Va a ser mucho trabajo si tenemos que tomar declaración a toda la plantilla. Aunque puede que sea la mejor manera de descartar sospechosos. —El inspector sonrió ante la idea de tener que hacer una cantidad menor de interrogatorios. No sabía cuántos trabajadores eran, pero por las dimensiones de las instalaciones debían de ser muchos. Demasiados.

—He pensado que, como le han asfixiado, no vamos a tener prácticamente nada de información en la escena del crimen —alegó Triana con la clara intención de reforzar la idea para descartar sospechosos.

—Ya, bueno, no hay que olvidar que también tenemos el arma del crimen. El cojín está en el despacho.

—Sí, pero el despacho no tiene llave, no hay sangre, y seguro que no ha dejado ADN ni nada por el estilo. Cualquiera ha podido tocar ese cojín con anterioridad. Si te fijaste, tenía la pareja en el sofá.

Antón asintió y dio una calada a la pipa.

—Cierto. Tenemos que averiguar cada cuánto limpiaban la empresa, en concreto el despacho. Quizás haya huellas en la superficie de las mesas —dijo Antón pensando en voz alta.

—Tendremos que esperar. Puede que Juanjo nos dé una buena noticia. —La subinspectora tenía grandes esperanzas en el trabajo de su compañero.

El GPS les avisó de que ya habían llegado. Triana volvió a marcar el número de Edurne, por si acaso en esta ocasión sí contestaba.

—¿Qué? —preguntó Antón a la vez que inhalaba una gran bocanada de aire.

—Nada. —Negó con la cabeza.

Antón miró por la ventanilla y clavó sus ojos en el número del portal que les había dado Maruja. Dio una calada a la pipa y expulsó el humo despacio, pensativo.

—No va a ser tan fácil, ¿lo sabes? —soltó Antón antes de bajar del coche. Aquel asesinato le daba mala espina. Cualquier asesinato es trágico, pero en aquel había algo más lúgubre de lo normal.

—Sí, solo estoy rezando porque no la encontremos muerta en su casa.

—¿Por qué nos mentiría Herminio? —preguntó retóricamente con un leve parpadeo al que siguió un apretón de párpados. Sufría sequedad de ojos, y cuando miraba quedamente hacia un punto fijo, un parpadeo reiterativo era la única solución. Se tocó el bolsillo interior de la chaqueta, pero no palpó las gotas.

Triana guardó silencio y abrió la puerta. Apoyó las manos en el techo del coche y respiró profundamente con los ojos cerrados. Tenía hambre. Se había levantado temprano después de haber dormido menos de cinco horas. Desde la muerte de sus padres no había vuelto a conciliar el sueño como antes. No le gustaba pensar

en ello para no entrar en un bucle, pero era obvio que sufría de leves cuadros de ansiedad. En alguna ocasión, incluso sentía un pequeño cosquilleo en los dedos de los pies. El médico le había explicado que era ansiedad. Le argumentó que, al saber que no iba a conseguir dormir, se sentía mal solo de pensarlo en cuanto se metía en la cama. Era cierto, es lo que le ocurría. No había una cura inmediata, así que la solución eran las pastillas. Tenía cierto temor a volverse adicta a los somníferos, y que, en un corto periodo de tiempo, fueran imprescindibles para poder descansar. Aún las guardaba en la mesilla de noche sin abrir. Se frotó los ojos y creyó que era conveniente comenzar esa misma noche con el tratamiento. Debía arriesgarse. Era la única solución si quería continuar rindiendo a lo largo de la investigación. El asesino no podía quedar impune por sus problemas personales.

—¡Triana! —exclamó Antón, que ya había andado varios metros. Al volver la vista atrás, se dio cuenta de que estaba ensimismada.

«¡Esta chica cada día está más en la inopia!».

—Voy.

Dio varias zancadas hasta ponerse al lado de Antón. Llegaron al portal en silencio y caminando uno al lado del otro. Pero cada uno en su propio mundo lleno de hipótesis y teorías sobre lo ocurrido. En ciertas ocasiones, como era esta, se notaba su total reticencia a poner las ideas en común. A ninguno le gustaba perder, y eran altamente competitivos. No compartían pensamientos por miedo a errar, lo cual en sí mismo era un pensamiento erróneo. Para avanzar con más eficacia, lo mejor era hablar y tomar un camino juntos, pero en ambos casos el miedo a fallar o decepcionar al compañero les hacía guardar silencio hasta que sus ideas no se solidificaban con pruebas objetivas.

Llamaron al telefonillo.

—¿Sí? —preguntó un hilo de voz dulce y triste.

Ambos se miraron con ojos sorprendidos.

—Policía. ¿Puede abrirnos? —respondió Antón de inmediato. No iba a volver a casa hasta que hablara con Edurne.

Entraron en el edificio y cerraron la puerta. Antón la agarró del brazo para que le prestara atención.

—¿Crees que era ella? —preguntó con dudas el inspector. Ese comportamiento carecía de lógica. No contestó a las llamadas, pero sí lo hizo al telefonillo de su casa.

—No lo sé, pero habrá que andar con ojo. Puede que sea una trampa —elucubró Triana.

—No tiene sentido. —Se paró delante del ascensor con las manos en los bolsillos y la mirada perpleja—. Puede que sea mejor subir por las escaleras. Puede que nos esté intentando engañar para que subamos por el ascensor y escapar por las escaleras. —Suspiró ante la perspectiva de estar tan cerca y que se les escapara como el agua que se escurre entre los dedos.

—Buena idea, mejor actuar con prudencia. Si no cogía el teléfono, no tiene mucho sentido que nos abra la puerta sin problemas. A no ser… —Triana guardó silencio durante unos segundos.

—Que tenga miedo —terminó la frase de su compañera. Demasiadas horas juntos habían provocado que en ocasiones se leyeran los pensamientos.

Antón hizo un gesto con la mano para que comenzaran a subir las escaleras. Triana le miró una vez más, antes de colocar la mano en la pistola y adelantar un pie para comenzar a ascender hasta el piso.

«Menos mal que es un primer piso. La edad no perdona a nadie», Antón se quejaba al emitir unos silenciosos jadeos.

Al llegar al rellano, una mujer joven y atractiva los esperaba con la puerta entreabierta. Se mordía las uñas de manera

compulsiva con el pulso visiblemente tembloroso. Triana se acercó con pasos prudentes hasta que llegó a su altura. Antón iba detrás, precavido y observando detenidamente cada movimiento al milímetro. Era lo suficientemente viejo como para recordar las veces que las personas más inocentes habían reaccionado de forma agresiva. Dejó pasar a Triana primero, para cubrir su retaguardia.

La mujer abrió la puerta después de que Triana le enseñara la placa. Creyó que era lo mejor para que se sintiera protegida. La única hipótesis que tenía coherencia con los sucesos y con la expresión de Edurne era que se hubiera encontrado a don Emiliano muerto cuando llegó.

—Pueden pasar —los invitó a entrar con una voz dulce y melosa.

—Gracias —respondió Antón, más relajado, pero con cierta reticencia en el pensamiento, aunque no en sus actos.

Edurne cerró tras echar un último vistazo al rellano. Triana observó que tenía miedo y había estado llorando. Sus ojos estaban enrojecidos y sujetaba un gurruño que supuso que sería el papel que habría utilizado para secarse las lágrimas.

—¿Sabe por qué estamos aquí? —preguntó el inspector aún de pie.

—Sí. —Tragó saliva—. Pueden sentarse —dijo después de hacerlo ella—. Yo no he sido. Cuando llegué estaba muerto. —Comenzó a llorar con un llanto sonoro y angustioso.

La mujer era más joven que Reyes, sin embargo, no era más guapa ni mucho menos. Reyes tenía la clase con la que nace una persona del estatus social de la dueña de una gran empresa farmacéutica, y eso le confería una personalidad embriagadora. La subinspectora la observaba detenidamente en un intento de descifrar cada uno de los movimientos de la que se había convertido en una de las posibles sospechosas.

—Necesitamos que nos cuente con el máximo detalle posible lo que recuerde de aquella noche. La han visto salir con el coche, y supongo que las cámaras habrán grabado la hora a la que entró y salió. —Antón no se caracterizaba por el don de la paciencia y quería terminar lo más rápido posible. No se imaginaba a esa chica asfixiando a Emiliano con un cojín.

—Por supuesto que os contaría lo que supiera, pero no vi a nadie ni nada extraño. Llegué a la hora de siempre, y cuando vi que estaba en aquella postura con el cojín y atado… —Comenzó a balbucear y los agentes hicieron un gran esfuerzo para intentar descifrar cada una de sus palabras entre los sollozos—. Me fui corriendo.

—¿Quiere decir que aparecerá en las imágenes?

—Eso es. No toqué nada. Tenía miedo de que el asesino aún estuviera por allí.

—¿Sabe quién ha podido ser? ¿Tenía más amantes o enemigos que le quisieran muerto? —intervino Antón con crueldad.

Edurne se sonó la nariz con gesto pensativo antes de responder. Triana, en ese instante, dudó que estuviera diciendo la verdad. Se la veía afectada, pero había algo en su voz melosa que no le daba buena espina. Para la subinspectora, el tono de voz de la gente decía más de lo que parecía. Las personas que tienen un timbre como el de Edurne tenían una gran ventaja sobre otras, ya que te trasmitía tanta ternura que era capaz de encandilarte. El trabajo de doblador de voces siempre había sido una profesión que le provocaba curiosidad. La gente no le da una gran importancia, pero es fundamental para conseguir ciertos objetivos. Triana, con escuchar una sola vez a una persona, la etiquetaba. Las voces chillonas le retumbaban en los tímpanos y las voces de *narrador de cuentos*, como ella las llamaba, la transportaban a una infancia vívida y familiar.

—Emiliano no tenía enemigos. Era buena persona y se portaba de manera amable y profesional con los trabajadores —

afirmó Edurne, creyendo firmemente en lo que decía.

—Claro que sí, tan profesional como contigo, que erais amantes, ¿no? ¿Es eso lo que nos quieres decir? —soltó Triana, arrepintiéndose al instante.

—Lo nuestro era distinto. Sé lo que pensáis, que era una aprovechada porque él era rico y soy más joven que él —alzó la voz —. No sois los primeros, y tampoco seréis los últimos en pensarlo. — Se encogió de hombros—. Pero me da lo mismo lo que piense la gente. Nos queríamos, y lo que digan o piensen los demás me es indiferente.

—Entiendo. Tranquilícese. —Antón miró a Triana con los ojos bien abiertos, lo que ella interpretó como un: «Te voy a matar».

—Ya les he dicho todo lo que sé. —Se levantó—. Me gustaría estar sola.

—Pues lo siento, pero no es posible. —Triana movió la mano para que se volviera a sentar—. Usted es la amante de un hombre al que acaban de matar, y casualidad o no, estuvo allí. Supongo que entenderá que es la principal sospechosa, ¿no?

Se sentó y se cruzó de brazos a la vez que cogía una gran bocanada de aire.

—Entiendo, pero pierden el tiempo. Les repito que no vi nada. Tuve miedo y me fui. Ni siquiera pisé la escena del crimen, si es que le mataron en el despacho.

—¿Conocía bien a Emiliano? —preguntó Antón, que decidió que era mejor cambiar la dirección del interrogatorio.

—Claro.

—¿Cuánto tiempo llevaban siendo amantes? —intervino Triana con curiosidad sobre la relación furtiva.

—Más o menos desde que entré a trabajar. —Una lágrima empezó a resbalar por la mejilla de Edurne. Se la secó rápidamente

con la punta de los dedos.

—¿Y eso es…? —Triana levantó las cejas, expectante por la respuesta. Esperaba que fuera un periodo corto de tiempo y su teoría de que era una interesada se viera confirmada.

—Cuatro años, más o menos. —Se apoyó en la parte de atrás del sofá con los brazos cruzados.

Antón había sacado la pipa del bolsillo como señal inequívoca de que quería irse. No era porque quisiera fumar, sino porque Triana había cabreado a la amante y no iba a colaborar como hubieran deseado.

—¿Qué tal la relación con su jefa? Ya sabe, me refiero a Reyes, ¿bien? —preguntó Triana con retintín.

—Muy profesional, gracias por preguntar. ¿Ya? —Movió la cabeza a ambos lados con cara de pocos amigos.

—Lo siento, pero no me creo que Reyes no supiera que era su amante —dijo Triana cada vez más desagradable.

—¿Perdone? —dijo torciendo levemente la cabeza a un lado —, ¿alguien ha dicho que no lo supiera? Por supuesto que lo sabía, pero le daba igual —contestó con gesto de desaprobación.

—Entiendo. ¿Cree que ha sido ella? —Antón se adelantó con la pregunta. Se recolocó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Miró fijamente a Edurne a los ojos y rezó porque la respuesta fuera sincera.

—¿Para qué asesinarlo? Creo que le valía más vivo que muerto. El matrimonio ficticio que había entre ambos era uno de los pilares fundamentales para vender a los inversores que era una empresa familiar y cercana. Es decir, estable. Si la familia se resquebrajaba, después lo haría la empresa. Los inversores dejarían de serlo y las acciones caerían. —Dudó por un segundo si había hablado de más, pero continuó. Ya daba igual—. El matrimonio era una especie de contrato laboral. Si Emiliano se iba, se quedaba sin

sustento. Reyes lo sabía y se aprovechaba de la situación en desventaja en la que había dejado a su marido.

—Gracias, Edurne. De momento creo que es suficiente para la investigación —contestó Triana, desubicada. No se esperaba que al final les diera tanta información sin reparos.

—Ha sido muy amable. Después de ver las cámaras y contrastar los fichajes, volveremos a hablar —se despidió Antón al levantarse.

—No va a ser necesario. Esperen un momento.

Se levantó y desapareció al entrar en una de las habitaciones. Los agentes se miraron expectantes.

—No creo que encuentren nada en los archivos de fichajes y salidas. —Les dio una tarjeta de plástico con el nombre de la empresa.

—¿Qué es esto? —preguntó Triana sin dejar de menear la tarjeta en el aire.

—Modernidades de la empresa. Cada empleado tiene una para poder entrar y salir cuando quiera. Así que los fichajes que os van a dar no servirán para nada. —Sonrió con malicia—. Os darán registros sin nombre, y eso si tenéis suerte de que no los manipulen antes.

—¿Todos los empleados tienen una, sin excepción? —preguntó Antón, esperanzado porque existiera la posibilidad de descartar a unos cuantos. La cabeza comenzaba a darle vueltas.

—Todos. No solo la tienen los del turno de noche, que es cuando no hay ningún vigilante en la recepción y pueden abrir la puerta apretando el botón de debajo del mostrador —explicó más calmada y menos susceptible. Era absurdo tomar una actitud altiva cuando ella quería que encontraran al asesino de Emiliano tanto como la policía—. Todos los trabajadores tienen una —reiteró con firmeza—. Se la dan el mismo día que entran a trabajar.

Triana miró la tarjeta por ambos lados. El corazón le bombeaba más deprisa. La información decisiva de saber quién había entrado y salido durante las horas cercanas al asesinato, se volatilizó en cuestión de segundos. Las palabras de Edurne y la existencia de las tarjetas de registro sin identidad atormentaron su mente como una gran ola en el mar.

—¿Me está queriendo decir que la tarjeta no tiene nombre y apellidos? —preguntó la subinspectora, devastada.

—Exacto. Las que se dan a los trabajadores cuando entran, sí. Pero hay unas cuantas, no sé decirles el número, que están en blanco, por así decirlo —matizó Edurne, cada vez más cansada de tanta explicación.

—Cualquiera se ha podido hacer con una de ellas y entrar sin problemas —susurró Antón, cabizbajo.

—Antes de que me lo pregunten, yo tenía una para poder entrar en la empresa y poder vernos sin utilizar la mía y que quedara registro de que había sido yo. —Edurne no quería mentir y ayudaría a la policía en todo lo que pudiera. No quería parecer sospechosa por el simple hecho de ser la amante de la víctima.

—Tenemos un problema —zanjó Triana.

—No me gusta ser portadora de malas noticias, pero hay una cosa más —agregó conteniendo el aliento—. En teoría, las chicas de recursos humanos te dan una con tu nombre y apellidos, pero a veces, cuando no tienen tiempo de grabarlo, les dan una sin identidad.

—Un momento —Resopló Antón—, ¿quieres decir que oficialmente hay dos o tres, pero que puede ser que la mitad de los trabajadores la tengan sin grabar y ni siquiera lo sepan?, ¿es eso lo que quieres decir? —Sintió cómo comenzaban a sudar.

—Eso es —confirmó Edurne moviendo la cabeza.

Triana sentía que iba a empezar a hiperventilar en cualquier momento.

—¡Pues vaya mierda de registro de acceso tiene la empresa para facturar tantos millones al año! —maldijo Antón con ímpetu.

7

Intentó tranquilizarse cuando los agentes se marcharon de su casa. No estaba en condiciones de ir a ningún sitio, sin embargo, tenía la necesidad de salir para que el aire le rozara la piel del rostro. Desde pequeña sentía cómo su ansiedad iba disminuyendo a medida que caminaba y respiraba despacio y con tranquilidad. Pensó que hablar con Candela la podría relajar. Era su mejor amiga desde niñas y vivían en el mismo barrio. Era psiquiatra, por lo que no se le ocurrió una opción mejor para desahogarse en los momentos tan duros que estaba viviendo. No recordaba sentir la congoja tan anclada en el corazón y en el estómago.

Candela la había llamado varias veces a lo largo del día. No contestó porque no era capaz de articular palabra. «Mejor la llamo después, no quiero que nadie me escuche hablar por teléfono en la calle». Hablar con los agentes la había tranquilizado, pero solo en parte. Pensaba que la habían descartado como sospechosa. Había colaborado con la poca información que manejaba y ahora tendría que esperar para conocer la identidad de quien había sido capaz de matar a Emiliano.

El asesinato había salido por la televisión. Habían cortado las emisiones para dar la terrible noticia. La empresa farmacéutica era famosa desde que había salido a bolsa, motivo por el que la prensa no tardó en llegar a las puertas de las instalaciones para recabar más información. Al pasar por uno de los bares del barrio, observó que en la televisión aparecía la fachada de la empresa y multitud de imágenes antiguas de eventos y fiestas a las que había asistido con Reyes. Respiró profundamente. Era cuestión de tiempo que su cara apareciera en la televisión como «*la amante del asesinado*». Tragó saliva y decidió que era mejor volver a casa. El paseo había sido breve, pero había cumplido el objetivo de airear la mente. Miró hacia ambos lados y tuvo la sensación de que la gente la miraba y cuchicheaba a su paso.

Edurne cruzó la puerta y cerró con llave tras de sí. Se estaba volviendo paranoica y comenzó a barajar la opción de que el asesino fuera a matarla esa misma noche. Apoyó las manos temblorosas en el mueble del recibidor y se miró en el espejo; tenía un aspecto horrible. La máscara de pestañas se le había corrido alrededor de los ojos y le confería el mismo aspecto que cuando se maquillaba en Halloween. Caminó cabizbaja hacia el cuarto de baño para limpiarse la cara. Iba a seguir llorando, así que no merecía la pena volver a reconstruir el maquillaje. Necesitaba hablar con alguien que la conociera y no analizara cada una de sus palabras para comprobar si mentía o no. Necesitaba a Candela para liberarse de la carga tan pesada que sentía sobre los hombros. No dejaba de darle vueltas a que fue una cobarde y a que, si tanto alardeaba de que su amor hacia Emiliano era incondicional, no había tardado ni dos segundos en marcharse corriendo. El asesino podría haber estado allí, pero quizás podría haberle ayudado o incluso haberlo impedido.

«Pero me fui corriendo como una cobarde. Ni siquiera comprobé si estaba muerto. Puede que estuviera vivo y me viera salir despavorida y dejarle solo y sin ayuda».

Nunca sabría lo que podría haber ocurrido si no hubiera huido, pero el sentimiento de culpa no dejaría de atormentarla. Había escapado y lo había dejado a su suerte. Se lamentaba mientras se restregaba con desgana un algodón con grandes cantidades de desmaquillante.

El móvil volvió a sonar.

«Candela».

Sabía que era ella porque el tono de llamada que tenía era distinto al del resto de los contactos. Los únicos que tenían una canción diferente eran ella, su madre y Emiliano. Avanzó los escasos metros que le separaban del salón donde había dejado el móvil y descolgó con el algodón en la otra mano.

Durante unos segundos comenzó a llorar con el teléfono descolgado.

—¿Edurne?

Candela meneó la cabeza varias veces. Guardó silencio hasta que Edurne reunió las fuerzas para hablar. Creyó que era más adecuado que iniciara la conversación cuando estuviera preparada para hacerlo. Era su mejor amiga desde hacía varias décadas, así que esperaría todo el tiempo que fuera necesario. Candela había aprendido, a través de su profesión, que cualquier situación, por muy traumática que fuera, siempre se termina superando. El asesinato fue un golpe virulento que la vida le había dado, pero que, como cualquier otra situación, terminaría siendo un recuerdo.

—Candela, ¿lo has visto? —consiguió balbucear mientras se limpiaba las lágrimas con el algodón que se había vuelto de color negro.

—Claro que lo he visto. ¿Se sabe quién ha sido? —preguntó compungida.

—No, pero tampoco lo van a descubrir. Estoy segura de que Reyes me va a culpar, aunque sabe que no he sido yo —afirmó con terquedad.

—¿Por qué dices eso?

—Ha podido ser cualquiera que tuviera una tarjeta para entrar. No están personalizadas, de esa manera no hay registro, puede haber sido cualquiera —repitió con rotundidad al sentarse en una de las sillas del salón.

—Bueno, Edurne, ahora no te preocupes por eso. Lo importante eres tú —la animó con una voz conmovedora y llena de cariño.

—Estoy muy preocupada. —Se levantó para sentarse de nuevo en la comodidad del sofá—. No sé por qué, pero tengo la sensación de que conocía a quien lo hizo.

—¿No viste nada?

—No, nada, pero la policía ha venido a mi casa. Yo fui la última persona que le vio. —Hizo una pausa al moquear—. No sé si estaba vivo o no, pero salí corriendo como una cobarde.

—Es normal que salieras corriendo, no te puedes castigar por eso. El instinto de supervivencia prima sobre cualquier otro. Nadie en su sano juicio se habría quedado a esperar—le explicó pausadamente.

—Lo dices para consolarme, pero una persona que te quiere no te abandona a tu suerte como he hecho yo. Me siento mal, fatal. Soy una mala persona, un fraude —matizó—. Proclamando nuestro amor a los cuatro vientos, y cuando veo que está en peligro, desaparezco.

—Entiendo lo que dices, y quizás por eso ha estado ahí la policía. ¿Cómo han sabido que tú eras la amante? —Se interesó.

—Ni idea. Pero, bueno, para ser realista, se lo habrá dicho cualquier vieja cotilla de las que trabajan ahí —bufó molesta.

—¿A lo mejor te vio alguien al salir?

—Claro, me vio Herminio al salir cuando él entraba. Pero sé que él no ha sido —susurró con temor a que alguien la escuchara.

—Eso no lo sabes —incidió para que no se fiara de nadie.

—Sí que lo sé. Sigue enamorado de mí —afirmó con cierta satisfacción.

—Tienes que ser prudente con la gente, ya te lo he dicho muchas veces, solo te puede traicionar aquel en quien confías.

Edurne se levantó del sofá y caminó hacia la ventana. Por su mente pasó la fugaz idea de que, si la policía había dado con ella en una sola mañana, los periodistas que estaban en la puerta de la empresa no tardarían en sacar kilos de porquería guardada bajo la alfombra.

«¿Y si se plantan en la puerta de mi casa? Seré la amante busca fortunas para siempre o descalificativos incluso peores…». Comenzó a sudar.

—¿Puedo quedarme a dormir en tu casa? —preguntó Edurne con el miedo recorriéndole el cuerpo sin descanso.

—Por supuesto, no hace falta ni que lo preguntes. Mi casa siempre estará abierta para ti. ¿Tienes miedo?

—Sí… —respondió tras un largo suspiro. Tenía miedo a que la prensa la encontrara, pero también a que la asesinaran, aunque ni siquiera sabía el motivo—. No quiero estar sola en casa hasta que todo esto haya pasado. —Edurne sentía un nudo en el estómago al recordar cómo encontró a Emiliano.

—Está bien, puedes quedarte el tiempo que quieras. —Se escuchó el ruido del motor.

—¿No estás en casa? —preguntó frunciendo el ceño.

—No, pero tienes llaves. Recuerda que cada una tiene las llaves de la otra, aunque nunca las utilicemos. —Sonrió.

—De acuerdo. Voy a coger algo de ropa para unos días y voy para allá. —Revisó su espalda. Sentía inseguridad al estar sola.

—Está bien. Compraré comida y voy para casa. Ten cuidado y no hables con nadie que no sea la policía —le advirtió con prudencia.

—Tranquila, es lo que pensaba hacer —confirmó Edurne, que ya había cogido una mochila y estaba metiendo ropa en ella sin siquiera mirarla.

Edurne era una chica resultona, con buena figura, de pelo largo y rubio y con una voz de sirena que encandilaba a cualquiera. Candela tenía las mismas cualidades físicas, pero su pelo era negro. Hacían el dueto perfecto, salvo porque Candela era más inteligente y sabía cómo manipularla a su antojo. La sutileza era otro de sus muchos dones, lo que hacía que su amiga no supiera que era manipulada desde una temprana edad. Candela aprendió desde

jovencita cómo hacer que las cosas ocurrieran y no esperar a que sucedieran. A pesar de ello, la quería y las unía una gran amistad, pero esta solo se mantendría en pie si a Candela le continuaba confiriendo bienestar.

Hay dos tipos de amigos: los que te delatan y los que traen la pala. Candela era de los primeros. Y ahora, con la reacción de Edurne ante el asesinato de Emiliano, comprobó que no era digna de su amistad. Si veía peligro, la dejaría atrás para salvarse a sí misma. La psiquiatra no se sintió decepcionada, la conocía y sabía que era una persona interesada. Lo había sido con Emiliano, aunque ella no dejara de negarlo.

No era la primera amistad que duraba por pura conveniencia, y tampoco sería la última. Si hay matrimonios que lo hacen durante años, ¿por qué no una amistad?

8

Antón había decidido irse al bar regentado por su amigo Ventura. Era como su segunda casa, le gustaba estar allí. Se sentía cómodo y tranquilo mientras las horas pasaban y él estaba sentado en la barra. Nadie le preguntaba y se podía dedicar a autocompadecerse por la tristeza que invadía su vida hasta que se empezaba tambalear en la silla. Había llegado arrastrando los pies de manera automática hasta la puerta del bar. La mayoría de las veces no pensaba a dónde iría o qué haría después de trabajar, el piloto automático que tenía en su mente, le hacía terminar en aquel lugar. Triana sabía que, si no lo localizaba en casa, estaría en la barra ahogando las penas que invadían su corazón desde hacía tiempo. Ventura era el dueño del bar y su amigo.

—Qué pronto vienes hoy —dijo Ventura al verlo entrar mientras echaba hielo a varios vasos que sujetaba sin que le temblara el pulso. Sin siquiera estar atento a sus acciones los cubitos terminaban en el interior de los vasos como por arte de magia.

—Lo sé. ¿Has visto la que se ha liado? —se interesó Antón al subir la pierna para sentarse en uno de los taburetes altos que rodeaban la barra.

—Sí, ya sabes, a veces los ricos también lloran. —Se encogió de hombros sin mucho interés. Llevaba una larga jornada laboral y el cansancio ya comenzaba a hacer mella en su estado de ánimo.

—Esta vez llorará la familia, porque al pobre hombre le han mandado a un sitio del que no puede regresar. —Colocó los codos en la barra y entrelazó los dedos de ambas manos. Miró a su alrededor para comprobar la identidad de los clientes.

La decoración del bar era la misma que cuando Ventura decidió montar el negocio allá por los ochenta. Era de madera y con las barras acolchadas que tanto estuvieron de moda entonces. A los clientes les parecía que conferían un encanto que los bares

modernos y sencillos no tendrían nunca, razón por la que decidió actualizar, pero no cambiar nada del mobiliario que seguía en buen estado. La barra aún conservaba los dibujos en relieve. A Ventura le había costado una cantidad indecente construir aquella barra a medida con los detalles en madera, por eso la cuidaba y limpiaba con frecuencia. La madera relucía confiriéndole un ambiente especial al local.

Al inspector le encantaba pasar las horas sentado en la banqueta de la esquina mientras daba vueltas a los casos. Siempre que iba se sentaba en el mismo sitio, por lo que parecía que formaba parte del mobiliario. Si echaba cuentas de las horas que había pasado en el bar a lo largo de su vida, el resultado sería más del doble que en su casa. Lo que más le gustaba, sin lugar a duda, era cuando bajaban el cierre y comenzaban a recoger. Ventura le dejaba fumar con la pipa mientras terminaban de preparar las neveras para el día siguiente. Después de todo, era policía, nadie le llevaba la contraria. Al menos era lo que pensaba hasta que Remedios le dejó para irse con otro.

—¿Sabes que me ha llegado la demanda de divorcio? —dijo con un tono de voz melancólico.

—Ya me lo dijiste —confirmó con la mirada clavada en los ojos marrones del inspector.

—Mala mujer —afirmó, siguiendo con los dedos uno de los dibujos de la barra.

—Sabes que no lo es —aclaró Ventura al mover las botellas para limpiar los estantes. Había dejado los vasos con las bebidas en la barra para que las llevaran a las mesas. Sabía que iba a comenzar una conversación que ya habían tenido demasiadas veces pero que el inspector no quería comprender—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó, dejando de limpiar por unos segundos.

Ventura siempre estaba limpiando. Se podría decir muchas cosas del bar, pero no que estuviera sucio. Era un forofo de la limpieza y se notaba. Se volvía loco en cuanto veía una ligera capa

de suciedad. Pasar el dedo por las estanterías y las mesas del local era una manía que tenía para comprobar que no había ni una mota de polvo por ningún lado y que se había limpiado durante el servicio.

—Paso de hablar contigo, la verdad, no me entiendes. —Le hizo un gesto con la mano para que le dejara en paz.

—¿Porque no te doy la razón? —Antón meneó la cabeza con los ojos entrecerrados—. Es que no la tienes. —Continuó moviendo las botellas y limpiando con la gamuza—. ¿Quieres beber algo o no? —insistió, sabiendo que ni siquiera le estaba escuchando.

—Sí, ponme lo de siempre. —Se encogió de hombros mientras seguía dibujando con la punta de los dedos. Ahora hacía unos círculos imaginarios al cuestionarse a sí mismo las decisiones que había tomado a lo largo de su vida.

—Ahora mismo. —Ventura cogió uno de los vasos de tubo y le echó hielo sin dejar de mirarle. No entendía por qué no pasaba página en esa etapa de su vida. Ya no había nada que pudiera hacer.

«Lo hecho, hecho está. Siempre será mejor mirar hacia delante que no dejar de lamentarte por algo que no tiene solución».

—Tampoco creo que sea para dejar a tu marido —la voz del inspector sonó apagada y cargada de odio—. Soy policía, a veces el caso nos quita más horas de las que pensábamos o nos hace salir a horas que no esperábamos —intentó excusarse.

—Cada uno cree lo que quiere creer. —Ventura levantó las cejas, incrédulo porque no quería ver la realidad.

—¿Crees que miento? Es mi trabajo, y ella lo sabía. Las cosas se hablan, no se hacen a escondidas y con mentiras —alzó el tono apretando los dientes con rabia.

—No es que crea que mientas, Antón, es que no tienes razón —explicó sin tapujos ni adornos a una conversación que no le llevaría a ningún lado—. Llegabas tarde porque no querías ir a casa, preferías estar en otros sitios o haciendo otras cosas que no fuera

con Remedios. —Se detuvo por un momento y colocó los brazos sobre la mesa después de llenarle el vaso—. Escucha con atención lo que te voy a decir.

Antón le miró fijamente, sorprendido. Era la primera vez que veía a su amigo pararse para hablarle tan seriamente y con los ojos clavados en los suyos.

—Una mujer solo te deja por una razón: no se siente querida —sintetizó en una frase, con la sana intención de que entendiera que las excusas no sirven de nada.

—Bah, ¡vaya tontería! —rugió alzando los brazos por encima de la barra.

—Así te va, que no escuchas —contestó Ventura sin poder contenerse.

—Sí escucho, pero me dejó porque se enamoró de otro más guapo que yo y que estaba a las seis de la tarde en casa —alzó la voz, casi gritando.

—¡Por Dios bendito! Este hombre no se entera de nada —bufó con rabia e ira contenida. Era su amigo, el único que se atrevía a decirle la verdad a la cara. Lo hacía por su bien, a pesar de que Antón no quisiera verlo.

—Ah, ¿no? —dijo con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Claro que no. Si te hubieras preocupado de ella y de tus hijos —añadió con tono contundente—, aún estaría a tu lado. Pero no lo hiciste. Ni siquiera la llamabas, nada de nada. —Se irguió para limpiar la barra, otra vez con hastío—. Lo sé porque lo has dicho tú mismo, en esa misma silla. —Señaló y le escudriñó con la mirada.

Antón agachó la cabeza. «Tiene razón. Debió sentirse muy sola», meditó por un momento.

Un cliente le levantó la mano de una de las mesas y Ventura salió de la barra para atenderle. El inspector miró la copa que tenía agarrada con una mano y escuchó las noticias de fondo. Siempre

tomaba lo mismo. Cuando estaba borracho dejaba de servirle alcohol, pero para evitar discutir le engañaba con tónica y agua. Era la única manera de que Antón no se sintiera insultado y se enfadara por una acción que Ventura hacía por su bien. Tenía un carácter difícil de llevar, pero era su amigo y estaba pasando por un mal momento. Estaba dispuesto a soportar aquellas charlas interminables.

Giró el cuello hacia la televisión para comprobar en la pantalla lo que sus oídos escuchaban.

—¡No me jodas! ¡Ya están otra vez! —Se quejó furioso al menear la cabeza.

—Llevan toda la mañana con lo mismo —le contestó uno de los camareros que pasaba por su lado.

—Hombre, Nacho, no te había visto —dijo a modo de saludo.

—¿Qué tal la mañana, inspector? —se interesó el camarero.

Nacho era uno de los trabajadores que llevaba más tiempo con Ventura. Le llamaba «inspector» porque sabía que le fastidiaba que la gente supiera que era policía. Prefería pasar inadvertido, ya que en cuanto tenían conocimiento de su profesión comenzaban a pedir favores.

—Ha habido un asesinato, así que te puedes hacer una idea del trabajo que tenemos. —La mente le volvió al caso para intentar averiguar por dónde huiría el asesino cuando cometió el crimen sin ser visto.

—Seguro que lo resuelves pronto —le animó con su habitual optimismo—. Eres un quejica, pero inteligente. —Nacho cargó la bandeja de botellines de cerveza y salió de la barra con una amplia sonrisa.

—Gracias, Nachete. Tú sí que sabes animar —respondió Antón.

Mientras veía al reportero tuvo una gran idea. La empresa estaba lejos del centro urbano, supuso que por razones económicas. El precio por metro cuadrado disminuye al alejarse del centro. Cuando el padre de Reyes montó la empresa, seleccionó un terreno bastante alejado para que las instalaciones tuvieran la capacidad necesaria para albergar los distintos departamentos. Por lo que solo había una carretera que la unía a la autovía general. Debía contactar con tráfico para comprobar si en la incorporación había alguna cámara que les pudiera dar las matrículas de los coches que habían pasado a lo largo de la noche del asesinato.

Era tarde. Pero intentaría localizar a alguien de tráfico que le pudiera dar esa información, contando con el factor suerte y que hubiera una cámara a lo largo del camino. No era raro encontrar caminos que, por estar en terreno privado, tráfico no podía controlar, y menos aún tener una cámara de vigilancia. Cruzó los dedos y rezó todo lo que sabía cuando le pasaron con el encargado. «Lo iba a mirar». Aquella frase no le gustó nada, ya que sabía que era la típica frase que se suele decir para quitarse a alguien de encima, en este caso, a él mismo. Esperaba que el susodicho no se columpiara para devolverle la llamada y que lo hiciera rápido. Le explicó que era por el mediático asesinato que ocupaba la mayoría de las noticias en la televisión.

Miraba fijamente la copa y le daba vueltas inconscientemente con los ojos clavados en la alianza que aún no se había quitado. Sabía que era absurdo llevarla, Remedios no quería saber nada de él. Ahora se arrepentía. No servía de nada compadecerse y, aunque no lo reconociera no había hecho bien las cosas con su exmujer. Era tarde, demasiado tarde. Remover el pasado no sirve de nada, no se puede cambiar. Tampoco es bueno recordarlo y hacerse daño, pero a veces es inevitable. El líquido de la copa había bajado demasiado rápido. Alzó la mano para que Ventura le pusiera otra. El móvil descansaba al lado de la mano con la alianza cuando se encendió la pantalla.

«¡Vaya! ¡Qué rápido!».

—¿Sí?

—Hola, inspector, acabamos de hablar por el tema de las cámaras. —Hizo una pausa para darle dramatismo a la conclusión—. Efectivamente, hay una al incorporarse a la autovía. Si me dice qué horas necesita, se las envío ahora mismo por el correo electrónico que me facilite.

—¡Me ha alegrado la noche! No estoy seguro de cuándo fue asesinado, ya que nos falta la autopsia para concretar las horas, así que le voy a dar la matrícula de la víctima y a partir de cuando él llegó, quiero todas las entradas y salidas. ¿Es posible?

—Sí, tardaré un rato, pero a lo largo de esta tarde las tendrá —afirmó orgulloso por su contribución.

—¡Fantástico! Estaré dándole a actualizar hasta que las reciba. —Soltó una risotada, complacido.

Cuando colgó, ya tenía la nueva copa rellena. Bebió y saboreó el líquido. «Maldito Ventura, ya me las ha empezado a poner con agua. Se debe de pensar que soy tonto y no se distinguirlo». Siempre lo había sabido, y en el fondo entendía por qué lo hacía. Nunca le dijo nada. Al probarla, supo que era el momento de irse a casa.

—Ventura, me voy. Hoy me ha cundido el día. Me habéis traído suerte —dijo esperanzado.

—Vale, inspector, hasta mañana. —Se despidió con una sonrisa más amable de lo habitual. Intuía que cada día estaba mejor. El trabajo siempre había sido su vía de escape.

Antón se sintió renovado en cuanto el aire le dio en la cara. Hacía algo de frío. No sabía si era por la edad —ya no era ningún chaval— o porque las temperaturas habían bajado. Le encantaba vivir en Madrid, las calles repletas de gente, el bullicio y el continuo paisaje repleto de árboles con coches conformaban un ambiente tan característico de la capital que estaba convencido de que sin él no podría ser feliz. Vivía cerca del bar, podía ir andando, pero prefirió

coger el metro varias paradas para quedarse observando a los viajeros de los vagones. El trabajo de observación era fundamental para un buen policía, y él lo era. Los detalles son lo que diferencian un buen trabajo de investigación. Sin esos pequeños errores que cometen los asesinos, sería imposible localizarlos. Pero, como le gustaba decir sin parar: «No hay crimen perfecto, sino mal investigado».

Utilizó la tarjeta para acceder al metro. Llegó en cinco minutos y lo encontró vacío a esas horas. Miró el reloj. Iba a llegar a casa y, cómo no, a seguir pensando en Remedios. Era incapaz de hacer otra cosa. Por unos segundos, cuando estaba sentado en el vagón, mirando a una chica que leía de pie junto a la puerta, evaluó si era buena decisión ir a su antigua casa, donde vivía su exmujer con los niños. Ya eran mayores, alrededor de unos veinte años, pero para él seguirían siendo sus niños, aunque tuvieran cincuenta.

«Mala idea, Antón. Vete a casa. No pintas nada».

Meneó la cabeza al desechar la idea.

Le quedaban pocos metros para llegar a la puerta de su casa cuando sacó el móvil al acordarse de que las imágenes de tráfico podrían estar esperando en la bandeja de entrada del correo electrónico.

«¡Bingo!».

9

Antes de entrar a la comisaría, paró a comprar un café para llevar. Odiaba el de la máquina que tenían. Estaba segura de que era agua sucia. Le tenía que echar tanta azúcar para poder tomárselo que luego sentía cómo emergían caries en sus dientes. Atravesó la puerta con signos evidentes de cansancio. Se había duchado cuando se levantó y, aún con el pelo mojado, se hizo una coleta y se peinó el flequillo. Nunca ponía especial hincapié en él, ya que tenía vida propia por el remolino que tenía en la frente y terminaba de cualquier manera menos como debería estar. Aun así, se lo peinó con los dedos de la mano libre.

Antón estaba con las gafas puestas y miraba por encima de los cristales la pantalla con gesto mustio y la barbilla apoyada en el interior de la mano. Triana adivinó al instante que algo había perturbado su paz. Podría ser que hubiera perdido un archivo que luego encontrarían en otra carpeta, o bien una pista relevante para el caso. Posó el vaso de plástico humeante en su mesa, contigua a la del inspector, y se acercó con paso cauto. Antón todavía no se había percatado de que la subinspectora había llegado. Apretó la punta del dedo índice contra su espalda.

—Hombre, menos mal que estás aquí —dijo al fin.

—¿Qué pasa? —saludó Antón con gesto enardecido—. A ver, ayer tuve un momento de lucidez y pedí las imágenes de entrada y salida del camino que da a la general —informó victorioso, enarcando una de las cejas.

—Genial, parece que la suerte nos sonríe. —Triana se sentó en su silla y la giró hacia Antón. Bebió un sorbo del café y lo dejó en la mesa.

—No sé qué decirte —dudó el inspector de su victoria, pusilánime—. Todas las matrículas son de trabajadores, que eso está

muy bien, porque así no tenemos que interrogar a la plantilla al completo, pero…

—Ya sabía yo que había un «pero» —le interrumpió con un gesto que cambió su expresión de felicidad de hacía unos segundos. Volvió a beber mientras esperaba más detalles.

—Y bien grande, además. Hay una matrícula que no es de la empresa. —Se giró para mirarle la cara.

—El asesino. —Le escudriñó con la mirada y se peinó el flequillo rebelde con los dedos.

Antón se echó hacia atrás y la miró desde su posición por encima de las gafas.

—Chica, ¿te puedes callar? —Se quitó las gafas y las dejó en la mesa para a continuación frotarse los ojos por un breve instante.

—Perdona, me puede la emoción —respondió Triana, avergonzada.

—Bueno, pues, como iba diciendo —Levantó las cejas—: o he cometido un error en la búsqueda, que ya he comprobado varias veces, o el asesino ha cambiado la matrícula. —Antón mostraba un gesto de asombro e incredulidad.

Triana se recolocó en la silla para coger impulso y acercarse más todavía al inspector. Con ojos intrigados analizó su alrededor para comprobar que nadie los escuchaba.

—¿Me estás queriendo decir que el asesino cambió la matrícula para ir a matarlo? —quiso saber con un grito que era un susurro.

—Eso parece. Mira. —Giró la cabeza para volver a la pantalla del ordenador. Movió el ratón para desactivar el fondo negro y se colocó las gafas.

Triana se acercó tanto que le dio un ligero empujón a la silla de Antón, y este la miró con ojos sagaces por un segundo, antes de

volver de nuevo a la pantalla. Cerró las ventanas que tenía abiertas y se fue al programa que escupiría la información que le tenía totalmente descolocado y exacerbado.

«¡Será posible que tengamos tan mala suerte! Para una pista que tenemos, y es falsa…». Interrumpió un momento sus meditaciones para hablar con Triana y oír su opinión sobre aquella fatídica coincidencia que los llevaba de nuevo a la casilla de salida.

Las demás matrículas estaban descartadas porque eran de trabajadores y no estaban tan cercanas a la hora en la que pensaba que se había producido el asesinato. Aunque tendrían que comprobar las coartadas y los fichajes de la empresa, la única que descuadraba era esa.

—Pero si es de un tío de Asturias. ¡No me jodas! ¡Es el asesino casi seguro! —Triana dio un golpe en la mesa. El café bailó en el interior del vaso sin llegar a desparramarse de milagro.

—Tan seguro de que no le vamos a pillar por esta línea de investigación. —Antón reafirmó su enfado y se echó hacia atrás en la silla. Miró a Triana sin aportar más solución que un encogimiento de hombros.

—Siento ser yo quien lo diga, pero esto no tiene buena pinta. —El hilo de esperanza que Triana tenía con la pista de las cámaras se había esfumado en un segundo.

Triana se acomodó en la silla, pensativa. Colocó los brazos por fuera de esta y echó el cuello hacia atrás, dejando la mirada clavada en el techo.

—¿Sabemos algo de Juanjo? —se interesó la subinspectora con tono amable.

—No. —Antón negó con la cabeza—. Además, ya sabes cómo se pone cuando nos ponemos pesados —advirtió a Triana para disuadirla—. Cualquiera va a verle.

—¿Le llamamos? —sugirió Triana, a lo que Antón reaccionó sacudiendo la cabeza.

—Yo, no. Si tú te atreves… —respondió con la mejor de sus sonrisas.

Triana se echó a reír. Sabía que era probable que no tuviera ningún avance y que le echara una buena regañina durante varios minutos.

—No soy tan intrépida como parezco. —Sonrió con desgana —. Vamos a darle unos días. —Desechó la idea y comenzó a repasar los detalles de la escena del crimen. No los recordaba con nitidez, pero podía ser un buen comienzo para encontrar otro camino por el que continuar investigando.

—Me parece lo más sensato —confirmó Antón, que conocía perfectamente el mal pronto de Juanjo—. Vamos a desayunar a la terraza. —Se levantó y sacó la pipa—. Tengo hambre y necesito que el aire me roce los mofletes.

—Todavía no he tomado el café que he traído —se quejó señalándolo.

—Ese ya está malo. Vamos. —La animó con un movimiento de la mano que aún tenía la alianza.

—¡Espera un momento! —Bebió de un sorbo el café que le quedaba en el vaso para seguir a Antón, que ya había comenzado a andar—. ¿Por qué no te quitas el anillo?

Antón fingió que no la había oído para emprender el camino hacia el pasillo y acelerar el paso.

«¿A ti qué diablos te importa?».

La subinspectora le siguió con los ojos en blanco. Su pregunta se iba a quedar sin respuesta y no tenía ninguna intención de volver a hacerla. Sabía que la había oído perfectamente, pero que no le daba la gana responder. Así de simple.

Antón era una caja de sorpresas. Con la idea de las cámaras de tráfico había descubierto una pista sobre el asesino. Puede que por el momento no les diera mucha información, pero más adelante fuera un apoyo para el resto de las pistas circunstanciales que surgieran. Que el asesinato hubiera salido en la televisión les había puesto en el ojo del huracán. Así que Braulio no tardaría en llamarlos para meterles prisa por la presión mediática.

—¿Vas a compartir conmigo información sensible? —De los labios de Triana afloró una sonrisa maliciosa. Se le pasó por la mente que aquel cambio repentino de actitud era porque tenía más pistas importantes, pero no tan legales.

—¡Qué va! Ojalá fuera eso. Esta vez sí que es para fumar, estoy más nervioso de lo habitual —aclaró con gesto condescendiente.

Los pasos rápidos y sin tregua los llevaron hasta el ascensor. Un compañero estaba esperando en la puerta, por lo que decidieron mantener el silencio hasta que la compañía desapareciera. Abandonó el habitáculo en la misma planta que ellos, lo que hizo que mantuvieran el silencio no pactado hasta salir del edificio.

—Estás más raro de lo habitual —dijo Triana rompiendo el silencio.

—Lo sé. Es que esa mujer me da mala espina —respondió con un gesto inexpresivo.

—¿Quién? —preguntó Triana sin dejar de caminar a su lado.

—¡Quién va a ser, Triana! La viuda tísica —Colocó la pipa en los labios y comenzó a fumar—. Ahora está todo el día en la televisión.

Triana se tapó la boca con ambas manos para soltar una ligera carcajada.

—No te rías, yo la veo muy delgada —replicó sin acritud—. Eso no puede ser bueno. —Antón la miró con gesto risueño. Se paró

un segundo para volver a llevarse la pipa a la boca.

—¿Crees que ha sido ella? —preguntó Triana con un leve parpadeo para evitar la sequedad de ojos.

—No sé, tengo mis dudas. Esta noche, como todas las noches —insistió con voz gutural—, no he dormido muy bien y he tenido tiempo para pensar. —Se tocó la barba incipiente de varios días—. Pero he llegado a una conclusión firme —Giró el cuello para mirarla directamente a los ojos—. Esa mujer es mala, muy mala. Ya sabes, es de ese tipo de gente que tiene mal fondo y cualquier idea que sale de su cabeza es solo y exclusivamente para su propio beneficio.

—Ya, estoy de acuerdo contigo, pero puede ser mala y no ser la asesina —respondió Triana.

—Sí, también, pero tiene pintilla de que oculta información oscura. —El inspector se colocó la mano para taparse la boca y que nadie le viera los labios más que Triana—. Me refiero a cosas ilegales, ya me entiendes.

—Veo que hemos llegado a la misma conclusión —terminó de decir al llegar a la terraza del bar.

—Vamos a sentarnos ahí. —Dio una intensa calada—. Ya sé que hace un poco de aire, pero no le quites el gusto a este pobre anciano.

—¿Anciano? —Levantó las cejas—. Tú eres de todo menos eso. Chantajista, lo llamaría yo, para ser exactos.

Se sentó en una de las sillas de plástico con publicidad de la cerveza que servían y sonrió.

—¿Y bien? —Inició de nuevo la conversación el inspector. Estaba convencido de que Triana había estado trabajando por su cuenta.

—Ayer por la noche llamé al de informática, ya sabes, para que me hiciera la triangulación de móviles a esas horas. —Triana

colocó los brazos en la mesa al echarse hacia delante y se frotó las manos por el frío.

—Al grano, que no tenemos todo el día. —Alzó la mano para llamar al camarero y al recibir su atención levantó dos dedos. El bar estaba cercano a la comisaría y solían visitarlo frecuentemente, por lo que el camarero no necesitaba más explicación que la que el inspector le había dado.

—Los móviles son de los trabajadores —dijo en voz baja.

—Bueno, eso ya lo sabíamos —respondió sin gesto de sorpresa.

—Lo sé, pero ¿a que no sabes quién más estaba en las cercanías a esas horas? Adivina. —Se recostó y cruzó los brazos con una sonrisa sin rastro de calidez.

—Supongo que eso me lo irás a decir ahora mismo, ¿no?

—Un tal Felipe Ibáñez que está fichado por la policía desde hace años. ¿No te suena el nombre? —dijo con un tono de intriga que le retumbó en los oídos a Antón.

—¡No me jodas! —exclamó el inspector con los ojos enardecidos—. ¿Estás segura?

—Por supuesto —respondió sorprendida por su reacción.

—Es el Butronero —desveló sin esperar mucho, para que Triana supiera que sabía de quién estaba hablando.

—¿Estás seguro?, ¿le conoces? —Triana recorrió una y otra vez sus ojos en busca de una respuesta sincera.

Antón vio por el rabillo del ojo cómo el camarero llegaba con la bandeja.

—A ver, quita los brazos, que viene el chico con los cafés —dijo Antón, cambiando de tema con suspicacia para darse tiempo a pensar una explicación convincente del motivo por el que sabía quién era.

—Hola, agentes, aquí tienen los cafés. —Los colocó con cuidado encima de la mesa para evitar cualquier derrame.

—Muchas gracias —dijeron ambos.

Esperaron el tiempo prudencial y necesario hasta que el camarero se alejara para que no se sintiera incómodo por sus cuchicheos.

—¿No tienes nada que añadir? —Triana estaba enfadada y desconcertada a partes iguales. No comprendía el mutismo espontáneo. Meneó el azúcar del café con brío, esperando que Antón desembuchara información que no estaba en la base de datos.

—A ver, claro que sé quién es, y no es conocido como el Butronero por casualidad —explicó nervioso sin dejar de jugar con la pipa en una de las manos—. ¿No te has leído la ficha?

—No me ha dado tiempo, pero supongo, por tu reacción, que ya no me va a hacer falta, ¿no?

Antón se acomodó en la silla y echó el azúcar en el café. Triana se estaba desesperando con tanto misterio y se contuvo para no gritarle. Estaba segura de que lo hacía para poner a prueba su temperamento de «mecha corta», como le solía decir.

—El caso es que es un ladrón profesional. Eres muy joven para acordarte, pero el prenda es un fiera en su campo. Nos costaba dios y ayuda recopilar pruebas de los delitos —susurró mientras continuaba meneando el café.

—Bueno, pero al final las conseguisteis. —Movía el café sin dejar de mirarle.

—Qué va. —Tragó saliva al recordar lo ocurrido décadas atrás —. Se me está poniendo mal cuerpo. —Reprimió las lágrimas como pudo. Triana se dio cuenta enseguida de que la narración de los hechos contenía un trágico final—. Le hicimos una encerrona después de muchos años detrás de él. Le teníamos acorralado, pero

el tío estaba volado de la cabeza. Tenía claro cómo escapar. —Contuvo el aliento un segundo para poder continuar—. La verdad es que, de no ser por lo que ocurrió, lo hubiera vuelto a conseguir.

—Tranquilo —le tocó el hombro—, tómate tu tiempo en contármelo —dijo con voz queda.

—Uno de los agentes se puso en medio del control de la zona acordonada para que no escapara, con tan mala suerte, de que al Butronero no le dio tiempo a frenar. —Hizo una pausa para desvelar el desenlace, pero no lo pudo decir en voz alta—. El final te lo puedes imaginar. —Volvió a tragar saliva y dio un sorbo de café.

Triana guardó silencio por unos segundos antes de terminar el relato.

—Lo atropelló —terminó la frase por él.

—Sí, por eso estuvo en la cárcel tantos años. Fue un accidente, pero lo mató. —Se tocó la cara con especial énfasis en la barba.

—¿Crees que ha sido él quien ha matado a Emiliano? —preguntó Triana, intrigada por saber su opinión.

—No lo creo, la verdad. A lo largo de los años he aprendido algunas cosas importantes, y una de ellas es que un ladrón no es un asesino, y que el asesino no es un ladrón. Es raro que concurran ambas características en una persona. Puede, pero es raro.

—El asesino busca matar, no robar. —Asintió.

—Y siempre matan de la misma manera, ya sabes a lo que me refiero. —Se adelantó a decir con la mirada puesta en el café.

—Sí… —afirmó Triana, pensativa.

—La muerte del compañero fue un accidente, pero aun así el Butronero es una persona peligrosa. Pensé que ya estaba retirado de los robos, pero parece que no. Tendrá que ganarse la vida de alguna manera —dijo pensando en alto.

—Tenemos que interrogarle y salir de dudas. Que nos diga qué es lo que hacía allí a esas horas. —Dudó—. ¿Crees que es posible que le pagaran por matarlo? —Se interesó en saber la opinión de Antón. Parecía que aquella época le traía malos recuerdos.

—¿Un asesino a sueldo? Imposible —Negó con la cabeza.

—Reyes es rica, puede comprar esos servicios. —Triana sopló el café antes de darle un sorbo.

—Ya, ya, el dinero todo lo puede. —Cogió el vaso con una mano y observó si continuaba saliendo humo para poder bebérselo.

—¿Eso no era el amor? —Triana soltó un profundo suspiro, ya que pensaba que el amor era tan frágil y delicado como una flor de primavera.

—Pamplinas, es el dinero. El amor no puede con nada. Ya sabes que ahora mismo no estoy en mi mejor momento. —Sonrió sin ganas y con gesto de aburrimiento sobre el tema. Se acordó de Remedios y su amante, lo que hizo que se le torciera el gesto de manera repentina.

—Veo que vamos por terreno pantanoso. —Puso los ojos en blanco para dejar claro que no quería hablar del tema, ya que el inspector llevaba tiempo inaguantable cuando salía el tema de las relaciones amorosas.

—Tienes razón. Tómate el café y vamos a buscar al Butronero. Así al menos no pensamos en historias no correspondidas y amores frugales —dijo Antón con un tono burlón mientras fumaba, cabizbajo y con la mirada clavada en el vacío.

Se tomaron el café lo más rápido que pudieron. La leche estaba demasiado caliente para cualquier paladar. Antón se levantó para ir a pagar y al baño. Cuando Triana esperaba el regreso del inspector, recibió la llamada de su hermana. Miró la pantalla, melancólica. Recordó la bonita relación que siempre habían tenido y cómo se habían convertido en unas desconocidas repletas de

desconfianza. Triana intentaba no alterarse ni decir nada inapropiado que empeorara la relación, aunque era imposible que fuera a peor. Sus padres se sentirían decepcionados de ver cómo sus hijas se habían distanciado de una forma tan soez. Dudó si debía responder a la llamada. «Tengo que hacerlo». El tema de la herencia no se iba a solucionar solo y tenían que llegar a un acuerdo para poner los papeles en orden y pagar los impuestos que correspondieran.

—¿Sí? —respondió Triana con voz distante.

—Triana, he hablado con mi abogada para que quedemos con el tuyo y lleguemos a un acuerdo —respondió con voz seca e impertinente.

—Aura, no quiero vender la casa —alzó la voz visiblemente enfadada.

—No, claro, lo que quieres es quedarte a vivir en ella por el morro —reprochó cortante y con frialdad.

—¡Qué dices! Claro que no. Volví a casa con ellos para cuidarlos cuando tú te desentendiste, pero ahora vienes a por el dinero. ¡Es la casa donde hemos crecido y te quieres deshacer de ella! —El grito tuvo como consecuencia que algunos clientes del bar la miraran.

—Cómprame mi parte y te quedas con ella, si tantos recuerdos tienes —respondió Aura con tono gélido.

—Aura, ¿no lo podemos hablar tranquilamente? —suplicó para parar la guerra sin sentido que habían empezado y que ambas sabían que no tendría ganador.

—Claro, es lo que estamos haciendo. Yo quiero el dinero y tú la casa, págame mi parte y todos tan contentos. Siempre te quieres salir con la tuya, y esta vez no va a ser así. —Se escuchó la respiración profunda de Aura a través del auricular.

—¡Hablas así porque te lo ha dicho el idiota de Lucas! —le recriminó con dureza.

Escuchó a Aura murmurando palabras que no consiguió descifrar, pero que con total seguridad eran insultos hacia su persona.

—Mira, cada una tiene su vida, y la mía está con mi marido. Que te caiga bien o mal, me es indiferente. ¿Qué has decidido?, ¿quieres la casa? —preguntó para zanjar la conversación incómoda que estaban teniendo.

—Sí, pero para las dos —insistió condescendiente por las respuestas de Aura.

—No, Triana, yo no quiero otra casa y más gastos, necesito el dinero para irme a una mejor casa con tu sobrino. La única que saldría beneficiada eres tú, que te has apropiado de ella y vives ahí por el morro, sin pagar nada más que los gastos. Las cosas no son así, y tú lo sabes. —Aura estaba fuera de control y con cada palabra aumentaban los gritos.

—Está bien, Aura, como quieras. Pero ¿podemos vernos las dos solas? Por favor, es lo único que te pido. Solo una vez —suplicó conteniendo las lágrimas de un dolor intenso que le apretaba con fuerza el corazón.

—¿A qué te refieres? ¿Sin Lucas, quieres decir? —El tono déspota era patente.

—Sí, creo que solo quiere separarnos más. Somos hermanas, esto no es necesario. Si quieres la vendemos, pero por favor, vamos a arreglar esta situación, ¿vale?

—Primero anuncia la venta de la casa, y luego hablamos —dijo Aura haciendo prevalecer el ultimátum del que dependía su relación.

—De acuerdo.

—Ya hablamos. —Colgó.

El inspector había escuchado la conversación. Se mantuvo a una distancia prudencial para no interrumpir a Triana. Lo estaba

pasando mal, aunque no se lo quisiera contar. Esperó a que colgara para acercarse de nuevo a la mesa. Caminó disimulando que había sido testigo de lo ocurrido. Al llegar a la mesa, observó cómo Triana se secaba las lágrimas, a pesar de estar de espaldas. Sintió una gran desidia en el estómago al vislumbrar cómo las circunstancias habían sido desfavorables para la subinspectora y no podía ayudarla a remediar el problema.

—¿Todo bien? —preguntó abriendo la veda por si quería contarle lo que pasaba.

—Sí, perfectamente. La familia es la que nos toca, no la que elegimos. —Moqueó.

—Ya sabes que si te puedo ayudar solo tienes que decírmelo —dijo Antón mientras ponía una mano sobre la de Triana y la apretaba.

—Lo sé, pero ahora prefiero hablar con el Butronero para distraerme de la opacidad de mi vida —se lamentó con una expresión de pérdida y melancolía.

—Puede que tengas razón, a los dos nos vendrá bien el aire fresco. —Sonrió débilmente.

El viento sopló con fuerza y creó un remolino de hojas en la esquina donde se habían tomado el café. Triana pensó por un momento que podrían haber sido sus padres demostrándole que la apoyaban. Sin embargo, rápidamente sacudió la cabeza para quitarse aquella estupidez de la mente. Los jirones entre la multitud de nubes del cielo dejaban pasar rayos de luz opaca y gélida y alumbraban la tenue mañana en la que se había convertido.

10

Anduvieron con prisa hasta comisaría. Antes de irse tendrían que coger las llaves del coche y los accesorios policiales. Antón no era una persona desconfiada, pero sí prudente. Volverse a ver cara a cara con el Butronero no aportaba demasiada calidez a lo sucedido. Podía haber cambiado en la cárcel, pero por sí acaso no era así, no tenía intención de ir a interrogarlo sin pistola. Los agentes tenían que decidir si era mejor opción citarle en comisaría o ir a verlo y jugar con el factor sorpresa. Se sentaron en las sillas del despacho para evaluar los pros y contras de la situación.

—¿Qué hacemos?, ¿vamos o le llamamos? —preguntó Triana un poco más tranquila después de la desagradable conversación con su hermana.

—No te hagas ilusiones de que vaya a ser tan fácil. Ese tipo es muy inteligente, y si ha querido esconderse de la policía, lo habrá conseguido —declaró Antón con severidad.

—A mí me parece que ya no es el que era. Todo el mundo que ha pasado una temporada en la cárcel cambia —explicó Triana, convencida.

—Cierto, pero no tiene por qué ser a mejor —dijo él, pesimista, como de costumbre—. Ten en cuenta que los amigos que puedes hacer en la cárcel son *canelita en rama.*

Triana le miró con el gesto congelado y la boca abierta.

—¿En serio? ¿Eres un agente de la ley que no cree en la reinserción? —dijo Triana, asombrada y con el abrigo puesto y el bolso colgado para salir de comisaría.

—Creo, pero solo en los que quieren reinsertarse. Hay algunos que ven una oportunidad de ampliar su red de contactos para continuar su imperio del mal —concluyó con resiliencia.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Triana se reacomodó en el asiento—. Estoy empezando a tener calor aquí dentro.

Antón la miró con gesto inexpresivo de arriba, abajo para que se quitara el abrigo. Le hizo caso y lo colocó en el respaldo de la silla y el bolso en el reposabrazos.

—No entiendo cómo no se ha roto todavía. —Volvió a poner la atención en el viejo y lento ordenador para encontrar la ficha policial del comúnmente conocido como el Butronero—. Aquí le tenemos.

—Échate para allá. —Triana le chocó con la silla para poder leer la ficha—. Parece que ha cambiado, no tiene ninguna detención desde que salió de la cárcel.

—Ahora sí que me he quedado de piedra. ¿Qué haría allí a esas horas? Puede que no haya liado ninguna porque todavía no ha tenido la oportunidad, o bien porque está esperando a que pase un tiempo prudencial para no ser el principal sospechoso. —Antón le dio al botón de «actualizar». Le parecía que la ficha debía tener algún error.

«La gente no cambia de un día para otro».

—A ver si al final trabaja como asesino a sueldo… —dijo Triana, aunque con serias dudas.

—¡Qué no, mujer! Eso ya te digo yo que no. Jamás he visto llorar a un asesino tan desconsoladamente como el día del accidente —argumentó convencido de sus palabras—. Es un ladrón, sí, pero no un asesino —repitió su teoría.

Triana asintió y siguió leyendo los antecedentes. Ella no conocía el pasado del susodicho.

—Al menos ahora ya sé por qué le llamaban el Butronero —añadió la subinspectora con voz burlona.

—¿De verdad necesitabas leerlo? —Meneó la cabeza con resignación.

—Ya, tienes razón, era un poco obvio. —Sonrió nerviosa.

—Robaba haciendo butrones —confirmó Antón con sorna—. Era el mejor en su campo. Siempre pensé que estudiaba cada uno de los golpes. Cada uno de sus movimientos estaban sincronizados al milímetro. Es una persona inteligente.

—Eso parece, nunca se le ha detenido con cargos —siguió leyendo con la mirada fija en la pantalla.

—No los había. Sabíamos que era él, pero nunca hubo pruebas. A ello se sumaba que en los interrogatorios mantiene una calma que ni siquiera los inocentes son capaces de tener delante de la policía —recordó el inspector moviendo la cabeza con melancolía.

—¿Me quieres decir que no vamos a conseguir nada hablando con él? —quiso saber con bastante intriga.

—Sintetizando la respuesta: sí, eso es. Solo sabremos lo que él quiera que sepamos —confirmó Antón encogiéndose de hombros.

—¿Le llamo? Aquí aparece un teléfono. —Triana esperó la respuesta del inspector.

—Tendremos que intentarlo —dudó, pensativo—. Espero que, aunque no seamos de su agrado, si no está metido en el embrollo, nos ayude a demostrar su inocencia y a encontrar al asesino.

—Va a ser difícil encontrar un sospechoso mejor que él. Objetivamente —levantó las manos con las palmas en alto para que Antón no le echara un sermón antes de que terminara de hablar—, es un sospechoso que ha cumplido condena por asesinato.

Los agentes tenían opiniones contradictorias. Podría no ser él, pero parecía tener todas las papeletas. Había estado en la cárcel y cerca del lugar del crimen a la hora en la que era probable que ocurriera.

—No, homicidio involuntario —matizó Antón.

—De acuerdo. Llámale tú, que tienes confianza con él —sugirió sutilmente, ya que no le apetecía hacer la llamada.

—Probamos. Si no, iremos a buscarle —resolvió con la mayor brevedad posible.

Antón cogió el teléfono y marcó el número que aparecía como contacto. Triana movió levemente la cabeza para que le adelantara si contestaba. Negó.

—Nada. —Se levantó de la silla y apagó el ordenador.

—Te sigo. —Imitó el gesto del inspector.

El Butronero tuvo una infancia difícil y sin grandes lujos. Sus padres eran trabajadores, pero no se podían permitir caprichos. Debido a sus empleos, requerían una disponibilidad horaria bastante amplia, Felipe no tenía una vigilancia tan controlada como otros niños de su edad. Rápido las malas amistades le llevaron de delitos sin mucha importancia a otros mayores. Fue entonces cuando descubrió que la inteligencia que tenía le podía sacar de la vida opresiva en la que estaban recluidos. No tardó mucho tiempo en aprender y conseguir llegar holgado a finales de mes. Sus padres sabían a lo que se dedicaba, pero no podían retenerle en casa, y más cuando el principal motivo por el que lo hacía era para ayudarlos. Adoraban a su hijo y eran unos padres cariñosos, pero sin oportunidad de darle una vida mejor. La sensación de pesadumbre termina pesando como una losa cuando ves pasar hambre a tu único hijo.

Antón no dijo nada a Triana, pero había reconocido la dirección. Era la casa familiar. Aquellos años en los que era un joven policía, se montaron varias guardias frente al lugar.

Bajaron del coche. Triana observó cada uno de los detalles alrededor del terreno. Al final, siempre se quiere volver a casa y era probable que al Butronero le hubiera ocurrido. Es el único lugar en el que te sientes protegido y seguro. Había salido de la cárcel hacía unos años. No había dado señales de vida en lo que se refería al tema policial. Antón estaba convencido de que era una mera

coincidencia que estuviera por los alrededores, quizás mala suerte. Pero Triana se guardó una opinión bien distinta. Las casualidades no existen.

La vivienda era una casita humilde a pie de calle. Antiguamente Madrid estaba plagada de ellas en la periferia, pero poco a poco se fueron comprando y haciendo bloques de pisos. Sin embargo, en algunas zonas, todavía continuaban resistiendo, sobre todo, en zonas con mala fama, que a ojos de los compradores eran una mala inversión. Pueden cambiar la apariencia, pero no la fama ni a la gente que se la da.

—¿Vas a detenerle? —preguntó Triana con timidez.

—No lo sé. Lo estaba pensando. Creo que tenemos pruebas para al menos dejarlo en el calabozo una noche —contestó sin convicción.

—¿Y si no ha sido él? —insistió con la mirada puesta en el infinito.

—¡No te entiendo, Triana! Pensé que creías que era él —El inspector meneó la cabeza, incrédulo.

—¡Pero si no he dicho nada! —se quejó cruzándose de brazos.

—No hace falta que digas nada para que sepa lo que piensas. —Resopló al ver que ya se había enfadado.

—Tú decides, que eres el inspector —dijo Triana con retintín y enfurruñada.

—Lo sé, pero vamos a tener que tomar una decisión sobre la marcha. Creo que es lo mejor. —Suspiró a los pocos metros de llegar.

Antón siempre había tenido un sentimiento paternal con el Butronero. Creyó desde el principio que adquirió mala fama, pero que era una buena persona. Tenía buen fondo y una lealtad incondicional hacia sus compañeros de fechorías, lo cual era una

cualidad excepcional entre los ladrones, entre los que suele primar la traición a la mínima. El Butronero no era así. Para sus padres fue una desgracia que aprovechara sus virtudes para hacer el mal. «A veces la vida no te da otra opción y tienes que seguir el camino que otros han tomado por ti», era el alegato final que pensó Antón antes de llamar a la puerta.

Se escucharon pasos al otro lado de la puerta segundos antes de que se abriera.

Había cambiado mucho. Era un hombre de más de cuarenta años. Tenía un aspecto envidiable para cualquiera que hubiera estado una temporada en la cárcel. La madurez le había sentado tan bien como al buen vino. Tenía el pelo y la barba repletos de canas, pero su mirada seguía siendo la misma. Triana le miró con cierta reticencia de arriba abajo y, acto seguido, hizo lo mismo con el inspector.

—Desde que vi las noticias, sabía que ibais a venir —saludó el Butronero.

—Hola, Felipe. Parece que la vida te ha tratado bien —respondió Antón.

—Soy Triana. Hemos venido a hablar contigo —se presentó y estiró la mano.

Felipe se la estrechó y después repitió el gesto con el inspector mientras afloraba una sonrisa al recordar viejos tiempos.

—¿Me van a llevar a comisaría o prefieren hablar aquí? —Se interesó Felipe sin gesto en el rostro.

—¿Qué prefieres tú? —preguntó la subinspectora.

—Tengo a mi madre delicada de salud, si fuera en mi casa me harían un favor. Mi padre murió mientras estaba en la cárcel y no tiene a nadie más. —Cogió aire al terminar de hablar y trató de tranquilizarse a través de una respiración leve.

—¿No tenías un hermano? —preguntó Antón.

—Bueno, inspector, ya me han informado de que lo conseguiste. Ya sabe, me refiero al haber conseguido llegar a ser inspector. Enhorabuena —Le felicitó sin acritud. Abrió la puerta aún más con la mano que dejó posada en el canto.

Triana pasó la primera. Se sentía fuera de lugar. Felipe cerró cuando Antón accedió al interior.

—No te respondí a la pregunta —recordó el Butronero.

—¿Qué pregunta? —Antón se había despistado al observar el interior de la casa. Analizaba la sala lo más rápido que podía con la máxima discreción posible.

—La de mi hermano. Sí, recuerda bien, tenía un hermano. Murió por culpa de la droga, como casi toda esa generación en España. —Se encogió de hombros con tristeza en los ojos.

—Lo siento. ¿Dónde podemos hablar? —El inspector no quería entretenerse más tiempo del necesario, y menos aún si él no era el asesino.

Felipe extendió la mano hacia el salón.

—Mi madre está en la cama. Por si quieren ir a comprobarlo —añadió al comprender que era uno de los sospechosos por su pasado.

—No hace falta —aclaró Antón con sentimiento de culpabilidad por haberle dado esa sensación a Felipe al presentarse en su casa.

—Sí, tranquilo, no es necesario, pero tenemos prisa en que nos respondas a unas preguntas —intervino rápido Triana para restarle importancia a su presencia en aquella casa.

Entraron y se sentaron, después de que Felipe se lo ofreciera con un gesto de la mano.

Apoyó los codos sobre las rodillas con los brazos extendidos. Mantenía el rictus serio. Como bien opinaba el inspector, era un tipo

listo y sabía dónde había estado, a qué hora y que no tardarían en aparecer. Tantos años de delincuencia y dentro del sistema judicial le habían hecho tener amplios conocimientos sobre la manera de trabajar de los agentes. Según su propio criterio y experiencia era mejor parecer tonto. Y es lo que hizo.

—Bueno, pues decidme cuáles son esas preguntas.

—Ya nos has dicho que sabías lo del asesinato, así que supongo que sabes por qué estamos aquí. Tu móvil nos ha dicho que estuviste por los alrededores —comenzó Triana con delicadeza, buscando su colaboración.

—¿Y? —preguntó Felipe con tono seco.

—Te convierte en el principal sospechoso —matizó Antón.

—Estáis buscando en el sitio equivocado. Yo no he sido. Y no tengo por qué deciros el motivo de por qué estaba por los alrededores. —Carraspeó.

—En realidad sabes que sí —explicó Antón con dudas acerca del motivo de la respuesta de Felipe.

—Estaba dando una vuelta, así de simple, pero no me van a creer —Se echó hacia atrás en el sofá—. ¿De verdad, os pensáis que soy tan tonto de ir a matar a un tipo, el cual no conozco, y llevarme el móvil? —Sonrió con sarcasmo—. Soy bastante más listo.

—Está claro que es una estupidez, pero eso no quiere decir que no lo hayas matado tú —dijo Triana con rudeza.

—Lo sé, pero no he sido yo —insistió en su inocencia con gran dureza en la mirada.

—Si, como dices, no has sido tú, dinos qué hacías allí y nos vamos. —Antón intentó una vez más que les diera una explicación del motivo que lo había llevado a encontrarse en los alrededores de la escena del crimen.

—No puedo. —Felipe inhaló aire visiblemente molesto por las preguntas y con los ojos puestos en Triana—. Yo no he sido —repitió con calma.

—Si no nos dices qué hacías allí, tendremos que llevarte detenido —concluyó Antón, levantándose.

—¡Joder, inspector!, ¡soy un ladrón, no un puto asesino! —exclamó enfadado.

—Solo depende de ti. Puedes hablar cuando quieras. —Triana se levantó y sacó las esposas de la parte de atrás del vaquero. Nunca iba de uniforme, a no ser que fuera necesario.

—¡Sé que no has sido tú! Pero si no nos ayudas, no podemos devolverte el favor, ¿lo entiendes? —gritó el inspector mientras cruzaba los dedos mentalmente para que entrara en razón.

Triana le devolvió una mirada inquisidora sin entender por qué le daba tantas oportunidades a aquel tipo.

—A ver, no sé qué diablos hacéis aquí. —Carraspeó sin dejar de pensar sus siguientes palabras—. De verdad que no. Y menos aún tú, Antón. Sabes lo que pasó cuando inculparon a mi colega Tirso. Seguro que esto es otra treta de la zorra de Reyes. No ha encontrado a otro pringado y me ha puesto a mí en el candelero para que me lleven por delante —gritó enfurecido sin dejar de mover las manos.

—No sabemos si eso es verdad. —Antón intentó que se calmara.

Triana era más joven que ellos y no sabía de qué iba todo aquello, así que prefirió no intervenir hasta que supiera de qué hablaban.

—¡No lo sabrás tú! ¡Yo sí lo sé! Tirso no fue, joder. Él nunca hubiera matado a nadie. Era un ladrón, como yo, no matamos a la gente. —Felipe elevaba el tono a medida que se iba enfadando más al recordar uno de los sucesos más dolorosos de su vida.

—Escúchame, Felipe, tú estabas allí. O nos dices que hacías en las cercanías de las instalaciones de la empresa o tenemos que detenerte. Estamos en otro momento de la vida y en otras circunstancias, ¿lo entiendes? Hemos venido por el asesinato de Emiliano y tú estabas allí, así que deja de desviar la atención y responde a la pregunta de una vez. —Dio un largo suspiro para tranquilizarse, sin dejar de mirar con gran dureza a Felipe—. Si no lo haces por ti, hazlo por tu madre y no la dejes sola. —Señaló más tranquilo hacia la habitación donde les había informado que descansaba su madre.

—Sabes que no puedo decírtelo, pero sí puedo descubrir que está pasando —dijo Felipe en un intento de esclarecer la verdad.

—¿Me estás diciendo que vas a ayudar a la policía? —preguntó el inspector con sorna y esbozando una sonrisa escéptica.

—Eso es exactamente lo que os estoy diciendo. —Se acercó hacia Antón. Triana se asustó y el instinto le hizo echar la mano a la pistola. Antón la paró con un gesto de la mano para que se tranquilizara—. Solo me fio de ti. Siempre has sido una persona honesta. Eres un hombre de palabra, igual que yo. Si digo que os voy a ayudar es porque lo voy a hacer. Tenéis que darme tiempo. —Asintió con seriedad.

—No, Antón, ¿y si escapa? —advirtió Triana con gran desconfianza.

El Butronero la miró con dureza.

—He dicho que os voy a ayudar. —Extendió la mano hacia Antón—. Reyes encerró a mi amigo Tirso, le inculpó de la muerte de esa niñata y ahora ha llegado el momento para el que he esperado tantos años: hacer justicia —sentenció.

El inspector le estrechó la mano y le miró a los ojos al acercarse a él.

—Espero que seas tan fiel como lo has sido siempre con tus hombres. Si tanto querías a Tirso, es tu momento, y te puedo

asegurar que no tendrás otro —le advirtió con un susurro cerca del oído.

—No os vais a arrepentir. Os lo juro por la tumba de Tirso. —Las palabras de Felipe sonaron con verdadero compromiso.

Triana se sentó, abatida. Apoyó las manos en la cabeza sin entender cómo habían terminado sellando un pacto con un exdelincuente.

—¡Vámonos, Triana! —Antón echó un último vistazo a Felipe y asintió.

—Esto no me gusta. No estoy de acuerdo con fiarme de la palabra de un delincuente. ¡Joder, Antón, no me pidas esto! —exclamó Triana enfadada, sin dejar de mirar a Felipe de reojo. Siempre había intentado ser lo más clara posible, y con Antón no iba a dejar de hacerlo. Le daba igual que Felipe estuviera delante, no se fiaba de él. Había evitado justificar su presencia en los alrededores a toda costa. «Eso es por algo. Está mintiendo».

—Tienes que aprender que, a veces, hay que hacer cosas que no nos gustan para hacer una justicia mayor. —La agarró por los brazos y la miró a los ojos—. ¿Por qué te hiciste policía?

—Para cuidar y proteger —respondió con gran sinceridad.

—Entonces, hazme caso, es lo que estás haciendo. Ahora, vámonos. —Se giró una vez más para darle un mensaje claro al Butronero—. No me falles —habló con la máxima dureza que le permitían las palabras—. Me juego toda mi carrera por tu palabra —advirtió una vez más.

—No lo haré, podéis estar seguros. Pero sed prudentes y desconfiados. No le digáis a ninguno de esos agentes de pacotilla lo que hemos hablado. Reyes tiene amigos chivatos dentro de la comisaría. —Felipe les avisó sin rodeos.

—Nuestros labios están sellados —zanjó el inspector con un movimiento de cabeza.

Triana los contemplaba con la boca medio abierta. Todavía no estaba segura de cómo había cambiado la situación. Habían pasado de ir a detener a un sospechoso de asesinato a terminar haciendo un pacto con él.

«¡Esto es surrealista!».

11

Triana fue hacia el coche enfadada y desconcertada, sin comprender lo que había ocurrido dentro de la casa del Butronero. Sus pasos eran ruidosos y lentos con el fin de que Antón se diera cuenta del gran error que había cometido. No daba crédito a que se jugara toda su carrera basándose en la palabra de un expresidiario. Cerró la puerta con un sonoro portazo. Antón se esperaba exactamente la reacción que estaba teniendo, así que no se sorprendió en absoluto. Incluso soltó una pequeña risa que ahogó para que no se enfadara más. Se sentó tranquilamente en el asiento del conductor y se giró para mirar a Triana a la cara. Sacó la pipa con un movimiento lento y levantó la vista.

—Di lo que tengas que decir —rompió el silencio.

—¡Eres un completo imbécil! —Continuaba con los brazos cruzados y arrugada en el asiento—. No me la pienso jugar por ti. Lo siento. ¡No me puedo creer lo que has hecho ahí dentro! ¡Es que no me lo puedo creer! —repetía en bucle.

—Hablas de lo que no sabes —le recriminó Antón.

—De acuerdo, pues te escucho. Explícate —le retó aún más enfadada.

—Hace años, metieron en un correccional de menores al mejor amigo del Butronero, se llamaba Tirso —habló con tristeza en la voz.

—¿Y? —preguntó Triana con los ojos bien abiertos y el gesto torcido.

—Dicen que mató a una chica. El Butronero declaró que esa noche estaba con él y que estuvieron con ella unas horas en un bar, pero que luego se fueron y no la volvieron a ver —dijo Antón sin dar muchas explicaciones de lo que ocurrió hacía muchos años.

—Lo siento, pero no lo pillo. —Arrugó los labios.

—Se decía que Reyes planeó la acusación porque le interesaba quitarse a Tirso de en medio —continuó Antón.

—¿Y qué tiene que ver con este caso? —preguntó Triana resignada.

Antón carraspeó con remordimiento en los ojos antes de continuar con la narración del relato.

—Tirso se suicidó a los pocos meses en el reformatorio. El Butronero se culpa de lo ocurrido por no haber podido ayudarle —resumió, devastado.

—¿Estuviste en la investigación del caso de la chica muerta? —Se interesó con los ojos entrecerrados.

—No, pero Felipe siempre dijo que fue Reyes la que planeó todo para que culparan a Tirso. —Se encogió de hombros arrepentido por no haber hecho nada cuando los hechos tuvieron lugar.

—Pero ¿por qué? No tiene sentido. —Movió la cabeza, escéptica.

—El porqué, no lo sé, pero sí sabemos que Tirso no fue y le inculparon. —Antón terminó la frase, cabizbajo.

—Vale, pero escúchame, eso es agua pasada. Estamos en el ahora y ese asesinato no tiene nada que ver con el de Emiliano. —Triana cada vez entendía menos al inspector. Con cada explicación, comprendía menos la anterior.

—Puede que no tenga nada que ver, pero sí puede ser la misma asesina, ¿no? Además, no creo que nosotros tengamos mejores contactos en ese mundo oscuro y profundo de la delincuencia —quiso explicarle el inspector para que entendiera aquel inesperado pacto con Felipe.

—¿Quieres decir que Reyes ha contratado a alguien para que mate a Emiliano? —Volvió a incidir en su hipótesis inicial.

—¿Por qué no? Si ha sido así, él puede ayudarnos a descubrirlo. ¿No crees? —Antón buscaba la aprobación de su compañera.

Triana dudó por unos segundos. En un asesinato no hay que desechar ninguna línea de investigación. En ocasiones, la que parece menos plausible es la que ha tenido lugar.

—A ver, vamos a suponer que tienes razón en lo que dices. —El tono de Triana se había vuelto comprensivo.

—De acuerdo. —Asintió él, más animado.

—Sigo sin entender por qué jugárnosla con él. —Señaló la casa.

—Se lo debemos a Tirso. Era un chaval cuando lo encarcelaron. No hubo ninguna duda de su culpabilidad, ni el más mínimo resquicio de la presunción de inocencia. ¿No te parece raro? Fue un proceso corto y privado. —El inspector recordó aquellos días tan extraños en los que sucedió la detención de Tirso y su reclusión en el reformatorio—. Somos policías, Triana, y en ese caso hubo gato encerrado. No podemos dejar pasar la oportunidad de hacer justicia por lo que sufrió ese pobre chico y su familia. Se suicidó por culpa de que nadie hizo nada. Lo siento, pero no voy a volver a quedarme de brazos cruzados. Esta vez, no —dijo firme y convencido de su decisión.

—Vale, lo entiendo. Pero podemos informar al comisario de que trabajaremos con él, así lo haremos de manera correcta y siguiendo los protocolos —sugirió esperanzada porque Antón le hiciera caso al menos en una parte de los pasos que debían dar para comenzar con la investigación.

—No, Triana, Braulio era el comisario en aquel caso. Si algo se hizo mal, lo supo entonces y lo sigue sabiendo ahora —argumentó para mantener el secreto entre ellos.

—Creo que no puedo hacer esto. Sabes que somos amigos, de verdad, pero esto es demasiado. No puedo jugarme mi carrera

así… de mala manera. —Triana respiraba entrecortadamente por los nervios de que aquella buena acción no terminara bien y se los llevara por delante sin compasión.

—Vale, entonces puedes dejar la investigación hasta que esto acabe. No vengas a trabajar. Diré que estás mala —sugirió Antón, dispuesto a conocer la verdad a cualquier precio.

Triana suspiró y giró la cabeza hacia delante.

—Arranca. Vámonos de aquí. Por cierto, en el coche no se puede fumar. —Triana se cruzó de brazos, resignada en el asiento.

—Lo sé, pero yo hago lo que creo. Aunque eso ya lo sabes. —Le sonrió con cariño a pesar del enfado que tenía.

La culpabilidad de dejar solo al inspector en un momento tan decisivo la reconcomía por dentro. Para ella era un amigo y se la estaba jugando, sin embargo, con esa actitud tozuda estaba dando la espalda, no a la posibilidad de esclarecer la verdad, sino a su amigo y mentor, de poder quitarse una espina clavada en el corazón de policía y ayudar a los que no pueden defenderse.

—Antón, necesito que me respondas a una pregunta —dijo rompiendo el silencio. Había comenzado a jugar con la goma de pelo que llevaba en la muñeca.

—Claro, ¿cuál es esa pregunta que te ronda en la cabeza? —Continuaba mirando la carretera.

—Imagínate que tienes razón. ¿Qué es lo que harías? —Los ojos de la inspectora querían ver la reacción en su cara y le observaba sin pestañear. Se jugaba mucho si seguía la locura de Antón.

—Darle todas las pruebas a Asuntos Internos —respondió sin pensar.

—Braulio no es así. —Triana tragó saliva al pensar que estaba implicado en un asunto tan turbio.

—Nadie ha dicho que lo sea. Puede que no tuviera ni idea, por entonces era nuevo en el puesto y quizás pasó por alto muchas cosas por desconocimiento —intentó excusarle.

—Si fuera así, habría reabierto el caso años después —pensó en voz alta.

—O no. Si no lo sabía entonces, ¿por qué lo iba a saber años después? —Antón bajó la ventanilla. Aquella conversación empezaba a acalorarle.

—No sé si soy capaz de gestionar un caso de este calibre. —Triana negaba con la cabeza con cada frase. Siempre había partido de la premisa de que el comisario era un hombre intachable, y ahora veía cómo se esfumaba la idea que sustentaba el motivo por el que siempre quiso ser policía.

—A veces, las cosas vienen como vienen. Normalmente no se suele estar preparado —contestó sin dejar de mirar la carretera—. Nunca te pediría nada que te comprometiera ni que te perjudicara. Te entiendo, pero tienes que evaluar la situación y saber si vas a dormir bien por las noches. Esa es la razón por la que lo hago. No hay más. —Apoyó el codo en la ventanilla.

—Porque es lo correcto —confirmó Triana con melancolía.

—Exacto, si yo no lo hago y miro hacia otro lado, ¿crees que lo hará alguien más? Soy un romántico. —Una ligera sonrisa floreció en su rostro—. La idea de hacer lo correcto es una utopía, lo sé, pero soy muy viejo para cambiar ahora.

—Está bien, lo haré —confirmó Triana, pesarosa por la situación. Deseó no estar equivocada.

Antón frenó el coche de golpe y se paró a un lado de la carretera. Su sonrisa iluminó el interior del vehículo. En ese instante, Triana supo que había hecho lo correcto.

—¿Estás segura? Vamos a hacer cosas malas para ser policías. —Le agarró la mano con gesto paternal.

—Estoy segura, pero con una condición —puntualizó Triana, que colocó la otra mano encima, gesto que imitó Antón, teniendo por resultado las cuatro manos juntas.

—La que quieras. —Antón estaba tan contento que cualquier condición le parecería bien.

—No me dejes a un lado, aunque sea peligroso, ¿de acuerdo? —Apretaron las manos para sellar el pacto, como había hecho con el Butronero.

—De acuerdo. —Asintió.

—Juntos hasta el final. No hay excusas baratas de que era por protegerme —quiso aclarar, contundente.

—Hasta el final, compañera. Si caemos, lo haremos los dos. ¿Es eso lo que quieres? —Sonrió complaciente al comprobar una vez más que tenía un gran corazón.

—Yo, sí me implico, lo hago hasta el final —puntualizó con una sonrisa.

Antón comprobó los retrovisores y se incorporó a la carretera de nuevo.

—Vamos a ver qué es lo que se guardó en el expediente de la policía —dijo Antón para empezar la investigación y comprobar la relación entre ambos casos con Reyes.

«Puede que exista un nexo entre los dos asesinatos».

—¿Y eso cómo lo vamos a hacer? Es un caso antiguo y estará en papel —preguntó Triana, a sabiendas de que Antón ya tendría algo en mente.

—Eso no es problema —respondió con una sonrisa pícara.

—Estará en el archivo —afirmó la subinspectora sin comprender a qué se refería exactamente.

—Por eso mismo, no será ningún problema. —Sonrió sin dejar de mirar a la carretera.

—Ah, no, eso sí que no. —Triana se removió en el asiento y arrugó los labios, mosqueada.

—Acabas de decir que estamos juntos hasta el final —le recordó Antón, risueño.

—Sí, pero en este caso quieres que utilice mis dotes femeninas —le recriminó enfadada, cruzada de brazos.

—Jovencita, todo tiene un precio. Hay que aprovechar las oportunidades, y esta es una de ellas —dijo con gracia.

—Joder, Antón, me voy a tener que camelar al de archivos —se quejó entre risas.

—Para nada, eso ya lo has hecho sin quererlo. Ahora solo tienes que invitarle a un cafecito para que yo cotillee y encuentre los documentos. —Le guiñó el ojo.

—Vale, pero el *cafecito* lo pagas tú. Venga, afloja el bolsillo. —Estiró la mano y comenzó a mover los dedos para que le diera dinero.

—No te preocupes, que a esta invito yo. —Sonrió nuevamente.

12

Llegaron a comisaría pensando en el plan que acababan de acordar sobre la marcha. Triana era conocedora de que el comúnmente conocido como «el de archivos», se llamaba Paolo Ballesteros, y los agentes le llamaban por el apellido. Había entrado hacía menos de un año y, desde el día que vio a Triana, se quedó prendado de ella. Sin embargo, la subinspectora tenía una regla de oro: No entablar relaciones amorosas con compañeros de trabajo. En este caso en concreto, tampoco es que le gustara, pero, aunque fuera al contrario, no le daría la opción de quedar. Tenía altas probabilidades de terminar mal y no quería estar luego viéndole la cara a diario.

Haría de tripas corazón para hacerse la simpática, porque no era su fuerte. Ser desagradable, fría y soberbia le salía sin más, no es que pusiera empeño. Así que, según el plan, tenía que tontear con Ballesteros para conseguir que se fuera a tomar un café con ella. Después le traería consecuencias si el susodicho se hacía ilusiones. Antón se iba a partir de risa cuando le tuviera que estar dando largas al pobre chico hasta que se cansara de estar rondándola. «En fin, todo sea por hacer lo correcto. Ballesteros es un daño colateral necesario».

—Venga, vamos. Si conseguimos hoy el expediente avanzaremos más rápido y comprobaremos si estaba relacionado con el caso de asesinato de varios años atrás o no —animó Antón.

—Claro, como tú no tienes que hacer nada… —recriminó por lo bajo.

—Venga, vamos —repitió impaciente.

Antón enfiló hacia el pasillo que daba a la planta que bajaba al sótano. Quería aprovechar la tarde para trabajar y luego irse a beber al bar de Ventura. Triana le siguió dando pasos rápidos para ponerse a la misma altura.

—¿Qué le digo? —preguntó indecisa.

—¿En serio, Triana? ¿A estas alturas de tu vida te tengo que enseñar a ligar? ¡No me lo puedo creer! —Iba a coger el ascensor, pero pensó en el último momento que no era buena idea—. Vamos andando.

—¿Por qué?, ¿qué más da? —Se peinó el flequillo con los dedos, preparándose para cumplir el plan.

—Porque no sabemos qué es lo que tenemos entre manos. Si el Butronero tiene razón, hay agentes que taparon algunas cosillas, ¿lo pillas? Mejor que no nos vea nadie —murmuró el inspector.

—En fin… Voy a dejar que sigas con la paranoia que te has montado con tu antiguo amigo el delincuente. —Puso los ojos en blanco y accedieron a las escaleras.

No eran muy transitadas. Únicamente las utilizaban cuando el ascensor estaba roto y algún agente que tenía claustrofobia. No había cámaras, por eso Antón pensó que era mejor no dejar rastro de por dónde o hacia dónde iban. Esperaba que la sangre no llegara al río, pero por si acaso era mejor prevenir. Se detuvo por un momento para dar instrucciones de cómo iban a proceder.

—Bien, antes de que lleguemos… Tienes que sacar a Ballesteros de ahí y llevártelo a tomar el café —le recordó su parte del plan.

—Eso ya lo sé. Pero ¿de qué voy a hablar con él? —insistió Triana, completamente insegura.

—No lo sé, de cosas de policías, eso les gusta a todos. —Antón meneó la cabeza, no se podía creer la conversación que estaban teniendo.

—Es que yo nunca he ligado, ¿no ves que ya soy guapa? —Resopló mientras Antón le miraba anonadado por la afirmación. Ciertamente, era guapa, pero no sabía que lo tenía tan asumido—. Voy, ya veré qué le digo. Las motos son un buen tema —afirmó convencida—. Es un tema que le gusta a todos los policías.

—Cierto. Venga, va, va. —Le dio un ligero empujón por la espalda para que espabilara—. Yo me quedo aquí, en las escaleras, tú sácalo de ahí y os vais por el ascensor. —Esperó a que asintiera para continuar—. Cuando salgáis, entro para ver qué es lo que puedo encontrar.

—Va a cerrar la puerta. No va a ser tan tonto de dejarla abierta —elucubró Triana en un intento de sabotear el plan de Antón.

—Bueno, chica, pues haz algo para que se le olvide. Llévatelo de la mano, o yo qué sé, improvisa. —Antón encogió los hombros y movió la cabeza, incrédulo por la cantidad de inseguridades de Triana.

—Está bien. Me debes una mariscada, te aviso —respondió la subinspectora preocupada.

Triana respiró profundamente y fue hacia el archivo. Antón miró el reloj. Esperaría unos minutos para acercarse.

Dejó pasar quince minutos para asegurarse de que el camino estaba despejado y salió.

«Espero que salga bien».

Abrió la puerta y asomó la cabeza. No había otra manera de acceder que una pequeña entrada, motivo por el que esperó pacientemente el tiempo acordado. Miró con cautela, dando gracias por no ver a Ballesteros allí plantado.

«Menos mal que lo ha conseguido. Vamos por el buen camino. Ahora a encontrar el maldito expediente».

No quería hacer ruido, así que fue despacio y con cuidado para no descolocar nada. Estaba ordenado por año, así que no tardaría en encontrarlo. Se acordaba de cuándo había sido; un año antes de que Felipe entrara en prisión. Encontró la estantería rápido y buscó en el año correspondiente. Había demasiados archivadores. En ese momento, dio las gracias porque la tecnología hubiera

llegado a sus vidas. No había manera de encontrar nada en menos de media hora. Volvió a mirar el reloj. No quería que volviera Ballesteros y lo encontrara allí sin permiso y sin haber firmado la hoja de registro. Tenía que confiar en que Triana se esforzara en crear un buen ambiente y que se le olvidara volver al trabajo.

Decidió que le mandaría un mensaje para decirle que necesitaba más tiempo. Las carpetas de los expedientes no estaban tan ordenadas una vez que buscabas dentro del año. Cogió varios archivadores y, a pesar de que no estaba para muchos trotes, se sentó en el suelo con los expedientes encima. Se secó las lágrimas de sudor con la manga de la camisa. En la sala hacía una temperatura ambiente, pero los nervios le hacían acalorarse. Siguió el mismo proceso con el resto del papeleo de aquel año.

—¡Joder! No está. El expediente ha desaparecido o lo han hecho desaparecer. Aquí no hay ni rastro de lo que ocurrió —susurraba y maldecía a la vez.

Le mandó un mensaje a Triana para que volviera. La esperaría en el mismo sitio donde se separaron.

El inspector se sentía confuso. ¿Qué razón podría haber para que desapareciera un expediente? ¿y más aún uno tan importante y con tanta trascendencia en los medios? No había una razón que lo explicara, a no ser que hubiera sido intencionado. Se encontraba con las manos en los bolsillos y balanceándose hacia delante y atrás, cuando Triana abrió la puerta con una ligera sonrisa.

—¿Dónde estabas? Has tardado mucho —La observó quedamente—. Un momento, ¡te lo has pasado bien! Vaya, vaya, esto sí que es inaudito. —Sonrió sorprendido.

—Sí, la verdad es que es un buen chico. No me lo imaginaba tan simpático —dijo con una gran sonrisa.

—¿Has quedado para otro día? —Apartó por un momento el caso de su mente para indagar sobre la cita exprés.

—Sí, vamos a ir de ruta este fin de semana. Te podrías venir —le informó Triana sin que le desapareciera la sonrisa del rostro.

—Espero que eso sea una broma. Tengo una edad en la que, si me caigo y me rompo la cadera, ya no volveré a andar. —Sonrió—. Venga, vámonos de aquí. Tenemos un gran problema. El expediente no está y creo que lo han hecho desaparecer de manera intencionada. Esto se está complicando y no me está gustando nada de nada. —Negó con la cabeza.

Comenzó a andar y Triana tornó el gesto en preocupación. Le conocía lo suficiente para saber que estaba confuso. Habían puesto demasiadas esperanzas en que las palabras del Butronero fueran verdad y que la resolución del caso fuera inmediata. Después del registro del archivo, estaban seguros de que el Butronero tenía razón, pero el final de la investigación no podía estar más lejos. Iba a ser complicado encontrar pruebas objetivas en las que apoyar la investigación.

—Tienen una conexión, pero ¿cuál? —murmuró Antón subiendo las escaleras.

—Eso es lo que debemos encontrar. ¿Qué tiene que ver una chica asesinada con Emiliano? —quiso saber Triana cuando llegaron al rellano de la planta en la que estaba su despacho.

—¿Tú no tenías una amiga abogada? —Ladeó la cabeza, pensativo.

—Sí, mi mejor amiga, Raquel.

—¡Genial! Llámala. Dile que estamos de camino, necesitamos su ayuda. Además, ya que estás, le preguntas por la venta de la casa y lo que puedes hacer —sugirió el inspector al recordar el tema que le quitaba el sueño a su compañera.

—¿Qué? —Triana se sorprendió al escucharle.

—Te conozco, y sé que estás preocupada por el tema. Antes de hacer algo con lo que no estás de acuerdo, deberías consultarlo

con alguien que no te quiera engañar. Además, no deberías tener compasión con quien no la tiene contigo.

—¿Lo dices por mi hermana?

—Obvio.

—No quiero hacerle daño. —Triana aguantó el llanto.

—Lo entiendo, pero a ella no le importa hacértelo a ti, ¿no? —le intentó hacer ver la realidad de su situación.

—No es tan fácil. —Suspiró, torciendo el gesto.

—En realidad la vida es más fácil de lo que parece. Solo te tienes que comportar como la gente se comporta contigo. Sé que no quieres vender la casa de tus padres porque es donde te criaste. Habla con ella. No todo es el dinero —le explicó Antón de la manera más objetiva que supo.

Triana dirigió la vista a otro lado que no fuera la cara del inspector. Tenía que aguantar las lágrimas. Le dolía en lo más profundo deshacerse de esa casa. Sus padres ya no estaban, y era lo único que tenían de ellos. No podían venderla sin más. Antón tenía razón, pero ella no tenía fuerzas para sobrellevar un asunto tan sentimental y que tanto daño le hacía. Le gustaría hablar con su hermana, pero su cuñado siempre estaba en medio. Nunca la dejaba sola y la que había sido una mujer independiente y segura de sí misma, se había convertido en alguien frágil y miedosa. Incluso la había llegado a aislar de cualquier tipo de relación que no fuera con él.

—Intentaré hablar con ella. Pero primero tengo que conseguir quitarle de encima a esa lapa llamada Lucas —dijo con hastío y un gesto que reflejaba el asco que le profesaba.

—El primer paso es el más difícil.

—Eso dicen. Ahora vamos a seguir con el caso. —Triana quería cambiar de tema lo antes posible.

—Vamos a por los abrigos y nos vamos a buscar a tu amiga. —Paró un segundo para mirarla a la cara.

—No sé si estará en el despacho —respondió, y Antón emprendió el paso de nuevo.

—Bueno, si no está, la esperamos. Necesito que nos ayude a un par de cosas.

—No entiendo, ¿no lo podemos hacer nosotros? —preguntó con extrañeza.

—Claro que lo podemos hacer nosotros, pero seguro que ella lo hace antes y no deja un rastro de policía en cada página web. —Antón le dio la explicación con un gesto de sorpresa por su actitud. Estaba despistada, aún seguía pensando en su hermana.

—Ah, vale. Tenemos que registrarnos y cosas de esas de la firma digital, ¿no? —Se paró detrás de Antón, que se detuvo antes de abrir la puerta que daba a la planta.

—Sí, tenemos que investigar a los padres de la chica que asesinaron. Se llamaba Úrsula Palomares —recordó con la mano en el pomo de la puerta de acceso.

—Entiendo que lo que le vamos a pedir es legal, ¿verdad? —Levantó las cejas y abrió aún más los ojos.

—Obvio. Lo ilegal no nos queda más remedio que hacerlo nosotros. —Antón sonrió maliciosamente.

—¿Y el rastro? —Se interesó Triana con el ceño fruncido.

—Deberemos tener cuidado y rezar —matizó con voz baja y sutil.

13

El Butronero estaba en una situación complicada con el cuidado de su madre. No la quería dejar sola, ya que no se defendía en las tareas cotidianas como lo hacía años atrás, y si salía a investigar podía haber un accidente. Lo ocurrido en el pasado se convirtió en el secreto mejor guardado. Cuando Tirso se suicidó, nadie en el barrio volvió a hablar de ello. Sin embargo, había gente que le seguía queriendo y que no olvidaba que le inculparon de un delito que no había cometido.

Se apoyó en el marco de la puerta y miró a su madre. Estaba dormida. Se acercó a la cama con sigilo para arroparla con cuidado y darle un beso en la mejilla. La vida los había tratado con dureza y la había hecho sufrir en un intento de buscar una vida mejor. Ahora le necesitaba y no le iba a fallar. Salió de casa para llamar a su vecina, a la cual conocía desde que era pequeño. Era un poco más joven que su madre, pero el estado de salud de ambas distaba bastante. Carmen gozaba de una envidiable y se pasaba largas horas al lado de la cama de Lupe, hablando de cuando eran jóvenes.

Llamó al timbre y esperó. Carmen iba por las mañanas a andar, siempre y cuando no hiciera frío. Ese día lo hacía, por lo que era probable que no hubiera salido.

—Hola, hijo, pasa —saludó sonriente, como era normal en ella.

—Hola, Carmen, he venido porque te quería pedir un favor —dijo Felipe sin rodeos.

—Dime —preguntó con tono preocupado.

—Tengo que salir un rato, y sabes que no me gusta dejar a mi madre sola. ¿Podrías quedarte con ella hasta que vuelva? —le preguntó casi con un ruego.

Carmen le miró extrañada por la petición inusual.

—Dime que no has vuelto a las andadas —le pidió arrugando la nariz.

—Te juro que no. —Se puso la mano en el corazón con una de las mejores sonrisas embaucadoras que tenía en el repertorio de pedir favores.

—Está bien —contestó al segundo—. Dame un minuto que apague el fuego y vamos. ¿Se ha dormido?

—Sí, pero no tardará en despertarse —contestó Felipe alzando la voz.

Fue a la cocina para dejar apagado el fuego. Conocía a Felipe y sabía que no le iba a decir la verdad, así que tenía que conformarse con su respuesta.

Se quitó el delantal y cogió el abrigo. Las casas estaban una al lado de la otra, pero con la edad no se podía permitir pasar frío unos metros y luego estar destemplada el resto del día.

—Vamos. Ya estoy lista —informó Carmen con el abrigo puesto y ajustando la cremallera con ambas manos.

Anduvieron juntos los escasos metros que separaban las casas.

—Ya te puedes ir, hijo —dijo al llegar a la puerta.

—Gracias, Carmen. —Le dio un beso en la mejilla y se fue.

No había tenido hijos y había querido a Felipe como si fuera suyo. Ayudó y acompañó a la familia en los momentos más difíciles, y aún lo seguía haciendo. El día anterior escuchó ir a la policía y por eso se preocupó por la petición de Felipe. Sabía por qué habían ido, pues la noche antes él había salido de casa y ella se había quedado con su madre.

A Felipe le había empezado a doler la cabeza por los nervios. Cuando culparon a Tirso solo hubo una persona que defendió su inocencia: un periodista que tenía pruebas. A los pocos días de que

terminara en el reformatorio, intentó hablar con él por teléfono para que le ayudara a demostrar su inocencia, pero tenía tanto miedo que se negó. Esperaba que ahora que habían pasado tantos años, al menos pudiera ofrecerle las pruebas que tenía. Estaba convencido de que Reyes estaba detrás de todo aquello. Puede que no fuera quien matara a Emiliano, pero sí que ordenara su asesinato. Ya le arruinó la vida a Tirso. El hecho de que quien molestaba a esa familia desaparecía se había convertido en una norma. Se estaba poniendo en peligro, pero ya le daba igual, no tenía nada que perder. Solo le quedaba su madre, y Carmen cuidaría de ella. Aun así, le preocupaba que con su afán por hacer justicia el final que le esperaba fuera trágico. Se le había pasado por la cabeza hablar con los agentes para que, si en algún momento aparecía muerto, o bien se lo tragaba la tierra, se ocuparan de su madre.

Le sudaban las manos y apretaba el volante por la ansiedad. El periodista, Pablo, era su única oportunidad de destapar la verdad. Era el dueño de un periódico del distrito. No tenía gran tirada, pero la gente del barrio lo agradecía. Trabajaba con fondos públicos y le iba bien.

Se secó las manos antes de atravesar la puerta. Era un local pequeño y carecía de un ambiente apacible. Tanto el mobiliario como la decoración eran antiguos y la multitud de papeles a cualquier lado en que detuviera la mirada le confería una atmósfera de viejo y deteriorado. Felipe no quería ser indiscreto y miró un par de veces a ambos lados de reojo. Había montones de periódicos apilados en una de las esquinas. Al entrar sonó una campanilla que colgaba del techo. En unos segundos salió una persona de su edad con unas gafas colgadas al cuello. Traía consigo una mirada pusilánime que no le insufló demasiado ánimo.

Necesitaba la ayuda del periodista, por lo que intentaría sacar la versión de sí más simpática y afable que pudiera. Después de estar en la cárcel, no la había utilizado, pero quiso pensar que seguía dentro de él y que conseguiría la ayuda de ese hombre. Le

daba igual que fuera por pena o por interés, pero no se iría de allí hasta conseguir un «sí».

—Hola, me llamo Felipe. Soy vecino del barrio y necesitaba su ayuda —dijo con el tono más amable que pudo.

—Encantado. —Estiró la mano amablemente y se saludaron —. Pues usted dirá, ¿en qué puedo ayudarle?

—Por favor, de tú, que somos de la misma edad. —Sonrió ligeramente sin forzar la simpatía que esperaba derrochar a lo largo de la conversación.

—Claro. Perdona —Sonrió—. Dime. —Volvió a preguntar intrigado por la inesperada visita.

—Hace años hubo un asesinato en el barrio, no sé si te acuerdas. —El interlocutor asintió y continuó con la explicación que se había organizado en la mente antes de entrar—. Me gustaría saber si existe la posibilidad de hablar con el periodista que escribió sobre ello. Supongo que serás tú.

—Lo recuerdo, pero por aquel entonces aún estaba estudiando. Quien lo escribió fue mi padre —confirmó para disipar cualquier duda.

—¡Genial! ¿Puedo hablar con él? No le molestaré mucho.

—Me temo que eso va a ser imposible —respondió con tristeza.

—Por favor, es importante. Necesito su ayuda. Creo que es el único que puede ayudarme y estoy desesperado —le rogó moviendo las manos, nervioso.

—Lo siento, pero me temo que no te va a poder ayudar. Murió hace unos años —respondió con las palabras ahogadas en la garganta.

—Vaya, lo siento mucho. —Hizo una pausa—. Necesito la información que tuviera sobre el artículo que escribió sobre el

asesinato de Úrsula. ¿No guardarás las investigaciones que realizó para escribir los artículos? —Felipe cruzó los dedos mentalmente para que la respuesta fuera positiva.

—No, él solo guardaba los periódicos, pero en este caso en concreto estamos hablando de hace demasiados años. Sería difícil encontrarlo. —Se rascó la barbilla intentando buscar una alternativa.

—Está en papel, ¿no? —respondió con voz devastada.

—Eso es. Sería muy laborioso encontrarlo entre todas estas montañas de papel. —Señaló su alrededor, repleto de periódicos antiguos.

—¿No habría manera de buscarlo? —Felipe no perdió la esperanza.

—Uf, podría buscarlo, pero me tendrías que dar tiempo para que lo hiciera. Hay demasiados años en los que buscar —dijo Pablo, mirando el montón de papel.

Felipe se desesperó al momento ante la desgana del periodista. Tenía la esperanza de que hubiera mostrado interés en la investigación y encontrar archivada información confidencial que no hubiera salido a la luz. No hay crímenes en un barrio como aquel todos los días, y menos de índole tan sonora como lo fue aquella. El barrio quedó consternado durante años y el miedo se instaló en las calles.

Suspiró profundamente.

—Me llamo Pablo, como mi padre —comentó—. ¿Por qué necesitas leer lo que publicó? —cuestionó con las manos apoyadas en la mesa que los separaba—. La verdad, estoy dispuesto a ayudarte, si tú lo estás a decirme la verdad.

—Es complicado —dijo Felipe sin darle tiempo a pensar nada mejor.

—Está bien, como quieras. Entonces no podré ayudarte. Sé quién eres, recuerda que soy periodista y me encantan los cotilleos.

—Sonrió Pablo.

—Ah, ¿y quién soy? —preguntó con desconfianza.

—Eres el famoso Butronero. No creo que sea una casualidad que estés aquí. Todo el mundo sabe quién eres y lo que hiciste. Hace poco que saliste de la cárcel, ¿no? —Movió las cejas y comenzó a colocar papeles sin orden aparente.

—Exacto. Y sí a las dos cosas. Nada es una casualidad, por eso mismo esperaba que tu padre me ayudara. —Felipe resopló, devastado.

—Podemos hacer un trato —sugirió en un leve susurro y un tono de voz que dejaba ver cierto temor.

Al Butronero no le gustó nada aquella frase. Las personas interesadas o que ponen condiciones nunca son de fiar. Sin embargo, en esta ocasión estaba extremadamente desesperado. Si lo pensaba por unos segundos y obtenía su ayuda, no tendría que estar omitiendo su pasado o mentir incesantemente. Optó por preguntar. No perdía nada por escuchar una propuesta de aquel periodista que a simple vista le dio la impresión de que tenía doble cara.

—¿Qué tipo de trato? —Felipe entrecerró los ojos.

—Bueno, no te quiero parecer presuntuoso, pero si me concedieras una entrevista para el periódico, puede que me ayudaras a subir el volumen de la tirada de esa semana. No te preguntaría nada que no quisieras responder —sugirió Pablo con un tono pacificador.

Comenzó a rascarse la barbilla a contrapelo para sentir como le raspaba en la mano.

—¿Las preguntas que yo quiera? —cuestionó Felipe con dudas acerca de la credibilidad del periodista.

—No te preguntaré nada personal o que te incomode, te lo prometo. —Levantó la mano con la palma hacia el Butronero y se

colocó la otra en el corazón—. Me ayudarías mucho a remontar mi carrera.

—Sí tú lo dices… Pero tienes que ayudarme con el problema que tengo entre manos y, además, todo, absolutamente todo lo que te cuente sobre ello, es confidencial. ¿Hecho? —Extendió la mano para firmar el acuerdo con un apretón.

—Hecho. —Sonrió Pablo victorioso.

—De acuerdo. Haremos la entrevista cuando terminemos con mi investigación, y además quiero el acuerdo de confidencialidad por escrito, ¿vale? —Felipe no era una persona confiada.

—Me parece perfecto. —Volvió a esbozar una sonrisa y se le movió el flequillo que se le formaba de manera natural.

Pablo tenía una gran mata de pelo, y un gran remolino en la parte derecha de la frente. Por ello, cuando llevaba varios meses sin cortarse el pelo, la parte delantera de la cabellera se le movía con cada uno de sus gestos. En contraste el Butronero que, al entrar en prisión se había rapado la cabeza, comprobó que era más cómodo que estar yendo a la peluquería cada mes. Sus ojos azules y labios carnosos resaltaban aún más con la cabeza rapada. La nueva pareja que se había formado en aquel local de paredes descorchadas y ajadas llamaría la atención por la calle a cualquiera que posara su mirada en ellos un segundo. Pablo siempre vestía de manera formal, con camisa y pantalones; sin embargo, el Butronero conservaba esa clase de estilo desenfadado y callejero.

Pertenecían a mundos opuestos, pero el destino los había unido por una razón. Y no tardarían en averiguar cuál era.

Salió del local y comprobó la hora. Se había hecho de noche y las nubes habían ocultado la luna, dejando destellos de luz blanca pasar a través de ellas. Contempló el cielo por unos minutos. Le habían privado de libertad durante largos años, por eso, ahora le parecía una maravilla poder estar en ese momento observando las estrellas. Se tocó uno de los bolsillos de la chaqueta y palpó el

paquete de tabaco. Sacó un cigarro y lo encendió. Cruzó los brazos mientras observaba la penumbra que dejaba la oscuridad y la tranquilidad que respiraba al volver a ser libre. Había pagado por lo que hizo. Era agua pasada. Fue un accidente. Pero si no hubiera llevado una vida de ilegalidad, si hubiera escogido otro modo de vida, ese policía no habría muerto. Cada vez que recordaba aquel fatídico día contenía el llanto, ese día, no lo hizo y una lágrima resbaló por su mejilla.

«Soy un ladrón, pero no un asesino. Fue un accidente. Un trágico accidente».

Nunca se perdonaría lo que ocurrió. Recordarlo le hacía no volver a una vida pasada que le llevó a perder la cabeza en un espiral de malas compañías de la que no supo salir a tiempo. Las cantidades indecentes de dinero pasando por sus manos no le dejaron ver la realidad.

Tiró el cigarro al suelo y lo apagó con el zapato para entrar en el coche e irse a casa. Lupe era mayor y no sabía cuánto tiempo tendría para disfrutar de su compañía, pero iba a aprovecharlo al máximo.

Desde lejos, vio cómo en la puerta de su casa había un coche patrulla y dos policías hablando con Carmen. Bajó del vehículo rápido y corrió hasta ponerse al lado de su vecina. Interrumpiendo la conversación que estaba manteniendo con los agentes, le dio un abrazo.

—¿Qué ha pasado?, ¿está bien mi madre? —Le cogió la cara con ambas manos.

—Sí, hijo, tranquilo. Solo que me he asustado y he llamado a la policía —le explicó con tono sereno.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Felipe.

—Han dicho los policías que no hay nadie, pero yo he visto a alguien asomado a la ventana y corriendo alrededor. —Meneó la

cabeza y se secó los ojos con el pañuelo que tenía apretado en la mano.

—Bueno, señora, si ya está más tranquila, nos vamos —dijo uno de los policías.

—Si vuelve a ocurrir, nos llaman sin salir de casa, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, agentes. Muchas gracias.

Felipe cogió por los hombros a Carmen para entrar en casa y cerrar la puerta tras de sí. Se asomó a la ventana por la rendija que había entre las cortinas para cerciorarse de que la policía se había marchado.

—¿Mi madre está bien? —insistió Felipe.

—Sí, está despierta. Puedes ir a verla tú mismo —confirmó Carmen de nuevo con el pulso tembloroso.

Entró en la habitación. Lupe estaba sentada en la cama, viendo la televisión. Se levantó para abrazar a su hijo.

—Menos mal que has llegado. Carmen dice que ha visto a alguien merodeando. —Le apretó lo más fuerte que podía.

—¿No sabéis quién era? —preguntó al apartarse para mirarla a los ojos.

Negaron con la cabeza. Carmen seguía igual de asustada y había seguido a Felipe hasta la habitación.

—De acuerdo. —Miraba a las dos de manera intermitente—. Creo que esta noche es mejor que durmamos todos en la misma casa.

—Vale, hijo, pero no quiero molestar —dijo Carmen con la voz quebrada.

—No molestas, eres de la familia. Si te ocurriera algo, no me lo perdonaría. —Felipe cogió su mano para tranquilizarla.

—Está bien. —Asintió con una leve sonrisa, casi imperceptible en el rostro.

—Mamá, dormiré en el sofá para controlar la entrada. No quiero asustaros, pero quien haya venido seguramente no haya conseguido lo que buscaba y volverá —dijo con un tono de voz que contenía altas dosis de furia y rudeza.

—¿Seguro, hijo, que no te has metido en ningún problema? —Los ojos de Lupe se volvieron acuosos. No quería volver a pasar por situaciones del pasado y que su hijo volviera a prisión, o aún peor, que terminara muerto.

—Segurísimo. Tenéis que creerme. —Los ojos de Felipe derrochaban ternura y dolor por ver a su madre preocupada por él —. Nunca volvería a hacértelo pasar tan mal como lo hice. —Apretó los puños por la impotencia de haberlas dejado solas.

—Te creemos —confirmó Carmen—. Ahora vamos a tranquilizarnos todos y haremos guardia por si acaso. Seguro que se han confundido —dijo Carmen en voz alta para convencerse a sí misma y que se le quitara el susto.

—No creo que pegue ojo esta noche, así que podéis marcharos a dormir. Me quedaré despierto viendo la televisión —dijo Felipe con un tono tranquilo.

14

Los agentes irían a ver a la amiga abogada de Triana. Raquel les había dicho que les atendería sin problemas, pero cuando terminara con sus clientes. Tenía la última reunión a las ocho de la noche. Así que Antón creyó que era buena idea quedar en el bar más cercano del despacho para hablar con ella. Le dejó claro a Triana que no debía conocer más información de la que necesitaba para recopilar los datos que querían. No sabían qué había pasado en el asesinato de Úrsula y tampoco en el de Emiliano. Lo más acertado por el momento era ser prudente y no hacer que saltara la liebre.

Raquel apareció por la puerta del bar. Triana la reconoció al momento y levantó la mano. Habían llegado antes de la cita improvisada y llevaban más de una hora en aquel bar. La subinspectora bebió varios cafés y el inspector un *gintonic* que hizo que su compañera reincidiera con la retahíla de siempre. Antón ya se la sabía de memoria, así que no le hacía falta prestar mucha atención para mantener una conversación sobre el «monotema» que Triana repetía y él tanto odiaba. Ver a Raquel supuso un gran alivio para el inspector.

—¡Menos mal que ya está aquí! Así no te tengo que escuchar y podemos avanzar con alguno de los casos.

La chica se sentó con una timidez y prudencia que Antón cazó al vuelo. Sin duda esas cualidades habían hecho que ambas mantuvieran la amistad, ya que Triana era todo lo contrario: imprudente y temeraria.

No tardaron en ponerla al día con detalles paupérrimos acerca del caso y del nexo que pensaban que tenía con el anterior. Raquel era del barrio, por lo que conocía la historia del asesinato de Úrsula. Prefirieron no mencionar el papel que jugaba el Butronero en la nueva investigación.

—El caso de Úrsula es muy antiguo. ¿Vosotros estáis seguros de que no ha prescrito? —comentó Raquel, subiéndose las gafas minúsculas que reposaban en sus grandes mofletes.

—¡Es verdad! No lo había tenido en cuenta. Puede que haya prescrito y no podamos reabrir la investigación —se quejó Antón.

—Hay que comprobarlo antes de continuar. Si ya ha prescrito puede que no sea buena idea continuar, a no ser que os sirva para resolver el asesinato de Emiliano —intervino Raquel hablando en voz baja.

—No te preocupes, eso lo miro yo ahora mismo. —Se levantó y salió para llamar a comisaría—. Vosotras id marujeando de vuestras cosas.

Ambas asintieron y Raquel le dio la mano a Triana con gesto compungido.

—¿Qué tal llevas lo de tus padres? —Se interesó Raquel por su amiga. Sabía que todavía estaría pasando por momentos difíciles.

—De eso precisamente quería hablar contigo. Mi hermana quiere vender la casa porque Lucas le ha comido la cabeza. Ya no es la misma —concluyó cabizbaja.

—¿Tú no quieres? —preguntó Raquel extrañada.

Triana negó con la cabeza.

—Entonces no lo hagas —soltó sin pensar, para que no cediera ante las preferencias de Aura. Sabía que Triana lo había pasado mal en los últimos meses de vida de sus padres, y Aura no se había preocupado de nada.

—Ya, bueno, pero no quiero líos de herencia. Me gustaría que nos la quedáramos las dos, como recuerdo de nuestra infancia y de nuestros padres. Pero parece que ella quiere lo contrario. —Se encogió los hombros—. No la quiero obligar, así que creo que no me queda más remedio que venderla.

—Es una decisión personal. Ya sabes cómo es tu hermana. Si terminas por llevarle la contraria, no volverás a tener noticias de ella —matizó para que fuera consciente y no se precipitara tomando la decisión.

—Lo sé, lo sé —se lamentó Triana con la respiración entrecortada y los ojos vidriosos al pensar que su hermana podía desaparecer del todo en su vida—. Por eso quería llegar a un acuerdo, pero como quieren el dinero para comenzar una nueva vida… —aclaró sin terminar la frase.

—¿La vendes? —preguntó de nuevo para estar segura de que la había entendido.

—Sí, es lo mejor. Si no vendrá un problema tras otro y perderemos la relación para siempre. ¿Conoces a alguna inmobiliaria? —Triana estaba desganada y se notaba en su tono de voz.

—Creo que no, pero déjame que haga memoria esta noche. —Bebió agua para aclararse la garganta y seguir hablando—. Con lo que sí te puedo ayudar es con el tema de los papeles de la venta. —Raquel dibujó una pequeña sonrisa de comprensión en su rostro.

—Eso me sería de mucha ayuda, no me gustaría estar sola en este proceso —dijo Triana a modo de agradecimiento.

—Claro. Está hecho. —Sonrió y se atusó el pelo fino y rubio.

Cuando el inspector volvió a entrar al bar, hizo una parada en la barra para que Triana no escuchara lo que iba a pedir. Lo vería en la mesa, y aunque le pusiera mala cara, se lo bebería igual de a gusto.

—Sigamos con lo nuestro. —Se sentó con la mirada de Triana clavada en él. La ignoró—. Falta un mes —dijo dando un sorbo a la bebida sin dejar de mirar a su compañera.

Raquel levantó las cejas y apretó los labios, Triana se recostó en la silla, desmotivada con la noticia. Fue como un jarro de agua

fría, apenas tendrían tiempo para hacer una investigación en condiciones.

—Un mes con la ayuda de esta chica es tiempo suficiente. No hay que ponerse en lo peor —las animó Antón.

—Joder, Antón, si no tenemos ni el expediente. —Triana resopló.

—Lo sé, pero para eso nos va a ayudar esta chiquilla, ¿a qué sí? —Miró a Raquel.

—Por supuesto, decidme. —Sacó una libreta rosa con purpurina del bolso y la abrió.

Triana no quiso mirar a Antón, pero sabía lo que estaba pensando en ese momento. El rosa le ponía nervioso, y el brillo aún más.

Le volvió a dar una breve introducción de lo que los había llevado a contactar con ella y el motivo.

—Necesitamos toda la información que puedas conseguir de Úrsula Palomares y su familia —sintetizó el inspector.

—De acuerdo. —Raquel comenzó a escribir.

—Es importante que puedas encontrar al abogado de la familia, quien fue el juez y el Fiscal y, sobre todo, si hubo testigos o algo por el estilo. Ya entiendes a lo que me refiero —concluyó Triana.

—Vale —respondió sin dejar de escribir en la libreta que Antón no dejaba de mirar.

—Ah, y que no se te olviden las empresas con las que tuviera relación la familia de Úrsula —quiso matizar Antón—. A ver si tenemos suerte y por ahí encontramos alguna relación con personas involucradas en ambos casos.

—Deberíais pedir movimientos bancarios. Yo no puedo conseguirlos —sugirió Raquel.

—¿Crees que eso será necesario? —preguntó Triana al inspector.

—Psé, por si acaso. Siempre hay algún chanchullo de dinero, y más cuanto se está tan convencido de que inculparon a un inocente —respondió ladeando la cabeza.

—Vale, ¿pero de quién quieres pedirlos? —susurró—, ¿del juez? Esos no los podemos conseguir.

—De la familia Palomares, Triana. Por Dios, que tú ya quieres pedir información de todo el padrón de Madrid.

—Vale, vale. Como no sabemos hasta dónde llega la mierda… —Se excusó Triana con los mofletes sonrosados por la vergüenza. Era consciente de que a veces era un poco exagerada.

—No sufras por eso, que ella nos saque todo lo que pueda del juicio y empresas, porque no tenemos expediente. El rastro del dinero ya lo seguimos nosotros —afirmó Antón con más optimismo del usual.

—Ni que decir tiene que solo tenemos un mes —recalcó Raquel para que seleccionaran la información que querían. El tiempo era escaso y los datos tardaban en llegar.

—Eso va a ser un problema, los bancos no suelen ser muy rápidos. —Suspiró Antón y cruzó los brazos encima de la mesa.

—Si crees que es buena idea, puedo intentar sacarle información sobre la desaparición del expediente a Ballesteros —sugirió Triana como quien no quiere la cosa.

—Claro, en el descanso de la ruta que vais a hacer en moto, ¿no? —Sonrió el inspector.

—Un momento, ¿qué ha pasado aquí? ¡No me digas que te has echado un novio! —preguntó Raquel con una exacerbada curiosidad.

—Puede ser —respondió Antón.

Triana le dio un codazo.

—Claro que no. Es un compañero. —Le miraba de reojo.

—Una pregunta, Raquel, ¿tú te vas con tus compañeros los fines de semana? —preguntó Antón con retintín.

—La verdad es que no —afirmó cabizbaja—. Pero mi caso es distinto, no voy ni con compañeros ni con nadie.

—Será porque no quieres —intentó animarla Antón, que ya se imaginaba que lo había dicho porque no le iba bien en el amor.

—Claro. El amor aparece cuando menos te lo esperas. —Triana le acarició el brazo.

—Seguro. —Raquel dibujó un amago de sonrisa para quitarle hierro al asunto.

—No te conozco de nada, Raquel, pero te digo una verdad universal: La idea del amor es una estafa. No es para tanto y no dura eternamente. Luego te ponen los cuernos y se largan, sin más. Así como te lo cuento. Un día estás casado, al otro tiene un amante y al otro se va. —El tono del inspector reflejaba el dolor que sentía al recordarlo.

—No paras con eso. La verdad es que ya me aburre el tema del divorcio, y a ti debería pasarte lo mismo. —Triana comenzó a hacerse de nuevo la coleta.

—Lo sé, debería pasar página —se confirmó a sí mismo.

—Venga, ya que estamos aquí pedimos para cenar y disfrutamos de la compañía —prosiguió Triana—. Aunque no os lo creáis, hoy no me apetece estar sola.

El jardín de pared y las luces cálidas del local generaban un entorno de confianza y bienestar que, junto a la música de fondo, les haría disfrutar de una gran velada con conversaciones agradables y satisfactorias. Raquel necesitaba una noche como aquella. Era una persona sin gran vida social por su carácter introvertido. La solicitud

de ayuda le daba una nueva oportunidad de relacionarse con gente externa al trabajo. Era consciente de que no le habrían dado la totalidad de la información que manejaban. Pero Triana era su amiga, y si no lo había hecho, era por un motivo de peso.

Después de varios minutos eligiendo un plato para cenar pidieron al camarero, que no tardó más de quince minutos en servirles. El tema del tiempo de la prescripción les hizo no dejar pasar más de un minuto en buscar información en internet. No encontraron nada, ya que el asesinato de Úrsula fue hacía muchos años. Sin embargo, cuando buscaron el de don Emiliano, el resultado fue el contrario. Habían publicado la noticia en diversos periódicos digitales. Incluso Reyes había dado un comunicado en sus redes sociales agradeciendo el apoyo que estaba recibiendo por parte de la gente.

—A lo mejor estamos buscando donde no es —elucubró Triana aliñando la ensalada—. Puede que tu amigo esté equivocado y no tenga nada que ver.

—Es un poco prepotente y altiva, pero no tiene pinta de asesina —añadió Raquel esperando que Triana acabara para aliñar su ensalada. Aunque lo que ella en realidad quería era una hamburguesa.

—Es poco usual que un asesinato sea aleatorio. Están relacionados de alguna manera, porque pertenece a su familia. ¿Qué Reyes sea la asesina? No lo tengo tan claro. Lo que sí que tengo claro es que ella sabe algo y esconde la verdad —afirmó el inspector.

—Tiene dos hijos, puede que uno de ellos odiara al padre por vete tú a saber qué… —Añadió Raquel.

—Tendríamos que ir a hablar con Moisés. Tenemos que hablar con él sin que la madre esté presente. Pillarle de sorpresa. —Antón recordó que todavía no habían gastado el cartucho del hijo.

—Es funcionario. Trabaja en el ayuntamiento. —Triana comió el primer bocado de ensalada.

—¿Cómo sabes eso? —Antón echó mayonesa a la hamburguesa a raudales. Raquel le miraba arrepentida por no haberla pedido por vergüenza.

—Lo sabe cualquiera que viva en el mundo y esté un poco informado. Son dueños de una empresa farmacéutica. No hay muchas en España, ¿sabes?

—Sí tú lo dices… —Dio el primer bocado con las cejas levantadas.

—Es verdad. Lo único que nunca me cuadró es por qué el hijo se sacó unas oposiciones teniendo como herencia esa fortuna —continuó Raquel—. El otro hermano tiene alguna enfermedad, ¿no? por eso le tienen recluido en su mansión.

—Eso sí que es raro —dijo Antón tapándose la boca llena con la mano.

—Tenemos que fijarnos en los detalles. Esa familia es muy lista y habrán tenido en cuenta cada uno de los factores externos que les puede señalar — quiso recalcar Raquel.

—No sé si vamos por el camino correcto, pero la matriarca esconde algo. Puede que Tirso supiera algo que no debía, y ese fuera el motivo que le llevó al reformatorio. Pero Úrsula fue la asesinada —argumentaba Triana—, así que no tiene sentido.

—Ninguno —confirmó Raquel.

—No, creo que hemos entrado en bucle —añadió Antón.

Raquel empezó a sonreír sin razón aparente. El inspector se dio cuenta y le dio un codazo a Triana.

—Oye, no me habías dicho que tu amiga estaba un poco zumbada.

—Lo sé, es que lo desconocía. —Triana continuó con la broma.

—Perdonadme, sé que es una investigación seria, pero me he imaginado yendo con vosotros a hacer guardia a su casa. —Soltó una pequeña risilla y se tapó la boca.

Los agentes se miraron.

—¿No lo estarás pensando en serio? —preguntó Antón volviendo a dar un bocado a lo poco que le quedaba de cena.

—Bueno, es que no es tan mala idea. Piensa una cosa: seguimos sin saber qué hacía el Butronero en los alrededores cuando le mataron —recalcó Triana el dato del cual parecía haberse olvidado Antón.

—¿Qué? —preguntó Raquel con los ojos abiertos como platos —. ¡No me lo puedo creer!

—Creo que es mejor que te contemos lo poco que sabemos para que nos puedas ayudar mejor. Pero nos tienes que prometer que no irás por ahí de detective. ¿Hecho? —sugirió Antón.

—Por supuesto. Podéis empezar cuando queráis, que todavía nos queda el postre —dijo Raquel como indicativo de que tenían tiempo para seguir hablando.

15

Triana no daría descanso a la familia de Emiliano, ya que estaba convencida de que, de una u otra manera, estaban involucrados en la muerte. Reyes era una mentirosa profesional. Lo había visto en sus ojos el día del asesinato. Existe gente a la que se le da bien mentir cuando mezcla la verdad con la mentira, y ese era el caso de Reyes. En su declaración había dicho partes de verdad, sobre todo, las partes que tenían que ver con la empresa. En cuanto a la vida en común que tenía con Emiliano, no había sido así. Si alguien le preguntara, no sabría explicarlo, pero notaba cuando la gente comenzaba a inventar una versión de los sucesos. Por muy ensayada que tengas la mentira, hay un momento en que dudas en tu relato. Reyes era guapa, rica y tenía poder social. No se podría pedir más, pero siempre se quiere más. Es la naturaleza humana. Cuando consigues algo, quieres otra cosa. Nunca acaba. La soberbia era un pecado capital que acompañaría a Reyes a lo largo de su vida, y en el interrogatorio hizo acto de presencia.

Después de hablar con Raquel solo quedaba esperar para que consiguiera los datos. Esperaba no meterla en un lío por haberle pedido ayuda. Antón se había marchado esa mañana a intentar conseguir los datos bancarios de la familia de Úrsula. Puede que tuviera suerte y le dieran los extractos. Aunque sería poco probable, ya que, al ser antiguos, tardarían algún que otro día.

Cuando entró en comisaría se dirigió al departamento de informática. Necesitaba un favor, y esperaba que su buena relación con Abel fuera de ayuda. Antón estaba convencido de que los asesinatos estaban unidos de alguna extraña manera en la familia de Emiliano, pero la aparición de Felipe cerca de la escena del crimen le generaba grandes dudas. Por ese motivo, necesitaba saber dónde estaba Edurne exactamente esa noche. No estaba fichada por la policía y necesitaba la orden de un juez para poder sacar los datos de ubicación. Sin embargo, Abel se lo podría decir en un par de minutos aporreando las teclas. No entendía para qué tanto protocolo

para preservar la intimidad de los ciudadanos cuando la finalidad era salvarles la vida o bien sacar a un asesino de las calles.

«Ahí está».

Le vio nada más cruzar la puerta del departamento. Abel tenía una visión superior para ver el mundo en ceros y unos, lo cual era una suerte para la policía. Era un *crac* para la ciberseguridad. Si necesitabas cualquier dato, él era capaz de conseguirlo saltándose los sistemas de seguridad de cualquier sitio.

—Sabía que vendrías en algún momento —dijo Abel sin darse la vuelta.

—Veo que eres más listo de lo que yo pensaba —contestó Triana acercándose.

—Me gusta sorprenderte. —Se levantó—. Vamos al pasillo.

Abel sabía que si se había presentado sin Antón era porque le iba a pedir algo con lo que el inspector no estaría del todo de acuerdo. Se alejaron los suficiente para que nadie le escuchara y tomando la precaución de hablar con susurros.

—Siento tener que pedírtelo, pero necesito que me des la localización de una persona.

—¿Tiene que ver con el caso del asesinato? —quiso saber Abel.

Triana asintió.

—Ya, y ¿por qué no lo haces por los cauces habituales? —La miró duramente y se cruzó de brazos con la cabeza ladeada para escuchar la pueril respuesta.

—Ya lo sabes. —Triana sacó la mejor de sus sonrisas.

—Sí, pero me gustaría escucharlo de tu boca.

Triana cambió el peso del cuerpo de pierna, cabizbaja. No le gustaba meter a nadie en problemas, y si le pedía un favor a Abel, lo haría, pero no tenía a nadie más a quien recurrir. Se detuvo frente a

él y alzó el cuello para comprobar que estaban solos. Abel medía casi dos metros y ella cerca de uno sesenta.

—Creo que la amante sabe algo más de lo que dice. Necesito saber a qué hora estuvo allí. Puede que fuera antes de la hora que dice y luego hiciera el teatro de lo enamorados que estaban para despistarnos —explicó Triana, desesperada por su ayuda.

—¿Quieres decir que fue antes, le asesinó y luego volvió a entrar con el coche para que la vieran las cámaras? —preguntó Abel extrañado.

—Sí, eso es. ¿Crees que es una locura? —Comenzó a dudar de su hipótesis.

Se encogió de hombros.

—Soy informático. No me gustan las personas, para qué engañarnos. Mienten por defecto y son impredecibles. Prefiero los ordenadores —explicó Abel para que entendiera que cualquier comportamiento humano se escapaba de sus conocimientos.

—Soy consciente de que te pido mucho, pero no tengo a nadie más —contestó Triana a modo de súplica.

—Lo entiendo, pero ¿porque no hablas con Antón? —Abel no estaba seguro de hacer nada sin que el inspector diera su beneplácito.

Ella bajó la mirada.

—¿Porque crees que te va a decir que no? —insistió de nuevo el informático.

—Él está convencido de otra teoría más rebuscada, según mi criterio, claro.

—Ah, vale. Si confirmas que ella estuvo ahí, abandonará la teoría que tiene ahora mismo, ¿es eso? —preguntó en un intento de entender qué era lo que perseguía Triana reclamando su intervención.

—Bueno, se podría resumir así. ¿Me ayudarás?

—De acuerdo. —Inhaló una gran bocanada de aire, indeciso —. Vamos. —Le hizo un ademán con la mano para que le siguiera—. Confirmaremos si estuvo ahí o no, pero no hables. Es mejor que nadie lo sepa. La gente está más pendiente de las conversaciones ajenas que de su trabajo.

—Gracias. —Le dedicó una amplia sonrisa de satisfacción.

—Ver, oír y callar —insistió por la imprudencia que iban a cometer juntos. Era mejor no levantar sospechas de lo que iban a hacer—. Solo tienes que mirar la pantalla de mi ordenador y, cuando veas lo que quieres, te levantas y te vas.

—¿Nadie sabrá que lo has mirado? —Triana se quiso cerciorar de hasta dónde lo comprometía con la búsqueda.

—Sé borrar mis huellas —recalcó Abel, seguro de sí mismo—. Aunque tu sola presencia ya va a levantar algún que otro comentario, pero bueno, supongo que forma parte de la rumorología de la gente. No debes preocuparte por eso. ¿Quieres un consejo? —murmuró con la mirada clavada en Triana.

—La verdad es que no, pero supongo que me lo vas a dar igual.

—Deberías confiar más en Antón. Es una buena persona y el mejor inspector —declaró Abel con los brazos cruzados.

—Lo sé, pero creo que tiene enquistado un caso del pasado que no le permite ser objetivo —susurró con tristeza. Aquel asesinato le había marcado para siempre.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y empezó a andar.

Fueron hasta el puesto de trabajo de Abel en silencio. Ya estaba todo hablado y zanjado. La subinspectora estaba nerviosa. No sabía exactamente cuál sería el resultado, pero fuera cual fuera sería un hallazgo importante.

Abel comenzó a teclear en el ordenador de manera compulsiva mientas Triana observaba la pantalla sin parpadear. Tenía un desconocimiento total y absoluto de lo que estaba haciendo, pero la necesidad de saber si Edurne decía la verdad le nublaba el juicio para seguir las órdenes del inspector.

No tardó demasiado en conseguir lo que le había pedido. Apareció la confirmación de la presencia de Edurne horas antes del asesinato. Abel abrió el bloc de notas del ordenador y tecleó: «*Tiene activada la geolocalización del móvil, por eso sabemos exactamente dónde estaba».*

Abrió una nueva pantalla con el mapa de la zona y un punto rojo se abrió para situar a Edurne a las afueras de la empresa.

Triana comenzó a frotarse las manos. Una nueva duda apareció en su mente lógica. Para descartar si era una simple coincidencia o no, necesitaba saber si estaba con Felipe. Puede que se estuviera aprovechando de Antón y le hubiera engañado con la historia de su amigo Tirso y la necesidad de hacerle justicia. «¿Y si es todo mentira?».

Cogió el teclado y escribió el teléfono del Butronero para que confirmara si estaban en la misma ubicación.

Al ver los dos puntos rojos juntos en el mapa, la subinspectora tragó saliva. Debía hablar con Antón y contarle lo que había descubierto.

El móvil de Triana sonó. Era Antón.

—Debo irme. Te debo una. —Sonrió.

Abel no contestó, pero le dedicó una reverencia con la cabeza.

Salió del departamento con la llamada descolgada. Solo cuando estaba en el pasillo contestó.

—¿Qué pasa? —Tragó saliva. Por un segundo pensó que la había pillado de algún modo.

—Acabo de salir de la central del banco. Me mandarán los movimientos por correo, pero después de explicarles la urgencia, me han dejado verlos *in situ* —explicó atropellando las palabras.

—¿Dónde estás? —preguntó Triana al escuchar el ruido de coches y de un claxon.

—Estoy en el centro, pero ya voy para allá. He cogido un taxi para no meterme en el follón de aparcar. Baja, que en unos minutos llego —ordenó el inspector.

—Vale. Yo también tengo que contarte una cosilla que he descubierto. —Entró en el ascensor—. Puede que te enfades un poco, pero ha merecido la pena.

—Si merece la pena, te prometo que no me voy a enfadar. —Intuyó que no le iba a gustar, pero si era una pista relevante para el caso no se lo tendría en cuenta.

—Eso me tranquiliza. Te espero en el bar de enfrente. —Respiró alegre después de escuchar sus palabras.

—No, vete al que está más lejos. Mejor prevenir —indicó Antón antes de colgar la llamada.

16

Pasó de largo el bar al que siempre iban y se dirigió al que estaba un poco más alejado. Habían ido algunas veces, pero no con tanta frecuencia como al más cercano a comisaría. Eran solo unas calles lo que los separaba, pero era suficiente para que no estuviera tan atestado de agentes desayunando. La clientela era variopinta. Triana sentía cómo sus pulsaciones iban aumentando por segundo. Antón le había creado una incertidumbre en el estómago al citarla en el bar más alejado. Puede que se estuvieran volviendo unos paranoicos, pero como había dicho el inspector, era mejor prevenir. Miró a sus espaldas un par de veces. No parecía que nadie la estuviera siguiendo. Cuando se comienza una investigación empieza la sacudida descontrolada de trapos sucios. Ello podía estar perjudicando a alguien que no quería que sus secretos salieran a la luz. Por eso no era de extrañar tanta precaución. Sin embargo, desconfiar de compañeros no era lo más lógico.

No encontró una explicación plausible acerca de la desaparición del expediente. Sin embargo, que Edurne y Felipe estuvieran juntos en las cercanías de la empresa le estaba dando dolor de cabeza al no dejar de buscar una explicación de por qué ambos se guardaban el secreto de esa reunión con tanto ahínco. Sin dejar de andar, rebuscó en el bolso un blíster de pastillas que solía llevar. Tenía migrañas y era común que aparecieran fuertes dolores cuando se ponía más nerviosa de lo habitual o estaba en una situación en la que se sentía desbordada.

«La migraña siempre aparece en el momento menos oportuno».

Por experiencia, sabía que el dolor no desaparecería así como así, pero al menos, la pastilla lo aplacaría en intensidad. Entró en el bar. Echó una ojeada a las mesas para comprobar si el inspector había llegado. Nada. Caminó hasta la barra y pidió un café con leche y un vaso de agua. Aguardó con la pastilla en la mano y se la tomó

cuando el camarero le sirvió. Echó el azúcar y se sentó a esperar mientras removía el café, pensativa. Estaba ensimismada en sus pensamientos acerca del asesinato y en las distintas hipótesis acerca de lo que podía haber ocurrido, pero pasaron sin pena ni gloria por su mente. Ninguna de ellas parecía encajar del todo con las pistas que tenían. A ello se sumaba el hecho de que Antón hubiera confiado en Felipe con los ojos cerrados.

«¿Por qué lo habrá hecho?».

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó el inspector a modo de saludo.

—Hola. No mucho —contestó sin dejar de dar vueltas al café.

—Voy a pedir y vuelvo. Tenemos que hablar y tomar decisiones de manera inminente —le adelantó el inspector antes de dirigirse a la barra.

Aquella frase y la voz gélida de Antón la preocupaban. Debía ser precavida y no precipitarse hasta conocer la información. Como lo que había hecho con Abel no era legal y el inspector se enfadaría, esperaría a escucharle para decirle que su amigo el Butronero le estaba engañando. O al menos no le estaba contando toda la verdad.

Antón se sentó al lado de Triana con movimientos cansados al volver con el café.

—Cuéntame, ¿qué es eso tan importante que has visto en los movimientos bancarios? —Triana apoyó el codo en la mesa.

—Los padres de la hija asesinada recibieron doscientos mil euros de la empresa farmacéutica —susurró, cogiendo el café caliente con una de las manos.

—¿Justo después del asesinato? —Se cruzó de piernas.

—No, después de la sentencia de Tirso. Entiendo que querían cerciorarse de que el chaval no les iba a dar problemas y se saldrían con la suya. —Cogió aire cuando terminó de hablar.

—Se nos escapan demasiadas cosas. Alguna prueba tendría el juez para sentenciar a Tirso. No es posible que un juez mande a un reformatorio a un menor por nada. —Carraspeó—. Tiene que haber algo —insistió estrujándose la cabeza para encontrar un motivo—. Un juez no se la jugaría por nada, y menos sentenciando a un chico al que le iba a arruinar la vida.

—A ver, Triana, Tirso no era un chaval cualquiera. Iba con el Butronero en todos los robos. Eran como el *Dúo dinámico*. Donde estaba uno, estaba el otro. Por eso se lo está tomando de manera tan personal. No era un amigo cualquiera, era como su hermano —explicó con tristeza al recordar.

—¡Me da igual! No me lo trago —sentenció Triana, convencida.

—Escúchame, la familia de Úrsula cobró por algo de la farmacéutica. A nadie le regalan tanto dinero. —Bebió un sorbo de café y se acercó a Triana—. Joder, ¿me explicas por qué ha desaparecido ese expediente precisamente? Es por algo, no se ha traspapelado por casualidad.

—Saldremos de dudas. Vamos a hablar con sus padres. —Se bebió lo que le quedaba de café y se acarició la sien.

Antón se echó hacia atrás en la silla.

—Dime que no has estado metiendo las narices donde nadie te ha llamado. —Abrió los ojos, enfurecido.

«¿Se puede saber cómo lo sabe?».

—No, claro que no —tartamudeó nerviosa. Solo le ocurría con Antón.

—¡No me jodas! ¿Qué has hecho esta vez? —se interesó ladeando la cabeza con los ojos bien abiertos.

—Nada, ya te lo he dicho —volvió a mentir.

—Venga, dilo ya. Total, si ya lo has hecho, no hay vuelta a atrás —sentenció con tono conciliador.

—He averiguado la ubicación de Edurne y el Butronero la noche del asesinato. —Respiró profundamente al terminar de hablar —. Lo siento, pero creo que te está engañando y no te das cuenta.

—Claro que me doy cuenta de que no me está diciendo la verdad. Bueno, no del todo —aclaró el inspector para que Triana entendiera que solo estaba dejando que las cosas sucedieran y siguieran el curso natural de los hechos.

—¿Y qué explicación le das a que estuvieran juntos? No podemos descartar la hipótesis de que lo hicieran con el beneplácito de Reyes —expuso Triana, agitando las manos.

—Tranquilízate, eso no puede ser. Ellos son gente sin poder ni decisión. Aunque quisieran matar a Emiliano, deberían tener un motivo, y no lo tienen —explicó Antón para que entrara en razón.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó como respuesta.

—Vamos a ver, hay que centrarse y no dar palos de ciego. Iremos parte por parte. Siempre vas a mogollón y no piensas las cosas —le recriminó Antón.

—Vale, pues tú dirás, inspector —soltó Triana con retintín en sus palabras.

—No es momento de tonterías, y lo sabes. Céntrate. Tenemos la trasferencia de doscientos mil euros de la farmacéutica a los padres de Úrsula. Eso es por algo. Si ellos no hubieran tenido nada que ver, esa transferencia no tendría sentido —dijo pensativo.

—Pero la dueña es Reyes, no Emiliano, y le han asesinado a él. —Triana no comprendía a donde quería llegar.

—Parte por parte. —El inspector llamó a la calma.

—El asesino lo hizo por un motivo —insistía en la pregunta que le quitaba el sueño y por la que era incapaz de ver el caso con

claridad.

—Lo sé. —Caviló, pensativo—. Espera, voy a pedir algo de comer, que no se me da bien pensar con el estómago vacío —Se levantó para saciar el gusanillo. Cuando estaba nervioso tenía más hambre de lo normal.

De camino a la barra, le sonó el móvil. Lo sacó y comprobó la identidad de la llamada entrante. Entrecerró los ojos y miró a Triana. Descolgó. La subinspectora no escuchaba la conversación desde su posición, solo pequeños murmullos y veía cómo el inspector se movía y agitaba los brazos después de pedir un bocadillo para llevar.

Colgó enfadado y volvió a la mesa. Sacó la pipa y empezó a manosearla. Era un gesto que solía hacer para calmase cuando la situación le superaba. Se sentó de medio lado, esperando que le llamaran para darle el bocadillo que había pedido.

—Esto no me gusta. —Seguía dándole vueltas a la pipa.

—¿Quién era? —preguntó Triana a pesar de que se había sentado dándole la espalda.

El camarero le llamó.

—Vámonos de aquí, tenemos mucho trabajo que hacer y poco tiempo hasta que aparezca otro cadáver —susurró con los ojos clavados en Triana.

—¿Qué estás diciendo? —El tono de su piel se había vuelto blanquecino al escuchar esas palabras.

Antón no respondió y se levantó para coger el bocadillo. Triana le miraba escéptica por la dura afirmación. No podía ser que aquella llamada tuviera la relevancia necesaria para hacerle soltar una sentencia como aquella.

El inspector cruzó la puerta sin mirar a su compañera. Se encontraba en un mar de dudas y por un segundo se olvidó de que no estaba solo. El aire le rozó la cara y sintió el frío de la calle, que

le hizo volver en sí. Triana le tiró del abrigo mientras se ponía el suyo.

—¿Quién diablos era?

—Ayer por la noche había alguien en los alrededores de la casa del Butronero. Está convencido de que quieren quitarle de en medio. —Hizo una pausa de varios segundos para continuar—. Y yo también.

—La única lectura que tiene el incidente es que sabe algo que no nos ha dicho. ¿Qué te parece que estuvo allí la noche del asesinato con la amante de Emiliano? —insistió en que estaba involucrado de alguna manera en el asesinato.

—Me parece que esa pregunta va a encontrar la respuesta hoy —zanjó Antón con premura—. ¿Dónde tienes el coche?

—Está en la calle paralela a comisaría. ¿Necesitas subir para algo?

—No, vamos. Todo lo que necesito está aquí. —El inspector señaló su propia cabeza.

—Genial. ¿Dónde vamos?

17

Había pasado la larga noche en vela. Se acordó de cuando estaba en la cárcel y la cadena de malas decisiones que le llevaron hasta allí. En cada uno de los buenos recuerdos estaba Tirso. Fue su mejor amigo desde que le conoció. El día de la muerte de esa chica, ellos estaban juntos. Tenía la imperiosa necesidad de limpiar el nombre de Tirso. Habían incluido sus huellas en el vehículo de la chica. Iba a ser un camino difícil de andar, y en el que casi seguro encontrarían piedras, pero debía recorrerlo.

Después de tomarse varias tazas de café y pensar en cada uno de sus pasos, decidió llamar a Antón. Era la mejor baza que tenía y debía conseguir su confianza y viceversa. Aún conservaba secretos que no podía desvelar a los agentes hasta que estuviera convencido de su fidelidad y entrega al caso.

Quería mantener al margen a su madre, dentro de lo posible, pero el suceso del día anterior le había descuadrado. Sabían que iban a por el con total convencimiento. Era el siguiente y esa noche iban a darle caza. Sin embargo, su ausencia les había descuadrado y se marcharon. Pero regresarían. Le pidió a Carmen que se quedara en casa con su madre para poder hablar con la policía en la suya. De esta manera, se aseguraba de que ninguna de las dos se enterara de nada y no las pondría en peligro con información que las pudiera perjudicar a largo plazo. Era mejor así. Lupe no le agradecería vivir en la ignorancia, pero en ocasiones era mejor no saber la verdad.

Antón llegó con la pipa en la boca y Triana se encontraba a tan solo unos pasos detrás, concentrada en el móvil. Cuando llegaron, Felipe estaba mirando por la ventana de la casa de Carmen. Abrió la puerta antes de que llegaran a su altura. Se apoyó en el marco.

—¿Tu madre está bien? —se interesó Antón.

—Sí, y mi vecina también, pero hablad bajo. Creo que con el susto de ayer fue suficiente. Avisaron a la policía y estuvieron aquí. —Cerró la puerta cuando entró Triana.

—¿No vieron a nadie? —preguntó Triana al guardar el móvil para centrarse en la conversación.

—No, además, aunque lo hubieran visto tampoco creo que hubiera servido de mucho. —Se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón —añadió Triana.

—Sentaos donde queráis —dijo Felipe, dejándoles paso al llegar a la puerta del salón.

—Hemos descubierto algunas cosas y nos gustaría que nos dijeras si lo sabías… —Antón dio un largo suspiro y se frotó la frente —. Mira, Felipe, la subinspectora y yo te queremos ayudar, pero primero necesitamos que confíes en nosotros y que nos digas la verdad.

—Si nos estás tomando la medida con este paripé que te has montado, vas por mal camino —añadió Triana, que seguía molesta por la migraña—. Nos estás haciendo perder el tiempo. Bueno, a nosotros, y a ti mismo, si lo que quieres es que te ayudemos. Lo único que estás consiguiendo es que perdamos confianza en tus palabras y que dos señoras mayores corran peligro. —Se echó hacia delante y juntó las manos—. Deberías confiar en nosotros, nadie más te va a creer —continuó con voz áspera—. Por cierto, solo tienes un mes para hacer justicia.

—¿Qué quieres decir? —Felipe sintió que su pulso se aceleraba.

—El tiempo corre en nuestra contra. Si en un mes no conseguimos pruebas para reabrir el caso de Tirso, prescribirá — anunció Triana sin miramientos.

Felipe se echó las manos a la cabeza y se levantó del asiento con un gesto de evidente preocupación.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó al girarse para mirarlos a los ojos.

—Ya te hemos dicho lo único que puedes hacer para que podamos reabrir el caso. —La voz de Triana cada vez sonaba más obstinada.

—Contar la verdad —añadió Antón con voz firme.

—Sí, pero toda, no las partes que te interesen. Sabemos los movimientos de la familia de Úrsula, lo que quiere decir que tienes razón al menos en la parte de que hay algo extraño. Sin embargo —Triana levantó las cejas—, estaría bien que nos dijeras qué hacías cerca de la empresa en las horas del asesinato, con Edurne, la amante de Emiliano.

—Edurne era mi novia cuando entré en la cárcel —soltó Felipe y se volvió a sentar con la intención de tranquilizarse.

Los agentes se miraron.

—¡Vaya! Esto se pone interesante. —Antón se reacomodó en el sofá—. Continúa.

—Ya está. No quiero que la involucres en nada de esto, ella no tiene nada que ver —sentenció con dureza.

—Vale, ¿y me dices que hacíais ahí los dos? —Antón no estaba seguro de lo que les iba a contar, pero debía darle una oportunidad si quería resolver el caso de manera eficiente.

—Habíamos quedado para vernos después de tantos años —explicó Felipe, que se mantuvo sentado y tranquilo.

—Ajá —confirmó Triana con desdén y se miró las uñas con sarcasmo.

—Es la verdad —insistió Felipe.

Antón sabía cómo de cruel podía ser Triana cuando buscaba la verdad. Prefirió que lo hiciera sola. La poca objetividad que había tenido en este caso podría estar perjudicando la investigación.

—No lo es, y lo sabes. Mira, delincuente del tres al cuarto, eres un mentiroso. Crees que puedes hacer lo que te dé la gana y salvar a quien tú quieras, pero esto no funciona así. Aquí mandamos nosotros, y tú has pedido nuestra ayuda. Te la estamos dando, pero necesitamos la verdad. Así que con una paciencia de la cual carezco, te vuelvo a preguntar, ¿qué hacíais los dos ese día y a esa hora?

—¡Está bien! Pero con una condición…

Triana se levantó.

—No lo has entendido —le interrumpió—. No hay condiciones, tú nos dices lo que sabes y si la dejamos al margen es nuestra decisión. —Triana alzó la voz sin darse cuenta, había perdido la paciencia con las mentiras—. ¿Te has enterado ya?

Antón se levantó y la agarró del brazo para que se volviera a sentar, en un intento por tranquilizarla.

Felipe los miró y cerró los ojos para coger aire antes de volver a hablar.

—Le pedí el favor de que le contara a Emiliano lo que había pasado con Tirso, que él no mató a esa chica, y cuando lo internaron se suicidó por la injusticia que se cometió con él. Según le contó a Edurne, no sabía nada de lo que pasó en aquella época, Reyes nunca contaba con él para nada y llevaba la gestión de la empresa con un secretismo digno de admirar —prosiguió con la voz quebrada —. Pero se comprometió a ayudarnos y a descubrir la verdad de lo que ocurrió en el pasado.

—Habíais quedado con él —afirmó Antón tras el relato.

—Sí —confirmó cabizbajo.

—Edurne era la encargada de sacarlo a escondidas para que nadie viera que os estaba ayudando, ¿es eso? —Triana intentaba ordenar las explicaciones. Edurne trabajaba en la empresa y no llamaría la atención que entrara. Reyes sabría que era la amante y su presencia a esas horas no era inusual.

—Más o menos. En esa empresa hay cámaras por todas partes, si las conseguís podremos saber quién mató a Emiliano y está detrás de los asesinatos. Hay muchas, escondidas en el interior del edificio —añadió Felipe, cada vez más nervioso.

—Estamos en ello. Reyes se comprometió a darnos las imágenes cuando dispusiera de ellas —informó Triana sin dejar de pensar en el plan que habrían montado Felipe y Edurne para hacerse con información del caso de Tirso.

—No os las va a dar. Se inventará algo —dijo Felipe, convencido del poder de Reyes. Sonrió al mover la cabeza, incrédulo de que hubieran creído las palabras de esa mujer.

—Tenemos una mala noticia —interrumpió Antón—. El expediente del caso de Tirso ha desaparecido del archivo de la policía. Así que no tenemos nada del proceso. Estamos intentando hacernos con una copia, pero no es tan fácil.

—Reyes está detrás de todo esto, y lo sabéis. Mató a esa chica y a Emiliano para que no nos contara lo que había descubierto —sentenció Felipe sin dejar de mover la cabeza con gestos de recelo ante el poder que ejercía Reyes sin ni siquiera estar presente.

—Pero ¿por qué iba a matar a esa chica? —Antón no comprendía el exceso de secretismo en aquel caso.

—No lo sé, pero lo hizo. —Felipe estaba totalmente convencido de que no había sido Tirso, porque habían estado juntos esa noche. Era imposible.

—¿Y por qué iba a matar a su marido? No sé, pero me duele la cabeza. ¿Me puedes dar un vaso de agua? —se quejó Triana con fuertes dolores.

El salón se quedó en silencio hasta que Felipe volvió con el vaso de agua. Triana tenía un dolor de cabeza horrible que no la dejaba pensar. Las diversas ideas se le arremolinaban en la mente sin llegar a desvelar una hipótesis clara de lo que había ocurrido. Se le escapaba el motivo.

El ambiente se había sobrecargado con mentiras y desconfianzas. La inspectora se levantó y se acercó a la ventana con la única intención de evadirse por unos instantes.

—¿Puedo darle unas caladitas? —preguntó Antón con la pipa en la mano.

—Claro, sin problemas. Todavía la tienes… Es curioso, pero en nuestra época de juventud eras conocido por el nombre de «el poli de la pipa». —Sonrió Felipe.

Antón soltó una carcajada por el comentario.

—En esa época y en la actualidad tú eres conocido como el «Butronero». —Volvió a sonreír.

Rieron por unos segundos hasta que Triana se dio la vuelta para mirarlos con cara de pocos amigos.

—Deberíais pensar en algo en vez de decir tonterías —se quejó abiertamente.

—¿Qué propones? —preguntó Antón con tono hostil.

—Si lo supiera, ya habría dicho algo. Tengo muchas dudas. No comprendo la razón por la que querrían venir a matarte, la verdad. —Volvió a sentarse en el sofá.

—¿Estás seguro de que nos has contado todo lo que sabes? —le preguntó Antón a Felipe.

Este asintió.

—¡Un momento! Antón, dijiste antes que no necesitabas nada porque lo tenías todo en la cabeza —dijo Triana—. Intenta recordar lo que ocurrió ese día. Puede que lo hayamos tenido delante todo el tiempo. Quizás un pequeño detalle sin importancia nos dé la pista para poder continuar.

«Se les tuvo que escapar algo el día del asesinato. Solo tenemos que dar con un hilo del que tirar», dedujo Triana en sus pensamientos.

—¿El día que murió la chica? —preguntó Felipe.

—Sí, eso es. ¿Es una locura? —preguntó Triana. Estaba segura de que Antón podría tener una pista decisiva en su memoria.

—No tiene por qué, podemos intentarlo, tampoco perdemos nada. —Antón se unió a la idea de su compañera.

—¿Cómo dijeron que mataron a la chica? —Triana comenzó a cavilar ideas todo lo rápido que le permitía el dolor de cabeza.

—La atropellaron —contestaron ellos al unísono.

—Entiendo. Así que no hicieron autopsia, ¿no?

—Eso no lo vamos a saber, porque el expediente de la investigación ha desaparecido. —Antón disipó toda esperanza.

—Tendremos que reconstruir lo que ocurrió con lo que tengáis guardado en la memoria. Antón, vámonos. —Caminó hacia la puerta—. Hay que encontrar al padre de Úrsula para que nos cuente las mentiras que considere —dijo con ironía, sabiendo que era probable que no les contara ninguna verdad—. Felipe, consigue recordar lo que ocurrió y nos lo mandas en un mensaje, pero no dejes sola a tu madre y a su amiga, ¿vale? Nosotros nos ocuparemos del resto.

Iban a cerrar la puerta cuando Triana la volvió a abrir.

—Por cierto, ni se te ocurra volver a mentirnos, o te quedaras solo. —Cerró lentamente y comenzó a andar hacia el coche.

18

El sol les cegó cuando salieron de la esclarecedora reunión con Felipe. Había pasado la hora de comer y se acercaba la de la merienda. La subinspectora se sentó en el asiento del copiloto porque seguía con un dolor punzante en la sien. Antón conducía en silencio con la ventanilla bajada para que el aire le diera en la cara. Le rugieron las tripas. El bocadillo no había sido suficiente. Tenía hambre, pero se lo pensó dos veces antes de abrir la boca. Triana estaba de mal humor ese día y cuando estaba en ese plan era mejor hablarle entre poco y nada. Sin embargo, el hambre no podía esperar.

—Sé que estás mala, pero podríamos parar a comer —sugirió Antón sin retirar los ojos de la carretera.

—No sé, con este dolor de cabeza no puedo pensar en nada. —Se tocaba la frente, ejerciendo una pequeña presión para paliar el dolor, sin éxito.

—¿Quieres que te acerque a casa? Puedo seguir solo, y mañana te cuento. Así avanzamos más rápido en la investigación.

—De acuerdo. ¿No te importa? —Triana quiso asegurarse de que no sintiera que le dejaba solo en un momento tan crucial.

—Para nada. Así puedo parar tranquilo a comer, y luego buscaré al padre de Úrsula. Es taxista, así que no creo que sea difícil encontrarlo sin quedar con él.

—Si ves que es imposible puedes llamar a la central para que ayuden a dar con él —le sugirió una alternativa por si no tenía resultados con la primera opción.

—Lo sé, pero si lo hago de esa manera, se perdería el factor sorpresa, el cual a veces es decisivo para que metan la pata —explicó Antón convencido de ir por el buen camino.

—Es probable que esté en la parada de taxis del barrio, primero busca ahí —supuso Triana.

—Es lo que haré. Aparcaré cerca y en cuanto lo vea… lo intercepto —dijo con tono irónico.

—Al final es un barrio de Madrid, y todos sabemos dónde estamos. El mundo es un pañuelo —matizó Triana, que seguía presionándose con la punta de los dedos.

—Lo sé. El mundo nunca es lo suficientemente grande como para perder a todos de vista —dijo sarcástico Antón al parar el coche —. Ya hemos llegado.

Bajó del coche sin cerrar la puerta.

—Llámame por la noche con lo que hayas descubierto —suplicó la subinspectora a sabiendas de que era probable que no lo hiciera.

—¿No te importa que me lleve el coche?

—Para nada. Nos los dan para utilizarlos. —Sonrió.

El inspector trabajaba mejor solo y sin la mirada inquisidora de Triana observándole con gestos continuos de disconformidad. La quería, y era consciente de que no lo hacía aposta, pero aun así era incómodo trabajar con ella, y más en una investigación como aquella. Él tampoco era una persona fácil, razón por la cual a veces era mejor dejar un espacio entre ellos. Es imposible estar de acuerdo siempre. Lo normal era no estarlo si ambos tenían la misma personalidad inconformista y minuciosa. Triana pensaba igual, por eso decidió ir a casa a descansar. Pero Antón sabía que, aunque lo intentara, no lo conseguiría, y se pondría a trabajar pasadas un par de horas.

Fue a por algo de comer y se sentó en el coche mientras esperaba a que apareciera el taxi del padre de Úrsula, Pelayo. Con una sola llamada a comisaría le facilitaron el número de matrícula. Estaría atento hasta que uno de los vehículos coincidiera con la que

había apuntado en un papel. Para no estar continuamente mirándola, se la había aprendido de memoria.

Pidió otro bocadillo y un refresco, para no perder el tiempo. Al terminar se encendió la pipa y se recostó en el asiento. No quería dormirse, pero después de la comida no le sería complicado hacerlo. Así que volvió a poner el asiento en su posición original, para estar incómodo y mantenerse despierto. Intentó ser cuidadoso a la hora de comer el bocadillo, pero se le habían caído algunas migas en el pantalón. Salió del coche para sacudirse con cuidado. Habían pasado más de veinte minutos desde que llegó y estaba empezando a impacientarse. Los taxistas en Madrid suelen ir solapando viajes de un lado a otro y es raro ver taxis en las paradas con menos afluencia.

«Al final voy a tener que llamar a la central. Pero sin decir que soy policía, así seguiré contando con el factor sorpresa». No quería perder un tiempo del cual no disponían.

Llamó a la central a la que Pelayo estaba asociado para que le atribuyeran los viajes. La sorpresa fue para él. Ese día libraba, así que arrancó el coche y, con una gran sonrisa en la cara, se fue a su domicilio. Esperaba encontrarlo allí. No era lo que había previsto, pero debía hablar con él. No tenían tiempo que perder. Debían recopilar información lo antes posible. Parecía que no todo eran malas noticias.

Pelayo vivía solo en un bloque de pisos. Su mujer había fallecido cuando Úrsula era pequeña. Antón sintió lástima al recordarlo de camino al portal. Con total seguridad lo tendría que haber pasado mal al criar a su hija solo, para que después fuera asesinada. La explicación del dinero solo la tendría él, y el inspector esperaba que por el recuerdo de su hija la compartiera aquella tarde fría en la que ya comenzaba a oscurecer. Se frotó las manos al sacarlas de los bolsillos para llamar al timbre y subir.

Antón se había presentado como un policía para que le abriera la puerta, y Pelayo era un manojo de nervios cuando le vio aparecer sin uniforme. El inspector sabía por propia experiencia que cuando observan a un agente de paisano, el asunto era más grave y comenzaban a ponerse a nerviosos.

—Hola, agente, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó tragando saliva con la mejor de sus sonrisas.

—¿Eres Pelayo Palomares? —preguntó como respuesta.

—Sí. —Asintió sin saber qué pensar de la presencia de un policía en la puerta de su casa.

—¿Podemos hablar dentro? —preguntó con tono amable.

Se hizo a un lado, invitándole a entrar y se sentaron en el sofá del salón.

—¿Quiere algo de beber? —preguntó Pelayo con una mezcla de educación y nervios.

—No, muchas gracias. Me gustaría hablar con usted y que nos ayudara en una investigación. Es importante —puntualizó Antón.

—Claro. —Los gestos de Pelayo reflejaban la incertidumbre que sentía.

—¿Se ha enterado del asesinato de Emiliano? —comenzó a preguntar Antón.

—Por supuesto, ha salido en los canales locales de Madrid. —Tragó saliva de manera disimulada, no quería que Antón se percatara del miedo que sentía por su sola presencia en su casa.

—Genial. Lo conocía, ¿verdad? —Se interesó antes de continuar la conversación.

—No, lo siento —respondió Pelayo, que comenzaba a sentir cómo le aumentaban las pulsaciones.

«Mal empezamos».

Antón carraspeó y se frotó la cara. Ya no tenía tanta paciencia como cuando era joven. Echó de menos a Triana. Ella tenía esa impulsividad que da la juventud y que luego se va yendo poco a poco.

—Insistiré para darle la oportunidad de no quedar como un mentiroso delante de un policía. Es absurdo. —Respiró profundamente y clavó con frialdad los ojos en los de su interlocutor —. ¿Conocía a Emiliano?

—Sí —respondió cabizbajo.

—Ahora sí. Intentemos continuar sin caer en la mentira, por su propio bien —amenazó tácitamente.

—¿Estoy detenido? —preguntó con temor en los ojos.

—Para nada, no tiene de qué preocuparse. Solo necesitamos que colabore en la investigación. Sabemos lo que hizo y, en cierta medida, lo entiendo. Sé quedó sin su mujer y su hija y aceptó. Vale. Sin embargo, sabe la verdad de lo que ocurrió con su hija, de eso estoy seguro —resumió Antón para ir directamente al día del asesinato de Úrsula.

—Lo siento, no puedo hablar. Si lo hago, vendrán a por mí —balbuceó reprimiendo las lágrimas.

—Por favor, Pelayo, han matado a Emiliano porque quiso destapar la mentira entorno a la muerte de su hija. ¿Le callaron con el dinero? —preguntó con lástima al observar cómo la estabilidad emocional de Pelayo pendía de un hilo.

Él asintió sin hablar. Era incapaz de articular palabra y la presión hizo que rompiera a llorar con el recuerdo de su hija en mente.

—Tiene que decirme la verdad. Seguro que Úrsula estaría de acuerdo con lo que hizo, pero ya le he dicho que la investigación no va con usted. Ni siquiera sacaremos el tema del dinero en el juicio.

—Lo siento. No puedo hacer nada. —Pelayo quería acabar con la conversación lo antes posible. Le hacía sentir incómodo hablar de cualquier tema relacionado con su hija, y más aún de su asesinato.

—El caso va a prescribir y no habrá justicia para su hija. ¿Es lo que quiere? —Antón intentaría insistir en el tema sentimental, era su mejor baza para que Pelayo colaborara.

—Claro que no, pero tuve que elegir entre mi hija y verme en la mendicidad. Ahora tengo un taxi y gano dinero. Con ese dinero puedo pagar las facturas, ¿lo entiende? —Excusó su comportamiento a lo largo de los años.

—Lo entiendo, pero una cosa no es excluyente de la otra. —Antón se quedó perplejo al escuchar la justificación.

—Me gustaría ayudarles, pero no puedo hacerlo sin meterme en problemas. —Se levantó y se secó las lágrimas incipientes.

—Pelayo, nadie sabrá que ha hablado con nosotros —le explicó Antón para que no tuviera miedo de contar lo que ocurrió.

—Usted no sabe nada. Ellos al final se enteran de todo —susurró—. La gente muere, se salen con la suya, y vuelta a empezar.

Se levantó y caminó hacia la entrada del piso. Antón le siguió de manera inconsciente, solo le preocupaba que respondiera a las preguntas. El *tictac* no dejaba de sonar en su cabeza.

—¿Quiere decir que hay más gente? —preguntó con gran desconcierto.

—Quiero decir lo que he dicho, agente. Lo siento mucho, pero su presencia en mi casa me pone en riesgo. —Abrió la puerta como invitación a que se marchara.

—¿Le puedo pedir que se lo piense? —le rogó, desesperado.

Antón sabía que Pelayo conocía la verdad y lo que había vivido debía haber sido lo suficientemente cruel como para tener un

miedo insuperable a Reyes.

—Puede pedírmelo, pero la respuesta es no. De verdad que lo siento, pero lo que me pide es mi sentencia de muerte. —Cerró la puerta y dejó a Antón plantado frente a ella.

—¡Me *cagüen* la puta! —farfulló con los labios apretados y la cara roja de rabia.

La conversación no había sido tan esclarecedora como esperaba. Pelayo sabía lo que ocurrió y el motivo, pero tenía más miedo que conciencia y prefirió callar manteniendo la decisión que tomó en el pasado.

Antón bajó las escaleras cabreado. Continuaba apretando los puños cuando abrió la puerta del coche.

«Necesito un descanso y una estrategia para conseguir que hable. Pelayo tiene la clave, el nexo de los asesinatos. Úrsula fue asesinada y conoce el motivo».

Los descansos del inspector siempre solían llevarle al mismo lugar: el bar de Ventura.

19

Cuando la migraña hacía una visita a la subinspectora, era un día perdido. Al menos, así lo pensaba Triana. Cuando Antón la dejó en su portal, sintió un tremendo descanso al no escuchar a nadie. Solo habían pasado unos segundos en silencio, pero sentía menos presión en la cabeza. Nada más llegar se quitó los zapatos, los dejó en la misma entrada y fue directa a la cama. Bajó la persiana y cerró la puerta de la habitación para estar a oscuras. No era una solución, pero le hacía sentirse mejor.

El descanso que había previsto en la oscuridad, relajada y con los ojos cerrados solo duró unos minutos. El móvil empezó a sonar.

—¿Algo importante? —respondió con el teléfono pegado a la oreja.

—Hola, Triana, yo también te quiero. Y sí, algo importante —contestó Raquel con desdén.

Se incorporó en la cama con curiosidad.

—¿Qué has conseguido? —preguntó esperanzada por la afirmación de su amiga.

—Me ha costado un par de favores que creo que voy a estar pagando toda la vida, pero he conseguido el expediente del juicio y las diligencias —murmuró Raquel—. Creo que es mejor que quedemos y te lo doy.

—Vale, tengo curiosidad por saber cuál es ese secreto que provoca mutismo a la gente. Parece que la verdad está enterrada y nadie quiere que salga a la luz. Hay un silencio comunitario en cuanto a este tema. —Triana no comprendía qué podía haber ocurrido para que todos los implicados estuvieran de acuerdo en no hablar del tema durante tantos años—. No entiendo por qué. —Resopló, apretándose la sien con la mano libre.

—Ahora lo vas a descubrir —dijo Raquel al otro lado del teléfono, aumentando la curiosidad de Triana—. ¿Dónde estás?

—Estoy en casa, con migraña. Puedes venir cuando quieras. —Entrecerró los ojos para intentar que las palabras no hicieran eco en su cabeza.

—Salgo para allá. No tardaré más de media hora, creo —dudó al mirar el reloj de muñeca.

—Vale, te espero aquí. Iba a llamar a Antón, pero es mejor que siga por su lado, para avanzar más. Mañana le cuento y le enseño lo que has conseguido. —Triana salió de la cama maldiciendo el nulo descanso que había tenido.

Colgó el teléfono y salió de la habitación. Iba a necesitar estar concentrada. Recordó que se había comprado por internet una especie de gorro que le cubría la cabeza y los ojos, y que había que tener en frío para que te aliviara la migraña. Desde que lo compró lo había metido en el congelador y se había olvidado de él. Buscó con ansiedad la dichosa capucha, gorro, o como se hiciera llamar técnicamente, para hacer el proceso y notar, aunque fuera, una leve mejoría.

Raquel no tardó en llegar, como había previsto. Triana abrió la puerta con una sonrisa y con aquel gorro extraño que provocaba más risa que alivio del dolor. Se lo había levantado de la parte de los ojos para comprobar quién era.

—¿Qué es eso? —preguntó Raquel nada más verla, mientras se tapaba la boca para que no viera la sonrisa que se había dibujado en su rostro.

—La migraña, ya sabes —se encogió de hombros—. Venga, pasa, que me tienes intrigada.

Raquel siguió a Triana hasta el salón y se sentaron una al lado de la otra. Sacó una carpeta del maletín que llevaba y se lo dio.

—Toma. Creo que es mejor que lo veas tú misma. Por cierto, quítate esa cosa de la cabeza, que me distrae —terminó de decir Raquel, que no podía dejar de observarla de esa guisa tan peculiar.

Triana cogió la carpeta y se quitó el gorro. Comenzó a leer y a pasar los folios que había en su interior. Observó las fotos y las conclusiones, así como la sentencia. Raquel guardó silencio hasta que terminó de leerlo en su totalidad. Eran bastantes hojas, sin embargo, faltaban varias. Alguien se había encargado de quitar aquellas que cuestionaban la culpabilidad de Tirso.

—¿No hay autopsia? —preguntó Triana, extrañada.

—No, curioso, ¿verdad? Según parece, como la causa de la muerte fue el atropello, no hacía falta ninguna autopsia —apuntó con sarcasmo.

—Qué coincidencia más conveniente —concluyó irónica.

—Eso es importante, pero lo que me llamó más aún la atención de todo, es que hay un testigo —señaló Raquel el descubrimiento con tanta relevancia para el caso.

—Ya, lo he leído. Se llama Nerea, ¿no?

—Exacto —confirmó Raquel.

—Tengo que ir a hablar con ella —dijo apurada por escuchar el testimonio en persona.

—Espera, Triana, hay más. He estado investigando y existen más *coincidencias convenientes*, como dices tú. La familia de Úrsula cobró una gran cantidad de dinero. Bueno, el padre. La madre había fallecido antes de todo esto —continuó hablando con rapidez para narrar el nuevo hallazgo—. Pero resulta que la propia Nerea y su familia montaron una empresa ese mismo año… No me digas que no es casualidad.

—Hay que conseguir los movimientos bancarios de esa familia. —Cogió el móvil y le mandó un mensaje a Antón para que no se le olvidara—. ¿De qué es la empresa?

—Es una empresa de formación. Espera, he traído la información de su creación, cuánto factura al año y todas esas cosillas. —Volvió a abrir el maletín y sacó otra carpeta transparente con más folios.

Triana comenzó a pasar las hojas. Efectivamente, la única testigo se hizo de oro por testificar. Era una suposición, ya que no tenían los movimientos bancarios, pero si los conseguían, podrían demostrar que Nerea dio un testimonio falso para que le pagaran.

—La crearon con fondos de formación públicos. Se presentaron, les dieron la subvención y la montaron. Al ser dinero del Estado, tienen que publicar el listado de empresa y, una vez asignada la subvención, la cantidad de presupuesto que se le ha dado, ya sabes, por el tema de la *transparencia.* —Movió los dedos imitando las comillas—. Así que no ha sido muy difícil encontrar la información, si sabes lo que estás buscando, claro —incidió Raquel.

—El hijo de Emiliano, Moisés, trabaja en el ayuntamiento —bufó Triana al deducir quién habría amañado las subvenciones para que por ciencia infusa se la asignaran a la familia de la única testigo del asesinato de Úrsula, Nerea.

—No creo que sea casualidad. —Raquel ladeó la cabeza mostrando su conformidad a las suposiciones iniciales.

—¡Claro que no! —exclamó Triana, que coincidía con la opinión de su amiga—. Pero ¿hacia dónde nos lleva esta nueva pista?, ¿qué se nos está escapando? —preguntó retóricamente y la miró sin esperar respuesta.

—Ni idea, pero creo que cuando encontréis toda la información, sabréis lo que ocultan y la identidad del asesino. —Raquel animó a Triana para que no se desesperara con tanta información. El entramado era más complejo de lo que parecía a simple vista.

—Lo que parece es que Tirso pagó el pato con el asesinato de Úrsula porque una chica dijo que lo vio, la cual, por casualidades

de la vida, se volvió rica con una empresa de formación a la que dan subvenciones públicas, donde trabaja el hijo de Reyes —sintetizó para aclararse a sí misma.

—No creo que Nerea quiera hablar contigo ni con la policía. —Suspiró a la vez que negaba con la cabeza—. Y, en cualquier caso, no diría la verdad —supuso la abogada.

—Eso lo doy por supuesto, sin embargo, si hay pruebas concluyentes, no tendrá escapatoria. —Triana tamborileó los dedos encima de la carpeta.

—Já. También lo había la otra vez y las eliminaron —recordó Raquel, como un aguijonazo de realidad.

—¿Quién fue el juez que llevó el caso? —Parpadeó varias veces, haciendo fuerza para aliviar el dolor de agujas que sentía en la cabeza con cada ruido.

—Lo tienes aquí. He buscado el nombre en internet y está muerto.

—¿Qué? No puede ser que tengamos tan mala suerte. Y encima solo tenemos un mes —se quejó Triana al recolocarse los papeles encima de las piernas.

—Lo sé. ¿Qué estás pensando hacer?

—No lo sé, entre la migraña y que no están todas las pruebas, no sé qué podríamos hacer.

Se levantó y fue hacia la cocina. Necesitaba beber algo. Cogió un vaso y lo llenó de agua mientras leía el expediente de nuevo, esta vez poniendo un especial interés en las pruebas que condenaron a Tirso.

«¡Atropellaron a Úrsula con el coche de Tirso!».

—Es la prueba que lo condenó, así que seguramente estará en el depósito. Tengo que ir a revisarlo —habló para sí.

Volvió rápido al salón, donde Raquel estaba sentada, mirando el móvil.

—Tengo una idea. Aquí —Levantó la carpeta en el aire— pone que la atropelló con su coche. Iré a revisarlo. Estará custodiado por la policía.

—¿Estás segura de que eso te llevará a algún lado? —preguntó Raquel, dudosa por la idea.

—No lo sé, pero si partimos de la idea de que Emiliano fue asesinado porque sabía algo que su familia no quería que supiera, puede que en el coche haya alguna prueba. —Se animó la subinspectora a sí misma.

—No sé, Triana —dijo con pena—, creo que no vas por el buen camino. Aunque encontraras algo que incriminara al verdadero autor del asesinato de Úrsula, no valdría en un juicio. Es una prueba que lleva años aparcada y podría haberlo tocado cualquiera, ya lo sabes. Sería una prueba alterada. —Raquel le aclaró que no valía cualquier locura para un juicio. Triana ya lo sabía, pero no le importaba cuando sabía que habían utilizado pruebas falsas en el juicio anterior.

—Entiendo lo que dices, pero ni siquiera se tomaron pruebas de huellas en el coche, podrían haber encontrado otras que no fueran de Tirso —matizó Triana, convencida de sus palabras.

—Por eso mismo, ahora es tarde para apoyarse en esas pruebas que la científica tuvo que sacar en su momento. Además, ni siquiera creo que esté el expediente entero. Me explico: Quiero decir que a lo mejor lo hicieron, pero no están las copias, ¿me sigues? —Raquel terminó de hablar con los ojos bien abiertos.

—No mucho, pero creo que tienes razón. No les interesaba porque ya tenían a quién iban a inculpar, a Tirso. —Se tocó la cabeza con ambas manos. El dolor persistía.

Raquel se levantó y cogió el maletín. Comenzó a andar y Triana la siguió para acompañarla hasta la entrada de la casa.

—Es tarde. Deberías tomarte el día para leerlo tranquilamente. A lo mejor, si lo miras con un poco de perspectiva, encuentras otro hilo del que tirar —la animó a continuar con la investigación.

—Solo tengo un mes. Es muy poco tiempo, y con la migraña estoy retrasando la investigación —se quejó Triana a la vez que daba un largo suspiro de agotamiento mental.

—Llámame si necesitáis algo más. Hablad con un juez, puede que os ayude. Te lo digo porque las pruebas objetivas son casi nulas, porque no se hicieron bien las cosas, solo tenéis una oportunidad y es que encontréis indicios razonables…

—Ya, ya, muchos indicios crean una duda razonable para reabrir el caso —añadió Triana sin ánimo y derrotada.

—Han pasado varios años, así que no creo que los que estuvieran involucrados ahora quieran testificar. Si no lo hicieron en su momento, menos ahora, después de haber cobrado cantidades de dinero que los hacen culpables por otros delitos. Ya no se trata solo de un testimonio falso —explicó Raquel cambiando el maletín de mano.

—Bueno, al menos lo voy a intentar. Nerea fue la única testigo. Entonces era una chica, pero ahora es una mujer adulta, si hablamos con ella, puede… —Se calló, consciente de las escasas posibilidades que tenía, pero sin darse por vencida—. Tengo que intentarlo.

—Me voy, espero que tengáis suerte. —Se acercó a Triana para darle un breve abrazo e insuflarle ánimos para continuar, a pesar de tener todo en contra. Abrió la puerta—. Por cierto, Nerea era la mejor amiga de Úrsula. Puede que, si vas por el lado sentimental, te dé alguna pista o diga la verdad —dijo Raquel como último recurso para conseguir que cambiara de testimonio. Finalmente cerró la puerta.

Triana decidió que, si revisaba el expediente, podría encontrar algún detalle que hiciera cambiar el rumbo a la investigación, y daría con lo que necesitaba para hacer justicia a Tirso. No se merecía lo que le había pasado con el trágico final que le llevó a suicidarse.

A los pocos minutos, sonó el timbre de la puerta. Triana fue a abrir rápido. Pensó que sería Raquel otra vez.

«Se le habrá olvidado algo».

La cara sonriente de Lucas esperaba al otro lado de la puerta. Su cuñado estaba allí, y estaba claro que con una intención que no la beneficiaría. Ya había conseguido separarlas y que se fuera a vender la casa. Era el punto final entre las dos hermanas. Había decidido rendirse. Si Aura lo quería así, no quedaba mucho más sobre lo que discutir. Esperaba que al menos fuera feliz con el estúpido de Lucas.

—¿A qué has venido? —preguntó con un tono rudo y lleno de rencor.

—A ver en qué condiciones tienes la casa que vamos a vender. —Lucas sonrió, dejando entrever una gran malicia que muchas personas no eran capaces de ver tras su fachada de hombre correcto y educado.

—Tú no pintas nada aquí —respondió Triana alzando la voz.

—Venga, no digas tonterías, pinto más que tú. Cuando firmemos la venta, solo serás un recuerdo. —Le tocó la barbilla despacio. Triana se apartó.

—¡Vete! —Le quitó la mano de un golpe.

—No pienso irme hasta que vea que tienes todo en orden. Quiero vender esta casa lo antes posible. Ni siquiera deberías estar aquí —le recriminó con un gesto de superioridad.

—Me da igual lo que digas. No te lo voy a repetir —amenazó, enfadada.

Lucas la agarró del cuello y la arrastró hacia atrás hasta que su espalda chocó con la pared.

—Quítate de mi camino o te haré más daño —amenazó Lucas, apretando los dientes.

—Quítate tú del mío o te arruino la vida, ¿me oyes? —Intentó quitárselo de encima. La había agarrado del cuello y presionaba sin dejar de reírse.

—No me extraña que estés sola, no mereces la pena. Ningún hombre querría estar con una mujer tan amargada como tú. —Sonrió.

Triana intentó escapar y le dio una patada en la espinilla. Lucas, en un acto reflejo, la soltó y la miró con las pupilas dilatadas llenas de odio.

—Ahora sí que las vas a pagar. No vas a volver a ver a tu hermana. —Abrió la puerta y se marchó dando un gran portazo.

Triana cerró la puerta con llave y comenzó a llorar. El llanto era de dolor e impotencia por no saber qué estaba ocurriendo. Lucas tenía a su hermana como en una cárcel y solo hacía y decía lo que le ordenaba. No tenía ni idea de cómo hablar con ella. Era prácticamente imposible. Solo conseguía localizarla si él la dejaba. Incluso era él mismo quien solía contestar a su móvil. Estaba realmente desesperada y aterrada por lo que ocurría en la vida de su hermana, la cual estaba recluida y no quería hablar con ella.

Intentó serenarse al sentarse en el sofá y secarse con la manga de la camiseta las lágrimas que caían sin control sobre sus mejillas. Lucas aprovechó el momento de la muerte de sus padres, en el que ambas se encontraban desamparadas. Ejercía un control sobre Aura que se proyectaba hasta Triana. Respiró profundamente. El aire se había vuelto tan denso y gélido que le costaba llenar los pulmones. Poco a poco se fue tranquilizando hasta que volvió a respirar con normalidad.

Fue a la habitación para coger una maleta y llenarla con la ropa y el neceser del baño. Había tomado una decisión esa misma noche. Iba a vender la casa con los recuerdos de su infancia, pero iba a sacar a su hermana de las garras de ese psicópata. Le daba igual el precio que tuviera que pagar, si era necesario la sacaría sin su consentimiento. Le estaba comiendo la cabeza y no iba a permitirlo más. Durante un tiempo, Lucas había conseguido acobardarla y hacerla pequeña, pero el incidente de aquel día era el último que tendría lugar. No habría ninguno más.

20

Triana estaba desolada, dando vueltas por la casa y recordando la infancia que sus padres le habían dado. No podía olvidar lo que había pasado y cómo Aura no hacía nada. Tenía que estar ocurriendo algo en su cabeza para dejar a Lucas hacer y deshacer a su antojo. Ella parecía no existir.

El móvil comenzó a sonar y vibrar al mismo tiempo. Miró el reloj cuando escuchó el primer tono. Era tarde. Corrió al pasillo para coger la llamada. Esperaba que fuera su hermana pidiéndole perdón. Deseaba que aquella historia tuviera final feliz, pero en el fondo, sabía que no sería así.

—¿Ventura? —dijo en voz alta antes de descolgar.

Era bastante tarde para llamar a alguien. Se puso en lo peor automáticamente

—¿Sí? —preguntó con extrañeza.

—Hola, Triana, tienes que venir al bar —dijo consternado por molestarla—. No sabía a quién llamar y, bueno, al final…, tú eres policía y sabrás solucionar el tema.

—No te entiendo, Ventura, desembucha. ¿Está bien Antón? —preguntó, nerviosa.

—Se podría decir que él sí está bien, pero Aparicio no está tan bien. —Bajó el tono de voz con preocupación.

—¿Qué es lo que me quieres decir? —se interesó con desesperación en la voz.

—Se han peleado. —Carraspeó—. Cuando me di cuenta de que se estaban dando de ostias fui a separarlos, pero, joder, Antón cabreado tiene una fuerza sobre humana —explicó.

—De acuerdo, voy para allá. Salgo de casa ahora mismo. —Cogió el bolso y las llaves que tenía en la entrada.

—Vale. ¿Tengo que llamar a la policía?

—Habla con Aparicio y convéncele para que no le denuncie, por favor. Si no lo consigues, retenle hasta que yo llegue.

—Está bien. Lo voy a intentar, pero no te prometo nada. La cosa está caldeada. Tengo al camarero calmando a Antón, pero no deja de insultarle. —La desesperación de Ventura sobrepasaba el teléfono.

—¿Está borracho? —preguntó Triana, que ya había llegado a la calle.

—Llevo un rato dándole agua con tónica, pero la respuesta es sí —explicó con angustia y culpabilidad—. Date prisa, Triana, no sé si tu inspector va a volver a la carga cuando Remedios aparezca por aquí para recoger a Aparicio —explicó con un ligero y leve susurro.

—Esperemos que no. Dile a Antón que voy de camino y más le vale portarse bien —dijo amenazante mientras apretaba la mandíbula por la situación infantil que se encontraría al llegar.

La idea de mudarse había pasado a un segundo plano. Ahora tenía que ir a comprobar qué había pasado con Antón.

Condujo su propio coche pensativa y con la música apagada. Antón se había llevado el coche que utilizaban de la policía. Sus planes habían sido trastocados en unos segundos. Solo escuchaba sus deducciones de cómo Antón podía haber terminado dándole bofetones al amante, ahora pareja, de su exmujer. Él decía que ya la había olvidado, pero que hablaba de ella porque habían compartido una vida entera y era difícil olvidarlo. Triana sabía que no era así. Nunca se esperó que Remedios se cansara de la situación que vivía con él. Probablemente ni siquiera ella lo sabía. Sin embargo, Aparicio se cruzó en su vida y ella se sentía sola y repudiada por su marido. Antón no le hacía ni caso desde hacía muchos años. La trataba como un mueble más en la casa y llevó completamente sola la crianza de sus hijos. Era una pena cómo se había cargado su matrimonio sin ayuda de nadie. Ahora ya no tenía solución, se había enamorado de

aquel hombre que la trataba como siempre quiso que Antón lo hiciera. Pero él nunca lo hizo. La rabia se apoderó de Antón al recordarlo y ver a Aparicio cruzando la puerta del bar lo hizo estallar.

Triana aparcó y se bajó del coche lo más rápido que las piernas le permitieron. Se alegró al no ver coches de policía. Eso significaba que la situación se había relajado gracias a la intervención de Ventura. Le sudaban las manos cuando abrió la puerta. Buscó a Antón con los ojos bien abiertos y desesperados. Al cruzar las miradas, Antón bajó la suya, avergonzado por lo que había ocurrido y que Ventura la hubiera llamado.

«Bueno, vamos a ver cómo abordamos la situación con este hombre y conseguimos que entienda que ya ha perdido la batalla; se dejó ganar».

Se sentó en la silla de la barra, al lado del inspector. Le pidió una copa a Nacho, que ya la conocía de alguna vez que había ido. Giró el cuello y vio a Ventura, quien movió la cabeza a modo de saludo mientras estaba en la parte más alejada, hablando con Aparicio.

Cuando Nacho le sirvió la copa, Antón todavía no había abierto la boca.

—¿Te ha llamado Ventura? —preguntó sin mirarla.

—Sí, no sabía qué hacer. Sabes que te quiere, pero le pones en una situación difícil si te peleas en el bar. Es el dueño, tú no eres quién para decidir quién viene y quién no —le regañó con dureza. Dio un sorbo a la bebida y sintió un escalofrío. Estaba demasiado cargada para su gusto.

—Lo sé. ¿Has venido para sermonearme? —El inspector no quería tener esa conversación, sabía lo que opinaba Triana y no quería volver a oírlo y tener que darle la razón por lo que había hecho hacía unos minutos.

—No, he venido para llevarte a casa porque soy tu amiga y compañera. Bueno, y además soy policía, como tú. No queremos

que la sangre llegue al río, ¿no?

—Es un flojo. No va a denunciarme, si es lo que te preocupa.

—Entre otras cosas, pero lo que más me preocupa es que vuelva a ocurrir. —Triana resaltó la idea de que fuera reincidente en un futuro cercano. Le preocupaba más que otra cosa en ese momento.

Antón tenía los brazos sobre la mesa y sujetaba la copa de agua con las dos manos. Giró el cuello, para mirar a Triana por primera vez desde que se había sentado a su lado.

—Es un desgraciado *rompematrimonios*, ¿qué quieres que haga?, ¿que lo deje pasar? —Su tono de voz era desgarrador.

Triana observó los ojos del inspector y cómo se habían tornado a rojo, reteniendo las lágrimas.

—Joder, Antón, lo siento mucho, de verdad. Siento de corazón que lo estés pasando mal, pero no tienes razón. Escúchame —Cogió aire para decir las palabras más duras que había dicho en su vida. Sabía que le iba a hacer daño, pero era necesario decírselo para que viera la realidad y no su versión unilateral y fuera de contexto—: Nadie te quitó a Remedios, tú la dejaste ir. ¿De verdad piensas que él tiene la culpa? La culpa es tuya y solo tuya. Si no hubiera sido Aparicio, habría sido otro. ¿Acaso no lo ves?

—Tú que sabrás de relaciones, sí estás sola —dijo con desprecio.

—¿Y? ¿Por eso no sé lo que está mal? —Le quitó hierro a las palabras llenas de inquina que le había dicho.

—Exacto. —Antón asintió con un movimiento de cejas.

—La pifiaste, inspector. Pero bien de bien. Tanto con ella como con tus hijos. Cualquier hombre que le hubiera prestado atención era perfecto para ella. Tú dejaste de hacerle caso. ¡Joder, Antón! Te ibas por la mañana y volvías de madrugada. ¿En serio te crees que eras un buen marido? Eras una mierda de marido. Seguro

que ella te hubiera dejado igual, pero el apoyo de Aparicio le dio más fuerzas para salir del infierno que vivía contigo —continuó haciéndole ver la realidad—. ¡Venga, hombre, no me creo que no lo supieras!

—Claro que lo sabía, pero pensé que si no le hacía caso se le pasaría. Cada vez que iba a casa era para discutir —se excusó.

—¿De verdad? Si la ignorabas, ¿qué te esperabas que pasara? Si una mujer quiere hablar contigo es porque no está bien, no es feliz, no está a gusto… —Se echó las manos a la cabeza, escéptica.

—Ya, bueno, puede que tengas razón. Pero eso ya es agua pasada. —Antón quería terminar la conversación lo antes posible. La necesidad de meterse en la cama se estaba volviendo vital con cada sonido que Triana emitía al hablar.

—Sí, pero tus hijos no lo son. Ellos siempre van a estar ahí. —Le dio una palmada en la espalda.

—Siento que Ventura te haya llamado —se disculpó, frotándose los ojos.

—Yo no lo siento. Nadie mejor que yo para que entres en razón —dijo Triana con una sonrisa en el rostro para quitarle importancia a la llamada de Ventura y a lo que había ocurrido.

Triana mantuvo el silencio durante unos segundos. El inspector la miró y negó con la cabeza.

—No tienes razón, me engañaron los dos —soltó Antón, volviendo a la carga con el mismo tema.

—No vuelvas a lo mismo —contestó desesperada—. Hacía mucho tiempo que tú no estabas con ella. No erais marido y mujer, solo compañeros de piso. —Se calló un par de segundos para coger aire—. Lo sabes. Te fastidia porque pensabas que era una propiedad, pero nunca lo ha sido. —Sonrió apenada—. Mi padre

siempre decía que la gente va donde ve cariño, y es la verdad —matizó.

—Tu padre era un sabio —confirmó él, estirando la comisura de los labios levemente.

—Pues mi padre en este momento te diría que le debes una disculpa. Él ha hecho cosas malas, igual que ella, primero debía haberlo dejado contigo, pero la realidad es que ya llevabais años separados.

Antón suspiró y se levantó de la silla para ir a hablar como una persona civilizada con Aparicio.

Remedios entró al bar con la cara desencajada cuando se cruzó con el inspector de frente.

—¿Tú? —Remedios estaba furiosa.

Fue lo único que dijo cuándo empezó a darle golpes con la mano. Antón la cogió por ambos brazos y la miró con remordimientos.

—Lo siento. —El inspector agachó la cabeza, avergonzado por lo que había ocurrido.

—¿Qué has dicho? —El rostro de Remedios se terció en incredulidad ante las palabras del inspector.

—Qué lo siento mucho —repitió alzando la voz—. Quiero que me perdones por todo lo que he hecho y por no haberte dado el sitio que te merecías durante tantos años. Le he culpado por lo que ha pasado, pero me he dado cuenta de que el único culpable soy yo. ¿Me podrás perdonar algún día?

Remedios había ido abriendo la boca poco a poco con cada una de sus palabras.

—Antón, te perdono, pero deberías hablar con él. —Señaló a Aparicio, que todavía tenía un paño con hielo en el ojo—. No se

merece lo que le has hecho. Hacía años que no estábamos juntos, él me dio la atención, el tiempo que tú no querías darme.

El inspector asintió y se dirigió al banco acolchado en el que estaba sentado con Ventura que, al verlo andar hacia ellos, sintió que se le tensaban los músculos.

—Por favor, Antón —suplicó Ventura sin estar seguro de las intenciones con las que se acercaba.

—Tranquilo, no quiero más peleas. Solo quiero pedirte perdón. Bueno, pediros perdón a los dos. Lo siento —concluyó el inspector, cabizbajo.

Se dio la vuelta y comenzó a andar hacia la puerta. Triana siguió los pasos de su compañero a toda prisa. No quería que llegara al coche y condujera. Remedios estaba aún en la puerta.

—Diles a los niños que lo siento —se disculpó antes de salir —. ¿Les puedes decir que me llamen? Quiero hacer bien las cosas. Aunque no estemos juntos, siempre vamos a ser una familia, queramos o no.

—Por supuesto que se lo diré —contestó con un asentimiento —. Gracias.

—No creo que me las merezca —fueron sus últimas palabras antes de abandonar el local.

Al salir se percató de lo que habían provocado sus acciones impulsivas. A partir de ese momento, pensaría las cosas antes de hacerlas. Su vida se le había ido de las manos y ahora había perdido lo que durante años había construido. Remedios le había dado lo que sería la última oportunidad de arreglarlo, de empezar de cero. Quería tener una buena relación con sus hijos. Esperaba que le perdonaran la falta de preocupación y la nula presencia en sus vidas.

—¿Te llevo a casa? —preguntó Triana al cogerle por el brazo.

—Sería un detalle. —Le dio las llaves.

—No, vamos en el mío. Monta, que te llevo. No te tenías que haber traído el coche de paisano. Pero, bueno, creo que es lo último que necesitas que te digan ahora mismo.

—La verdad es que sí. Solo quiero que mis hijos me perdonen. En cuanto a lo del coche, sí, tienes razón. Pero me da igual, solo es un coche. —Suspiró tan profundamente que Triana escuchó cómo le entraba el aire por las fosas nasales.

—Claro que te van a perdonar. Para un hijo lo más importante son sus padres. Además, la vida no viene con manual de instrucciones, ¿no?

—Ya, bueno, no es excusa… —Antón estaba avergonzado por su comportamiento.

—Claro que no lo es, pero al menos lo estás intentando. Eso es buena señal. —Le rozó el antebrazo para animarlo—. Nadie es perfecto, y el ser humano, por desgracia, aprende a base de prueba y error. Así que, como ya te has equivocado, solo te queda aprender. —Le guiñó el ojo.

—Bonito punto de vista. —Sonrió Antón con cierto alivio.

21

Felipe se levantó temprano. Había descansado pocas horas y de manera intermitente. Se había convertido en una costumbre nocturna. Desde que le llamaron de madrugada para decirle que Tirso se había suicidado, nunca más volvió a dormir profundamente. Nunca le encontró una explicación a que tomara esa decisión. Al principio pensó que le habían asesinado, pero al final se convenció de que estaba cansado de luchar. No querría seguir adelante con una vida que le habían truncado y en la que estaría señalado por aquel suceso a pesar de que se demostrara su inocencia.

El sol entraba por la ventana cuando Felipe se encontraba delante del armario eligiendo ropa. Tenía tantas dudas que le costaba pensar con claridad. Había puesto ciertas esperanzas en que el periodista consiguiera hacerse con la investigación que hizo su padre. Esperaba que tuviera información que no hubiera podido publicar por falta de confirmación. En ocasiones, tienes la verdad delante de las narices, pero si no se puede demostrar, se convierte en conjeturas. Carmen seguiría durmiendo con ellos hasta que pasaran algunos días y se sintiera segura en su casa. No le importaba en absoluto, ya que era una amiga desde hacía años y la realidad es que casi siempre estaba allí. Así que la única diferencia es que ahora dormiría allí. Felipe se sentía más tranquilo si la tenía cerca. La quería como a una madre y se preocupaba por ella. Antes de salir y cerrar la puerta, echó un último vistazo y comprobó que estaba dormida en el sofá cama.

Llegó a casa de Candela sin haber parado a desayunar. Edurne le abrió la puerta con una sonrisa.

—Pasa, Candela está preparando el desayuno —saludó Edurne.

—Hola, chicas. Tengo buenas noticias. —Cerró la puerta tras de sí.

—¿Cuáles? —preguntó Candela, que sujetaba una bandeja con café y vasos.

—Bueno, he conseguido que el periodista del barrio nos ayude. —Entró en el salón, seguido por Candela, que le había cedido el paso.

—¿A qué? —preguntó Edurne, que se sentó la primera.

—Su padre estaba en ese momento en el periódico y va a buscar la información que recopiló en aquella época para limpiar la memoria de Tirso —dijo feliz, colocando uno de los brazos en la parte superior del sofá y cruzando una de las piernas.

—Creo que es mejor que lo dejes, Felipe —dijo Candela con pena al dejar la bandeja con cuidado.

—¿Cómo dices eso? Tú siempre has querido que se hiciera justicia por cargarle el asesinato a tu hermano. —Felipe arrugó el entrecejo con sorpresa al escuchar sus palabras.

—Lo sé, pero la gente empezará a hablar incesantemente del tema y tendría que pasar otra vez por lo mismo. No creo que pueda volver a soportarlo. Las miradas de desprecio… —Dudó—. No, no puedo, lo siento. Nosotros sabemos que no fue él —zanjó contundente a la vez que negaba con la cabeza.

—Me parece bien, y te entiendo, pero yo no lo puedo dejar pasar. Lo siento. No es solo tu decisión. —La voz de Felipe era fría e inamovible cuando levantó los hombros.

—Yo tampoco lo puedo dejar pasar —intervino Edurne, que había estado escuchando la conversación—. Sabes de sobra que han matado a los dos por el mismo motivo y, ¿ahora qué hacemos?, ¿nos cruzamos de brazos? De eso nada. Tenemos que hacer algo. Esta vez no podrán callarnos. Ya no somos unos chavales con miedo. —Sus ojos se habían enrojecido a medida que hablaba y recordaba a Emiliano.

—Creo que ahora, con el asesinato de Emiliano, la gente empezará a recordarlo, y sí movemos los trapos sucios de la familia, ya sabéis qué pasará. Es mejor dejarlo así —explicó Candela, con temor en la voz.

Echó café en los vasos y se levantó sin mediar palabra para ir a la cocina.

—¿Qué le pasa a esta ahora? Pensé que quería hacerlo —susurró Felipe a Edurne para que no le escuchara.

—Siempre había querido, pero supongo que con el revuelo que se ha montado… A ver, Felipe, soy una de las sospechosas, ahora mismo tocar el tema de Tirso me puede perjudicar. Quiero hacerlo, de verdad que sí, quiero que se sepa la verdad, pero creo que es prudente esperar un poco. A ver qué descubre la policía. Es mejor esperar —repitió con dudas—. ¿No crees? —Se interesó por saber su opinión sin dejar de mover una de las piernas, nerviosa.

—No podemos dejar de hacerlo por miedo. —Comenzó a rascarse la cabeza para tranquilizarse por el cambio de opiniones—. Voy a continuar, con o sin vuestra ayuda.

—Mira, Felipe, estoy segura de que, si hubiera llegado unos minutos antes, yo también estaría muerta —justificó Edurne el miedo que sentía y que le robaba la fuerza para continuar.

—¿Quién crees que ha sido? —preguntó Felipe, extrañado por la afirmación.

—No lo sé, de verdad, pero esa familia tiene muchos enemigos, y si han matado a Emiliano, que era parte de ella, ¿qué no me hubieran hecho a mí si me hubieran encontrado por error? Creo que cualquiera que los conozca los querría muertos.

—¿Estáis hablando de Emiliano? —preguntó Candela entrando de nuevo al salón.

—Sí, eso es —respondió Edurne.

—Ya encontrarán al asesino y podremos descansar tranquilos. —Candela colocó en la mesa un surtido de bollería para acompañar al café.

—Puede que le echen la culpa a otro —resolvió Edurne, sarcástica.

—Deberías tener cuidado. Estoy ayudando a la policía, y saben que estuvimos cerca de las instalaciones antes de que muriera —le explicó Felipe.

—¿Le has dicho la verdad? —Edurne se giró para mirar a los ojos a Felipe. Tragó saliva.

—No del todo. Le he dicho que éramos novios en nuestra juventud —explicó Felipe.

—Pero ¿por qué les has dicho eso? Ahora voy a parecer más culpable cuando se enteren de que no es verdad —se quejó enfadada—. Se enterarán tarde o temprano, esto es un barrio y al final todo se sabe.

Se levantó enfadada y comenzó a dar vueltas por el salón.

—Sí, claro, todo se sabe menos la verdad —contestó Felipe condescendiente.

—No tenías que haber hecho eso —le regañó Candela.

—Ya, pero ¿qué les podía decir para explicar qué hacía allí sin que sospecharan? —Felipe se echó más café y cogió un bollo con nerviosismo.

—La verdad, que nosotros éramos novios, y Edurne la novia de Tirso —explicó Candela con la taza en la mano.

—Ya, pero entonces parecerías culpable, Candela —se excusó Felipe, dudando de su decisión de mentir a la policía.

—¿Cómo voy a parecer yo culpable? Ni siquiera estaba allí cuando le asesinaron. Si piden los movimientos de mi móvil lo podrán comprobar. —Candela hizo un ademán con la mano para que

Edurne se tranquilizara—. Creo que es mejor que vayamos a hablar con ellos y se lo expliquemos.

—No, de eso nada. No pienso ir a hablar con la policía, para ellos soy sospechosa desde el principio. Así que no. Si lo descubren, diremos la verdad. Es lo mejor. Si decimos ahora que Felipe mintió, pondrán en duda nuestra palabra —aclaró Edurne sin dejar de mover las manos.

—Está bien. Creo que, si el periodista nos consigue la información adecuada, no hará falta explicar ese pequeño detalle. Lo siento, me puse nervioso y no sabía qué decir. —Felipe no entendía tanto revuelo por un detalle tan irrisorio para él.

—Ya, pero, aun así, las cosas se piensan —le recriminó Candela.

—No te preocupes, Edurne, ellos saben que tú no has sido. Se lo he dicho mil veces. Lo único que tenemos que hacer es darle al asesino de Úrsula y, a partir de ahí, veréis cómo todo empieza a encajar con el asesinato de Emiliano. Hacedme caso, por favor. —Felipe dejó el vaso vacío en la mesa.

—De momento nos mantendremos en silencio, yo lo haré por mi hermano Tirso, y Edurne por Emiliano. A nadie le interesa más que a nosotras que esto se aclare. Pero tienes que arreglarlo. —Candela le miraba sin parpadear, con los ojos bien abiertos y con un tono de voz sereno, pero aguantando las lágrimas al recordar a su hermano—. Puede que nos precipitáramos al pedir ayuda a Emiliano sin evaluar las consecuencias.

—Tranquilas, ahora estoy aquí y voy a descubrir la verdad. La policía confía en mí y tenemos que aprovecharlo. Para que estos asesinatos se resuelvan tenéis que hacerme caso, ¿vale? —Se levantó y acarició el brazo a Edurne, que se estaba secando las lágrimas—. Quien asesinó a Emiliano por querer ayudarnos lo va a pagar —sentenció Felipe.

Candela había sido la novia de Felipe durante varios años cuando eran jóvenes. Tras su sentencia de cárcel, Felipe le pidió que hiciera su vida, pero al poco tiempo y con el suicidio de Tirso cayó en una depresión que aún no había superado.

Antes de despedirse de las chicas, cogió una napolitana de chocolate que Candela había puesto en la mesa. Los tres estaban preocupados, no solo por recordar el pasado, sino por el nuevo asesinato. Felipe las quería y haría cualquier cosa por ellas. Ese era el motivo por el que habían decidido pedir ayuda a Emiliano a través de Edurne, y él accedió a ayudarlos.

Felipe se montó en el coche después de comerse la napolitana en dos bocados. Se limpió la grasa de la mantequilla en el pantalón y encendió el motor. Miró el reloj para comprobar que iba bien de tiempo. Pablo tendría que darle una buena noticia.

22

Entró en el local donde había conocido por primera vez a Pablo. Encontró aparcamiento en la puerta y tuvo la sensación de que era una señal de que tendría una buena noticia.

El periodista le vio entrar y dibujó una sonrisa.

—He cumplido con creces mi trabajo. Espero que tú también lo hagas. —Se echó el pelo hacia atrás.

—Sabes que haría lo que sea con tal de descubrir la verdad.

—Sígueme. Tengo detrás un pequeño despacho. —Desapareció de la vista y Felipe le siguió.

—¡Madre mía! Esto es una auténtica pocilga. Cuando tengas tiempo deberías ordenarlo un poco —observó Felipe nada más entrar.

—Lo sé. Verás, es que mi padre lo dejó así antes de morir y me da pena ordenarlo. En el fondo soy un sentimental. —Le guiñó el ojo.

—En ese caso, espero que no entre mucha gente —dijo Felipe mirando a ambos lados y pasando el dedo por uno de los archivadores repleto de polvo.

—Vamos, siéntate. —Pablo sacó una carpeta de color marrón de uno de los cajones de la mesa—. Ábrelo.

—¿Quiénes son estos? —preguntó Felipe extrañado.

—¿En serio no lo sabes? —Meneó la cabeza, incrédulo—. Has tenido suerte de dar conmigo y mi predisposición. Este es el padre de Úrsula, y aquí están Reyes y Emiliano —Señaló en la foto a cada uno—. Mi padre hizo una investigación, pero supongo que esa desgraciada de Reyes le amenazó para que no lo publicara. —Pablo apretó los puños al imaginarse lo mal que lo tuvo que pasar por la culpa de esa familia.

—Vale, pero ¿esto qué quiere decir? —Felipe estaba intrigado por saber a dónde quería llegar el periodista.

—Se conocían de antes —aseguró Pablo contundente—. Esta foto es de una fiesta que dieron en la empresa meses antes del asesinato.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó, volviendo a mirar la fotografía con las caras sonrientes de los tres.

—Ay, de verdad..., dale la vuelta —ordenó Pablo, poniendo los ojos en blanco.

—*Fiesta de los programas experimentales* —leyó en voz alta.

—Creo que Úrsula estaba en el programa experimental. —El periodista alzó la voz harto de la lentitud de Felipe al unir las pistas.

—Puede ser, pero esto no prueba nada. —Felipe entrecerró los ojos en señal de incomprensión ante su actitud.

—Si quieres una foto del asesino atropellando a la chica, no la vamos a encontrar —dijo sentándose en uno de los montones de papeles—. Tenemos que echarle un poco de imaginación a lo que vayamos encontrando. Lo que nos quiere decir esta foto es que ya se conocían de antes. Ahora bien, necesito que hagas memoria y pienses si Tirso tenía alguna enfermedad rara. —Le miraba fijamente, esperando una afirmación para que su teoría cuadrara con la fotografía encontrada.

—No. Lo siento, no la tenía. —Felipe negó con la cabeza.

—Vaya, eso nos deja solo una opción —lamentó Pablo.

—¿Qué opción? —preguntó con desconfianza en la mirada.

—Bueno, pues descartada la idea de que hubiera un nexo entre Úrsula y Tirso. Había pensado que a lo mejor los dos compartían enfermedad, ya que esta foto es de la fiesta de programas experimentales en los que Úrsula participaba. —Pablo se

levantó y cogió un papel que tenía sobre un montón de periódicos antiguos para dárselo a Felipe.

—¿Qué es esto? —preguntó entrecerrando los ojos sin comprender la lógica del pensamiento del periodista.

—Con la foto demostramos que se conocían de antes, y con este papel tenemos que demostrar que la mataron al experimentar la medicación con ella y luego le cargaron la culpa a Tirso —dijo Pablo, atusándose el pelo, sonriente—. Mi padre guardó este prospecto. He mirado en internet y es de una medicación que no llegó a salir al mercado. ¿Me sigues?

—Creo que sí, pero eso es solo una suposición, y muy rebuscada. ¿Me quieres decir que la mataron con la medicación y luego simularon un atropello en el que culparon a Tirso? —Felipe balbuceaba con los brazos en alto y sin dar crédito a la telenovela que Pablo se había montado.

—¡Es lo que pasó! Tienes que confiar en mí. —Pablo se puso delante de él para mirarle a los ojos.

—¿Me has dicho toda la verdad? —Felipe comenzó a desconfiar al momento.

—Sí, lo único que no te he contado es que ya había oído a gente hablar de unos experimentos que se hicieron hace años, cuando el padre de Reyes vivía, pero no se encargaba de la empresa por temas de salud. Mucha gente murió por los tratamientos cuando ella tomó el control total de la empresa —explicó Pablo con voz pausada.

—¿Experimentaban con personas? —Felipe sintió que le daba vueltas la cabeza.

—Eso es. Mi padre era periodista de investigación y consiguió hablar con familiares de las víctimas, pero tenían miedo y no hicieron nada. —Se levantó para colocar los periódicos y volver a sentarse sobre ellos.

—Vamos, que estamos igual que al principio, ¿no? —Resopló con impotencia por los escasos resultados.

—Se podría decir que sí, porque no tenemos pruebas, pero sé que mi padre lo investigó. Sin embargo, no he encontrado nada que guardara sobre los testimonios ni del caso. Lo único, el prospecto de la medicación experimental. Creo que le amenazaron y destruyó lo que tenía para no correr el riesgo de terminar igual que la chica —susurró al suponer lo que tuvo que ocurrir en el pasado para que su padre destruyera pruebas de una investigación.

Felipe se levantó, pensativo, y cruzó los brazos sin dejar de darle vueltas a la declaración de Pablo. No estaba seguro de que dijera la verdad, pero no había muchas más personas dispuestas a ayudarle. Así que decidió que debía continuar, aunque terminara muerto. Daba igual, no iba a parar hasta saber la verdad.

—Supongamos que tienes razón. —Esperó a que Pablo asintiera para poder continuar—. Hay un problema aún mayor.

—¿Cuál?

—La mejor amiga de Úrsula declaró que vio cómo Tirso la atropellaba en sucesivas ocasiones y, a pesar de que es mentira, porque yo estuve con él esa noche, el juez la creyó —relató Felipe con tristeza y una voz entrecortada al sentarse en una silla deteriorada.

Pablo se quedó en silencio. No había una explicación plausible de por qué un juez creyó a la chica cuando había otro que decía lo contrario. Solo necesitó unos minutos para buscar una explicación lógica al suceso.

—Fuiste un delincuente, motivo por el cual tu palabra no valía nada, igual que la de Tirso. Para el juez era obvio que el asesino era un delincuente. Ya tenías la fama, y es complicado quitarse un estigma de un día para otro. —Pablo explicó la deducción del juez con dureza, pero era la verdad. La sentencia ya era firme antes del juicio.

—Lo sé, por eso tienes que revocar las pruebas y conseguir que reabran la investigación —suplicó Felipe.

—Solo queda un mes —recordó Pablo con impotencia.

Pablo comenzó a rascarse la barbilla, pensativo.

—No se me ocurre nada, la verdad, pero te invito a tomar un café. Quizá con algo en el estómago podamos pensar mejor. —Se levantó y comenzó a andar.

—Está bien. Ya he desayunado, pero bueno, un café siempre viene bien. —Suspiró con pocas esperanzas de que el esfuerzo que estaba haciendo valiera para algo.

Felipe se frotó las manos al salir del local. Hacía frío a pesar de que ya había salido el sol. La mayoría de los locales ya estaban abiertos y las calles inundadas de viandantes con vidas ocupadas. Sintió melancolía al observar cómo la gente hacía una vida normal. Él había estado privado de libertad durante sus mejores años de juventud, por lo que nunca sabría lo que era tener una vida plenamente feliz. Le dolía haber estado en la cárcel y haber tirado varios de los años de su vida a la basura y, sobre todo, los más importantes. Pablo se ajustó la bufanda al cuello al adelantarse unos pasos.

—Es ahí. —Señaló una cafetería de la acera de enfrente.

Cruzaron de un lado a otro sin utilizar el paso de cebra. En la puerta había varias personas fumando con los vasos del café en las mesas con forma de barril de cerveza de fuera. La cristalera les advertía de la cantidad de gente que visitaba el bar. Muchas de ellas pedían el café para llevar en vaso de plástico para salir corriendo e ir a trabajar. Ya habían pasado las diez de la mañana. Felipe tenía la sensación de que llevaba más horas despierto de las que en realidad eran. Esperaba que el café le despejara y espabilara para continuar el día con la máxima atención posible. No quería dejar pasar la oportunidad de ir a hablar con los agentes sobre la nueva información. Puede que ellos pudieran conseguir datos sobre la

salud de Úrsula, lo que adelantaría la investigación y la posibilidad de reabrir el caso.

—Siéntate, voy a pedir a la barra —se ofreció Pablo.

—De acuerdo, quiero café con leche, por favor.

—Vale.

Pablo volvió con los dos cafés en las manos, sin los platillos.

—Lo siento, es que me tiembla el pulso. Tenía que decidir entre traerlos sin platillos o que se derramara todo el café. —El gesto del periodista cambió de repente de manera abrupta—. ¡Qué suerte hemos tenido! No te gires —susurró.

Felipe ignoró la advertencia y giró el cuello.

—Son Reyes y su hijo. —A Felipe se le tensaron los músculos al verlos.

—Sí, es Moisés. Estamos cerca del ayuntamiento. Ficha y se va, no trabaja muchas horas —dijo Pablo con resquemor—. Los veo desayunar algunos días en esta cafetería.

—¿Y el otro hijo?, ¿nunca sale de casa? —preguntó Felipe, que ya se había bebido el café de un sorbo.

—Es bastante raro, le tienen recluido en casa —murmuró inclinando el cuerpo hacia delante.

—¿No sale nunca? —Felipe repitió la pregunta para conseguir más información.

—Sí, pero muy poco, y cuando lo hace es con una chica que está interna en su casa. Bueno, en su mansión —explicó Pablo.

Felipe guardó silencio por unos segundos mientras pensaba en cómo hablar con el hermano que tenían apartado de la vida social.

—¿Crees que no podré hablar con él si voy a su casa? —dijo Felipe, barajando la idea de colarse.

—¿Estás de broma? Claro que no, y menos tú. ¿No estarás pensando en ir? —Pablo le miraba como si estuviera tomando decisiones sin sentido.

—Es una idea —se excusó Felipe.

—Escúchame, deja que la policía haga su trabajo y no te metas si no quieres terminar otra vez en la cárcel. —Resopló—. Tienes antecedentes, que no se te olvide. Deberías andarte con más ojo. Esta gente hace lo que le da la gana, y encima Moisés hace y deshace lo que quiere en el ayuntamiento —le advirtió duramente para que pensara en las consecuencias de sus actos.

—¿No tiene a nadie que supervise su trabajo? —bufó Felipe visiblemente molesto.

—Ni él ni ningún funcionario. —Pablo se encogió de hombros, incrédulo por la pregunta.

—Bueno, eso es mucho generalizar, ¿no?

—Puede, aunque en este caso, ya te digo que no tiene a nadie —terminó de contestar Pablo, moviendo el café sin mucho interés.

Felipe asintió. Puso los codos en la mesa y volvió a mirar hacia atrás de la manera más disimulada posible. La cafetería se iba vaciando de los clientes que se llevaban el café en vasos de plástico, lo que permitía a Felipe ver a Reyes y a Moisés con un solo vistazo. Cruzaron las miradas. Hacía años que no se veían cara a cara, pero se reconocieron enseguida. La mirada amenazante de Felipe les hizo despertar del letargo de soberanía que se habían adjudicado.

—Sé que parece una locura, pero creo que Roque, el otro hermano, hablará con nosotros antes que con la policía —argumentó Felipe, seguro de sus palabras.

—¿Y qué piensas hacer, colarte en su casa? —Sonrió Pablo meneando la cabeza, escéptico por las locuras que se le ocurrían a Felipe para resolver aquel turbio asunto.

—No, pero podemos hacerle un seguimiento. Me refiero a cuáles son sus pasos a lo largo del día y, cuando sea el momento oportuno, hablar con él. Tendrá una rutina, ¿no?

—Ni idea, pero visto así no parece una idea tan descabellada. —Pablo se terminó el café.

—Es que no lo es. —Sonrió con seguridad.

—Tendrá una enfermedad, por eso le tienen recluido en casa. Es lo único que tiene lógica —añadió Pablo convencido. Miró de soslayo a Reyes, que hacía lo mismo.

—¿Están mirando? —preguntó Felipe, a quien la sola presencia de Reyes le traía malos recuerdos.

—Sí, y creo que es mejor que no nos relacionen —advirtió Pablo.

—¿Por qué? —preguntó inocente—. Parece que hay que pedirle permiso a esa arpía para todo. No me extraña que se crea que es superior al resto. —Felipe se quejó, asqueado del dominio que Reyes tenía en las personas con su sola presencia.

—No es por eso. Si saben que te estoy ayudando, les pones en preaviso. Es más prudente que nos vayamos y parezca que somos amigos, no que estamos colaborando —susurró Pablo—. Si sospecha que estamos removiendo el pasado de los programas experimentales… —Se calló—. No sé de lo que es capaz, pero es mejor así.

—Tienes razón. —Felipe se convenció con la explicación de Pablo—. Son malas personas. Ten cuidado a partir de hoy. Ellos han asesinado a Emiliano, estoy seguro. Van a intentar que no publiques nada, como hicieron con tu padre.

—Ya publiqué la noticia. —Sonrió y le guiñó un ojo a Felipe con complicidad.

—¿Y no te dijeron nada? —Felipe se interesó, extrañado.

—No había nada inconveniente en el artículo. Era más de lo mismo que publicaron otros periódicos que estuvieron interesados. Es mejor que todavía no salte la liebre —argumentó en voz baja.

Se levantaron para salir de la cafetería y dejar atrás las miradas incómodas.

—¿Siguen mirando? —quiso saber Felipe.

—Sí. —Levantó la mano para saludarles.

Reyes y Moisés les devolvieron el saludo con la mano y una sonrisa complaciente.

—¿Eso qué significa? —preguntó Pablo, impertérrito.

—Es una amenaza en toda regla. Estamos en su punto de mira. Y son de los que se deshacen de los obstáculos sin problemas —susurró a pesar de que ya habían salido de la cafetería.

—¿Vas a ir a ver al hermano? —preguntó sin dejar de andar de camino al local.

—No lo sé. Necesito los informes médicos de Úrsula, quizá la policía los pueda conseguir con los de Roque —recordó Felipe sin dejar de caminar. Se miró los pies durante unos segundos.

—¿Estás pensando que ha sido él? —Pablo levantó las cejas, escéptico.

—Puede ser. —Felipe se encogió de hombros, ya no estaba seguro de lo que creía.

—No, él no ha sido. A penas le dejan salir de casa —le trasmitió la imposibilidad. Era más fácil escapar de una cárcel que de aquella casa.

—Bueno, eso habrá que comprobarlo. Por muy recóndito, oscuro y profundo que sea el agujero, siempre hay una manera de salir.

—Lo más importante es saber la relación entre ambos casos y conseguir que Nerea diga la verdad —sugirió Pablo.

—Dar falso testimonio es delito. Jamás se va a desdecir en su declaración —matizó Felipe para disipar cualquier duda en insistir en hablar con Nerea. No merecía la pena perder el tiempo en algo imposible.

23

La situación estaba cambiando. Habían comenzado a descubrir detalles de ambos casos y, aparentemente, estaban relacionados. La vida personal de Triana le estaba afectando más de la cuenta. Le había llegado a hacer dudar acerca de sus aptitudes como policía y de su capacidad para poder llegar a descubrir quién había sido el asesino. Al principio pensaba que podía ser la misma persona, después cambió de opinión, y ahora ya no sabía que pensar.

Triana había quedado con Raquel y Antón cuando Felipe les llamó, nervioso, ante el nuevo descubrimiento de Pablo. Decidieron que lo mejor era quedar en un bar alejado de miradas indiscretas. Los agentes y la abogada llegaron los primeros. Se encontraban sentados, tomando café y hablando en ligeros murmullos cuando llegaron Felipe y Pablo. Tenían el rostro serio al cruzar el umbral de la puerta. Antón les saludó con un movimiento leve de cabeza. Reconoció a Pablo desde el primer momento. Conocía a su padre.

—¿Es ese el periodista? —preguntó Triana, acercándose al oído del inspector, quien asintió.

Felipe y Pablo pidieron en la barra y, acto seguido, se acercaron a la mesa donde los tres les estaban mirando fijamente. Pablo se sintió un poco incómodo y fuera de lugar. Comenzó a menearse el pelo hasta que se hicieron las presentaciones y se sentaron. Aquel gesto era el que solía hacer cuando se encontraba nervioso.

Después de saber quién era quién y con los cafés en la mesa, comenzaron a ponerse al día. Felipe les contó lo que habían descubierto a través de la fotografía.

—Aquí la tenéis. —Pablo sacó el móvil y les enseñó la foto. Tenía miedo de perderla y la había fotografiado antes de pasársela a Felipe. Pensó que era la mejor manera de ahorrarse disgustos posteriores.

—Después de hablar con Pelayo, os confirmo que no podemos contar con él. Tiene mucho miedo —dijo Antón mirando a Pablo—. ¿Tu padre no tenía nada más?, ¿solo una foto? —Se acomodó en la silla sin soltar el vaso de café que tenía en una de las manos.

—Lo siento, nada más.

—Creo que tenía miedo —intervino Triana.

—Claro que tenía miedo. Todos tienen miedo a esa familia. No sé quiénes os pensáis que son, pero el padre de Reyes era un desgraciado sin escrúpulos, y su hija es igual. —Hizo una pausa—. O incluso peor —aclaró Pablo.

—Un momento —interrumpió Raquel, a cuyas manos acababa de llegar el móvil con la foto—. ¡No es posible! ¡No puede ser!

—¿Qué pasa? —preguntó Felipe con los ojos bien abiertos.

—Sí, ¿qué te pasa? —repitió Antón con el ceño fruncido, mirando la reacción de la abogada.

—Este es el juez del caso de Tirso —dijo, colocando la foto para que todos la vieran y señaló a una persona que estaba por detrás.

—¿Estás segura? —quiso saber Pablo.

—Claro que estoy segura. Era un juez mediático, y cuando se jubiló le hicieron una fiesta en los juzgados. Por supuesto que es él. —Raquel le dio el móvil a Pablo como si le ardiera en las manos—. Esto no me gusta. No me gusta nada de nada —repitió una vez más, sintiendo el miedo en la nuca.

—¿Y qué es lo que nos quieres decir con eso? —preguntó Felipe al colocar las manos en la mesa, echándose hacia delante.

—Pues, básicamente, que estamos en terreno pantanoso. —Antón carraspeó con preocupación.

—Está muerto y no podemos hablar con él —dijo Triana, dándose por vencida. Dio un sorbo al café.

—Eso da igual. No pienses que, si estuviera vivo, nos iba a contar algo —dijo Pablo contundente—. Lo que hay que descubrir es por qué estaba en una fiesta de programas experimentales de la empresa, ¿no?

—Es lo suyo. Hay una relación entre esos malditos programas y los asesinatos —señaló Antón.

—Eso es más que obvio. ¿Qué hacemos?, ¿alguna idea? —Triana estaba más preocupada que intrigada.

—No, pero esto no me gusta —volvió a decir Raquel, que seguía con la misma frase en la cabeza.

Antón se bebió el café que le quedaba y comenzó a jugar con la cucharilla dentro del vaso. Con el hallazgo de la foto y la dichosa fiesta, estaba convencido de que había algo más que una simple mentira. La hipótesis de Felipe y Pablo acerca de los experimentos que harían con Úrsula cobraba cada vez más sentido. En un primer momento, le pareció una locura, pero cada vez encajaba más.

—Hay que conseguir los informes médicos de Úrsula. —Triana le dio un codazo a Antón, que estaba ensimismado en el juego con la cucharilla.

—Eso no va a ser tan fácil. Los informes médicos están muy protegidos, incluso para nosotros —explicó Antón.

—Es verdad, tendréis que demostrar por qué los queréis y presentar la firma de un juez—recalcó Raquel—, y si tenemos en cuenta que un juez tan famoso como Dámaso estaba metido en el ajo… —Se calló de repente.

—¿Qué? —Triana alzó la voz para que continuara.

—Los habrán destruido. Por ahí no vais a encontrar nada —contestó con pena al ser portadora de la realidad.

—Vale, pero algo tendremos que hacer, ¿no? —Felipe estaba furioso—. Haced lo que queráis, pero yo no me pienso quedar de brazos cruzados.

—Tranquilízate, nadie ha dicho eso. Lo que tú no entiendes es que, si este caso es tan hermético, nos estarán vigilando. A ti, por supuesto, te dará igual, pero nosotros somos agentes de la ley, ¿sabes? —respondió Triana con ojos llenos de ira.

—Pues con más razón tendréis que hacer algo. Vamos, digo yo. —Felipe movió la cabeza a ambos lados como símbolo de incredulidad.

—No me gustas y no me fio de ti —explotó Triana—. A este —le dio un codazo a Antón que escuchaba boquiabierto el estallido de su compañera sin intervenir—, puede que le engañes, porque es más bueno que listo, pero a mí no. Algo te traes entre manos y no cuentas la verdad. Solo vas a lo tuyo, el resto no te importa.

—Eso no es cierto. Yo solo quiero la verdad —replicó Felipe con los puños apretados y cada vez más enfadado.

Triana se levantó y apoyó las manos en la mesa.

—No, la verdad, no. A ti lo que te importa es *tu* verdad. ¿Estás seguro de que Tirso no estaba metido en nada de estos programas?

—¡Claro que no! —exclamó Felipe, que ya empezaba a dudar de que lo que sabía era cierto.

—¿Estás seguro al cien por cien? Porque todas las pistas nos llevan al mismo camino, a los programas experimentales —insistió Triana con más dureza.

—¿Y? —preguntó Felipe, altivo.

—Pues que, si todas las pistas nos llevan ahí, es porque la respuesta está ahí. ¿No te parece lo más lógico? Tirso tenía que saber algo de esos programas —explicó Triana con coherencia.

—Estás muy equivocada. Tirso no tenía nada que ver con esa familia. Le escogieron como cabeza de turco porque era un chico con mala reputación y por el que nadie preguntaría —replicó Felipe visiblemente molesto.

—¿Me quieres decir que también te podrían haber culpado a ti? —Triana quería saber la respuesta de aquella pregunta que le había comenzado a rondar la cabeza.

—Exacto. Ese día estábamos juntos, pero mi testimonio no valió nada, como no vale nada ahora. Mi palabra no tiene valor, porque soy un delincuente, ¿verdad, subinspectora? —zanjó con un desprecio absoluto.

Triana reaccionó. Se cuestionó a sí misma por la dureza de las palabras de Felipe.

—Está bien. Tú dirás, ¿qué hacemos? —Triana recapacitó y se cruzó de brazos.

El resto de la mesa eran meros observadores que no tenían ninguna intención de intervenir en aquella guerra de prejuicios.

—Voy a ir a hablar con Roque. Tenía una enfermedad respiratoria, no creo que sea casualidad —respondió Felipe para comenzar de nuevo con el plan que había estado cavilando desde que habló con Pablo.

—La familia no quiere que hablemos con él. Reyes nos lo dijo bien clarito —intervino Antón—. Pero eso no quiere decir que no lo vayamos a hacer. —Sonrió.

—No nos va a dejar solos con él, si tiene algo que ocultar se quedará presente en el interrogatorio con la excusa de que no está bien —elucubró Triana, que estaba convencida de lo que iba a ocurrir.

—Tienes razón, pero podemos distraerla mientras Felipe se cuela en la casa. —Antón bajó el tono de voz.

Pablo y Raquel se miraron sin entender qué es lo que querían hacer.

—Te debes de pensar que Reyes es tonta —dijo Triana.

—Claro que no, lo que creo es que no es omnipresente como Dios. Si estamos distrayéndola en un sitio, no podrá estar en casa protegiendo la información que tenga Roque y que no quiere bajo ningún concepto que sepamos, ¿no? —explicó el inspector.

—Bueno, venga. Total, tampoco tenemos nada que perder. De perdidos al río —dijo Triana, no muy convencida de ese plan improvisado.

—Vamos a hacer lo siguiente: Ahora, cada uno que siga haciendo lo que tenga que hacer. Nosotros llamaremos a Reyes, y cuando quedemos con ella, te avisamos para que te cueles en su casa, ¿vale? —propuso Antón.

—Está bien —respondió Felipe.

—Yo puedo seguir investigando —intervino Pablo—. Con un poco más de tiempo, puede que encuentre algo más entre las notas de mi padre.

—Dijiste que no había nada, solo los periódicos antiguos —le recriminó Felipe.

—Lo sé, pero después de lo que he oído, tengo dudas de que mi padre se dejara intimidar sin tener una prueba de lo que descubrió. No sé —dudó—. Conociendo a mi padre, dudo que destruyera las pruebas que tenía. Tendría miedo y dejó de investigar, pero no creo que no guardara nada por si le pasaba algo. Esto es una locura, y debería haber pruebas de lo que hicieron, del asesinato, y de lo que escondieron.

—Me parece bien —afirmó el inspector—. A veces creo que encontraremos más información si no investigamos como policías.

Triana giró el cuello para mirarlo fijamente.

—¿Sigues pensando que el comisario sabía lo que estaba pasando? —le susurró.

—No estoy seguro…, pero de lo que sí lo estoy es de que había gente que lo sabía y compraron su silencio. Puede que el comisario tuviera órdenes de arriba de no seguir investigando. No es una locura, y es la única explicación lógica a que el expediente desapareciera, ¿no te parece? —Antón miró a su compañera con angustia en los ojos.

—De acuerdo.

—Bueno, pues ya que todos tenéis claro lo que vais a investigar, yo tengo una idea. —Raquel quería ayudar con lo que pudiera—. Voy a investigar quién fue el fiscal del caso y, si os parece bien, iré a hablar con él.

—Vale, investiga, pero no vayas a hablar con él, eso lo haremos nosotros —ordenó Antón—. Somos un grupo variopinto de personas a las que ha unido el destino por casualidades de la vida, pero solo nosotros somos policías y vosotros no os vais a jugar el cuello. Escuchadme bien, ninguno de los que están aquí os vais a poner en peligro, ¿vale?

Asintieron al ruego del inspector.

24

Raquel y Triana estuvieron hablando unos minutos cuando Felipe y Pablo se fueron. La subinspectora estaba taciturna desde que Aura le había dado un ultimátum sobre la venta de la casa de sus padres. Era mejor no contarle a nadie el incidente con Lucas si no quería que las cosas con su hermana empeorasen aún más. Decidió que fue una situación que se les fue de las manos a los dos y que debía guardarse en el cajón de cosas que debía olvidar. Sin embargo, no dejaba de darle vueltas a esa parte de Lucas que nunca había visto. Era una persona violenta, y que podría haber provocado que la personalidad de Aura se hubiera ido desvaneciendo poco a poco hasta ese momento.

Antón estaba esperando en el coche a que las amigas se despidieran. Miraba de reojo por el retrovisor, guardándose del frío mientras fumaba la pipa. Triana abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto con un gesto apenado.

—¿Estás bien? —preguntó Antón al arrancar el motor.

—He quedado con ella y su abogada mañana.

—Pensaba que primero ibais a quedar las dos para hablar. —Giró el volante para incorporarse a la carretera.

—Ya, yo pensaba lo mismo, pero parece ser que eso ya no va a ser posible. —Exhaló una gran bocanada de aire.

—¿Hay algo que me quieras contar? Te debo una por la del otro día —dijo a modo de agradecimiento por el auxilio a la llamada de Ventura.

—No me debes nada. Somos amigos y esas cosas pasan entre amigos. Estoy segura de que tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Por supuesto, de eso no hay ninguna duda. Pero ¿hay algo de lo que quieras hablar? —insistió.

—No me quiero extender, así que solo diré que el otro día tuve una situación desafortunada con Lucas.

—¿El marido de tu hermana?

—Sí, eso es. —Triana no quería contarle todo lo que había ocurrido. Se sentía ridícula y patética por dejarle controlar la situación de una manera tan violenta.

—¿Qué tipo de situación exactamente? —Antón sabía que no le iba a responder, pero aun así lo intentó.

—Prefiero no hablar de ello —zanjó cabizbaja.

Antón captó el mensaje, pero quería darle un consejo antes de dar el tema por terminado.

—Es mejor que vendas y te olvides de tu hermana. Duele, lo sé, pero solo puedes ayudar a quien quiere ser ayudado. No es culpa tuya. Ella ha elegido —le aconsejó por propia experiencia.

—Lo sé, lo sé. Pero…, no sé, creo que pasa algo. Algo raro.

—¿A qué te refieres con raro? —Antón no quería preguntar, pero Triana no dejaba de darle vueltas al tema y le pareció que quería contárselo, pero no sabía cómo hacerlo.

—Ese tipo es violento, y creo que la tiene acobardada. —Miraba por la ventana, pensativa.

—¿Te ha pegado? —Antón maldijo a Lucas en su interior como le hubiera puesto un dedo encima a su compañera. Apretó los labios con fuerza, esperando la respuesta.

—Déjalo, Antón, no quiero seguir hablando de esto. Creo que tienes razón, ella ha tomado una decisión y yo he perdido. Ya está. —Triana se rindió.

—¿Tu hermana tiene hijos?

—Sí, tiene un niño pequeño. ¿Por qué?

—Lucas no ha sido el elegido, ha sido el niño. Tu hermana está protegiendo a su hijo, no a su marido. No eres madre, y quizá no lo sabes, pero por un hijo se hace cualquier cosa. Te duele más lo que les hacen a ellos que lo que te hacen a ti. No hay nada que no hagas por ellos, incluso dar tu vida. Si Lucas le está haciendo la vida imposible, pero es la manera de conseguir que tu sobrino no sufra, lo soportará. ¿Lo entiendes? —Le explicó Antón la situación que podría estar viviendo su hermana y que ella no lograba a comprender.

Triana tragó saliva a la vez que contenía las lágrimas para poder responderle.

—Lo sé, pero no quiere hablar conmigo ni que nos veamos —balbuceó, impotente al pensar en cómo lo podría estar pasando su hermana si Antón tenía razón.

—¿Aura trabaja? —preguntó Antón sin rodeos.

—No. —Triana miró a su compañero con los ojos entrecerrados.

—Entiendo que la tiene acorralada para que dependa de él económicamente y no tenga recursos para salir de la cárcel en la que la tiene encerrada. Déjame que piense. —Dio una calada a la pipa.

—¿Crees que es buena idea que vaya a la puerta de la guardería? Así podré encontrarla sin Lucas —propuso indecisa.

—Bueno, creo que tampoco perdemos nada. Vamos a echar un vistazo y si vemos que está Lucas, abortamos misión, ¿te parece bien?

—Siempre es mejor hacer algo que estar esperando a que ocurran las cosas, ¿no? —respondió más animada.

—Gran verdad. —Antón sonrió para animarla y que tuviera una actitud positiva.

Triana le dio la dirección de la guardería y Antón cambió de rumbo. Para resolver los casos de asesinato necesitaba a Triana entregada, y las distracciones personales no eran buenas consejeras. Además, era su amiga, y quería que fuera feliz y ayudarla en lo que pudiera.

Habían llegado antes de que los niños comenzaran a salir. Triana comprobó los alrededores en busca del coche de Aura. Se le pasó por la mente que a lo mejor no había sido buena idea si era Lucas quien iba a recoger al niño. Fue entonces cuando le sorprendió la presencia de una persona conocida y a quien quería. La presencia de Nadia en la puerta le llamó la atención y le puso los pelos de punta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Antón, que se había dado cuenta de que algo no iba bien.

—La mejor amiga de mi hermana está en la puerta de la guardería —explicó Triana compungida.

—No te pongas en lo peor sin preguntar. Vamos. —Colocó la mano en el tirador de la puerta para salir del coche.

—No, espera, es mejor que vaya yo sola. —Salió del vehículo sin dar más explicación.

—Un momento, Triana, ¿qué pasa? —El inspector no sabía qué ocurría ni quién era la chica, pero observó cómo la preocupación se instalaba en el rostro de su compañera.

—No lo sé, pero si Nadia está aquí y mi hermana no, es porque algo no va bien —explicó Triana, a quien se le atragantaban las palabras en la garganta.

—¿Quieres que vaya contigo? —El inspector no quería dejarla sola, pero respetaría su decisión.

—No, creo que es mejor que vaya yo sola. Si me ve contigo puede que no me quiera decir la verdad —zanjó Triana con un

movimiento leve de cabeza, al cual Antón respondió dando su beneplácito. Se quedó esperando en el coche.

La subinspectora se acercó lentamente hacia Nadia. La conocía desde que eran pequeñas. Habían ido juntas a la misma clase en el colegio y nunca se habían separado ni la relación había ido en decadencia. Tenían una gran amistad. Cuando Aura la había necesitado, Nadia siempre estuvo ahí. Jamás le falló. Por eso al verla allí plantada con expresión compungida y el rostro desencajado, le hizo plantearse multitud de escenarios en los que su hermana no estaría pasando por el mejor momento.

«Sé que pasa algo, pero ¿qué puede ser?, ¿por qué Aura no me dice qué está ocurriendo?».

A medida que se acercaba a Nadia comprobó los ojos brillantes y los movimientos dubitativos que se habían apoderado de ella. Cuando Nadia levantó la vista para cruzarse con la mirada de Triana, tuvo que contener las lágrimas para no comenzar un llanto que no tendría final. No quería montar un espectáculo en la puerta de la guardería, y menos que el pequeño Víctor se diera cuenta de lo que estaba pasando, si es que no lo había hecho ya.

—¿Qué haces aquí? ¿Has hablado con ella? —Nadia la cogió del brazo y tiró de ella para apartarse unos pasos.

—No, he venido porque no quiere hablar conmigo. —Triana la cogió por ambos antebrazos—. ¿Qué está pasando? Es Lucas, ¿verdad?

Nadia asintió sin decir nada.

—Ese maldito desgraciado la está apartando de nosotras. Creo que quiere aislarla para dejarla en una situación vulnerable y hacer con ella lo que quiera. —Contuvo el aliento.

—Triana, estoy muy preocupada, hace meses que no coge el teléfono y me mandó un mensaje diciéndome que la dejara en paz. —Se secó una pequeña lágrima.

—Tranquila, vamos a solucionar esto —la animó.

—¿Cómo? Si no quiere ni hablar con nosotras. He llegado a pensar que le ha quitado el móvil y no la deja salir de casa. Ella solo piensa en que no le pase nada al niño y no reacciona.

—¿Le ha pegado? —Triana tuvo que tragar saliva para hacer la pregunta a Nadia, que la miraba con el rostro cada vez más desencajado.

—No lo sé, pero yo me atrevería a decir que, si no lo ha hecho ya, no tardará en hacerlo.

—¿Estás esperando a que venga a por el niño?

—Sí, pero ni siquiera estoy segura de que la deje salir de casa y la podamos ver hoy. —Meneó la cabeza, incrédula por la situación a la que habían llegado. Sentía que la había fallado cuando más la necesitaba y ahora no podía revertir la situación.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Supongo que lo mismo que tú. Probar —resumió Nadia, desesperada, pero más calmada con la presencia de Triana.

—Está bien. Vamos a mi coche y esperaremos a ver si viene ella o Lucas. —Le tiró del brazo, pero Nadia no cedió.

—No, voy a hacer frente a ese desgraciado. —Nadia respiró profundamente para armarse de valor cuando llegara el susodicho.

—No podemos, así no. Vamos a hacer las cosas bien, o no la podremos ayudar. Si actuamos sin pensar, solo conseguiremos alejarla más.

—No te entiendo —dijo Nadia.

—¿Qué quieres?, ¿montar un espectáculo y que Lucas se la lleve a otro sitio?, ¿o la recluya sin que tengamos posibilidad de hablar con ella? —Nadia negó—. Escúchame, mañana tengo una reunión con ella para la venta de la casa. Entonces hablaré con ella.

—¿Y si va Lucas?

Triana dudó unos segundos.

—No lo sé. Supongo que tendré que ir improvisando.

—No lo entiendes, no va a ir —declaró Nadia visiblemente fuera de sí.

—¿Qué es lo que no me cuentas? —Triana alzó la voz sin pensar, cada vez estaba más fuera de control por la falta de información sobre su hermana.

—Nada, si no habla conmigo ni me coge el teléfono. La última vez que hablé con ella fue a escondidas de Lucas, ¿lo entiendes? Y ahora no tiene ni móvil. —Meneó la cabeza, devastada.

—Vamos al coche. ¡Rápido! No quiero que Lucas nos vea. —Agarró a Nadia del brazo y tiró de ella para que comenzara a andar.

Anduvieron rápidamente en dirección a Antón, que las miraba con el ceño fruncido, intentando descifrar qué es lo que estaba pasando. Abrieron la puerta y se montaron en la parte de atrás.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el inspector con el cuello girado hacia ellas.

Nadia le contó lo mismo que le había dicho a Triana hacía unos minutos y se presentó como la mejor amiga de Aura. Ahora había empezado a serenarse, al no sentirse tan sola en aquella situación.

Decidieron que lo mejor era esperar a ver quién se presentaba a recoger a Víctor.

—¡Ahí está! —exclamó Triana al comprobar que se trataba de Lucas.

—¿Y ahora qué hacemos?, ¿vamos a hablar con él? —preguntó Nadia indecisa.

—No, creo que es mejor que esperemos hasta mañana. A lo mejor mañana Aura se presenta sola en la reunión y puedo hablar con ella —dijo Triana esperanzada.

—Podemos comprobar si le ha denunciado en comisaría —sugirió Antón en un intento de ayudar.

—Tienes razón. Primero deberíamos comprobar si le ha denunciado por maltrato o algo parecido. —Suspiró profundamente y rezó porque no fuera así—. Aunque antes de tomar una decisión, me gustaría contaros a los dos lo que me ocurrió el otro día con Lucas. Vino a casa a hablar conmigo por lo de la venta —comenzó Triana—. Bueno, pues ocurrió algo, y quiero que lo sepáis. Así os podréis hacer una idea del tipo de persona al que nos estamos enfrentando.

Antón y Nadia asintieron para que Triana les relatara lo que con tanto ahínco había guardado en su interior con la clara intención de que la relación con su hermana no se viera aún más perjudicada. Pero con la presencia demacrada de Nadia llegó a la conclusión de que tenía que actuar, que guardar silencio y esperar no iba a ayudar a Aura.

25

En la reunión que habían tenido, Felipe se había comprometido a esperar hasta que le dieran orden de entrar en la casa familiar para poder hablar con Roque.

«No se creen ni ellos que me voy a sentar a esperar. Haré lo que tenga que hacer para que Roque me diga la verdad».

Felipe era buena persona, a pesar de haber hecho cosas malas. Siempre había intentado no perjudicar a nadie con las cartas que la vida le había dado. No confiaba en la policía. Estaba convencido de que Triana y Antón querían ayudarle, pero aun así «no dejan de ser policías, y yo soy el delincuente que ha matado a uno de los suyos». No se sacaba aquel pensamiento cuando se montó en el coche. Estaba solo, pensando qué era lo que podría hacer. No era una persona que se caracterizara por saber esperar. Era impulsivo e intrépido.

«Voy a ir. Ya veré lo que hago sobre la marcha».

Es lo que pensó cuando, casi sin haberlo evaluado, estaba enfrente de la casa. Había detenido el coche en la parte de atrás. Vivían en una finca de grandes dimensiones. El terreno que tenían era tan amplio que la casa estaba rodeada de multitud de árboles y plantas de todo tipo. Felipe desconocía de muchos temas en la vida, pero había uno que dominaba a la perfección y era cómo entrar en un lugar sin ser visto. Siempre había sido su especialidad, y esta vez le iba a venir muy bien. A ello se sumaba que no era la primera vez que pisaba aquella finca. Roque y él habían ido al mismo instituto, por lo que conocía la casa por un par de veces que habían ido varios chicos a la piscina en verano. No había sido invitado directamente, pero unos amigos invitan a otros, y al final, había terminado bañándose en la gran piscina. Roque era una persona especial, introvertida y taciturna, pero no tenía ningún problema mental, como Reyes quería hacer ver a la gente. Felipe tenía la hipótesis de que le tenía recluido para que guardara un secreto familiar que

nadie debía saber, y aquella pobre alma atormentada había pagado el precio de la desconfianza de su propia madre.

Vigiló los alrededores para saber dónde estaban las cámaras y si Roque se encontraba en la finca. Le divisó con dificultad, ya que su vista no era la de antaño. Desde la situación en la que se encontraba, comprobó que se había enfundado un mono de trabajo y estaba cuidando las plantas del jardín.

«Es ahora o nunca».

Volvió a revisar la existencia de cámaras hasta encontrar un punto ciego por el que pudiera acceder y, con un poco de suerte, llamar a Roque para poder hablar. Sentía pena por él. Le tenían recluido en una cárcel como en la que él mismo había estado, pero con la diferencia de que la cárcel en la que Roque se encontraba era de oro y no parecía tal cosa, pero lo era.

Saltó la valla que al principio no le pareció tan alta, pero cuando tuvo que hacer alarde de sus capacidades físicas, notó que ya no era tan ágil como antes. Su paso por prisión le había atrofiado algunas cualidades. Una vez dentro, observó con cautela si había algún cambio en el interior para asegurar el camino más cercano y aproximarse a Roque. Esperaba que Reyes no le hubiera puesto un guardaespaldas o una persona del servicio que no le dejara ni respirar. Detuvo la mirada en lo que parecía la silueta de Roque, con las rodillas en la tierra y escarbando con una pequeña pala los alrededores de una planta, la cual parecía estar mustia y necesitar ayuda. Tenía que llamar la atención exclusivamente de Roque sin que nadie más notara su presencia. En ese momento, Felipe comenzó a sudar y se percató de que el plan era kamikaze. No lo había pensado con claridad antes de ponerlo en marcha. Dio por sentado que Roque querría hablar con él, pero no tuvo en cuenta que podría no querer hacerlo y se había colado en su casa. Lo último que necesitaba es que llamara a la policía y, con sus antecedentes, no hacía falta ser muy listo para saber cómo terminaría ni dónde.

«Bueno, ya da igual, no hay marcha atrás. No he llegado hasta aquí para rajarme en el último momento».

Comenzó a chistar a Roque hasta que sus miradas se cruzaron. Felipe se llevó el dedo índice a los labios para rogarle que no diera la voz de alarma. Roque conocía la vida de Felipe y lo que le había ido ocurriendo a lo largo de los años. Nunca habían sido amigos, pero sí conocidos. Se levantó despacio para no llamar la atención de los trabajadores que estarían en el interior, y se colocó estratégicamente en el punto muerto de las cámaras. Felipe entendió que aquel movimiento era de ayuda, ya que observó cómo Roque miraba a las cámaras y comenzaba a andar. Llevaba en las manos distintos utensilios de jardinería con la intención de no realizar movimientos que pudieran llamar la atención.

—¿Qué haces aquí, Felipe? Te vas a meter en un lío. Mi madre te quiere encerrar otra vez —soltó Roque, apurado por la situación incómoda en la que le había puesto.

—Lo sé. Bueno, me lo suponía, pero tienes que ayudarme, Roque, por favor. —Sus ojos suplicaban al igual que sus palabras.

—No puedo. Ni siquiera debería estar hablando contigo.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero sabes que Tirso no era culpable, y ahora, con el asesinato de tu padre, deberíamos hacer algo. Creo que corres peligro aquí. Tu madre es… —Se contuvo de decir el calificativo en voz alta.

—Déjalo, Felipe, no sigas. Es mejor que te vayas. No deberías haber entrado.

—Tirso también era tu amigo y no hiciste nada. He descubierto que tu madre hizo unos programas experimentales en la fábrica, y Úrsula estaba en ese programa —dijo convencido de las conjeturas que había hecho, pero que no tenía refutadas.

—¿Y? —Roque tragó saliva sin dejar de mirar a su alrededor.

—Recuerdo que a ti te pasaba lo mismo que a Úrsula. En el instituto ninguno de los dos ibais a las clases de educación física por problemas respiratorios. —Felipe había hecho alarde de su memoria cuando vio la foto de Pablo. Entonces no quiso decir nada, pero al conseguir hablar con Roque, necesitaba escuchar las explicaciones de su boca.

Roque bajó la vista al suelo para quedarse durante unos segundos mirándose las botas de trabajo.

—Si no lo haces por Tirso, hazlo por tu padre —insistió Felipe.

—No puedo. Estuve ingresado en el psiquiátrico después del asesinato de Úrsula, y no pienso pasar por lo mismo otra vez. Es mejor que lo dejes estar. Tirso ya está muerto y a él le da igual. Nosotros estamos aquí, y no pienso volver a pagar el precio tan alto que pagué. —Se giró con lágrimas en los ojos.

—No, Roque, por favor. Ayúdame. —Le agarró del mono de trabajo antes de que se fuera—. Solo necesito que me digas por qué le culparon a él y no a otra persona, como, por ejemplo, a mí. —La culpabilidad se palpaba en cada una de sus palabras.

Roque tiró del brazo para librarse de la mano de Felipe. Se secó las lágrimas y el rostro le cambió con dureza.

—Había que culpar a alguien y él era el idóneo —concluyó respirando profundamente—. Te aviso de que será mejor que dejes el tema en paz, si no lo haces puede que seas el siguiente —le advirtió con un leve susurro.

—Mi vida está destruida desde hace mucho tiempo, así que me importa bien poco.

—¿Sí? ¿La vida de tu madre tampoco te importa? No sabes dónde te estás metiendo, Felipe. Si no te pueden hacer daño a ti, se lo harán a alguien que quieras. No te das cuenta de quién es mi madre ni del poder que tiene. Ni siquiera yo podría pararla, aunque quisiera. La última vez que lo intenté me encerró en un psiquiátrico.

No voy a volver a pasar por eso porque tú quieras justicia. Yo no te puedo ayudar.

—¿Ha sido tu madre? —preguntó Felipe con un nudo en la garganta.

—No sé si ha sido mi madre o no, pero lo que está claro es que yo no se lo voy a preguntar. —Se acercó hasta ponerse cara a cara con Felipe—. Si quieres un consejo: vete de aquí o terminaréis tú y tu madre en el mismo sitio que Tirso.

Roque se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás. La conversación había terminado a pesar de que no era la que Felipe se había imaginado.

«Antón y Triana tienen que conseguir esos informes de la clínica psiquiátrica. El tiempo se acaba».

Felipe sabía que se iban a enfadar en cuanto les contara que había ido a ver a Roque solo, pero ya no tenía nada que perder. No le importaba el precio que tuviera que pagar mientras se descubriera la verdad. Después de la conversación con Roque, estaba convencido de que lo sabía todo. Lo único que no tenía claro en esta ocasión era si Roque estaría implicado de algún modo, ya que el nexo con Úrsula era la enfermedad de ambos.

26

Después de lo ocurrido en la guardería, Antón habló con Triana para que se tomara el resto del día de descanso. La conocía lo bastante bien como para saber que estaría dándole vueltas a lo que ocurriría en la reunión del día siguiente con Aura y, además, estaría enfadada y daría malas contestaciones. Cuando estaba de aquel humor era mejor mantenerse alejado de ella. Le prometió que no haría nada sin ella. Esperaba que le hubiera creído, pero en el fondo sabía que no lo iba a hacer. Los casos continuaban sin resolver y el caso de Tirso estaba a falta de un mes de prescribir para siempre. Antón sintió un nudo en el estómago al pensar en aquello. Sentía una gran presión sobre sus hombros. Iba a hacer todo lo posible por resolver aquel caso. El primer paso era presentar al juez una serie de pruebas circunstanciales que representaran una duda razonable para reabrir el caso.

«No hay crimen perfecto, sino mal investigado», se repetía a sí mismo para insuflarse ánimos.

Paró el coche enfrente de la casa que le había indicado el GPS. Sacó el móvil y confirmó la dirección una vez más. Había llegado.

Revisó la fachada desconchada de la casa baja. Estaba descuidada. Necesitaba algunas mejoras urgentes, al menos de manera estética. Respiró un par de veces. No estaba muy seguro de lo que hacía ahí plantado, pero la desesperación le había llevado a tomar medidas desesperadas.

—Bueno, pues ya que hemos llegado hasta aquí, veamos qué nos depara el destino —dijo para sí mismo en un murmuro.

Se acercó a la puerta, a la que le faltaba alguna capa de barniz, y llamó a un timbre que sería de la quinta del inspector. Escuchó el ruido de una silla arrastrándose por el suelo de terrazo. Se metió las manos en los bolsillos a la espera de que le abrieran.

Preparó un discurso muy pobre para no cometer ninguna estupidez durante la conversación. No quería crear esperanzas a la madre que, con total seguridad, habría sufrido demasiado y no habría tenido una vida fácil al ser señalada por más de un vecino después de lo que ocurrió.

Cruz abrió la puerta, que chirrió lentamente e hizo que Antón se estremeciera con aquel desagradable ruido.

—¿Sí? —La madre de Tirso asomó la cabeza, desconfiada por la visita inesperada.

—Buenos días. Soy Antón Guerrero, el inspector que está investigando el caso de Tirso, ¿es usted la madre? —Esperó pacientemente una respuesta afirmativa.

—Sí, ¿qué quiere? —respondió Cruz con gesto convulso y mirada desagradable.

Después de lo que ocurrió con su hijo no quería saber nada de la policía. Defendió la inocencia de su hijo a capa y espada, lo que tuvo como consecuencia el desprecio y la estigmatización por parte de amigos y conocidos de la comunidad.

—¿Podemos hablar? —preguntó con la sonrisa más amable que tenía en su repertorio.

—Depende —contestó con tono cortante.

—Sé que no fue Tirso. Quiero ayudarles a hacer justicia y a que se conozca la verdad. El caso prescribe en un mes y necesito su ayuda.

La mujer dio un paso hacia delante para comprobar la presencia de vecinos a ambos lados. Tras cerciorarse, abrió la puerta y movió la cabeza para que Antón entrara.

—Pase, es mejor que hablemos dentro. —Se giró y le miró a los ojos fijamente—. ¿Va a querer saber la verdad, o lo que esa familia quiere que pensemos que ocurrió? —El tono de Cruz era áspero.

—Quiero la verdad —puntualizó Antón para hacerla entender que estaba de su lado.

—Está bien. Sígame, estaremos hablando un rato. —Continuó andando hasta llegar a un pequeño salón que estaba igual de desactualizado que el resto de la casa—. Sé que mi casa está en mal estado, pero si le digo la verdad, no he querido cambiarla. Desde que Tirso fue asesinado no me he sentido con fuerzas de cambiar nada. Quiero dejarlo todo como está hasta el día que me muera.

—¿Asesinado? Pensé que se había suicidado en el reformatorio.

—Sí, pero le llevaron al límite hasta que él mismo se quitó la vida, para mí —se colocó con la mirada vacía delante de Antón— es lo mismo que si le hubieran matado con sus propias manos.

—La entiendo. —El inspector asintió con pena. Comprendía perfectamente el dolor de Cruz.

—¿Quiere agua o un café? —preguntó, amable por primera vez.

—Un café estaría bien. La cafeína me ayuda a despejarme. —Sonrió.

Cruz no le devolvió el gesto, solo se dio la vuelta y desapareció cruzando la puerta. Antón observó cómo en el marco había distintas rayas marcadas por rotulador a lo largo de la madera. Tuvo el impulso de levantarse para ver los nombres, pero no se sintió con la libertad de hacerlo sin abrir heridas en Cruz. Decidió esperar sentado en el sillón ajado de color marrón hasta que la madre de Tirso volvió a aparecer con una bandeja en la que transportaba los vasos del café. Colocó uno delante de Antón y echó leche sin preguntar. Se sentó.

—Pues usted dirá. ¿Qué quiere saber?

—No estoy seguro, la verdad. El amigo de su hijo, Felipe, nos está ayudando con el caso. Creemos que la inculpación de su hijo

está relacionada con el asesinato de Emiliano. ¿Sabe algo de eso?

—Mire, Antón, mi hijo era un adolescente que no iba por el buen camino. Mi marido murió cuando mis hijos eran pequeños. Yo hacía lo que podía, pero tenía que trabajar mucho para que mis hijos tuvieran comida en la mesa. Me hubiera encantado estar en casa y cuidar de ellos, pero no tuve elección. Tirso tomó malas decisiones y Felipe intentó ayudarle, pero no lo consiguió —continuó hablando mientras se frotaba las manos una y otra vez—. El juez necesitaba un culpable y decidió que mi hijo era un buen candidato para tapar la verdad —Alzó la voz a medida que su mente iba recordando el pasado.

—¿Qué verdad?

—Está claro que no le puedo confirmar lo que pasa en esa dichosa empresa, pero lo que sí le puedo confirmar es que hacen, o al menos hacían, programas experimentales —susurró Cruz con un ligero temblor en la voz.

—¿Qué es lo que me está queriendo decir? —Antón arrugó el ceño, esperando una respuesta que no quería escuchar, pero se temía que fuera verdad.

—Prueban con personas antes de lo que la ley permite. Es una empresa farmacéutica que quiere ganar dinero. Experimentan con gente enferma que está desesperada. Esa maldita familia es ambiciosa, y querían ayudar a Roque con su enfermedad respiratoria, pero está claro que no iban a probar con él, así que lo hicieron con otra persona. —Levantó uno de los hombros y se acomodó en el asiento—. Probaron con esa chica, pero no salió bien.

—A ver, a ver, lo que me está diciendo es muy fuerte. ¡Los está acusando de experimentar con personas! —Meneó un par de veces la cabeza, incrédulo por lo que estaba escuchando.

—Es la verdad. Yo misma vi cómo le inyectaban medicación en fase de prueba. Siempre lo hacían por la noche, para que no

hubiera trabajadores ni testigos de lo que estaban haciendo. No era la primera chica que mataban y luego lo tapaban con otra muerte.

—¿Usted cómo sabe eso?

—Trabajaba limpiando la oficina de la empresa. Emiliano llevaba el caso de Úrsula. Fue él quien insistió en que se probara en humanos, iban a ganar millones con aquel medicamento.

—¿Cómo lo sabe?

—Le acabo de decir que limpiaba la oficina, incluyendo el despacho de Emiliano. Le escuché hablar con el padre de Úrsula. El pobre Pelayo temía por la vida de su hija, pero estaba entre la espada y la pared. Los problemas respiratorios de Úrsula eran mayores que los de Roque. No tenían solución. Los últimos meses tenía que dormir con una botella de oxígeno para no ahogarse —le explicó al inspector con agonía y furia en la garganta.

—¿Pelayo fue quien le habló del estado de salud de Úrsula? —El inspector estaba desconcertado por aquella información. Les habían destruido la vida a varias familias y seguían libres y sin castigo alguno.

—Sí, me lo contó antes de que le dieran el dinero para el taxi. —Cruz asintió con la cabeza de manera lenta y repetida.

—¿Cómo lo sabe? —Antón no daba crédito a lo que estaba escuchando, necesitaba que le diera la máxima cantidad de información que conociera de primera mano. En aquel momento, entendió que nadie quiso escucharla y Tirso terminó siendo el culpable de algo en lo que no tenía nada que ver.

—Bueno, no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que le dieron dinero para que se callara. Después de que culparan a mi hijo por el asesinato de su hija, no volvió a mirarme a la cara. No podía creer que por dinero le diera igual que le destruyeran la vida a Tirso. —Una lágrima resbaló por la mejilla.

—¿Esto que me está contando no se lo contó a nadie?

—No, nadie quería escucharme. Absolutamente nadie me quiso ayudar. Hice un escrito contando lo que sabía, pero nadie lo quiso leer. Aún lo guardo en mi habitación —confesó entre lágrimas.

Cruz intentó tranquilizarse y dio un sorbo a un vaso de agua que había traído con el café.

—¿Usted lo quiere leer? —le preguntó una vez que se había recompuesto para volver a hablar.

—Por supuesto. ¿Podría?

Asintió y se levantó para desaparecer y, tras unos segundos, volvió con la carta en la mano. El papel tenía un tono amarillento por el paso de los años y lo guardaba en un sobre con la misma tonalidad.

—Antes de que la lea, quiero que sepa algo de la empresa —dijo con voz pesarosa.

El inspector alzó los ojos, con la carta entre las manos, para escuchar lo que Cruz quería contarle. Presintió que llevaba demasiados años en silencio y ahora iba a contar lo que nadie quería escuchar.

—Reyes es la dueña de la empresa, pero cualquier documento con responsabilidad jurídica que hubiera que firmar, era firmado por Emiliano. Con esto, lo que le quiero decir, es que cualquiera podría haber asesinado a ese malnacido. No solo mató a aquella chiquilla. Estoy segura de que si rebusca encontrará más mierda debajo de la alfombra. —Cruz apretó los puños.

—¿Tiene manera de demostrar lo que dice? —Antón sabía que, si no podía demostrar sus palabras con pruebas estaría igual que al principio de la investigación.

—Yo no, pero Pelayo sí. Tuvo que firmar varios documentos de los programas experimentales, y debe de tener pruebas médicas de su hija. —Se sonó una vez la nariz e hizo un gurruño con el papel para guardarlo en el interior de la mano.

—Gracias a un periodista que nos ayuda, sabemos cuáles son las pastillas que hicieron para dar con la cura. No llegaron a salir al mercado. Supongo que sería porque mataron a Úrsula con ellas.

—Es una opción. En eso no le puedo ayudar. Intente hablar con Pelayo —rogó Cruz.

—Ya lo intenté, sin éxito —confesó Antón derrotado—. ¿Tiene alguna idea de quién nos podría ayudar? ¿Alguien que trabajara entonces en la empresa y lo viera?

Cruz se quedó pensativa por unos segundos con la mirada fija en el pañuelo de papel que tenía en la mano. Sus ojos bailaban de izquierda a derecha en un intento de recordar lo que ocurrió hacía tantos años.

—No le puedo asegurar ni que lo sepa ni que le quiera ayudar, pero Herminio ya trabajaba en la empresa en aquellos años —dijo al fin—. Quizás pueda contarle algo que yo no sepa. No sé, algún detalle que sea decisivo. —Se encogió de hombros.

—¿Herminio? —preguntó como respuesta—. Es el hombre que encontró muerto a Emiliano.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! —exclamó irónica—. Y ¿está seguro de que no tuvo nada que ver?

—Ahora mismo creo que no estoy seguro de nada. —Antón comenzó a cuestionarse la investigación desde el principio. Sintió la sequedad en los ojos y echó la mano al bolsillo para comprobar que esta vez no se le habían olvidado las gotas.

Cruz observaba al inspector en un intento de esclarecer qué pasaba por su mente.

—Hable con él de nuevo —sugirió Cruz al echarse hacia delante para coger el vaso que había dejado en la mesa.

—Es lo que haré, pero primero me gustaría saber si usted ya lo hizo cuando todo ocurrió.

—Me echaron de la empresa sin más explicación y la mayoría de la gente me dio la espalda. —Resopló—. Nadie me quiso ayudar y comenzaron los cuchicheos e insultos cuando pasaba. Me dio igual —matizó con gesto frío—. Querían que me fuera del pueblo, pero no lo iba a hacer. Siempre me dio igual lo que pensara la gente, y en esa situación más todavía.

—A la gente le gusta hacer leña del árbol caído —añadió el inspector, que se imaginó por lo que tuvo que pasar Cruz. Lo que le ocurrió no solo dejó huella en la estética anticuada de la casa, también en su rostro demacrado.

—Les encanta tener a alguien a quien martirizar, y en ese caso fui yo. Pero bueno, eso ya es agua pasada. Y ¿sabe una cosa? Que, si les molesto, que se jodan, porque lo único que consiguieron fue hacerme más fuerte. A los lobos no les importa la opinión de las ovejas.

Aquella frase hizo sonreír al inspector.

—Le voy a ayudar, aunque sea lo último que haga. —Se levantó y sacó la pipa en un movimiento automático. Aún tenía la carta en la otra mano y estiró el brazo para devolvérsela.

—No, llévesela. A mí no me ha servido de mucho, así que espero que a usted le traiga más suerte. —Sonrió levemente.

Antón deshizo el camino que había hecho al entrar para salir y ponerse manos a la obra. Quería estar listo para el día siguiente. Triana volvería triste y con la cabeza en el tema de su hermana, así que no quería que se preocupara más por el caso, ya que él podría ir investigando en solitario. Se fijó en las fotografías que Cruz tenía en la entrada de la casa. Era un pequeño recibidor con una cesta de mimbre donde estaban las llaves y varias fotografías. El inspector no se pudo resistir y cogió una de ellas. Era antigua, por lo que supuso que era de cuando sus hijos eran pequeños y su marido aún estaba vivo.

—¿Es su familia? —Se interesó sin dejar de observar a las personas que salían en la fotografía.

—Sí, mi marido y mis dos hijos. —Fue señalando conforme los identificaba.

—No sabía que Tirso tuviera una hermana —añadió el inspector con cierto temor a que también estuviera muerta y hubiera metido la pata.

—Sí, es Candela. Estoy muy orgullosa de ella. Es más pequeña que Tirso. Fue el motivo por el que se metió en asuntos poco convenientes. Siempre quiso que estudiara y consiguió el dinero para que lo hiciera. —Se secó las lágrimas que habían vuelto a resurgir de los ojos rojos de una madre destrozada—. No tenía ni idea de que Tirso le había hecho una cuenta de ahorro donde metía el dinero que ganaba para que pudiera sacarse una carrera.

—¡Vaya! Era un buen chico. —El tono del inspector dejaba ver la pena que sentía al escuchar lo que Tirso había hecho por su hermana.

—Sí que lo era. Gracias a él se pudo sacar la carrera de psiquiatría. Si no, nunca se la hubiera podido pagar. —Posó la fotografía que había cogido durante la conversación sin dejar de mirarla.

—¿Cómo ha dicho que se llama su hija? ¿Podríamos hablar con ella? —dijo con los ojos llenos de esperanza ante el hallazgo de la hermana.

—Se llama Candela —Volvió a decir—. Puede hacerlo, pero prefiero que no. Aún le duele mucho hablar de Tirso. Sabe que se sacrificó por ella, y recordarle le hace sentirse culpable.

—Entiendo, pero tengo que agotar todas las opciones, recuerde que solo tengo un mes para reabrir el caso. Quizás recuerde algo que nos ayude —insistió Antón.

—Como quiera. Trabaja en el centro de salud como psiquiatra. De todos modos, fue la novia de Felipe mucho tiempo, así que sí ya ha hablado con él, no creo que tenga más que aportar a la investigación —argumentó Cruz al abrir la puerta de la calle.

—¿Que fue novia de Felipe? —preguntó con un giro de acontecimientos en su mente.

—Sí, ¿es importante? —se interesó al momento.

—No, no, tranquila, solo que me ha sorprendido —respondió el inspector con una ligera sonrisa complaciente.

—Siempre iban los cuatro, ya sabe, como una pandilla. —Sonrió al hacer memoria—. Tirso estaba con Edurne y Candela con Felipe. Siguen siendo amigos. Es bonito contar con una amistad de verdad, ¿no cree?

«Será desgraciado. Nos ha mentido desde el principio».

—La verdad es que sí. Muchas gracias por su ayuda. Ahora tengo prisa, pero seguiremos hablando. —Antón se despidió.

—Cuando usted quiera, ya sabe dónde estoy. —Cerró la puerta.

Antón se fue hacia el coche con un cabreo mayúsculo. Cerró la puerta con un portazo. Se sentía ninguneado por Felipe. Había confiado en él desde el principio y ahora, gracias a los recuerdos de una madre desesperada, se había enterado de la verdad. Le dolía que Felipe no hubiera confiado en él, sin embargo, en ese instante, con la pipa en la mano, tuvo dudas de su inocencia.

«¿Por qué iba a ocultar algo tan nimio si no le relacionara con el asesinato?».

Cruz se había equivocado, existía alguien a quien sí le importaba que Úrsula hubiera sido asesinada y Tirso pagara por algo que no hizo. Esa era la razón por la que Emiliano estaba muerto.

Decidió que tenía que contárselo a Triana.

27

Triana escuchó el móvil mientras se encontraba agachada dentro del coche, con los guantes puestos mientras uno de los agentes del depósito la ayudaba. Vio que era Antón. «¡Mierda! Verás qué bronca me va a echar». Anduvo varios metros para alejarse del compañero que la estaba ayudando.

—¿Qué pasa? —respondió tragando saliva.

—¡No me jodas, Triana! ¿Qué estás haciendo? Reconozco tu tono de culpabilidad a la legua —replicó con rabia.

—Bueno, me aburría en casa y decidí ponerme a leer de nuevo el expediente… Y, ya sabes, una cosa lleva a la otra, y aquí estoy. —Soltó una carcajada amable.

—Vamos, que no me has hecho ni caso y te has ido de excursión sin mí, ¿no? —Paró el coche hasta que supiera exactamente a dónde tenía que ir.

—Se podría decir que sí —afirmó en un intento torpe de justificar la escapada en solitario.

—Está bien. ¿Dónde estás? Tenemos que reunirnos, Felipe nos ha engañado.

—Estoy en el depósito de pruebas. —Cerró los ojos esperando la reprimenda.

—¿Y se puede saber qué pista te ha llevado a hacer esa expedición? —Sonrió para sus adentros, sabiendo que le había enseñado bien durante los últimos años. Seguía las pistas hacia donde la llevaran.

—Bueno, pues ya te dije que leí el expediente, y me llamó la atención la ausencia de autopsia. —Triana meditó por un segundo y bajó el tono de voz—. Entonces, llamé al hombre que la tenía que haber hecho.

—Venga, apura, que estoy de camino al depósito. —Antón se estaba impacientando.

—Se llama Aitor, y no te vas a creer lo que me dijo. ¡Es alucinante! Fue el juez, Dámaso, a hacerle una visita para ordenarle que no la hiciera, porque fue un accidente —le confió—. Entonces ya no lo podía dejar pasar. Los dos sabemos que el juez estaba metido en el ajo hasta el fondo, así que no me quedó otra que venir a buscar pruebas en el coche con el que dijeron que Tirso la había atropellado.

—¿Y? —apuró el inspector.

—Y nada, estoy en ello —concluyó Triana con la mirada puesta en el agente que la estaba ayudando.

—Vale, espérame ahí, que estoy llegando. Ahora te cuento lo que he hablado con la madre de Tirso. Espero que haya una maldita prueba en el coche y podamos reabrir el caso, al menos para que no prescriba. —Apretó la mandíbula con fuerza.

—¿Y el asesinato de Emiliano?

—Parece que era un desgraciado, así que no es ninguna sorpresa que le quisieran muerto. En fin, veremos qué es lo que conseguimos con el coche. Cada vez tengo más claro que están relacionados y que un caso no se puede explicar sin el otro. —Antón sintió una bofetada de realidad al recordar lo que le había dicho Cruz —. Ahora te veo —Colgó sin más preámbulos, necesitaba ordenar las ideas antes de hablar con Triana.

El inspector tardó unos minutos más de la cuenta porque intentó sacarle información al policía que estaba en la puerta. No tuvo mucho éxito, ya que no llevaba mucho tiempo en ese puesto. Sin embargo, tenía un carácter extrovertido y dicharachero que a Antón le vino muy bien. Le ofreció el listado de registro de las entradas de pruebas. El gesto le cambió amargamente. Tenían un gran problema entre manos y muy pocas soluciones y aliados.

—Necesito tu ayuda. Este caso se está complicando —Antón, pálido, miró al agente.

—¿Qué le pasa? Mi nombre es Juan —se presentó esperando ser de ayuda.

—De acuerdo, Juan, necesito que no aparezcamos en ese registro —dijo en tono de súplica.

—Por supuesto —contestó al sentir un aguijonazo de compasión—. Cuente con ello, inspector. —Miró los nombres que habían hecho palidecer a Antón y levantó la vista con temor.

—¿Podrás guardar el secreto? —Antón suspiró amargamente.

—Creo que sí. Son registros antiguos —meditó por unos segundos—. Debería llevárselos de aquí, puede servirle en un futuro. —Sacó el papel del archivador y le dio la hoja.

—No hemos visto ni oído nada, ¿verdad? —quiso confirmar Antón.

—Efectivamente. —Asintió Juan con tono tranquilizador—. Ahora debería entrar, su compañera le está esperando.

—Gracias, compañero. Si todo sale bien, vendré a buscarte para invitarte a una cena. —Estiró la comisura de los labios para dejar entrever un amago de sonrisa.

—No será necesario, hago lo que tengo que hacer. —Le devolvió la sonrisa con modestia.

—Precisamente por eso se merece la invitación. —Resopló consternado por lo que acababa de descubrir y por la lealtad ciega de un desconocido.

Entró al descampado del depósito, donde se encontraban los vehículos que había requisado la policía y se habían convertido en pruebas. Localizó a Triana a lo lejos, peinándose el flequillo. Anduvo hacia ella sin dejar de tocar el papel que acababa de intercambiar

con Juan. Notó cómo le corrían regueros de sudor por el rostro como consecuencia de lo que acababa de descubrir.

—¿Qué te ha pasado? —Se interesó Triana nada más verle—. Tienes mala cara.

—Lo sé. Tenemos que hablar, es muy urgente.

Antón miró al compañero que la estaba ayudando a buscar a alguna pista dentro del coche. Le urgía que se fuera porque debían hablar y contarse lo que habían descubierto. Después de las nuevas declaraciones y pruebas, el inspector sentía que el final no le iba a gustar. Dudaba de que fuera buena idea reabrir el caso.

—Por favor, ¿nos puede dejar solos? —El inspector estaba ansioso por compartir con Triana lo que acababa de descubrir. La información le ardía.

—Claro. Espero que tengan suerte —dijo el agente con tono complaciente.

—Muchas gracias —se despidió Triana volviendo la vista a su compañero—. ¿Se puede saber qué pasa? —preguntó cuando el agente se alejó lo suficiente.

—Míralo tú misma. —Sacó el papel del registro.

—Entiendo que son las personas que vinieron al depósito a ver la prueba del coche, ¿no? —preguntó Triana, asegurándose de lo que tenía entre manos.

Antón asintió sin saber qué más decir.

—¡No puede ser! ¿Seguro que esto está bien? —preguntó atónita.

—Sí, está bien. No tendría por qué estar mal, y comprenderás que con ese nombre no puede ser otra persona —bufó con gesto incrédulo.

—Deberíamos preguntarle a Braulio primero —susurró con los ojos bien abiertos. Dobló el papel y se lo devolvió a Antón como si le

quemara en las manos—. Joder, Antón, es el comisario.

—Míralo por el lado bueno, ahora sabemos por qué desapareció el expediente de comisaría. —Sentía el pulso inusualmente rápido.

—Vale, vamos a tranquilizarnos un segundo. —Se apoyó en el coche.

—¿Has encontrado algo? —Señaló el vehículo.

—No, hemos vaciado el maletero y movido los asientos. —Resopló con desesperación—. Todo lo que se puede quitar o mover lo hemos revisado.

—Debajo de los asientos. Normalmente ahí se suele acumular bastante mierda. —Accedió al coche y metió la mano por debajo del asiento del conductor—. No quiero ni pensar lo que tiene que haber aquí debajo. —Movió el brazo de un lado a otro y notó cómo la suciedad rozaba su piel—. Un momento, aquí hay algo, como una cadena.

Triana corrió hasta colocarse a su lado.

—Quita, ya meto yo mi mano, que es más pequeña que la tuya. —Se remangó aún con los guantes puestos que no se había molestado en quitarse.

—Voy. —Se levantó al sentir cómo Triana le estaba empujando sin delicadeza.

—Es verdad, ya lo noto. ¡Lo tengo! —exclamó contenta al agarrar la cadena. Sacó el brazo despacio. Tenía la sensación de que estaba enganchada a los raíles del asiento—. ¡Bingo!

—¡Vaya, vaya! Parece que es nuestro día de suerte —confirmó al ver a Triana dar saltitos con la cadena en la mano.

—Mira, tiene un colgante. —Limpió con los dedos la medalla, que había adquirido un color negruzco haciendo desaparecer el color brillante del oro.

—Tiene unas letras grabadas. —Antón entrecerró los ojos para intentar vislumbrar lo que ponía—. Nada, no veo nada sin gafas. Mira tú, a ver si tenemos suerte.

—Pone «Reyes» y una fecha.

Los agentes se miraron anonadados, sin poder cerrar la boca.

—Si el coche era de Tirso, no hay ninguna razón plausible que explique qué hace aquí una medalla de Reyes —comentó Antón buscando respuesta.

Triana sacó del bolso, tirado en el suelo, una bolsa de plástico transparente y metió la medalla en ella. Una vez dentro, volvió a mirarla fijamente para comprobar la fecha.

«No puede ser», pensó dándole vueltas a la inscripción.

—Antón, esta medalla no puede ser de Reyes. Si calculamos la edad que tendrá, es imposible. Tiene que ser la fecha en la que se casaron o nació uno de los hijos —expuso con los ojos clavados en la medalla de oro.

—¿Me estás queriendo decir que es de Emiliano? —Sintió un pinchazo al pensar que iba por buen camino.

—Sí, eso creo. —Triana sonrió ampliamente con satisfacción.

«Le tenemos».

—Vámonos de aquí, te tengo que contar muchas cosas —dijo Antón, comenzando a andar con las manos en los bolsillos.

—De acuerdo. Creo que hemos sacado del depósito todas las pruebas que han estado esperándonos durante tantos años. —Triana movió la cabeza.

—Espero que tanto esfuerzo nos sea útil para conseguir justicia y que los muertos descansen en paz de una vez —deseó con la mirada puesta en sus pies y sin dejar de andar.

28

Triana había ido a la reunión acompañada de Raquel. No había conseguido pegar ojo por la noche, y por la mañana, la ausencia de horas de sueño le había pasado factura. Tenía los ojos adornados con unas grandes manchas marrones y una hinchazón notable en su contorno. Al verse en el espejo había intentado arreglarlo con corrector, pero fue misión imposible eliminarlo al completo.

Las esperanzas se desvanecieron como el sol en un día nublado. Aura no apareció. Raquel intentó consolar a Triana. Se conocían y entendía perfectamente la posición de su amiga. No le importaba la casa, solo que Aura apareciera y arreglar las cosas con ella, pero no fue posible. Raquel conocía a la abogada de Aura, Coral, había coincidido con ella en los juzgados. Habían quedado por la zona porque Coral se lo había pedido para no perder tiempo en el traslado, ya que luego tenía un juicio.

Raquel no desaprovechó la oportunidad de explicarle a la compañera de profesión lo que estaba pasando y preguntarle si había conseguido ver a Aura.

—Ahora que lo preguntas, es extraño, porque no la he visto nunca. He hablado con ella, pero no la conozco en persona. Le ha hecho un poder al marido para hacer lo que quiera. —Bajó el tono en la última frase—. No quiero ser metiche, pero ese tal Lucas la tiene como recluida. —Miró alrededor de las mesas del bar donde habían decidido hacer la reunión.

—¿Qué no me estás contando? —Se interesó Triana, compungida al escuchar a la abogada. Tenía una mala sensación sobre la relación de Lucas y su hermana. Siempre había sido una persona celosa y posesiva.

Coral resopló antes de responder.

—No sé… —dudó si continuar hablando.

—Por favor, Coral, ¿qué pasa? —insistió Raquel.

—Es que es como si le pegara o le hiciera algún tipo de maltrato psicológico. Cuando he hablado con ella, no toma ninguna decisión, se escucha al otro murmurar, diciéndole lo que tiene que decir —explicó con angustia.

—¿No será sensación tuya? —quiso cerciorarse Raquel.

—Para nada, llevo muchos años en juicios y conociendo a personas de ese calibre. La tiene anulada. —Meditó por unos segundos lo que iba a decir a continuación. Antes se recolocó en el asiento—. Siento decir esto, pero la única opción que hay para anular a alguien así es el miedo… ya sabéis a lo que me refiero.

—¿Le pega? —dijo Triana al instante, apretando los puños en un acto reflejo.

—Creo que sí, y esto sí que es una sensación. No hay otra explicación para que no salga de casa, ¿no?

Triana agachó la cabeza. No solía sentirse bien en situaciones de conflicto. Era mejor hablar que ponerse altanero o a la gresca. Era consciente de la debilidad que tenía cuando una discusión comenzaba, por lo que las evitaba a toda costa. Ahora bien, si su paciencia se agotaba, no había marcha atrás para sacar a la peor Triana. Como la madre de Triana solía decir: «Cuando has ordeñado a la vaca, no puedes volver a meter la leche».

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Raquel visiblemente preocupada.

—No lo sé —balbuceó al borde del llanto.

—Creo que os puedo ayudar —dijo Coral, dando un rayo de luz al pensamiento catastrófico de la subinspectora.

—¿Cómo? —preguntó Raquel, acariciando el antebrazo de Triana.

—Bueno, si me dais un par de horas, intentaré hablar con ella. Lucas me dijo que no lo hiciera, pero quiero comprobar lo que está pasando y si Aura sabe el poder que le ha hecho al marido y las repercusiones que pueden tener si hace uso de él —explicó Coral con la excusa más coherente que se le ocurrió para hablar con Aura sin levantar sospechas—. No quiere que hable con nadie, así que vamos a averiguar el porqué.

—Fui a la guardería donde va mi sobrino con la intención de encontrarme con ella y tampoco apareció, quien sí fue, fue ese desgraciado —relató Triana el suceso más reciente—. Pensé que hoy la vería, pero tampoco ha sido así. —Miró a las abogadas a los ojos —. No quiero fallarle.

—No lo vas a hacer. —Asintió Coral, convencida de sus palabras.

—Gracias. Esperaremos a que nos llames. Por favor, intenta ser lo más rápida posible —le rogó Raquel con preocupación.

—Su mejor amiga también estaba en la puerta de la guardería para verla. Estaba igual de preocupada que yo. No creo que sea casualidad que no conteste ni quiera ver a nadie, ¿no? No me gustaría empeorar las cosas con Aura y que este sea el final por meterme donde no me llaman, o que malinterprete las cosas y piense que lo hago por quedarme con la casa. —Triana moqueó al terminar de hablar.

Notaba cómo el corazón le latía con rapidez al encontrarse en aquella situación y tener que pedir ayuda externa para conocer el estado de Aura. Sentía que era deprimente no poder hablar con la sangre de su sangre. Una vida compartida entre risas y sufrimientos y, de repente, los lazos que las unían habían desaparecido.

—Por mi parte puedes estar tranquila. La llamaré por mi cuenta y riesgo, aunque luego te cuente si he conseguido saber cómo está. —Le sonrió para tranquilizarla.

—Lo importante es que sepamos que está bien, y en caso contrario, que la ayudes. Si está en una situación complicada —Raquel no quiso calificarla con un adjetivo peor— y conseguimos sacarla de allí, no creo que le importe cómo hemos conseguido la información, y menos aún, si somos unas cotillas o no, ¿no te parece? —Levantó las cejas.

—De acuerdo —respondió Triana un poco más animada.

Coral se levantó después de echar un vistazo al reloj con disimulo.

—Luego os llamaré para deciros si he conseguido hablar con ella. Ahora tengo que irme a un juicio. —Se colocó el bolso que había dejado apoyado en el respaldo de la silla—. Por cierto, gracias por quedar aquí conmigo, me habéis hecho un favor.

—El que me vas a hacer tú a mí es mucho mayor —le agradeció Triana.

Coral se despidió y se fue. Raquel miró a su amiga con ojos compasivos.

—Tranquila, estoy bien —aseguró Triana sin dejar el móvil.

—¿Qué pasa?, ¿malas noticias?

—No. Juanjo nos ha mandado los informes de la científica —explicó sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Los ha comparado con los de los trabajadores de la empresa? —preguntó esperanzada.

—Eran voluntarios. Y sí, pero es evidente que ninguno de los que accedieron a dar una muestra voluntaria de su ADN era el asesino —dijo colocando las palmas de las manos hacia arriba al dejar el móvil en la mesa.

—Supongo. ¿Habéis descubierto algo más?

—Tengo dudas, la verdad. Ayer hablé con Antón y me dijo que Felipe nos había mentido. Me gustaría que se compararan con

las de él —continuó—. Es el único que estaba en los alrededores el día del asesinato.

—Y Edurne con él —le recordó Raquel.

—Ya, que resulta que tampoco fue su novia. —Resopló Triana —. En eso también nos mintió. —Raquel abrió los ojos al escuchar aquello—. Sí, parece que su novia era la hermana de Tirso. Eran cuñados en sus tiempos. Supongo que por eso tenían una relación tan estrecha, y de ahí el empeño de Felipe en descubrir quién mató a Úrsula.

—Si él no es el asesino, no creo que tenga problemas en hacerlo y demostrar que no mató a Emiliano. No le debes ninguna lealtad, no sois amigos, y además os ha mentido —recalcó y se colocó el pelo para quitárselo de la cara.

—Lo sé, pero creo que él se piensa que le debemos algo porque Tirso fue culpado y se suicidó —explicó de manera sintetizada para no entretenerse.

Triana se levantó.

—Tengo que irme. Antón está en comisaría con él. Ha aparecido con un bombazo. —Suspiró, comprobando que tenía todo y no se le olvidaba nada en aquel bar.

—¿Cuál? —Se levantó y siguió los pasos de Triana hasta la puerta.

—Se coló en la casa de Reyes y habló con Roque —susurró acercándose al oído de su amiga.

—Parece que le gusta el riesgo. ¿Todavía no sabéis quién mató a Úrsula?

—Presuntamente fue Emiliano. Encontramos una medalla que aparentemente es de él dentro del coche con el que atropellaron a la chica —explicó al llegar a la calle.

—Eso no os va a valer en el juicio. Solo demuestra que estuvo allí, no que fuera el asesino —advirtió la abogada sin ánimo de quitarle las esperanzas puestas en el nuevo hallazgo.

—Bueno, creo que tenemos a alguien que puede corroborar información, y tengo la sensación de que, si la científica recoge huellas en el coche, aparecerán las de Emiliano —argumentó Triana, pensando en que Braulio tenía la clave para resolver el crimen y reabrir el caso.

—Espero que tengáis suerte y que el fiscal os pueda ayudar. Ya le tengo localizado. —Raquel rebuscó en su bolso y sacó un papel doblado—. Es del expediente, en él está el nombre, y por detrás tenéis el teléfono y la dirección.

—¡Vaya! ¡Qué rapidez! —exclamó sorprendida y con los ojos bien abiertos.

—Bueno, después de todo, solo hay un mes para reabrir el caso, así que supongo que toda ayuda es poca.

Triana le dio un abrazo. Raquel siempre estaba ahí cuando se la necesitaba.

29

Los agentes habían recopilado pruebas que demostraban lo que había ocurrido en ambos casos. Sin embargo, debían confirmarlas con quienes habían intervenido en los crímenes de alguna manera. Antón no daba crédito al hecho de que Braulio estuviera involucrado y tenía la imperiosa necesidad de hablar con él, de que le dijera mirándole a los ojos que era verdad. En caso de que les mintiera, no estaba seguro de poder continuar como policía a su cargo. Era impensable que el comisario estuviera ocultando pruebas y que supiera que Tirso era inocente y lo hubiera tapado con artimañas. Pero era lo que parecía, y sin duda, lo que pasó.

Triana llegó a comisaría, donde había quedado con Antón y Felipe. El inspector le dijo que le esperaban en una de las salas de interrogatorios. Después de que Felipe les contara lo que había descubierto, hablarían con Braulio. Antón estaba deseando dar por concluida la conversación con Felipe. No podía quitarse de la cabeza la imagen del comisario manipulando pruebas a escondidas.

La subinspectora fue la última en llegar. Al cruzar la puerta de la sala, los vio sentados, y dirigiéndole miradas llenas de pena. Ambos sabían que no estaba pasando por un buen momento con el tema de su hermana y al ver su expresión supieron que no se había presentado a la reunión.

—¿Estás bien? —preguntó Antón.

—Bueno, he tenido días mejores —contestó al sentarse a su lado en la silla después de arrastrarla sin mucho ánimo.

—Espero que tenga solución —añadió Felipe sin querer inmiscuirse demasiado en un tema personal.

—Supongo que todo tiene solución. Solo tengo que encontrar la manera de dar con ella. —Triana se colocó el flequillo varias veces mientras hablaba.

Antón le dedicó una sonrisa comprensiva y le acarició el brazo con cariño.

—Venga, no quiero entretenerme más de la cuenta en este tema, que por el momento tiene poca o ninguna solución viable —Carraspeó—. Lo primero que quiero saber es el motivo por el que Felipe nos ha mentido —afirmó con la mirada clavada en sus ojos.

—¿Qué? —respondió asombrado por la afirmación de Triana.

—Siento tener que ser dura contigo, pero nos hemos enterado de que nos has mentido, y nos gustaría que te explicaras. —Las palabras de Triana dejaban ver la decepción con aquel hombre en el que habían depositado su confianza.

Felipe se removió en el asiento intentando encontrar una respuesta convincente para no perder el vínculo que habían creado y que ahora veía cómo se desvanecía delante de sus ojos. Dirigió su mirada a Antón, que había agachado la cabeza, avergonzado. Él había sido el impulsor para ayudarle y sentía que la relación no había sido mutua.

—Sé que os he mentido, pero fue por una estupidez. No sabía si era buena idea deciros la verdad y creo que tomé una mala decisión. Por eso lo hice —se excusó con voz temblorosa.

—Lo siento, Felipe, pero necesitamos más que una pobre excusa —intervino Antón sin dejar de tamborilear los dedos en la mesa de manera silenciosa.

Felipe los miraba en silencio. Tomó la decisión de esperar a que le dijeran en qué les había mentido, no quería volver a meter la pata y que las cosas empeoraran entre ellos.

—Fui a hablar con la madre de Tirso. Es una mujer encantadora y llena de tristeza. Quiero ayudarla y hacer justicia por su hijo, de verdad. Pero primero necesito que su *cuñado* nos diga qué es lo que está pasando. —Antón alzó la vista y suspiró profundamente.

—Entiendo. Es verdad, os mentí, pero fue una estupidez. —Felipe intentaba quitarle hierro al asunto y miró a Triana, buscando un poco de la empatía que la caracterizaba.

—Lo siento, Felipe, no lo entiendo. Necesito que me digas qué motivo tenías para mentirnos cuando nosotros te hemos ayudado desde el principio. —Se echó hacia delante en la mesa y cruzó las manos por encima de esta—. No me gustabas, pero confié en la decisión de Antón, y después de todo lo que hemos hecho por ti, nos hemos dado cuenta de que nos has mentido. Lo siento, pero lo peor no es que nos hayas mentido, sino el motivo por el que lo has hecho: estás ocultando algo —afirmó con dureza—. ¿Qué ocultas? Estabas allí con Edurne cuando le asesinaron, ¿por qué?

—Fue una tontería. No éramos novios, pero pensé que si os decía que fuimos a hablar con Emiliano y que nos dijo que nos iba a ayudar, pensaríais que fuimos nosotros porque solo éramos amigos, sin embargo, pensé que si os decía que fuimos novios resultaría más convincente. Es solo eso. Solo he mentido en eso, todo lo demás es cierto.

Los policías se miraron.

—Vamos a dejar este tema a un lado, no quiero perder más tiempo. Tenemos las pruebas de ADN en las uñas de Emiliano. Así que, si es verdad lo que dices, no tendrás inconveniente en que te tomemos una muestra para descartar que fuiste tú, ¿no? —sugirió el inspector.

—¡Claro que no tengo inconveniente!

—De acuerdo. Vamos a terminar esta reunión y luego te esperarás aquí hasta que venga nuestro compañero, Juanjo, para hacerte la prueba. ¿Te parece bien? —confirmó Triana mientras se giraba para sacar un cuaderno del bolso.

—Sin problemas. Yo no he sido, y haré lo que haga falta para demostrarlo.

—Con la prueba lo sabremos. No habrá más mentiras —aclaró el inspector.

—Ahora cuéntanos que te dijo Roque. Es importante que intentes darnos la cantidad máxima de detalles para poder terminar con esto. —Triana cogió el bolígrafo, esperando a escuchar el relato de su breve visita al hijo de Reyes.

Felipe les contó incluso cómo se coló por la verja, para evitar posibles reproches. La conversación con Roque no había sido extensa, pero sí lo suficiente importante como para no pasar por alto ninguna de sus palabras. Debían investigar el tema de su ingreso en el centro psiquiátrico, podría haber alguna pista en las reuniones de control que tuvo.

—De acuerdo, entonces lo que tenemos que hacer es ir a ese centro psiquiátrico e intentar sacar la máxima información posible a quien tratara a Roque, ¿no? —concluyó Antón, que sentía la necesidad de terminar la reunión e ir a hablar con Braulio.

—Me parece bien. Vamos. —Triana guardó el cuaderno en el que había apuntado lo más importante del relato de Felipe.

Él los miró.

—¿Me espero aquí? —preguntó indeciso.

—Sí, ahora llamamos a nuestro compañero. No te preocupes, si no has tenido nada que ver, te descartaremos en el momento. Juanjo te dará los resultados en una hora, aproximadamente. Tendrás que esperar hasta que él te diga, ¿vale? —Antón quería terminar con aquello de una vez.

—Cuando me dé los resultados, ¿os podré ayudar? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Creo que el caso de Tirso está prácticamente cerrado. Tenemos las pruebas para reabrir el caso, pero para eso tenemos que hablar con el comisario. —Antón miró a Triana. Le ardían las palabras en la garganta al nombrar a Braulio.

—¿Y qué pasa con el asesinato de Emiliano? —preguntó Felipe torciendo el gesto.

Los agentes le miraron con dureza. Felipe, en ese momento, era el principal sospechoso. Su teléfono móvil le situaba cerca de la escena del crimen y tenía un motivo de peso para matar a Emiliano por acusar a Tirso injustamente.

—Eso ya lo iremos viendo —contestó Triana rápidamente—. Tenemos el ADN en las uñas de Emiliano, así que tarde o temprano cogeremos a quien lo hizo. Primero tenemos que aclarar el asesinato de Úrsula y devolver la inocencia a Tirso.

—¡Yo no he sido! —exclamó Felipe, notando que le miraban de manera diferente desde que habían descubierto su mentira.

—Ahora ya da igual lo que digas —recalcó Antón, que ya había abierto la puerta—. Desde que entré en la policía descubrí que quien miente una vez, lo vuelve a hacer de manera irremediable. Así que, bueno, en mi caso, lo siento mucho, pero, aunque se demuestre tu inocencia, para mí siempre serás un mentiroso. —Le miró con rencor.

Para Antón la mentira era algo imperdonable. Puede que fuera porque ya había vivido demasiadas situaciones amargas en su vida, pero no podía evitar el hecho de que faltar a su palabra fuera el peor defecto de una persona. Al final solo quedan más y mejores mentiras, la palabra es la fuerza más poderosa, pero una vez la pierdes, no hay vuelta atrás.

—Por cierto, ¿sabemos si Pablo ha conseguido más información? —preguntó Triana con el bolso colgado al hombro.

—No ha conseguido nada nuevo. Iba a intentar sacar más información de las pastillas, pero de momento no ha tenido éxito. Creo que, cuando no funcionaron y Úrsula murió, se deshicieron de cualquier rastro de ellas —dijo Felipe preocupado.

—De acuerdo. Cuando Juanjo tenga los resultados nos avisará. —Meditó unos segundos—. Espero que no seas tú, de

verdad. Para mí sería una gran decepción.

—No lo soy —confirmó Felipe una vez más.

—Espero que tengas razón. —Triana cerró la puerta después de mirar a Felipe a los ojos. En sus palabras se palpaba la decepción.

Los agentes anduvieron unos metros para alejarse de la puerta y del resto de compañeros que caminaban por los alrededores.

—Triana, no puedo esperar —dijo Antón con un brillo en los ojos.

—¿A qué te refieres? —preguntó ladeando la cabeza sin comprender qué es lo que quería decir.

—Tengo que hablar con Braulio antes de seguir con esto. —Sintió que se le aceleraba el pulso al decir el nombre del comisario.

—A ver, a ver, creo que debería ser al revés. Una vez que tengamos todas las pruebas, no podrá mentir y tendrá que aceptar las consecuencias de lo que ha hecho. —Triana habló con dureza.

—Las cosas no son o blanco o negro. Conozco a Braulio desde hace años, incluso le he considerado mi amigo. Jamás ha sido un mal policía, y menos aún un mal comisario. No puedo dejar de darle vueltas a la idea de que existe algo que se nos escapa. Una razón de peso para hacer lo que hizo. —Antón hablaba con ligeros susurros—. No es un corrupto, y si se jugó su carrera en la policía de esa manera es por una razón más allá de la que nuestros ojos ven, ¿no te das cuenta? —Movió la cabeza a ambos lados por la incomprensión de Triana hacia otro policía; hacia Braulio, que siempre les había ayudado y apoyado en los momentos más difíciles de sus carreras.

Triana entrecerró los ojos, pensativa.

—No te entiendo —dudó de su explicación.

—Al igual que amenazaron al forense, ¿qué te hace pensar que no le hicieron lo mismo a él? Escúchame, Triana, todos tenemos a gente a la que queremos, y le han podido amenazar con hacerles daño. Puede que el dichoso juez, al estar involucrado hasta el cuello, hiciera que los demás guardaran silencio de alguna manera —explicó Antón en un intento de que Triana entendiera que a veces no se pueden tomar decisiones a la ligera.

—Está bien. —Suspiró y se cruzó de brazos—. ¿Qué es lo que me estás pidiendo?

—Que vayas tú sola al centro psiquiátrico. Lo puedes hacer perfectamente, y yo necesito hablar con él. Tengo aquí una espinita clavada —dijo posando la mano sobre su corazón—. Fue mi mentor, la persona que siempre me defendió y estuvo ahí cuando nadie más lo hacía. —Miró al suelo para coger aliento y poder continuar con aquella declaración tan íntima y personal—. Cuando llegué aquí, no era muy famoso entre el resto de los agentes, ¿sabes? Como tú ahora. Nadie quería trabajar conmigo y se inventaban situaciones para conseguir echarme de la policía. Tú me tienes a mí; entonces, yo solo le tenía a él. Me defendió a capa y espada y fue a contracorriente por mí. Se lo debo.

Triana procesaba la información que el inspector le relataba con una amalgama de sentimientos y admiración.

—Me parece bien. No te preocupes, yo haré mi trabajo y descubriré qué es lo que Roque contó a la psiquiatra. —Asintió—. Ve a hablar con Braulio. Déjale claro que estamos con él y que haremos lo que tengamos que hacer para que su gran carrera no sea eclipsada por toda esta parafernalia de crímenes y venganzas —declaró Triana.

—Gracias. —Le dio un abrazo—. Sé que no eres muy cariñosa, pero tienes un gran corazón debajo de esa gran coraza que te pones a diario. —Sonrió cuando dejaron de abrazarse.

—Venga, venga, déjate de líos, que hay mucho que hacer. —Le guiñó el ojo y comenzó a andar. Las muestras de cariño la ponían

nerviosa—. Cuando salga te llamo —gritó al darse la vuelta tras andar varios metros.

—¡Triana!

—¿Qué? —Se volvió a girar.

—No hagas nada que yo no haría —alzó la voz el inspector.

—No te prometo nada —respondió antes de desaparecer de la vista de su compañero.

30

Triana se montó en el coche preocupada. Comenzó a conducir en modo automático sin quitarse del pensamiento la idea de que en ese momento Antón y Braulio estarían hablando. Puede que el inspector tuviera razón. La hipótesis de que le hubieran estado chantajeando para tapar aquel entramado por la muerte de Úrsula tenía mucho sentido. El forense también miró hacia otro lado por las amenazas, y Braulio se jugaba mucho más. «¿Qué es un comisario con fama de corrupto? Nada». Se podrían haber cargado su carrera de un plumazo.

Le rugían las tripas cuando aparcó enfrente del centro psiquiátrico. Aquel lugar le daba escalofríos. Triana sentía auténtico pavor por todo aquello que no conocía y, los enfermos mentales, así como sus comportamientos, le provocaban miedo. Sabía que era por desconocimiento, pero aun así no dejaba de tener un miedo inconsciente al estar allí y tener que entrar. Decidió que tomar un tentempié antes de entrar no sería tan mala idea. Un descanso para comer y beber algo le daría un tiempo bien empleado si lograba serenarse.

Buscó algo parecido a un bar con la mirada antes de comenzar a andar, y no tardó en encontrarlo. A pocos metros había una cafetería abierta con un gran letrero en color granate. Estaba relativamente cerca. No quería mover el coche, porque tener que volver a encontrar el lugar la ralentizaría. Prefirió andar y llamar a Coral para aprovechar esos minutos. Primero llamó a Aura, por si cogía el móvil, aunque estaba segura de que no sería así. Si no había ido a la reunión, mucho menos hablaría con ella por teléfono. Tras colgarse la llamada sin respuesta, llamó a Coral. Cruzó los dedos de la mano que tenía en uno de los bolsillos.

«Por favor, que haya hablado con ella».

—¿Sí? —respondió al primer tono.

—Soy Triana, la amiga de Raquel —explicó rápido.

—Hola, Triana, entiendo que estés nerviosa, pero de momento no he conseguido hablar con ella.

—¿Cuántas veces la has llamado?

—Bueno, nos hemos visto hace un rato, como quien dice, solo dos veces.

—Vale, no te molesto más —dijo a modo de despedida para no resultar pesada. Coral tenía razón, no le había dado tiempo suficiente.

—Espera un momento, Triana. Con quien sí he hablado es con Lucas —el tono de voz se terció a malas noticias.

—¿Y? Di lo que sea, no hace falta que suavices sus palabras. Me odia tanto como yo a él.

—Bueno, me ha dicho que no llames más a su mujer, que no quiere saber nada de ti —soltó sin miramientos, como Triana le dijo.

—De acuerdo, déjalo estar entonces, cada vez tengo más claro que esto no tiene solución posible porque ella no quiere que la tenga. —Andaba con la mirada puesta en el suelo—. Quizás sea mejor así —dijo sin pensarlo, derrotada.

—No me quiero meter donde no me llaman, Triana, pero creo que pasa algo en esa casa. No es normal que la aísle de esa manera. Me comentaste que su mejor amiga tampoco conseguía hablar con ella… —Se calló unos segundos—. Eso es muy raro.

—Ya, pero no sé qué hacer. —El tono de Triana cada vez era más desesperado.

—Intenta hablar con la amiga. Puede que ella haya pensado algo. No es nada personal hacia a ti, porque se lo está haciendo al círculo más cercano de Aura. Siempre hay un motivo, las cosas no ocurren sin más —explicó Coral con un nudo en la garganta al contar lo que ella entendía al ser conocedora de situaciones similares.

—Es buena idea. Hablaré con Nadia, puede que tenga una idea para que consigamos verla —se animó Triana a sí misma.

—Si te puedo ayudar en algo más, solo tienes que decírmelo, ¿vale?

—Vale, muchas gracias, Coral.

Colgó y entró al bar. Al menos ya sabía a qué podía atenerse. Le daba vueltas y no encontraba explicación lógica. Tenía que estar pasando algo malo para que su hermana desapareciera de aquella manera. Nadia estaba igual de preocupada y tampoco daba con una idea para hablar con Aura. La idea de esperar a que Lucas se fuera a trabajar y abordarla en casa cada vez le atraía más.

Pidió un café con leche y un pincho de tortilla. Esperó en la barra a que le sirvieran y, mientras observaba al camarero preparar el café, se quedó mirando fijamente el humo que salía de la cafetera. Después de hablar con Coral, estaba más preocupada que al principio. Cuando habló con ella tenía un hilo de esperanza de que hubiera conseguido contactar con Aura y zanjar el tema de una vez. Ahora se sentía más culpable. Podía ser que su hermana estuviera en una mala situación y necesitara su ayuda, pero no pudiera pedirla abiertamente para que Lucas no se enterara.

«Tengo que hablar con Nadia. Puede que ya haya intentado abordarla por la mañana y cualquier otro plan sea innecesario».

Estaba ensimismada cuando el camarero colocó el plato con la tortilla.

—¿Se encuentra bien? —preguntó confuso.

—Sí, perdone, estaba pensando. —Sonrió.

Pagó y se sentó en una de las mesas libres. Tomó la decisión de hacer algo. El tema de Aura la atormentaba día y noche y ya comenzaba a sentir el agotamiento mental.

—Nadia, soy yo —dijo a modo de saludo.

—Me alegra que me hayas llamado. Yo también estaba pensando en hacerlo. Sé que dijimos que hablaríamos, pero no he podido resistirme a volver a su casa.

—¿Y? —preguntó impaciente Triana, interrumpiéndola.

—Y nada, Triana, ni siquiera me ha contestado al telefonillo. He pensado en llamarte, porque a lo mejor como eres policía puedes hacer algo. Quizás si mandas a una patrulla se puedan acercar a casa. No sé… —La voz de Nadia dejaba entrever la desesperación por ver a su amiga.

—Puedo llamar a unos compañeros para que se acerquen, pero si no abre la puerta, ¿qué? Estaríamos igual que al principio. Tenemos que volver a intentarlo. —Dio varias vueltas al café y bebió un sorbo.

—Entonces, no sé qué más podemos hacer, si ella no da señales de vida… —Suspiró con desesperación.

—Podemos ir a buscar a Lucas al trabajo, puede que nos diga algo —dijo con tristeza al comer el primer trozo de tortilla.

—Sabes que eso es una tontería. Él no va a hablar con nosotras, y aunque lo hiciera sería para insultarnos y decirnos que dejemos en paz a Aura. —Suspiró de nuevo, tan profundamente que Triana escuchó por el teléfono cómo se escapaba el aire de sus pulmones.

—La verdad es que estoy pensando en terminar con todo esto. Vender la casa y olvidar que algún día tuve una hermana. Si ella quisiera podría haber tenido algún contacto, ¿no crees? —preguntó retóricamente para continuar hablando—. Hablé con ella varias veces y no me dijo nada. Solo estaba tosca y me hablaba con desprecio, —Se tocó la sien con una de las manos. Notaba que la migraña no tardaría en volver a aparecer.

—¿Estaba Lucas delante cuando te llamó?

—Obvio, siempre está delante. Parecen siameses —bufó.

—Pues ya sabes por qué te hablaba así —resolvió Nadia con fastidio—. Está metido en todas partes.

—Ya, pero es ella quien tiene que buscar una solución. Si necesita ayuda, debería pedirla. ¿Qué otra manera tenemos de hablar con ella? —Movió las manos mientras hablaba y comía al mismo tiempo.

—No lo sé —contestó Nadia con pesar.

La subinspectora terminó de comer y se bebió el café para dirigirse al centro psiquiátrico.

—Nadia, luego hablamos, ¿vale? Tengo que dejarte —se excusó Triana para dar por terminada una conversación que le estaba dando dolores de cabeza.

—De acuerdo. Yo voy a seguir intentándolo. Quizás me coja el teléfono, aunque sea para decirme que no la vuelva a llamar. —Soltó una risa irónica y triste a la vez.

Triana se despidió del camarero que la atendió y salió para comenzar a andar con paso ligero. Miró la hora para asegurarse de que aún tenía tiempo de pasarse por los alrededores de la casa de Aura.

«Me tiene que dar tiempo».

31

El inspector se sentó en su sitio después de que Triana se fuera y Juanjo llegara para coger las muestras de ADN de Felipe. Tenía que hablar con Braulio, decirle lo que habían encontrado y que, tras una investigación corta, pero productiva, las pruebas que con tanto ímpetu había intentado ocultar habían ido saliendo poco a poco. Ahora tenía todas encima de la mesa junto con un gran sentimiento de culpabilidad. No se había dado cuenta de lo que quería a aquel hombre hasta que llegó el momento de exponer los trapos sucios del caso de Úrsula. Suspiró varias veces mientras el aire de la comisaría se volvía gélido, espeso, e incluso dolía respirarlo. Colocó los codos sobre la mesa en la que tenía la carpeta con las pruebas y apoyó la cabeza en sus manos.

«¿Cómo se le dice a un amigo que sabes lo que ha hecho? Solo espero que no haya sido por dinero, como el resto de implicados».

Una vez más, suspiró y miró el reloj. El nudo en el estómago hacía que no pudiera decidirse por cuál era el momento de levantarse e ir a hablar con Braulio. Dejó de mirar la carpeta para girar el cuello y observar al comisario en su despacho. Las miradas de los policías se cruzaron durante un segundo. Antón se quedó sin gesto en la cara mientras sostenía la mirada y Braulio le sonrió.

«Lo sabe».

Como si de un impulso nervioso se tratase, se puso en pie y cogió la carpeta para dirigirse al despacho. Braulio continuaba mirándole. Antón se dio cuenta de cómo tragaba saliva cuando verificó que sus pasos habían tomado el camino que le llevaría a situarse delante de él en unos segundos.

El inspector suspiró al cruzar la puerta del despacho, que estaba abierta. Braulio se acomodó en el asiento. Se conocían desde

hacía años y los dos sabían que la conversación que iban a tener no sería agradable para ninguno.

—Braulio, tenemos que hablar. Es bastante urgente. —Carraspeó—. ¿Te importa que cierre la puerta?

—Claro. Siéntate. —Los ojos de Braulio se habían tornado tristes.

Antón cerró la puerta y estiró el brazo para darle la carpeta.

—¿Qué es esto?, ¿el caso de Emiliano? —preguntó en un intento de conseguir tiempo para ordenar la explicación que tantas veces se había preparado en su cabeza.

—Bueno, se podría decir que sí y que no a la vez. —Se recolocó en el asiento. Sentía que nunca había tenido una conversación tan incómoda—. Para entender el asesinato de Emiliano, primero hemos tenido que resolver el de Úrsula. —Antón introdujo el tema de la manera más sutil que pudo.

—Entiendo… —Braulio cogió la carpeta y comenzó a revisar con la mirada penetrante de Antón clavada en él—. De acuerdo, ¿y bien? —Carraspeó nervioso a la vez que cruzaba las piernas.

—No quería llegar a este punto, la verdad —dudó si continuar, pero no había otra forma de hacerlo, dada la reacción de Braulio.

—Entiendo, pero parece que no hay alternativa —puntualizó el comisario.

—Eso parece. —Resopló Antón—. A pesar de tus grandes esfuerzos por ocultar lo que ocurrió en realidad, hemos descubierto que estás implicado. Así que, bueno, supongo que hay que reabrir el caso y que te juzguen por lo que hiciste.

Braulio no contestó. Cogió de nuevo la carpeta que había dejado en la mesa para restar importancia y miró concienzudamente las pruebas que tenían. Siempre vivió con la congoja de que ese día llegaría, y con la muerte de Emiliano y la llamada de Reyes, sabía

que las mentiras que había estado ocultando no tardarían en caer como un castillo de naipes al perder estabilidad.

—¿No tienes nada que decir? —se interesó Antón desconcertado.

—Tengo mucho que decir, lo que pasa es que, muy a mi pesar, estas pruebas han hecho que mi palabra no valga nada —recalcó, pesaroso.

—¿Braulio, por qué hiciste algo así? No lo entiendo. Has sido un policía ejemplar con una carrera prometedora desde el inicio —alzó la voz sin pensarlo—. Jugártela de esta manera por esa familia… ¡No lo entiendo! —Acercó la silla hacia la mesa que los separaba.

Braulio intentaba ser fuerte, pero las palabras de Antón iban haciendo que su semblante obstinado se fuera derrumbando poco a poco.

—Lo sé, es por ese mismo motivo por el que fueron a por mí. Sé que no me vas a creer —se encogió de hombros—, yo tampoco lo haría. Es una situación surrealista y, después de tantos años callado, ni siquiera sé cómo he podido caer tan bajo. —Se frotó los ojos con ambas manos.

—¿Qué pasó? —La voz compasiva de Antón retumbó en el despacho.

—Da igual. Haz lo que tengas que hacer, Antón, no quiero que te manches las manos por mí. No quiero que fastidies tu carrera de policía como yo hice con la mía. —Miró la foto que tenía sobre la mesa.

—¡No puede ser! ¿Esa familia sin escrúpulos te amenazó? —preguntó Antón al ver cómo el comisario miraba con los ojos rojos el retrato de su familia.

Asintió.

—Pero tenías que haber hecho algo. ¡Joder, Braulio! ¿Acaso no sabes que seguir la bola a unos psicópatas siempre va a más? Si

te hacen un chantaje y aceptas, tendrán motivos para hacerte más. —Antón no daba crédito. Se levantó de la silla con las manos en la cabeza y comenzó a recorrer en línea recta los metros que componían el despacho.

—Es muy fácil decirlo, pero tú habrías hecho lo mismo —contestó en un hilo de voz—. Cálmate, ahora tengo que aceptar las consecuencias de lo que hice.

Antón se sentó sin apartar la mirada de su amigo.

—No, de eso nada. ¿Qué es lo que pasó? ¿Quién mató a Úrsula? —preguntó sin rodeos.

—Eso ya lo sabes, tienes las pruebas —respondió Braulio—. Emiliano orquestó todo con la ayuda del juez. —Señaló la carpeta apoyando el dedo índice encima—. Está todo aquí. Solo hay que seguir la sucesión de pistas. Eres buen policía, y el mejor en homicidios, puedes hacer la línea del tiempo solo para encontrar la lógica a los hechos.

—Eso ya lo sé, pero quiero escucharlo de ti. Necesito que me cuentes lo que te pasó, lo que te hicieron para que aceptaras encubrir lo que ocurrió —dijo sin parpadear.

—¿Y valdrá para algo? —El comisario se había dado por vencido hacía muchos años.

—Te voy a contar un secreto —anunció con una sonrisa—. Cuando llegué aquí, no tenía ningún amigo, o eso creía yo. En los peores momentos de mi vida resultó que el comisario era la única persona que me apoyaba y me defendía, que dio la cara por mí cuando nadie más lo hizo. Confiaste en mí —dijo Antón con la voz temblorosa—. Ahora tengo una oportunidad, la oportunidad de devolverte el favor. —Hizo una pausa para aclararse la garganta y ahogar el llanto—. Confío en ti, viejo amigo. Ahora y siempre.

—Está bien. Te contaré toda la verdad —puntualizó con una sonrisa.

—Te voy a ayudar, de eso puedes estar seguro —recalcó Antón.

—La familia de Reyes hizo un programa experimental con la idea de curar las complicaciones respiratorias de su hijo Roque. Una de las personas que utilizaron para probar la eficiencia de las pastillas fue Úrsula. Fue la escogida porque era la que se prestaría a probar las pastillas que iban a lanzar al mercado después de varias investigaciones, pero no salió bien y murió —comenzó a hablar, seguro de la amistad de Antón. Había dejado de sentirse solo. Sabía que el inspector estaría con él durante todo el proceso.

—¿No había programas anteriores hasta que sacaron aquella medicación?

—Primero probaron en animales, y funcionaban, solo faltaba probar en humanos para comprobar la reacción y la eficiencia. Aquello no salió bien y Úrsula murió.

—¿Y el juez? —preguntó Antón.

—Su hija también tenía problemas respiratorios, por lo que accedió a aquellas pruebas siempre que se probara con otras personas —matizó Braulio—. Al morir Úrsula, la fama de la empresa caería por los suelos y no podrían seguir con la investigación, por lo que decidieron que pareciera un accidente y así poder continuar con los programas experimentales, ¿entiendes?

—Entonces encontraron un culpable. —Antón meneaba la cabeza, cabizbajo.

—Exacto. El juez ordenó todo el tinglado. Habló con el forense para que no hiciera las pruebas a Úrsula y, como el culpable de adelantar las pruebas en humanos fue Emiliano, le designó para atropellarla y que pareciera un accidente —explicó con tono de culpabilidad por haber colaborado en el maquiavélico plan.

—¿Y qué pintaba Tirso en todo esto?

—Dámaso, el juez, lo conocía por los pequeños actos vandálicos que había ido haciendo a lo largo de su corta vida. Visitaba los juzgados con bastante frecuencia y sabía que podría conocer a Úrsula. El hecho de que ocurriera esa noche fue casualidad, pero favoreció al plan del juez y Emiliano.

—Por eso no se inspeccionó el coche.

—Exacto. Cogieron el coche esa noche, lo utilizaron y lo volvieron a dejar. Hacer algo así es sencillo para gente con dinero. Siempre conoces a alguien que sabe abrir una cerradura. Además, las cerraduras de antes no son como las de ahora. Tú mismo sabes que era bastante fácil forzarlas y que los seguros saltaran sin hacer el más mínimo ruido.

—Lo sé. Continúa —confirmó Antón.

—Esa misma noche fueron a amenazar a Aitor, el forense que debía haber hecho la autopsia. Sabían que el cuerpo no tardaría en llegar y era importante que no se hiciera para que no se descubriera la verdadera causa de la muerte, ¿lo entiendes?

—Ya, y luego fueron a por ti, ¿no?

—Exacto. Vinieron a mi casa de noche. Sabían que no aceptaría por dinero y varios encapuchados se colaron con pistolas en mi casa. Ataron y amordazaron a mi familia. Le pusieron una pistola en la cabeza a mi hija… —se secó una lágrima que corría por su mejilla—, y me amenazaron con matarla si no aceptaba colaborar. —Negaba con la cabeza al recordar lo ocurrido hacía tantos años.

—¿Y cómo se enteró el periodista? —preguntó Antón para entender lo que ocurrió.

—La hermana de Tirso fue a verla, desesperada, porque no sabía dónde acudir. Sin embargo, lo acallaron rápido cuando consiguió las pruebas. Sabía que le matarían sin ningún remordimiento —prosiguió el comisario.

—Hay una cosa que no entiendo: ¿y el fiscal del expediente? —preguntó Antón, entrecerrando los ojos.

—No lo sé. Nunca he hablado de esto con nadie. Después de ver a mi hija encañonada, con una pistola en la sien, se me quitaron las ganas de preguntar. Solo hacía lo que ellos me decían —quiso aclarar Braulio para que Antón supiera que no tenía conocimiento de los tejemanejes de Reyes y Emiliano.

—¿No sabes nada de la testigo que declaró en el juicio que era amiga de Úrsula? Nerea, creo que se llamaba —preguntó Antón al no recordar el nombre con exactitud.

—Esa familia de psicópatas primero prueban el chantaje con miel, es decir con dinero, y si no aceptas, como era mi caso, pasan a la violencia —aclaró levantando las cejas repetidamente.

—Tienes razón, encontramos falsedad documental en la empresa de la chica. Ha ganado concursos públicos de bastante dinero, de los que, casualmente, se encarga Moisés. —Resopló al unir todos los puntos con el relato de Braulio.

El inspector guardó silencio unos segundos. Un gran remolino de ideas le pasó por la mente en busca de la mejor opción para todos. No solo bastaba con hacer justicia en ese caso. El daño personal había sido inmenso, y quería minimizarlo todo lo que pudiera.

—Vale, Braulio, pero la pregunta es, después de todo esto, ¿te atreverías a declarar lo que sabes en contra de la familia?

—Creo que sí, pero necesitaría que mi familia estuviera protegida. —Asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero aún con tu declaración seguimos teniendo un problema —declaró Antón visiblemente preocupado.

—¿Cuál? —preguntó Braulio extrañado.

—No sabemos quién mató a Emiliano. —Suspiró Antón, cansado.

—Bueno, Triana sigue con la investigación, ¿no?

—Sí, estamos siguiendo una pista —dijo Antón—. Además, tenemos a un amigo de Tirso, Felipe, en la sala. Estamos esperando los resultados para compararlo con el ADN que tenía en las uñas.

—Tenemos que ponernos en marcha y aclarar esto de una vez por todas. Iré a hablar con Herminio, él fue quien ayudó a sacar el cuerpo de Úrsula cuando murió —explicó Braulio.

—Ya mintió al principio con el caso de Emiliano —le adelantó el inspector.

—Tiene miedo, igual que lo he tenido yo durante tantos años. Puede que testifique si hablo con él.

—Inténtalo, pero no creo que lo consigas. No se va a inculpar a sí mismo —dijo Antón, convencido de sus palabras.

—Puede ser, pero tengo que intentarlo, se lo debo a Tirso. Después de todo, colaboré en lo que le pasó. Me siento culpable por su suicidio —declaró Braulio con tristeza.

—No seas duro contigo mismo. Lo hiciste por tu familia. —Se levantó para colocarse a su lado—. Cualquiera hubiera tomado esa decisión, si amenazan a su familia. —Le dio una palmada en la espalda.

—Bueno, al menos, intentaré arreglarlo… —dijo finalmente Braulio, poniéndose en pie.

32

Triana se quedó observando la entrada del psiquiátrico. Le dio la sensación de que no cualquiera podría acceder a esas instalaciones. Normalmente aquel tipo de centros, por lo poco que ella sabía, solían ser muy caros. Este no solo lo parecía, lo era.

No quería que el director del centro se preparara la reunión, así que decidió, junto con Antón, que la mejor opción era presentarse sin avisar. El ruido de apertura de la puerta sonó al segundo de que llamara, lo que le hizo suponer que habría cámaras en varios puntos estratégicos y una recepción en la entrada del edificio. Había un pequeño camino con multitud de zonas ajardinadas en sus laterales y árboles por doquier. Al llegar en la puerta comprobó que estaba abierta y, como había imaginado, le esperaba una persona, trabajando tras la pantalla del ordenador.

—Hola, soy la subinspectora Castillo, venía a hablar con el director del centro.

—Buenos días. Ahora mismo le llamo. Puede sentarse en el sofá mientras viene. —Señaló los metros adecuados con los muebles de diseño en colores neutros—. ¿Tenía cita con el director?

—No, pero es urgente —puntualizó con la mirada fría clavada en el rostro redondo de la mujer.

Triana siguió la indicación y se sentó en el sofá. A primera vista no le había parecido muy cómodo, pero al sentarse se dio cuenta de que se había equivocado. Miró por última vez el móvil para comprobar que no tenía ningún mensaje de Antón y comprobó la hora.

Pasaron varios minutos en los que Triana miraba al suelo, su mente perdida en la sucesión de hechos que estaban ocurriendo en su vida. Echó de menos a sus padres y el recuerdo de la infancia feliz que vivió con ellos y Aura.

Levantó la vista y observó que se le acercaba una mujer con bata blanca y una gran sonrisa. Se levantó para averiguar quién era esa mujer tan sonriente.

—¿Es usted la subinspectora? —preguntó con el brazo estirado para saludarla.

—Sí, eso es. ¿Y usted es…?

—Sí, perdone, como se habrá imaginado no soy el director. Lo siento, pero no está. Hemos pensado que a lo mejor yo le puedo ayudar —explicó sin abandonar la sonrisa y una mirada de análisis que a Triana le estaba poniendo de los nervios—. Hemos visto la televisión. Supongo que ha venido por el tema del asesinato, ¿no es así? —Empezó a andar para acceder al interior de un pasillo.

—Por favor, tuteémonos —dijo Triana imitando la sonrisa de su interlocutora.

—Por supuesto, mi nombre es Charo.

—Triana.

—Pues bien, Triana, vamos a mi despacho. Allí estaremos más tranquilas. Si mi ayuda no te sirve, puedes venir a hablar con el director mañana a primera hora. Estará aquí sobre las nueve de la mañana.

—Es urgente, así que espero que tu ayuda nos valga para lo que queremos saber —matizó para que supiera la urgencia de su visita al centro.

Charo abrió la puerta y le indicó que pasara con un gesto de la mano. Triana lo hizo y se sentó en una de las sillas que había al lado del escritorio.

—¿Eres la psiquiatra? —preguntó Triana, que se estaba poniendo a la defensiva de manera inconsciente.

—Sí, eso es. —Volvió a sonreír.

«Me da mal rollo tanta sonrisita».

—Bueno, como ya me has dicho, has visto el asesinato de Emiliano en la televisión, ¿no?

—Exacto. Todos sabemos que era el marido de Reyes y la empresa farmacéutica que regenta es bastante conocida, sobre todo, por los médicos como nosotros —explicó sin gesto en el rostro. Charo juntó la punta de los dedos para posar los brazos en la mesa.

—Entiendo, ¿conocía a la familia? —preguntó Triana mientras cruzaba una de las piernas y ponía el bolso en su regazo.

—No, a ninguno en persona —terminó de decir la psiquiatra en respuesta a una pregunta que la comenzaba a poner nerviosa. No estaba acostumbrada a ser ella a quien analizaban.

—¿Seguro? —Triana estiró las comisuras de los labios para desplegar una sonrisa de satisfacción plena.

—Seguro —insistió.

—Soy policía y estoy investigando un caso de asesinato. Roque estuvo aquí ingresado. Así que, bueno, estás obligada a ayudarme y a saltarte el silencio que te hace guardar tu profesión. —Levantó las cejas.

Charo sintió cómo se enrojecían sus mejillas.

—Lo siento, pero es mi obligación. —Tragó saliva. Charo sabía que en ese momento había quedado como una mentirosa al juicio de la subinspectora.

—Bien, Charo, empecemos de nuevo, y esta vez sin mentiras —esperó a que asintiera para continuar—. ¿Conocías a la familia?

—Sí, Roque estuvo aquí ingresado hace bastantes años.

—Genial, vamos bien. Creo que esta vez sí nos vamos a entender. —Sonrió con acritud—. ¿A quiénes conocías? —Se echó hacia delante de la silla y sacó la libreta del bolso.

—A toda la familia —respondió con gesto serio.

—¿Con ello te refieres también a Reyes y Emiliano? —preguntó con tono amable. Le interesaba que Charo colaborara con la policía.

—Sí, y a Moisés también. Pero fue hace años. Estuvo ingresado una temporada bastante larga. Roque jamás mataría a nadie, es buena persona —dijo convencida de sus palabras.

—¿Por qué estás tan segura? —quiso saber Triana. La firmeza de Charo en aquella afirmación le había llamado la atención.

—Fui la psiquiatra que le trató durante ese tiempo. Es una persona atormentada que no distingue algunos aspectos de su vida, pero de ahí a hacer daño es otra cosa —matizó convencida.

—¿Aún conservas los informes de Roque? —insistió Triana en el tema. Quería hacerse con cualquier tipo de prueba que le hiciera un psiquiatra. No lo había descartado como sospechoso del asesinato de su padre.

—No estoy segura. Podría buscarlos, pero cada cierto tiempo los destruimos, son datos especialmente protegidos al tratarse de la salud de un paciente —explicó Charo, jugando con la punta de sus dedos—. Si está pensando que fue Roque, está equivocada. Él no mató a su padre, y tampoco a esa chica.

—¿Qué chica? —preguntó Triana de manera instintiva, pero al instante se dio cuenta de que se refería a Úrsula.

—No recuerdo el nombre, pero creo que iba con ella al instituto… —Charo entrecerró los ojos en un intento por recordar.

—Se llamaba Úrsula —interrumpió el pensamiento de la psiquiatra.

—Sí, eso es, Úrsula. Le ingresaron aquí porque tenía ataques psicóticos y autolíticos. Se sentía culpable por la muerte de la chica. En los controles semanales que le hacía siempre hablaba de ella. —Charo suspiró profundamente—. Estaba obsesionado con la chica y hablaba de que fue su culpa. Siempre era la misma conversación.

—¿En bucle? —Triana la miraba al encontrar en el testimonio de la psiquiatra una pieza que encajaba en la teoría sobre el asesinato de Úrsula.

—Sí, era la misma conversación una y otra vez. Sin embargo, sus sentimientos eran reales, él se sentía culpable por su asesinato. Pero no lo entendía. —Charo hizo memoria unos segundos para después continuar—. Hace poco, la hermana de Tirso, del chico al que culparon por su muerte, coincidió conmigo en una convención —añadió para que la subinspectora se diera cuenta de que sabía de lo que hablaba—. Me preguntó por Roque, sabía que era una persona inestable.

—¿La hermana de Tirso?, ¿Candela? —Los ojos de Triana se abrieron de par en par.

—Sí, ¿la conoces?

—No personalmente. ¿Qué más te dijo? —preguntó Triana directamente y sin rodeos.

—Fueron unos segundos, se acercó a mí para conocerme. Yo era una de las personas que participaban como ponente —añadió Charo, orgullosa.

—¡Qué casualidad! —exclamó Triana sarcástica.

—¿Crees que me engañó? Veo que eres muy dada a la sospecha —Charo se defendió atacándola—. La gente proyecta en los demás los defectos personales. Si ves infidelidades por doquier es porque tú eres el infiel.

—Ajá. —Hizo un ademán con la mano, dejando claro su desinterés—. Charo, no quiero hacerte de menos, pero la psiquiatría no son matemáticas, así que deja de sumar dos más dos, porque en tu campo no siempre dan cuatro. —Se levantó para tranquilizarse. El tono y el desdén del timbre de voz de Charo rompían la barrera de contención que tenía para comportarse educadamente—. Sé que Roque te contó la verdad, y necesito que la digas ya o te llevo

detenida a comisaría y nos lo cuentas allí con un café en la mano. Tú decides, pero date prisa —Miró el reloj—. ¿Y bien?

—Roque jamás acusaría a alguien de un asesinato. La justicia metió en la cárcel a Tirso con pruebas, no porque sí. Vamos, digo yo. —Charo se removió en la silla.

—Tirso no mató a esa chica. ¿Me lo vas a decir, o nos vamos? —Triana apuró y se sacó las esposas del bolsillo de atrás. Se las enseñó a Charo como símbolo de última oportunidad.

—¡Está bien! ¡Está bien! Guarda eso, no hará falta. —Se levantó y se colocó de espaldas a Triana.

La subinspectora apoyó un brazo en uno de los muebles que tenía multitud de expedientes de los pacientes que Charo había tenido durante los últimos años.

—Según Roque, fue Emiliano quien mató a Úrsula. —Colocó los brazos en la espalda y entrelazó las manos sin dejar de mirar por la ventana y sin darse la vuelta para mirar a la agente.

—¿Y qué diablos quería Candela de ti? Ella no quería conocerte, solo quería la información que Roque te dio. —El tono de Triana era frío como el hielo, ya que se imaginaba que la respuesta sería el detonante del asesinato de Emiliano.

Charo se giró con los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas en respuesta a lo que Triana se imaginaba.

—¡No me jodas! ¿Se lo dijiste? —gritó con gesto de desprecio por revelar la información que con tanto ahínco no quiso compartir con ella en un primer momento.

Asintió.

—Te regaló los oídos y tardaste dos segundos en darle la respuesta —sintetizó Triana sin dar crédito—. Eres igual de asesina que ella, aunque no fueras tú quien le asfixiara.

La miró una última vez con un gran desprecio en su expresión.

Abrió la puerta lo más rápido que pudo y salió corriendo con el móvil en la mano. Antón tenía que saber quién mató a Emiliano. Candela quería vengarse por truncar la vida de su hermano y lo consiguió.

33

Las pruebas de ADN habían dado negativo, por lo que Felipe quedó descartado como asesino. Antón le había dado muchas vueltas a la conexión entre los casos. Al fin se había investigado sin pruebas manipuladas para guiarlos a un asesino escogido a dedo. Antón miraba el vaso mientras lo movía en pequeños círculos en el aire. Después de hablar con Triana, la esperanza de que no hubiera sido la hermana de Tirso se había desvanecido. La imagen de Cruz se le aparecía en la mente sin descanso. Pensar que aquella mujer ahora perdería a su hija hacía que el corazón se le encogiera en un puño.

Había quedado con Braulio y Triana en el bar de Ventura. Se había sentado en uno de los bancos de madera más alejados de la entrada. El cielo estaba oscuro y el sol ya había desaparecido cuando el inspector llegó. Ventura había bajado la iluminación, dejando una luz tenue que confería al lugar un ambiente más íntimo.

Braulio cruzó la puerta con un gesto confuso. Después de todo, habían descubierto sus delitos en la manipulación de pruebas. Ahora había intentado redimirse, pero sabía que era tarde. Actuó bajo coacción, pero lo que hizo era más que reprobable. Antón al menos se consolaba con su motivo para hacerlo: su familia. No fue por dinero ni privilegios, solo quería mantener a su familia con vida. Cualquiera habría hecho lo mismo en su situación. Sin embargo, el inspector sabía que el escrutinio público al conocer lo que ocurrió iba a ser brutal. Lo juzgarían sin compasión por aprovecharse del poder que ostentaba como comisario.

—¿Qué ha pasado? Espero que tengas buenas noticias —quiso saber Antón al verle mientras Braulio se sentaba frente a él.

—La verdad es que sí. Me alegro de poder hablar de este tema con alguien. —Sonrió con alivio—. Lleva años carcomiéndome por dentro. Me he sentido sucio, pero ahora, aunque no puedo borrar lo que hice, puedo ayudar a esclarecer los hechos —Movía la

cabeza ligeramente mientras hablaba—. Te agradezco la oportunidad que me has dado, por escuchar sin juzgarme.

—Nunca podría juzgarte. Además, creo que nos conocemos lo suficiente como para saber que no haríamos algo tan repugnante sin un motivo de peso —Antón zanjó los sentimentalismos que tan incómodo le hacían sentir—. Ahora corta el rollo y dime si Herminio está dispuesto a testificar.

Braulio sonrió mientras movía las cejas.

—Sí, pero tiene miedo. Me ha dicho que declarará si lo vemos estrictamente necesario. Necesita el trabajo. Es más que entendible. —El comisario se encogió de hombros.

—¿Has pedido? —preguntó el inspector sin pensar.

—Sí, cuando he entrado he visto a Ventura. Hacía muchos años que no quedábamos en este bar, pero supongo que tú has seguido viniendo —Echó un vistazo rápido a su alrededor—. Este sitio me trae buenos recuerdos. Veníamos aquí a criticar al resto de compañeros que nos querían hacer la vida imposible, ¿eh? —Braulio soltó una sonora carcajada.

—Cierto, qué tiempos aquellos… —Antón bebió el último sorbo del vaso y buscó a Ventura o a alguno de los camareros por el local.

—Ya estamos aquí —dijo Ventura con la bandeja en una de las manos—. ¿Qué tal, comisario? —preguntó para romper el hielo por la intrusión, ya que hacía un minuto se habían saludado de manera efusiva al reconocerse—. Espero que este te esté tratando bien, no como a los demás.

—Es un buen amigo, ya lo sabes —respondió Braulio, dando a Ventura una leve palmada en la espalda para no tirar la bandeja ya vacía.

—De vez en cuando monta algún espectáculo gratuito, pero ya sabes, se lo perdono todo —añadió el dueño del local.

—Quizás no os hayáis dado cuenta, pero estoy delante. —Antón levantó la copa que le acababa de servir Ventura.

—Sigo con mis cosas. Si me necesitáis, estoy por aquí. —Ventura se despidió para seguir trabajando y dejarlos solos con la conversación, la cual sabía que sería por los asesinatos.

—Siempre me pareció un tío simpático —dijo Braulio cuando se alejó—. ¿No iba a venir Triana?

—No creo que tarde —Miró el reloj—. Antes de que llegue, te quería decir que, si es verdad lo que dice la psiquiatra del centro, tenemos una conexión, pero eso no es suficiente para demostrar que fue ella. Deberíamos seguir investigando. —Antón dio un sorbo a su bebida.

—Tienes razón, deberíamos confirmarlo. ¿Sabes algo de Felipe? —recordó Braulio.

—Al principio pensé que su ayuda era desinteresada, pero ahora no estoy seguro. Sabemos que no estuvo en el despacho, pero eso no quiere decir que no colaborara con Candela. Puede que incluso Edurne supiera lo que iba a pasar. —Antón tenía tantas hipótesis como situaciones podían darse en un asesinato.

—Uf, no sé...

Triana entró al bar con la nariz roja y peinándose el flequillo. Se detuvo en saludar al personal y darle un abrazo a Ventura. Después de cruzar unas palabras que Antón supuso serían sobre el espectáculo gratuito que montó con Remedios, señaló donde estaban.

—Hola, chicos —Empujó a Antón para que le hiciera un sitio en el banco en el que estaba sentado y se colocó delante del comisario—, ¿habéis tomado una decisión?

—Solo la importante —respondió el comisario.

—¿Y es…? —preguntó Triana posando el vaso que había traído de la barra.

—Hay que confirmar que fue Candela. No podemos acusarla solo con el testimonio de la psiquiatra —añadió Antón, que ya estaba jugando con la pipa de fumar en una de las manos.

—Vale, pero no podemos decirle que queremos su ADN, sospecharía al instante—explicó Triana para buscar una excusa entre todos.

—Ya, pues no sé. ¿Os parece buena idea que se lo digamos a Felipe para que coja el cepillo de dientes de su casa o algo por el estilo? —sugirió Antón, que movió varias veces los ojos hacia la pipa.

—Espérate, no seas pesado. Ahora vas —le contestó sin moverse del banco para dejarle salir.

—¿Felipe? No, es mejor esperar y conseguir la prueba. Puede estar implicado en el asesinato y que nos esté mintiendo. —El comisario era precavido y evaluaba las consecuencias de desvelar información cercana a un sospechoso.

—¿Entonces? —Antón se puso la chaqueta, dispuesto a empujar a Triana si no le dejaba salir.

—¿No te puedes esperar? —repitió Triana, esta vez con un tono de voz más elevado.

—Sí puedo, pero no quiero. —Comenzó a empujarla hasta que se apartó.

Braulio los miraba con una sonrisa.

—Ya entiendo por qué os lleváis bien. Sois igual de insoportables.

—No te creas. Ella es mucho más insoportable que yo, tiene más vitalidad. —El inspector se alejó unos metros para alcanzar la puerta y que le diera el aire fresco en la cara—. Pienso mejor en la calle —gritó con la puerta abierta.

—Tendremos que pensar algo, comisario.

—Podéis ir a su casa para interrogarla, vas al baño y coges un objeto del que podamos sacar el ADN —sugirió, juntando los labios a la espera de la respuesta de Triana.

—Un momento, tengo una idea mejor. —Sonrió torciendo el gesto y dio un pequeño golpe en la mesa con el vaso.

—¿Y bien? —preguntó Braulio intrigado.

—Todos a casa. Tengo que meditar unos detalles. Mañana será otro día. —Sonrió a la vez que asentía, orgullosa.

34

Candela se dirigió a comisaría, escéptica por la llamada de Felipe. Le habían detenido de manera injusta a pesar de que las pruebas de ADN habían dado negativo. Sentía cierto alivio, se lo merecía por colaborar con la policía. El día que se acercó a los alrededores de su casa, tenía intención de acabar con él. Su plan era más importante que cualquier persona, y si tenía que asesinarle para que nada de lo ocurrido saliera a la luz, lo haría. La mala suerte quiso que ese día no estuviera en casa y la vecina la vio. Sin embargo, no la reconoció. Suspiró con cierto alivio, pero con la incertidumbre de que podría haber hecho memoria de algún encuentro del pasado. «No creo, es poco probable».

Se dirigió a la zona de la comisaría que le habían indicado con paso firme y sin dar señales de inseguridad. No entendía por qué Felipe le había metido en ese lío. La única explicación plausible era la amistad, sin embargo, para ella ese concepto pertenecía al pasado. Un pasado en el que su hermano estaba vivo y nadie hizo nada por ayudarle. Ya era tarde para recuperar cualquier tiempo pasado.

Triana estaba con la mirada clavada en la puerta cuando la vio aparecer, buscándola con los ojos enfurecidos. «¡Genial! Está cabreada. Siempre les pierde el temperamento», pensaba mientras se dirigía hacia Candela con cara de pocos amigos.

—Buenos días, soy la subinspectora Triana Castillo. Soy quien la ha llamado. —Extendió la mano a modo de saludo.

—Buenos días. Candela. Usted dirá. —Devolvió el saludo y se cruzó de brazos.

—Sígame, por favor, el inspector nos está esperando en la sala. —Inició el rumbo y echó una mirada furtiva a Braulio, que estaba en su despacho sin quitar el ojo de cada uno de sus movimientos.

—¿Dónde está Felipe? —Se interesó Candela sin dejar de andar y mirar a su alrededor, en un intento de encontrarle.

—Tranquila, está bien. En cuanto hayamos terminado, se podrán ir juntos. Solo necesitamos hacerle unas preguntas para saber si lo que ha dicho es cierto. Ya sabe, confirmar la coartada y esas cosas. —El tono de Triana le restaba importancia al motivo de la reunión.

Llamó a la puerta y abrió sin esperar contestación. Antón estaba dentro, preparado para la actuación. Esperaba que Triana tuviera razón con aquel teatrillo que había montado y con el que el comisario estaba de acuerdo e incluso emocionado.

—Buenos días, soy Antón. —Se levantó de la silla y le dio la mano—. Por favor, siéntese. Disculpe las molestias. Espero no quitarle mucho tiempo.

—Buenos días. Candela. —Le devolvió el saludo y se sentó como le indicó Triana al mover la silla—. No entiendo muy bien por qué estoy aquí, pero ustedes dirán. —Se cruzó de brazos.

—¿Quiere tomar algo? ¿un café, un zumo o agua? —sugirió Triana antes de sentarse.

—Una botella de agua, si es posible —dijo Candela.

—Empezad, ahora mismo vengo. ¿Inspector, agua?

—Sí, claro, agua está bien —confirmó cogiendo el bolígrafo que había dejado junto a un cuaderno y el informe del asesinato de Úrsula.

—Podéis empezar, no tardo —insistió Triana antes de abandonar la sala y cerrar la puerta tras de sí.

Miró el móvil con curiosidad. Lo había sentido vibrar en el bolsillo del pantalón cuando recibió a Candela.

«He hablado con el fiscal y me ha confirmado los testimonios sobre lo que hizo el juez. Ha decidido contarlo ahora porque está

muerto».

Era un mensaje de Raquel.

Triana sintió cómo una sonrisa se abría paso en su rostro. Al parecer, la situación se estaba desarrollando como había previsto. Ahora solo faltaba que Candela hablara, que dijera la verdad. En caso contrario, tendrían el plan B. Es raro que un asesino confiese, por lo que era mejor tener una opción que les permitiera confirmar las sospechas.

Fue a la máquina del pasillo y sacó tres botellas de agua para volver al interrogatorio lo antes posible. Entró sin llamar y colocó las botellas delante de cada uno de los sitios y a continuación se sentó. Cuando entró, se encontraban en silencio. Antón decidió retomar la conversación para que Triana entendiera el mutismo de Candela y poder proseguir con la conversación lo antes posible.

—Le he dicho a Candela que Felipe fue quien orquestó la detención de Tirso. Era testigo protegido, por eso no aparecía en los documentos —prosiguió—. Necesitamos que nos diga si sabía algo de la intervención de Felipe en la muerte de Úrsula y de cómo pudo llevar a cabo la de Emiliano. —Antón cogió la botella de agua y bebió.

Candela suspiró profundamente antes de retomar la conversación.

—¿Me están queriendo decir que Felipe traicionó a mi hermano? —se interesó con el ceño fruncido y con la botella en la mano.

—Eso es. Se le prometió que la condena sería menor si confesaba la verdad, que Tirso mató a aquella chica con el coche —intervino Triana.

—¿Y qué quieren que les diga? No entiendo nada. Me han llamado porque Felipe está acusado del asesinato de Emiliano. —Bebió agua.

—Exacto, creemos que quiere hablar con usted para que confirme una coartada y descartarle como sospechoso. Pero el móvil nos dice que estuvo cerca de la empresa con su amiga Edurne —aclaró Antón.

—¿Cuando mataron a Emiliano? ¿Ha dicho que estaba conmigo? —respondió con una pregunta con la clara intención de no responder antes de tiempo.

—Sí, que estaba con usted porque habían quedado con Edurne. Según Felipe, la cosa se complicó porque Emiliano sabía la verdad y quería arreglarlo todo. Decir la verdad, que no fue Tirso, sino él, y por eso le mató. —Antón se acomodó y volvió a beber un sorbo de agua.

—¿Sabe si fue Felipe quien culpó a su hermano y luego mató a Emiliano porque descubrió la verdad? —matizó Triana para que respondiera de una vez.

—Creo que sí, que fue Felipe. No pudo ser otra persona. Estuvo con Tirso el día que mataron a aquella chica, y si los móviles dicen que estuvo en las instalaciones de la empresa, será porque es cierto. Las pruebas no mienten —afirmó cabizbaja.

—¿Le ayudó a matar a Emiliano? —preguntó Antón mientras apuntaba en el cuaderno.

—Claro que no, puede que Edurne le ayudara a entrar. Por lo que yo sé, hay unas tarjetas sin registro con las que puedes acceder a la empresa —resolvió Candela, frotándose las manos por debajo de la mesa.

—¿Cómo sabe eso? —se interesó Triana, inclinándose hacia delante en la mesa y cogiendo la botella con las dos manos.

—Bueno, no sé, Edurne es mi amiga, se la he visto muchas veces.

—Sí, pero ¿cómo iba a coger Felipe esa tarjeta? —Antón entrecerró los ojos, intrigado.

—Se han acostado alguna vez. Puede que un día en su casa se la quitara. No lo sé. —Se calló unos segundos para pensar qué decir—. No soy ninguna chivata, pero si lo que me dicen es verdad, Felipe no es mi amigo. Fuimos novios hace años, pero ya está. Si, como dicen, mató a mi hermano, se merece pudrirse en la cárcel. —Apretó los puños.

—Su hermano se suicidó. Nadie le mató —puntualizó Antón.

—Le mató quien le mandó al reformatorio. Él no había hecho nada, solo conocer a ese delincuente. Fue su amistad la que le llevó a estar en sitios donde no debía. Ese día le dije que no fuera con Felipe, que se quedara conmigo. Habíamos discutido y se fue a consolarle en lugar de estar conmigo, que era su hermana. —Los ojos de Candela cada vez se empapaban más en lágrimas—. Felipe fue su perdición, y ahora debe pagar por lo que hizo entonces y por lo que ha hecho ahora —sentenció a la vez que una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Beba un poco de agua para tranquilizarse. —Le acercó la botella lentamente.

—Gracias —dijo Candela al beber.

—¿Entonces no estuvo con Felipe la noche del asesinato de Emiliano? —insistió Antón.

—Claro que no. Sería una de esas noches que quedó con Edurne. Se pensaban que no sabía que se acostaban. También me traicionaron esta vez, después de tantos años… lo han vuelto a hacer.

Antón se levantó.

—Gracias, Candela. Es suficiente. Dejaremos a Felipe detenido provisionalmente.

—Sí, gracias. —Le dio la mano Triana—. Si necesitamos algo más, la llamaremos.

—¿Puedo irme ya? —preguntó de pie después de dar la mano a los agentes.

—Sí, eso es. Muchas gracias por su colaboración —añadió Antón.

—Una cosa más: ¿van a reabrir el caso de mi hermano? Para que todo el mundo sepa que no fue él quien mató a esa chica, que no se suicidó porque se sintiera culpable por el asesinato —balbuceó con la voz quebrada.

—No se lo puedo asegurar, ya que el caso está a punto de prescribir, pero lo intentaremos —afirmó Triana.

—Gracias, os lo agradezco de corazón —se despidió.

Triana cerró la puerta y esperó unos segundos sin dejar de mirar al inspector con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—Esta vez sí que has acertado de pleno. Espero que tengamos razón —dijo Antón, devolviéndole la sonrisa.

Triana se acercó a la mesa, sacó del bolsillo trasero del pantalón una bolsa de plástico transparente y metió la botella de agua de Candela.

—No te preocupes, en poco tiempo sabremos si el ADN de Candela coincide con el que tiene Emiliano en las uñas —añadió Triana.

—Espero que coincida. Además, ella misma nos ha dicho cómo consiguió la tarjeta para entrar. —Se calló.

—¿Qué pasa? —preguntó Triana con la bolsa de la botella en la mano.

—Hay una cosa que no entiendo. —Se sacó la pipa del bolsillo.

—¿El qué? —Triana agarró el picaporte para llevarle la prueba a Juanjo.

—Reyes tiene las imágenes de las cámaras, y estoy seguro de que sale ella. ¿Por qué no ha dicho nada? —Antón se acercó a su compañera—. Estoy seguro de que esconde algo.

Llamaron a la puerta. Triana, que aún sostenía el picaporte, abrió.

—Pasa, Braulio —dijo Antón con la pregunta en el aire.

—¿Qué pasa? —preguntó el comisario al ver la cara de circunstancia de Antón.

—Creo que hay algo que se nos está escapando. —Resopló —. Reyes tendrá las imágenes de las cámaras, y seguro que reconoció a Candela, lo que quiere decir que tiene un as en la manga. Hay algo de esa mujer que me escama —insistió Antón mientras apretaba la pipa en una de sus manos.

—¿Por qué encubriría a Candela? —Triana se sentó en la mesa, pensativa.

—Yo soy el que se os escapa —lamentó Braulio.

—¿Qué es lo que quieres decir? —Antón tragó saliva. No estaba seguro de lo que quería decir con esa frase.

—Es más fácil de lo que parece. Ella no cuenta con que yo he confesado la verdad, así que no tardará en chantajearme con amenazas para que tape todo de nuevo. A Reyes no le interesa que se haga la investigación del primer asesinato. —Braulio apretó la mandíbula y los músculos se le tensaron—. Preferirá que el asunto de su marido quede archivado antes de que salga a la luz lo que le hicieron a Úrsula. Sería el fin de su empresa y de su familia.

—¿Y qué es lo que propones? —Triana sintió la angustia en la boca del estómago. Tuvo la sensación de que jamás podrían contar la verdad de aquella familia sin escrúpulos.

—Tengo una idea que nos beneficia a todos. Sobre todo, a ti —dijo Antón mirando a Braulio.

—¿Qué idea? —se interesó Triana.

Braulio agachó la cabeza. Sabía cuál era la idea de Antón. La amistad que se profesaban era verdadera.

—Primero, que Juanjo nos confirme que estamos en lo cierto, y luego os cuento qué es lo que tenemos que hacer —ordenó Antón.

Braulio asintió.

—Como queráis. Voy a llevarle esto. —Movió la bolsa con la botella y salió por la puerta.

35

Triana esperó en la puerta para que Juanjo le diera las pruebas. Durante ese tiempo decidió que era buena idea hablar con Ballesteros. Habían pospuesto la quedada, pero cada vez tenía más ganas de quedar con el agente. En un principio no le había dado importancia, pero desde el día que se tomaron el café, le había resultado una persona totalmente opuesta a la que se había imaginado. No era la persona insulsa que Triana esperaba, sino que era atento, divertido, y la hacía reír, lo cual necesitaba como agua de mayo en ese momento de su vida. Habían decidido que quedarían para hacer esa ruta en moto el fin de semana siguiente, cuando libraban los dos. Y lo harían a solas.

Mientras Triana esperaba, Braulio y Antón fueron a hablar con Felipe, que estaba esperando en una de las salas. El plan que habían preparado para el interrogatorio con Candela solo tendría la finalidad que perseguían si accedía a hacerlo. Al principio, le pareció una locura que Candela fuera la asesina, pero poco a poco fue atando cabos y las situaciones declararon por sí mismas. Ante la incredulidad de Felipe, Antón decidió que era mejor llevarle el vídeo del interrogatorio, donde Candela arremetía contra él y le acusaba de todas las situaciones desagradables acontecidas en su vida.

—¡No me puedo creer lo que ha dicho! —exclamó Felipe, visiblemente decepcionado, tras ver las imágenes.

—Lo siento. Supongo que no te esperabas que fuera así —dijo Antón al apagar el vídeo.

—Si no hubiera visto su declaración, no os creería. —Asintió dolido.

—¿Ahora nos dejarás hacer nuestro trabajo? —preguntó Braulio.

—Por supuesto, ha dejado claro que ha sido ella. Si no fuera así, ¿cómo podría saber lo de las tarjetas?

Los agentes asintieron.

—Creo que lo ha hecho por despecho. Que tú y Edurne estuvierais juntos… no sé, creo que ha desencadenado todo lo demás —matizó Braulio.

—Eso es mentira, jamás he estado con Edurne, ni una sola vez en mi vida. Lo ha dicho porque era la única manera de darle credibilidad al robo de las tarjetas. —Alzó la voz Felipe sin pensarlo.

—¡Vaya! Pues entonces está más loca de lo que parece —sentenció Antón con los ojos bien abiertos.

—¿Ahora nos vas a ayudar? —interrumpió Braulio, nervioso.

—¿Yo? —preguntó Felipe confundido.

—Sí, Reyes tiene las imágenes de Candela, y estará esperando a que vayamos para mostrárnoslas. Así que tenemos que ser más listos que ella —declaró Braulio.

—De acuerdo. Pero ¿qué pinto yo en todo esto? —Felipe se removió en el asiento.

—Lo que te voy a decir es complicado, pero tienes que abrir la mente y empatizar con Cruz —adelantó Antón—. Ya ha perdido a un hijo, y no sé si querrá perder dos —Carraspeó—. Creemos que debe elegir lo que quiere que hagamos: si quiere limpiar el nombre de Tirso, o salvar a Candela de la cárcel.

—Limpiar el nombre de Tirso —contestó Felipe sin pensar.

—Si hacemos eso, su hija ira a la cárcel y no estoy seguro de que quiera perderla por un recuerdo pasado —añadió Antón con tono pausado.

—¡No me lo puedo creer! Vas a llegar a un acuerdo con Reyes —gritó Felipe llevándose las manos a la cara, incrédulo.

—No, vamos a hacer lo que quiera Cruz. Ella decidirá —puntualizó Antón.

—Ya, pero Reyes tiene las imágenes, y puede sacarlas en cualquier momento. —Felipe preveía el chantaje que les haría a largo plazo.

—No le interesa que se conozca la verdad de Úrsula, su empresa iría a la quiebra en ese mismo momento. Perdería la reputación de la que tanto alardea, ¿lo entiendes? —explicó Antón la razón de más peso que haría que Reyes sufriera de un mutismo perpetuo.

—Es mala persona. No nos podemos fiar de ella —interrumpió Braulio algo taciturno, con la voz tomada.

—No, pero es la mejor opción… Bueno, quiero decir, en el caso de que Cruz tome esa decisión. —Antón dudó por un momento.

El silencio se instaló en la habitación por unos segundos. Los tres dudaban de lo que estaban haciendo. Sin embargo, sabían que era lo mejor. Antón no solo pensaba en que, si le arrebataban a la única hija que tenía, Cruz no tendría más fuerzas para seguir viviendo. Lo presentía. Pero lo que de verdad le quitaba el sueño era llevar a Braulio a la cárcel, cuyo delito había sido proteger a su familia a toda costa.

Felipe asentía cada una de las palabras que gritaban en el interior de su cabeza. Miró con melancolía a los dos agentes.

—Sé el motivo por el que lo haces, Antón, y lo entiendo mejor de lo que piensas. Luché desde el principio por limpiar el nombre de mi amigo y tú, ahora —resaltó— lo haces por el tuyo. Te admiro y te respeto. Siempre has sabido lo que es mejor, lo correcto —continuó hablando Felipe con la atención imperturbable de Braulio y Antón—. Me gustaría que la gente supiera que Tirso era una buena persona, que solo tuvo mala suerte y que quizás incluso le fallé…, puede ser, pero no cometeré dos veces el mismo error. Haré todo lo que esté en mi mano para que los trapos sucios de esta familia no os salpiquen. —Miró a Braulio y afirmó con la cabeza—. Decidme qué es lo que tengo que hacer y lo haré.

Triana abrió bruscamente la puerta con el aliento entrecortado. Apoyó las manos en las rodillas para coger aire.

—¿Los resultados? —preguntó Braulio, aturdido por las palabras de apoyo de Felipe.

—Es ella. Confirmado. Es el ADN de Candela el que está en las uñas de Emiliano —sentenció Triana.

—¿Se podrían sacar los moldes de los dientes del mordisco que tiene Emiliano? —preguntó Antón para prever aquella posibilidad, por si desestimaban la prueba por sacarla de una botella de agua sin el consentimiento de Candela.

—Me ha dicho Juanjo que ya han encontrado a la persona que lo podría hacer, si es que fuera necesario —confirmó Triana, que ya se había incorporado.

Braulio se sentía culpable y aliviado a la vez. Sabía que los tres se estaban jugando demasiado por encubrir los actos que tuvieron lugar hacía años bajo el yugo de Reyes. Podía haber tomado otra decisión, pero el miedo le hizo actuar y escoger el camino erróneo. Antón buscó la manera de que saliera indemne de aquella situación hasta que dio con la única opción que podría enterrar el pasado bajo una losa tan grande y pesada que nadie volvería a desenterrarlo.

—No puedo —dijo finalmente Braulio—. Estáis errando por mi culpa, para que no me juzguen, y no puedo permitirlo —negaba con la cabeza.

—Lo siento, Braulio, pero ya no es tu decisión. —Le tocó la espalda—. Ahora será Cruz quien decidirá, quieras tú o no. No quiero ser el culpable de quitarle a la única hija viva que le queda —declaró Antón firme y contundente.

—Es la mejor opción —afirmó Triana, que le miraba fijamente.

—Yo también lo creo. Candela es una desgraciada y una asesina, pero su madre no se merece esto. Ya no podemos cambiar el pasado, así que al menos decidamos el mejor futuro —añadió Felipe encogiéndose de hombros.

—Vosotros esperad aquí. Triana y yo nos encargaremos de hablar con la madre, de contarle la verdad, para que tome la decisión que considere oportuna —sintetizó Antón.

—Sabéis perfectamente cuál va a ser esa decisión —le recriminó Braulio con la idea reiterativa de que tenía la culpa de aquella situación embarazosa.

—Es la decisión que tomaría cualquier madre —dijo finalmente Antón, colocándose al lado de la puerta—. Vámonos, Triana. Os llamaremos cuando salgamos de allí.

—Esto no está bien, Antón, vamos a dejar libre a una asesina —murmuró Braulio.

—Lo sé, pero, por si lo has olvidado, también encerramos a un inocente, y se suicidó por no hacer bien nuestro trabajo —sentenció duramente Antón para terminar con el tema de una vez—. No pienso meter presa a su hermana por hacer la justicia que no hicimos en su momento.

Braulio entendió el mensaje de Antón y asintió con la cabeza para dejarlos marchar.

—Que estemos en esta situación es consecuencia de lo que hicimos. Mirar hacia otro lado ha traído problemas aún mayores. Hay que arreglarlo, dentro de nuestras posibilidades. Lo que dictan las leyes no siempre es lo mejor —zanjó Triana, áspera.

—Fui yo quien tuvo la culpa de que se suicidara, así que debería ser yo la persona que hablara con la madre. —Braulio tragó saliva al terminar.

—No lo veo necesario. Solo empeoraría las cosas. —Antón negó con la cabeza.

Felipe se colocó al lado de Braulio.

—Hay cosas que es mejor que no sepa. Es una información que le haría aún más daño. Intentemos aliviar el dolor de una madre. —Felipe le dio una palmada en la espalda.

—Está bien, como decidáis vosotros —dijo Braulio resignado.

—Os llamaremos cuando salgamos, con la decisión de Cruz. De momento, es mejor que no hagáis nada, ninguno de los dos —dijo Antón antes de salir de la habitación con Triana.

36

El inspector aparcó delante de la casa de Cruz. Se bajó y comenzó a fumar de la pipa mientras Triana se colocaba a su lado. Era un momento complicado en la vida de los agentes.

—¿Crees que es lo mejor? —preguntó Triana con los brazos cruzados enfrente de Antón.

—No lo sé, pero Braulio es mi amigo y no le voy a dejar caer. —Dio varias caladas seguidas, fruto de los nervios que le recorrían la espina dorsal.

—Ya, pero no te estoy preguntando eso. Si no hubiéramos descubierto que Braulio estaba implicado, ¿habríamos actuado igual? —insistió Triana con los ojos clavados en su compañero.

—Eso nunca lo sabremos —dijo Antón como respuesta.

—Sabes que no es verdad, sí que lo sabemos. Lo hacemos por el comisario, no por la familia.

—Eso da igual, Triana. El motivo es lo de menos, lo importante es que es lo que teníamos que hacer. Se tapó la investigación desde el principio, y ni siquiera los afectados querían que se supiera la verdad. Ahora, años después, nos encontramos con un asesinato como consecuencia de un error policial, ¿y me preguntas que si lo haríamos igual si Braulio no estuviera implicado? No lo sé. Podían haber ocurrido muchas cosas diferentes, no me gusta pensar en si hubieran sido de otra manera, el caso es que estamos en esta situación y no en otra, así que deja de darle vueltas a lo que pudo ser y no fue —respondió Antón, cansado.

—Ya, pero hay que ser objetivos. Somos policías.

—Venga ya, ¿objetivos? Será una broma. En los casos están implicadas personas, y cada una de ellas con sus propios sentimientos e impulsos, es imposible ser objetivo. Nosotros

tenemos que hacer el bien y proteger al inocente, descubrir la verdad.

—¿La verdad? —le interrumpió Triana—. Sabemos la verdad, y que el comisario estuvo detrás de todo, e incluso que ocultó las pruebas. No quiero que creas que no estoy de acuerdo con lo que estamos haciendo, solo que no me quiero sentir mal después, me gusta tener la conciencia tranquila. —Se cruzó de brazos y se colocó mirando la puerta de Cruz.

—Ojalá nunca te veas en la situación de tener que elegir entre hacer el bien o que tu familia siga con vida. Las cosas no son tan fáciles ni se puede sintetizar de la manera en que lo has hecho. —Antón se puso a su lado, mirando hacia la puerta de Cruz, al igual que ella—. ¿Qué hubieras hecho tú si amenazan con matar a tu hermana? ¿La hubieras dejado morir, o habrías escondido un expediente y ocultado pruebas? Dime, te escucho. —Antón la miró con frialdad, esperando la respuesta.

—Vale —respondió seca.

—¿Vale qué, Triana?

—Sigamos adelante. El pasado ya no tiene solución. Solo espero que esto no nos traiga consecuencias negativas a largo plazo.

Antón soltó una carcajada.

—¿En serio? Eres más ingenua de lo que pensaba —añadió sin dejar de sonreír—. Reyes es de las que muere matando. Por supuesto que nos va a traer consecuencias, la pregunta es qué tipo de consecuencias.

—¡Genial! Ahora sí que estoy más convencida. —Empezó a andar hacia la puerta.

—A veces hay que solucionar los problemas inmediatos. La mayoría de las situaciones que pensamos que van a suceder, no lo hacen. Así que céntrate en el problema de hoy.

—Nadie sabe dónde estaremos mañana. Pero intentemos dejar un mundo mejor durante el tiempo que estemos aquí. —Suspiró Triana.

—Exacto, parece que ahora sí que lo vas entendiendo. —Llamó a la puerta.

Los pasos lentos de Cruz se escucharon a través de la puerta. El inspector solo podía pensar en que Candela no estuviera en casa de su madre y que el plan se fuera al traste. La puerta se abrió con un leve chirrido y la cara de Cruz apareció con un gesto de asombro.

—Hola, inspector —dijo compungida.

—Hola, Cruz, tenemos que hablar con usted. Esta es mi compañera Triana, trabaja conmigo en el caso de Tirso —explicó Antón.

—Pasen, por favor.

Cruz abrió la puerta y señaló el interior de la casa con la mano extendida. Antón fue directo hacia la sala donde había estado hablando con Cruz el día que estuvo allí.

—Siéntense, por favor —pidió Cruz educadamente, sin dejar de frotarse las manos.

—Hemos venido porque tenemos que comunicarle que ya tenemos las pruebas suficientes para reabrir el caso de Tirso, si es lo que quiere —comenzó a hablar Triana, con la mirada de Antón clavada en la carpeta que tenía entre las manos.

—De acuerdo. ¿En qué les puedo ayudar? —preguntó sin comprender el motivo de la visita.

—Bueno, verá, durante la investigación hemos descubierto algunas pruebas que relacionan el caso de su hijo con el asesinato de Emiliano. —Triana tragó saliva y le dio la carpeta.

—¿Esto qué es? —preguntó Cruz, cogiendo la carpeta, pero esperando la respuesta para abrirla.

—Son las pruebas de ADN —respondió Triana.

—¿Del asesino de Úrsula? —preguntó Cruz desubicada.

—No, de la asesina de Emiliano —afirmó Antón con un gran suspiro, en un intento por serenarse y no tener que continuar hablando.

—Léalo, por favor —intervino Triana—, es lo mejor.

Cruz miró una vez más a los agentes antes de comenzar a leer. Abrió la carpeta con pulso tembloroso en sus dedos viejos y cansados. Arrugó el ceño para focalizar las letras y leyó, acompañada del mutismo de los agentes. Triana sentía cómo el corazón le bombeaba cada vez más deprisa. Había leído tantas veces aquel informe que sabía de memoria en que párrafo estaba el nombre de Candela y la confirmación de la coincidencia del ADN con las muestras de las uñas de Emiliano.

—¿Y ahora qué es lo que va a pasar? —Se interesó, cerrando la carpeta. Cruz se la devolvió a Triana, como si aquellos folios le quemaran en las manos.

—Sabía que era su hija —afirmó el inspector con una sonrisa de incredulidad.

Triana le miró, anonadada por la afirmación, y después volvió a mirar a Cruz, cabizbaja.

—Sí —respondió sin más explicación.

Los agentes se miraron durante unos segundos. En ninguna de las situaciones que se habían imaginado, Cruz tenía conocimiento de lo que había hecho su hija. Aquella afirmación les había descolocado, pero en cierta manera daba más fuerza a la hipótesis de que lo mejor era que ella decidiera el destino de Candela.

—Ahora tendrá que elegir qué es lo que quiere hacer —dijo el inspector con frialdad.

—¿A qué se refiere? —preguntó Cruz con el entrecejo arrugado.

Triana le agarró el brazo a Antón para que la dejara hablar. Asintió y la subinspectora continuó.

—Tendrá que decidir si quiere que reabramos el caso de Úrsula y demostremos la inocencia de su hijo, o que Candela quede libre —sentenció duramente.

—¿Me están diciendo que puedo salvar a mi hija de la cárcel? —preguntó para confirmar si había entendido bien.

—Le estoy dando la oportunidad de salvar a uno de sus hijos. Si quiere reabrir el caso de Úrsula, lo haremos, y todo el mundo sabrá que su hijo no tuvo nada que ver, pero si lo hacemos —se calló unos segundos—, Candela irá a la cárcel por el asesinato de Emiliano —explicó de nuevo Triana.

Cruz sonrió irónicamente.

—Puede que ustedes no lo entiendan, pero durante años la gente me ha mirado por encima del hombro y con desprecio. Es algo con lo que al final te acostumbras a vivir. —Se recostó en el asiento —. La opinión de la gente nunca me ha importado, y a Tirso creo que tampoco le importó. Con lo que no podíamos vivir era sin hacer justicia, y Candela ya la ha hecho. Así que, si me preguntan qué es lo que quiero, la respuesta es salvar a mi hija de una justicia que estuvo ausente cuando incriminaron a Tirso —Las palabras se ahogaban en su garganta—. Quiero que este asunto termine de una vez por todas y poder vivir tranquila. Soy mayor, y quiero que Candela esté a mi lado los pocos años que me queden de vida. Ahora puedo descansar en paz, sabiendo que Emiliano ha pagado con su vida lo que hizo. Eso es lo que quiero, ya no necesitamos nada de ustedes —sentenció Cruz duramente.

—Está bien. Si eso es lo que quiere, eso es lo que tendrá. — Antón se levantó y extendió la mano para despedirse.

—No quiero que piensen que soy una desagradecida, pero, como han podido comprobar, la policía no hizo bien su trabajo y mi familia pagó las consecuencias. Candela no es una asesina, solo ha pagado con la misma moneda —argumentó Cruz al darle la mano con frialdad en la mirada.

Los agentes entendieron el desprecio que sentía hacia la policía y la justicia, ya que cuando más los había necesitado le habían fallado. Era tarde para arreglarlo, por lo que la decisión de no hacer nada era la más difícil de llevar a cabo, pero también la más justa.

—Lo entendemos mejor de lo que piensa. Precisamente, es la razón por la que estamos aquí ahora mismo y su hija no está detenida —explicó el inspector.

—Se debe pensar que soy más tonta de lo que parezco. Ustedes están aquí para salvar a su amigo y comisario Braulio. Cuando sentenciaron a Tirso, también nos sentenciaron a la familia, y la policía no hizo nada. El comisario sabía lo que había pasado y le dio igual. En cierto modo, lo puedo llegar a comprender, lo hizo por la seguridad de su familia, pero el coste porque su familia viviera fue acabar con la mía. Les mentiría si les dijera que no le guardo rencor, porque lo hago. ¿Le puedo hacer una pregunta, inspector? —Asintió con un movimiento leve de cabeza y Cruz continuó—. ¿Quién vigila al que vigila?

—Nadie —respondió con tono de culpabilidad. Sabía que tenía razón. Sintió vergüenza al estar ahí plantado, mirando a esa mujer destruida por culpa del inexistente apoyo de la policía.

—Exacto, nadie —repitió Cruz casi en un murmullo—. Pues creo que va a ser la misma persona que va a vigilar este caso y lo archivará para siempre. —La voz se tornaba cada vez más gélida con cada una de sus palabras. El dolor no había desaparecido con los años, solo se había atenuado, pero seguía muy presente en su corazón.

—Destruya cualquier documentación que tenga del juicio de Tirso o que tenga conexión con lo ocurrido —ordenó Antón en la puerta de la casa.

—¿Y las cámaras de la empresa? —preguntó Cruz.

—Nos encargaremos de eso. Se lo debemos. —Triana cerró la puerta con malestar en el estómago.

«No hay más que decir», pensó el inspector de camino al coche. Triana lo siguió, aún pensando en las palabras de Cruz. Tenía el dolor del suicidio de su hijo muy presente después de tantos años. Supuso que era normal. Como madre, sería incapaz de olvidar que fue detenido de manera injusta y el trágico final le había ido carcomiendo el interior sin descanso.

—No es culpa tuya, Antón —dijo Triana, al agarrarlo del brazo para hacerle parar antes de llegar al coche.

—Lo sé, pero lo que hagamos a partir de ahora sí que lo es. Hemos contraído una deuda con esa mujer que nunca podremos pagarle, así que al menos mitigaremos su dolor—sentenció Antón con las manos en los bolsillos—. Vamos a hablar con Reyes. Estoy seguro de que nos va a chantajear con las imágenes.

—No quiero ser gafe, pero ella lleva años jugando a este juego en el que nosotros somos principiantes. Va a ganar con el chantaje —dijo derrotada Triana, que detuvo el paso ante la puerta del copiloto.

—Monta, vamos. —El inspector siguió hablando en el interior del vehículo—. No puede ganar —afirmó positivo—. Tenemos que cerciorarnos de que nos tiene más miedo a nosotros que a las imágenes y la quiebra de su empresa, ¿lo entiendes?

—¿Y eso cómo lo vamos a hacer?

—Eso es lo que no sé, pero es como un perro, en cuanto huela el miedo a que no nos dé las imágenes o haga una copia, estamos perdidos —explicó Antón.

—Reyes sabe que lo que estamos haciendo es por Braulio, y seguro que sospecha que vamos a dejar libre a Candela, así que ya me contarás cómo vamos a hacer para que no huela nuestro *miedo* —dijo Triana, haciendo el gesto de las comillas con los dedos, al pronunciar la última palabra.

—Ahí está el *quid* de la cuestión. —Antón comenzó a rascarse la barbilla, pensativo, mientras Triana le observaba con la mente en blanco.

—¡Lo tengo! —exclamó en un momento de lucidez.

—Te escucho —dijo alentado.

—Sabe que Braulio es tu amigo, pero de mí no se lo espera. Tengo que ir yo sola —argumentó con los ojos bien abiertos.

—No, de eso nada. —Antón negó con la cabeza repetidamente.

—Sé que no me quieres dejar sola, no estoy segura de sí es por desconfianza o por cariño —meditó un segundo—, pero es la mejor opción que tenemos.

—Es muy lista. Te la va a liar, Triana.

—Ella no me conoce, no sabe de qué pie cojeo, pero sí sabe el tuyo y el de Braulio. —Triana estaba convencida de cada una de sus palabras.

—Uf, no sé, no me gusta este plan. Todavía eres muy joven para entender la maldad del ser humano —dudó Antón.

—Eso es una tontería. Me merezco la oportunidad de liarla, como vosotros —zanjó.

—Sí, pero para una primera vez es demasiado arriesgado. Dame unos minutos para buscar una alternativa. Puede que lo mejor es que vaya yo solo e intente negociar con ella para que me entregue las imágenes.

—Antón, ¿estás seguro de que las tendrá?

—Sí, hay cámaras en el edificio de la empresa. Además, creo que Candela quería que supiera que había sido ella. Era su manera de hacer justicia por su hermano. —Resopló el inspector con impotencia.

—Tengo otra genialidad —anunció Triana con tono enérgico.

—Sorpréndeme. —Antón apoyó la cabeza en el volante para simbolizar que estaba dispuesto a escuchar otro disparate.

—Vamos a mirar hacia otro lado. —Le cogió la cabeza para que la mirara a los ojos—. Tiene que ir Felipe. Así es como si nosotros nos mantuviéramos al margen y no supiéramos nada. Que vaya él solo y le amenace o lo que quiera, pero que consiga las imágenes.

Antón arrugó los labios, pensativo.

—Puede que esta idea tenga mejor pinta, pero hay que darle un par de vueltas para ajustarla mejor y que no haga aguas en el transcurso de la negociación —concluyó Antón.

37

Felipe tendría que seguir las indicaciones que los agentes le habían dado para que la conversación que tuviera con Reyes fuera la definitiva y quedara en una anécdota. Sin embargo, no estaba convencido de la decisión que había tomado Cruz después de escuchar la declaración de Candela. Notó cómo le habían clavado un puñal en la espalda. Siempre pensó que era amigos, y más aún después de la muerte de Tirso. Se había dado cuenta de lo manipuladora e interesada que era, y no quería hacerle ningún favor. Sin embargo, estaba plantado en la puerta de la casa de Reyes porque quería acabar con aquello de una vez y tener una conciencia tranquila que le permitiera dormir por las noches. Antes de embarcarse en el plan solo puso una condición, que les dijeran quién era la persona que estuvo merodeando por la noche en las cercanías de su casa. Triana tenía claro quién había sido, pero no lo podía confirmar, así que no tardó en bajar a informática para que Abel les posicionara un móvil. La cara de Felipe era un poema cuando conoció la identidad. Candela. No tenían claros los motivos, pero la subinspectora tenía una teoría propia que llevaba tiempos rondándole la cabeza. Era una persona fría y calculadora, y había montado un plan B por si la descubrían, el chivo expiatorio era Felipe. Si algo salía mal, le echaría la culpa del asesinato de Emiliano, tal y como hizo, pero aquel pequeño incidente le salió mal, ya que Felipe no estaba en casa.

—Creo que te quería matar para después declarar que habías sido el asesino de Emiliano. Su plan estaba bien hilado, pero no estabas allí y tuvo que quedarse con aquel cabo suelto. No podía hacer nada, ya que la investigación estaba en curso y tú nos estabas ayudando, como le hiciste saber. Por esa misma razón, en cuanto la llamamos para declarar que eras el principal sospechoso, cantó como un pajarillo —le explicó Triana con el informe de geolocalización del móvil de Candela en la mano.

Para evitar que Reyes sospechara que la policía estaba detrás del plan, esperaron en el bar de Ventura. Felipe estuvo varios segundos plantado en el asiento del coche cogiendo aire y respirando profundamente. Quería aquellas imágenes y verse cara a cara con aquella mujer que le había hecho sentirse culpable de la muerte de su amigo durante tantos años. No iba a salvar a Candela de la cárcel.

Con los nervios atenuados, salió del coche y llamó al timbre. La verja se abrió rápidamente, ya que Reyes le esperaba impaciente de pie junto a la puerta de la casa con una gran sonrisa sarcástica. Ella controlaba la situación, o al menos es lo que pensaba. Aunque sabía que si Candela se había dejado grabar sin pudor era porque detrás de ello habría un plan. Aquella premisa le quitaba el sueño. No le gustaba sentir que no controlaba la situación. Por eso accedió a hablar con Felipe, el cual tendría que hacer el papel de salvador de la persona que más odiaba en ese momento. «Lo hago por Tirso, él lo querría así».

—Hola, Reyes. —Se quedó parado mirándola fijamente.

—Cuánto tiempo hacía que no te veía cara a cara. Parece mentira que estemos en el mismo lugar después de tantos años. —Sonrió.

—No vengo por ti, ya lo sabes.

—Bueno, cuando te metías en mi cama por las noches también decías eso. —Le acarició la espalda y comenzó a andar hacia el interior de la casa—. Estamos solos, ya sabes.

—He dicho que no vengo a verte a ti. Ya sabes lo que quiero.

—Por lo que veo, no te deshaces de la niñata de Candela. Nunca te trató como te merecías, y ahora tampoco lo ha hecho. Sabes que tengo amigos en todas partes, ¿verdad? Te ha vuelto a vender. —Soltó una carcajada sin dejar de andar—. Pasa a mi despacho, ya sabes dónde es.

Felipe comenzó a andar con la mirada de Reyes puesta en cada uno de sus pasos. Al llegar a la puerta se detuvo para girar el cuello y que le diera instrucciones de si debía entrar o no.

—Pasa, por favor, como si estuvieras en tu casa —dijo con sorna.

No contestó. Abrió la puerta y se sentó en una de las sillas. Aquel despacho había sido el escenario de algunos de los encuentros que tuvieron cuando Felipe era joven y novio de Candela.

—Sé que quieres las imágenes para salvar a Candela, ¿no es así?

—Sí —dijo sin más.

—Estoy segura de que se dejó grabar porque quería que supiera que fue ella, así que no entiendo por qué ahora las quiere. Podría haberse cubierto y no dejar su libertad en mis manos, ¿no? —Se encogió de hombros.

—Reyes, no vengo a hablar contigo. Quiero que me des las imágenes y cerrar esto de una vez por todas. Sabes lo que hiciste, y tengo pruebas. Si no me las das, arruinaré tu empresa contando la verdad. —El tono de Felipe rozaba la frialdad cuando juntó la punta de sus dedos—. Tampoco quiero contar que me engañaste, o que nos acostábamos, ya sabes, yo no tengo nada que perder, pero creo —sonrió ampliamente— que tú sí.

—Nunca conseguirás destruirme.

—Pues yo creo que sí. —Se levantó—. Además, ni siquiera hace falta que diga la verdad. Puedo hacer una entrevista en el periódico o en la radio y decir lo que quiera. El prestigio de la empresa y el tuyo van de la mano, si digo que practicabais con niños, y que además te acostabas con un joven delincuente… ¡Pum! Las acciones bajarán en unos segundos, y lo sabes. —Andaba por la sala tocando y moviendo los adornos de su sitio para poner nerviosa a Reyes.

—Vamos a suponer que accedo y te doy las imágenes. ¿Qué gano con todo esto?

—No es cuestión de ganar, es cuestión de no perder —dijo al acercarse a la mesa y mirar a Reyes a la cara—. Quiero que destruyas las imágenes y las copias, que dejes a la familia de Tirso tranquila y se acabó para siempre.

—¿Y el asesinato de Emiliano?

—Se archivará sin más complicación.

—No entiendo, ¿qué gana la policía con todo esto? —Se interesó Reyes en saber hasta el más mínimo detalle para no encontrarse con sorpresas de manera posterior.

—Braulio seguirá en su puesto como comisario y no se armará revuelo por lo que pasó en el caso de Úrsula. Si lo dejamos pasar, todos salimos ganando —explicó Felipe al sentarse otra vez.

—¿Me puedes asegurar que la policía no volverá a meterse en mis asuntos?

—Te prometo que no saldrá nada de lo que ocurrió con Úrsula —matizó con dureza—. No somos amigos, Reyes, ni estamos aquí por diversión. Solo he venido para acabar con esto de una vez y que cada uno viva el presente como quiera sin estar mirando hacia atrás constantemente, ¿lo entiendes?

—Sí, pero mi marido ha sido asesinado por la loca de Candela, y yo no lo pienso dejar pasar sin más. Tiene que ir a la cárcel y pagar lo que ha hecho de una manera o de otra.

—Emiliano mató a Úrsula e inculpó a Tirso, que no tenía nada que ver, y tú pides justicia. La justicia ya está hecha. Emiliano está donde debía estar, muerto —Alzó la voz sin darse cuenta—. Además, te vale más muerto. Eres una experta en volver las desgracias a tu favor. Crea un premio u organiza una fiesta benéfica en su honor. Estoy seguro de que ganarás más dinero del que te hubiera

proporcionado Emiliano vivo. —Se volvió a levantar de la silla y estiró la mano—. Dame las imágenes.

Reyes sonrió y abrió un cajón del escritorio que estaba cerrado con llave. Sacó una carpeta y colocó unos papeles delante de Felipe.

—¿Qué es esto? —preguntó él, escéptico.

—Es un contrato que vamos a firmar tú y yo. Las imágenes están destruidas y no tengo copias, no me interesa en absoluto remover el pasado —explicó Reyes con frialdad—. Pero quiero que te comprometas a que esta información, así como lo ocurrido en el pasado, queda olvidada para siempre. El comisario y los agentes que te han mandado pueden estar tranquilos de que el secreto de ambos casos está a buen recaudo. El único escape de información eres tú. —Cogió un bolígrafo y lo colocó junto a los folios—. Firma y yo haré lo mismo. Sé que no lo haces por Candela, así que no te voy a dar unas imágenes donde sale asesinando a mi marido para que luego nos chantajees a todos. Ella nunca te importó, así que veo poco probable que lo haga ahora.

Felipe comenzó a leer. La redacción era clara y breve.

Firmaron el contrato.

—¿Ya está? —preguntó Felipe, dirigiéndose a la puerta.

—Sí, pero una cosa, antes de que te vayas.

—¿Qué? —respondió Felipe al girar el cuello y ver a Reyes en el asiento con una mirada burlona.

—Me he comprometido a que no voy a revelar que fue ella y no tomar medidas judiciales, pero hay accidentes todos los días. —Levantó las cejas—. Romperse el cuello es más fácil de lo que parece.

—Mátala si quieres, a mí me haces un favor —respondió Felipe al cerrar la puerta.

Cuando llegó al coche aún tenía la mandíbula apretada y la ira contenida en el interior del estómago. No sabía cómo había accedido a hacer aquello después de lo ocurrido durante tantos años, pero la esperanza de acabar de una vez con todo aquello fue lo que hizo que se recompusiera en el interior del vehículo antes de arrancar. Había mandado una foto a los agentes para que conocieran hasta qué punto estaba comprometida Reyes en olvidar lo sucedido. Sin embargo, Felipe sabía que aquello podía cambiar en cualquier momento. Reyes quería a su empresa más que a sus hijos, pero cuando llegara el momento de jubilarse y le hicieran a un lado por la edad, no estaba seguro de que continuara pensando de la misma manera. Dicen que cuando te haces mayor se te ablanda el corazón, y puede que a ella le ocurriera y quisiera sacar los trapos sucios una vez que se acercara el final de su vida. Con ella nunca se sabía cuál era su siguiente paso. Era una persona con demasiadas luces y sombras para adelantarse a sus pasos.

Llegó al bar de Ventura, donde había quedado con los agentes para poner punto final al acuerdo al que habían llegado al principio del caso. Aún le quedaba cumplir con la promesa de la entrevista que le hizo a Pablo, pero debía darle unos días para pensar sus respuestas. El periodista le había preparado una batería de preguntas para que Felipe decidiera cuáles de ellas iba a responder y cuáles quería desechar. Esperaba terminar con esa etapa de su vida y poder volver a esconderse en su casa para descansar tranquilamente junto a su madre.

Antón estaba en la puerta con la pipa en la boca cuando Felipe aparcó el coche.

—Bueno, ya está. Solo quiero desaparecer —contestó Felipe agarrando el picaporte de la puerta—. ¿Están dentro?

—Sí, estábamos esperándote. ¿Estás seguro de que serás capaz de hacer borrón y cuenta nueva? Esto tiene que acabar. Sé que no es lo que querías, y menos después de ver cómo es Candela, pero creo que es lo mejor para todos —explicó Antón sin soltar la pipa y siguiendo a Felipe hacia el interior.

Triana y Braulio estaban sentados en uno de los bancos mientras disfrutaban de varios refrescos con unas tapas de cortesía que les había servido Ventura. Felipe se sentó después de mover la cabeza a modo de saludo.

—Muchas gracias. Te debo más de lo que piensas, Felipe —dijo Braulio con tono conciliador.

—No te preocupes, creo que cada uno de nosotros hemos accedido a pasar por el aro por nuestras propias razones. Hemos vuelto a tapar la verdad, pero al menos hoy sabemos cuál es. —Felipe suspiró profundamente.

—Solo espero que ninguno de nosotros cambie de opinión y se vuelva a remover el pasado —deseó Triana, que dio el último sorbo de la bebida que tenía en la mesa.

—He quedado con mis hijos, así que solo quería saber si está todo en orden y decirte que, si necesitas algo de nosotros, estamos aquí. —El inspector miraba a Felipe.

—No tengo intención de volver a delinquir —Sonrió Felipe—, así que creo que no necesitaré vuestra ayuda.

—Eso es una buena noticia —dijo Braulio al levantarse—. Yo también tengo que irme, se me ha hecho tarde.

—Yo me tomaré una más, he quedado aquí con la amiga de mi hermana —sintetizó Triana, mirando hacia la puerta.

Braulio y Antón se colocaron de pie delante de la mesa en la que aún seguían sentados Felipe y Triana.

—Está bien. Nos vemos mañana, Triana. —El inspector estiró la mano y se despidió de Felipe. Braulio hizo lo mismo—. Gracias por todo, Felipe. Espero no volver a verte hasta dentro de otros veinte años por lo menos. —Sonrió.

—Lo mismo digo —dijo a modo de despedida.

Los agentes salieron del bar y se quedaron solos. Ventura se acercó a Antón, después de que se despidiera, para decirle que se portara como un padre con sus hijos, y no como un exmarido despechado. El inspector derrochaba alegría por volver a tener contacto con sus hijos, como siempre tendría que haber sido.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó Ventura.

—No, yo me voy ya. —Felipe se levantó—. Muchas gracias de todos modos.

—¿Y tú, Triana?

—Sí, porque parece que Nadia va a llegar un poco tarde —afirmó mirando el reloj—. Gracias, Ventura.

Felipe y Triana se despidieron con un breve abrazo, con la esperanza de no volverse a ver en una situación similar a la que habían estado viviendo en los últimos días.

La subinspectora se había quedado sola en aquel banco, esperando a Nadia, cuando le llegó un mensaje.

«Aura ha desaparecido con Víctor».

Para los escritores es importante tener **reseñas de lectores**. Si puedes dejar tu opinión en Amazon sobre el libro te lo agradecería mucho.

Otras de mis novelas publicadas:

«Serie *El enigma*»

–El enigma masón

https://www.amazon.es/dp/B09SGHHGWX

–Un psicópata dentro de mí

https://www.amazon.es/dp/B08L7YMZPS

–El enigma de Toledo: La cueva de Hércules

https://www.amazon.es/dp/B0BN1X5W92

–El enigma de Botticelli

https://www.amazon.es/gp/product/B0CL935L71

–El enigma del cuadro de Sator

https://www.amazon.es/dp/B0D8H6DLTZ

«Serie *Imposible de perdonar*»

–Lo pagaréis

https://www.amazon.es/dp/B08YK2282L

—El principio de la venganza

https://www.amazon.es/dp/B0C2Q3PJ2V

Otras novelas independientes:

-El juicio de Osiris

https://www.amazon.es/dp/B0DWLW3QDQ

–El secreto de Enzo

https://www.amazon.es/dp/B0DJFKCDL7

–El asesino de la capa

https://www.amazon.es/dp/B0C745C28X

–La tristeza del marinero

https://www.amazon.es/dp/B08C5DZX9X

Muchas gracias por leer una de mis novelas.

Un abrazo enorme.